
Vidal

Axxón 168, noviembre de 2006

- **Anacrónicas:** Resident Elvis 4, Kommodore 3.14
- **Anacrónicas:** La Güelta del Patrón (1), Otis

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 168

Especiación

por Eduardo J. Carletti, director de Axxón



Hace poco, en alguno de los grupos en que participo, se estuvo discutiendo sobre la posibilidad de que en el futuro surja por evolución una nueva especie de humanos.

La teoría fue presentada a los medios el mes pasado.

A muchos de los que opinaron le parecía imposible, algo así como un error científico o de interpretación periodística.

Sin embargo, yo creo que podría pasar.

La creciente desigualdad y la forma en que manejan los más poderosos los conflictos generados por esta desigualdad llevan a un aislamiento y separación cada vez mayor. Los habitantes de los países que tienen buen status de vida cierran poco a poco sus fronteras, impiden la inmigración, salen cada vez menos al mundo y si lo hacen se mantienen alejados de todo contacto con los pobladores extranjeros.

¿Crecerá esta tendencia al aislamiento hasta hacerse total?

Las perspectivas socioeconómicas parecen responder que sí.

Si esto pasa, habrá poblaciones aisladas.

Una de las razones de que se produzca una evolución divergente —que es lo que diferencia a una población para convertirla en una nueva especie— es el aislamiento. Cuando se interrumpe por suficiente tiempo el intercambio de material genético, puede ocurrir...

Las diferencias de entorno, de alimentación, de cuidado de la salud,

de la situación del medioambiente, producen presiones evolutivas diferentes.

Es muy posible que, con el debido tiempo, surja una nueva línea genética, otra especie o por lo menos una subespecie.

¿Quiénes serán miembros de la nueva especie, los de adentro o los de afuera?

Creo que sabemos qué es lo que instituirán los más ricos: ellos serán los humanos, los otros no.

¿Con qué leyes juzgarán los poderosos a los miembros de la nueva especie? ¿Tendrán —tendremos— derechos? ¿O pasará como en la prisión de Guantánamo, donde se trata a la gente como animales a los que no les cabe ninguna ley, excepto la del odio y la venganza?

El tema me parece más que interesante, ya que es plausible. Es, por cierto, uno de los temas de la ciencia ficción.

La especie humana, que se reconoce como una de las especies gregarias en este mundo, también tiene una tendencia cada vez mayor a la separación, individualismo, egoísmo y odio mutuo.

Incluso se ve esto en cada nivel de la comunidad: creo que no existe un área de la cultura humana que no se haya dividido en fragmentos cada vez más pequeños.

Porque no me gusta esto, me voy y me creo mi propia comunidad.

Así nos va, muchachos.

Piénselo.

Eduardo J. Carletti, 1 de noviembre de 2006
Mensajes al Director: ecarletti@axxon.com.ar

Cartas axxónicas

Sobre el Editorial.

No. La calidad no es mejor que la cantidad.

Axxon tiene calidad Y cantidad. Ya no tengo tiempo de leerla toda.

¿Alguna vez te dije Gracias? Es tiempo de decirlo de nuevo.

GRACIAS.

Ah, y tu foto ya parece la de un profesor universitario :)

En cuanto a lo del orgullo y el ego, y todo eso…

Los otros días un nene de 17 años me contó lo que había descubierto en Internet.

Había descubierto Axxon.

Mi ego casi me hace decirle que la conozco desde que venía en disquette, y cómo los primeros números eran arte comprimido en unos pocos kb, y…

Pero fui más sabio. Me di cuenta que él estaba alimentando su ego (en la forma sana) al contarme lo que había descubierto. Y le dejé hablar…

Yo también me estoy volviendo viejo.

marraco@arnet

Axxón: ¿Generaciones de lectores ya? ¡Sí, estamos viejos!

Eduardo J. Carletti

Hola Eduardo

Me costó, pero lo encontré. ¿Qué? La relación entre “Máquinas y monos” y Borges, entre Axxón y el poeta ciego. Hace poco,

reuniendo información para el ejercicio 20 de taller 7, encontré una relación entre autómatas del siglo XVIII y Edgar Allan Poe. Y entonces me dije: Si se busca lo suficiente, se puede encontrar la relación de cualquier cosa con cualquier otra.

Luego me desafié a encontrar alguna relación entre Axxón y Borges. Con cierta pasmosidad descubrí que las relaciones entre ambos eran numerosas. Por ejemplo la publicación en Axxón del Libro de Arena, obra genial del gran maestro. O también se puede citar el libro "El cuento argentino de ciencia ficción.", en el cual fueron seleccionados, entre otros, los siguientes cuentos:

"Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", Jorge Luis Borges.
"La trama celeste", Adolfo Bioy Casares.
"Primera línea", Carlos Gardini.
"Náufrago de sí mismo", Sergio Gaut vel Hartman.
"Ruta", Eduardo J. Carletti.

Aquí sí que está clara la relación entre Axxón y Borges.

Pero esto no fue suficiente, quería más; y tuve que esperar que la suerte, o lo que fuese, pusiera ante mis ojos un cuento de Borges en donde la relación salta a la vista. Acabo de terminar de leer: "La Biblioteca Total"; y a riesgo de parecer medio moplo, transcribo los párrafos que demuestran la relación:

(...) Pasan trescientos años y Marco Tulio Cicerón compone un indeciso diálogo escéptico y lo titula irónicamente "De la naturaleza de los dioses". En el segundo libro, uno de los interlocutores arguye: "No me admiro que haya alguien que se persuada de que ciertos cuerpos sólidos e individuales son arrastrados por la fuerza de la gravedad, resultando del concurso fortuito de estos cuerpos el mundo que vemos. El que juzga posible esto, también podrá creer que si arrojan a bulto innumerables caracteres de oro, con las veintiuna letras del alfabeto, pueden resultar estampados los Anales de Ennio. Ignoro si la casualidad podrá hacer que se lea un solo verso."
La imagen tipográfica de Cicerón logra una larga vida. A mediados del siglo XVII, figura en un discurso académico de Pascal; Swift, a principios del siglo XVIII, la destaca en el preámbulo de su indignado "Ensayo trivial sobre las facultades del alma", que es un museo de lugares comunes -como el futuro Dictionnaire des idées recues, de Flaubert.
Siglo y medio más tarde, tres hombres justifican a Demócrito y

refutan a Cicerón. En tan desaforado espacio de tiempo, el vocabulario y las metáforas de la polémica son distintos. Huxley (que es uno de esos hombres) no dice que los "caracteres de oro" acabarán por componer un verso latino, si los arrojan un número suficiente de veces; dice que media docena de monos, provistos de máquinas de escribir, producirán en unas cuantas eternidades todos los libros que contiene el British Museum (….)

Y por si no queda claro, aquí va el primer párrafo de la introducción a Máquinas y monos:

"Hace unos años, para dar un ejemplo gráfico de la teoría del azar y de lo que significa la eternidad, alguien acuñó una imagen que luego se ha usado en la literatura de CF: una banda de monos aporreando las teclas de una buena cantidad de máquinas de escribir —hoy podemos cambiarlas por computadoras personales— terminaría por escribir al azar, algún día, las obras completas de Shakespeare."

Ah, ya está. Me quedo ahora más tranquilo; tenía que decírselo a alguien.

Disculpame si te quito tiempo, pero es que me pareció un hecho interesante.

Bueno, me despido.

Saludos

Leonardo Montero Flores

San Juan - Argentina

P.D.: Vi mi pequeña cartita publicada en la sección de cartas de los lectores. Te doy gracias por eso, y me pone contento, porque algo mío fue publicado.

Nos vemos.

Disculpá, pero todavía no me voy. Sigo encontrando relaciones. Más abajo en el mismo cuento de Borges, trata de ilustrar cómo sería la Biblioteca Total, en la cual todos los conocimientos del universo serían expresados, todo, todo lo que se supo, lo que se sabe, lo que se sabrá, también lo nunca se conocerá. En una parte

dice lo siguiente:

“(…) Todo estará en sus ciegos volúmenes (…), la demostración del teorema de Pierre Fermat, (…) “

La búsqueda de la relación de lo anterior con Axxón, te lo dejo a vos; como un pequeño desafío.

Y por último, y ahora sí me voy de verdad; encontré la relación de “La Biblioteca Total” con “La Biblioteca de Babel”

Biblioteca Total:”(…)Todo estará en sus ciegos volúmenes (…), el catálogo fiel de la Biblioteca, la demostración de la falacia de ese catálogo. (…)”

Biblioteca de Babel:”(…)dedujo que la Biblioteca es total y que sus anaqueles registran todas las posibles combinaciones de los veintitantos símbolos ortográficos (…) Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero,(…)”

Y aunque parezca agarrado por los pelos, me parece descubrir ciertas similitudes entre el catálogo de la Biblioteca y el falso catálogo con lo que pasó con Wikipedia y Frikipedia.

Listo, ahora sí me despido.

Leo

Leonardo Montero Flores

Axxón: Magnífica carta: Muy bien 10 para Leonardo…

Eduardo J. Carletti

El año que perdí a Lucy

Fran Ontanaya

Conocí a Lucy en Missouri, cerca de Saint Louis. La unidad de cascos azules a la que yo pertenecía fue desplegada en esa zona dentro de una misión de la ONU para ayudar a las víctimas de la Tercera Guerra Mundial. Al principio me costó habituarme a las condiciones de trabajo. La situación era diferente al clásico escenario de postguerra en el tercer mundo, en particular porque los supervivientes a los que teníamos que asistir eran gente que nunca antes había sufrido aquellas penurias. Eso es algo que es difícil de entender hasta que uno no se encuentra sobre el terreno. Por si no han oído antes esta historia, y eso es difícil de creer, mi nombre es Shinji y, como muchos otros, presencié todo el conflicto desde los cuarteles de mi país, cerca de Tokio, porque se temía que la escalada de violencia llegara también a Oriente. Sólo cuando se vio sin duda alguna que lo peor ya había pasado nuestro gobierno permitió que el mando de las Naciones Unidas nos movilizara al otro lado del Pacífico. Así que, en cuanto terminó la guerra, volé a Londres, donde suele organizarse mi unidad antes de cada misión y, tras recibir las vacunas pertinentes y un entrenamiento especial para actuar en un teatro de operaciones contaminado por armas químicas y biológicas, me subieron a uno de los primeros Hércules que partieron rumbo a Estados Unidos, cargado hasta los topes de medicamentos y de víveres.

Eso fue a finales de 2030. Tomamos tierra en Navidad, en un aeropuerto civil que, salvo por los camiones y el material militar, estaba completamente desierto. En Año Nuevo nuestro hospital de campaña levantado en las afueras de Saint Louis estaba funcionando a pleno rendimiento. Mi trabajo consistía en identificar y registrar a los supervivientes que llegaban al campamento. Si ese trabajo no era fácil de por sí, se vio complicado por lo que entonces se empezó a llamar “el síndrome de Missouri”. Cuando los supervivientes intentaban recordar algo, y esto era imprescindible para averiguar su identidad y reunirlos con sus familias, de pronto querían dejar de respirar, se tapaban la boca y la nariz con ambas manos y se acurrucaban en el suelo o echaban a andar desorientados buscando refugio. Al final se daban cuenta de que no podían luchar contra lo inevitable, se derrumbaban y rompían a llorar, unas veces en silencio y otras de forma histérica. El miedo a respirar aire contaminado se había grabado en su subconsciente con tal

intensidad que iban a pasar muchos años antes de que pudieran recuperarse por completo.

Como todo el mundo sabe, aquella no fue una guerra convencional. No había un enemigo defendiendo su propio territorio, con infantería, tanques, aviones y todo lo demás. Aquella guerra, en cambio, fue obra de una alianza de grupos fundamentalistas, mafias del Este y cabecillas de la corrupción y el tráfico de drogas y armas. Cada organización tenía su propio territorio, sus propios medios y métodos, y sólo compartía con el resto tres ideas: el motivo, el día y el enemigo a combatir. El orden internacional que había nacido de las circunstancias históricas del siglo veinte amenazaba los intereses de estas organizaciones, acostumbradas a pescar sus beneficios en ríos revueltos. No intentaron realmente derribar el árbol de Occidente, del que se alimentaban con fruición, sino sacudirlo para que cayeran sus doradas manzanas.

Las primeras informaciones se empezaron a filtrar en otoño de 2028. Como sin duda podrán recordar, enseguida rodaron miles de cabezas de líderes de clanes y comandos terroristas, tolerados hasta entonces vayan a saber por qué… pero eran tantos, y tantas las redes implicadas, que fue imposible contener el desastre a tiempo. A corto plazo fue un esfuerzo inútil y contraproducente. Al cortar la cadena jerárquica de esas organizaciones las células siguieron actuando en solitario, sin control, como pollos sin cabeza.

Pero, no era de historia de lo que les iba hablar. Cuando vi a Lucy por primera vez ya no nos importaba mucho cómo habíamos llegado a aquella situación. Lo único en lo que pensábamos era en las ciudades devastadas por la guerra y el caos que siguió. Saint Louis era un buen ejemplo; pese a que, salvo por el silencio y las tiendas saqueadas e incendiadas, seguía siendo la misma ciudad. Los semáforos todavía controlaban el tráfico inexistente, las palomas y los gorriones se adueñaban de las calles, el cielo despejado seguía siendo azul… cuando recorríamos los barrios en furgón mirábamos a ambos lados y nos costaba entender por qué nada se movía, por qué no había huellas de batalla, por qué no había edificios en ruinas y orificios de bala en las fachadas. Pero, eso sí, la ciudad hedía… hedía a muerte. Millares de moscas zumbaban por todas partes, desafiando al frío, entraban y salían de las ventanas mientras nosotros nos ajustábamos las máscaras para que no tocaran nuestra piel. En la calle ya no quedaban cadáveres, pero dentro de las casas… oh, dentro de las casas. Era imposible imaginar cuántas víctimas habían perecido escondidas dentro de su hogar.

Como dije al principio, conocí a Lucy cerca de Saint Louis.

No fue en la ciudad, sino en las afueras, donde se concentraba la masa principal de supervivientes. Había caído una fina capa de nieve que crujía y salía despedida de las ruedas de nuestro camión. Llevábamos gafas protectoras y gruesos trajes de campaña y para tratar de olvidar todo lo que habíamos visto bromeábamos sobre nuestra apariencia y otras cosas igual de triviales. Transportábamos un cargamento de vacunas a una clínica rural para prevenir contagios aislados, aunque la mayor parte de los agentes biológicos se habían degradado ya y habían dejado de suponer un peligro. Divisamos a Lucy caminando por la cuneta de la autovía, con las mejillas sonrojadas por el frío y apretando los brazos en el regazo. Vestía sólo una blusa y unos vaqueros gastados. Su pelo, rubio oscuro, estaba desarreglado y al acercarnos vimos que tenía los ojos hinchados y enrojecidos, enmarcados por hondas ojeras. Tenía aspecto de no haber comido en varios días y de haber pasado bastante frío. Detuvimos el camión a su lado, nos levantamos las gafas y entablamos conversación con ella. Nos contó que trabajaba en una gasolinera, a unas dos millas de allí, que había sobrevivido con los víveres del supermercado desde que estalló la guerra y que, al ver los helicópteros sobre la ciudad, había salido pensando que era seguro regresar y que podría averiguar entonces qué había sido de sus familiares. Todo esto lo dijo sin emoción, como si en aquel momento no pudiera pensar —y creo que no lo hacía— en otra cosa que en llegar a la ciudad y llamar a las puertas de su gente. Ni siquiera le afectó haberse encontrado con una patrulla de rescate tras un largo año de aislamiento. Lo normal era que los supervivientes se arremolinaran en torno al camión, unas veces pidiendo medicinas, comida o agua potable (¿dónde debió de quedar la riqueza de aquel país?), otras que buscáramos un nombre en los registros de entrada de los campamentos. Lucy, en cambio, no se inmutó al vernos llegar. Se negó a subir al camión e insistió de forma muy educada en que debía ir a la ciudad. No íbamos de camino al campamento, así que, después de preguntarle si quedaba combustible en la gasolinera, decidimos pedir un coche a la base y que yo esperara con ella hasta que nos vinieran a buscar. El camión siguió su camino, yo me quité la chaqueta, la eché sobre los hombros de Lucy… y así fue como empezó nuestra relación.

Si mis rasgos hubieran sido occidentales, tal vez no se habría fijado en mí. Mi esmerado inglés londinense sirvió para dar pie a la conversación y, al cabo de un rato, logré que me hablara de lo que había vivido durante aquel último año. Se refirió muy por encima a las ocasiones en que se había enfrentado a los saqueadores. Acudían para robar la gasolina, cosa que no le preocupaba, y los alimentos del supermercado, de los que en cambio dependía su propia

supervivencia. Consiguió echarlos a punta de pistola, incluso cuando volvían de noche para sorprenderla. No mencionó si había llegado a usar el arma pero, teniendo en cuenta las circunstancias, supuse que se habría visto obligada a herir, e incluso matar, a varios de los asaltantes antes de que comprendieran que no estaba dispuesta a dejar que la echaran fácilmente de allí.

Mientras la escuchaba me di cuenta de que aún llevaba por dentro las heridas de la guerra. Era como las personas que se dan un fuerte golpe en la cabeza, pero no notan el dolor y no comprenden que están aturdidos; sólo hablan de algo que ya no tiene sentido o hacen preguntas que están fuera de lugar. Así era Lucy cuando la conocí: una superviviente y una víctima… por ella misma y por la gente que había perdido. Todavía luchaba por resistir el miedo y el dolor a los que se había enfrentado, como si aún no se hubiera librado de ellos y los siguiera arrastrando dentro de su corazón.

Por algún motivo, ese día me convencí de que mi amor podría salvarla de los terribles recuerdos de la guerra…

~

Pasó lo que quedaba del invierno, pasó la primavera y pasó gran parte del verano. Lucy vivía en el campamento de refugiados, cerca del puesto de la ONU. Todos sus conocidos habían sido dados oficialmente por muertos, aunque sus cuerpos habían sido enterrados de forma apresurada en fosas comunes. Un funcionario demasiado cargado de trabajo llegó y le hizo firmar los papeles para recibir sus posesiones. El gobierno parecía tener prisa por poner la economía de nuevo en funcionamiento.

Tanto soldados como supervivientes nos acostumbramos pronto a la vida tras el desastre. Los servicios se restablecían en todas partes, llegaban equipos de limpieza, alimentos y útiles de primera necesidad pagados por millones de donaciones anónimas, se abrían fosas numeradas en el campo, se celebraban multitudinarios funerales oficiales y otros más íntimos aunque no menos emotivos. Los estadounidenses estaban deprimidos y exhaustos, pero reunían sus últimas fuerzas y, dejando de lado su individualismo tradicional, empezaban a trabajar codo con codo para devolver a todo su aspecto original. De pronto era fácil ver, sentados uno junto a otro,

frente a las tiendas verdes del campamento, a un hombre en un arruinado traje de ejecutivo compartiendo un pedazo de pan con un joven antisistema. Se dice que las guerras suelen formar extraños compañeros de viaje…

Un día nos visitó el presidente de los Estados Unidos. El mismo que fracasó en detener el ataque y que terminaría siendo enjuiciado unos años después. Permaneció tres horas en Saint Louis, escuchó con atención todo lo que le contaron, entró en el campamento y saludó de forma cordial a la gente. En su rostro se adivinaba que la situación le venía muy grande. Su secretaria de estado nos puso al corriente de las tareas de coordinación y logística y se entrevistó con los mandos para averiguar si se podía devolver la ciudad a un estado habitable antes de fin de año. Había que repoblar los lugares más afectados por los ataques y, con ese fin, se estaban aceptando cientos de miles de solicitudes en las embajadas de todo el mundo.

Recuerdo esa visita de forma especial porque, sólo unos pocos días después, el humor de Lucy empezó a cambiar y se volvió taciturno. Hablábamos mucho de la guerra, de Europa, de miles de cosas, pero parecía querer distanciarse de mí o, en cierto modo, que no me acercara a ella. Por supuesto, cuanto más me rechazaba más esfuerzos hacía yo por quedarme a su lado. Fuera como fuese, no supe que estaba embarazada hasta mediados de agosto. Para entonces sólo le faltaban tres meses para salir de cuentas. Desde luego era bastante tarde para preguntarse cómo había podido suceder. Entre las misiones que me mantenían varias semanas fuera, el distanciamiento de Lucy y, si quieren tenerlo en cuenta, la mala iluminación de las tiendas de campaña, no tuve oportunidad de descubrirlo antes por mí mismo. Pensé que había recuperado el peso perdido durante la guerra, aparte de que el bebé tampoco se había desarrollado mucho. Cuando por fin lo supe —y entendí, de ese modo, el porqué de sus reservas—, la abracé, la besé, le pregunté por qué no me lo dijo y luego la besé de nuevo. Ella parecía feliz… pero las sombras de sus ojos no habían desaparecido, como si todavía llevara consigo una terrible pena.

Después, tan pronto encontré a un amigo en el hospital de campaña y la dejé a su cargo, fui directo al cuartelillo. Ya habíamos tenido tiempo de discutirlo, Lucy y yo, y habíamos decidido que Londres sería mejor que Tokio. Para mí era una segunda patria y ella no tendría problemas con la cultura ni el idioma. Por aquella época todas las unidades desplegadas en misión humanitaria habían empezado a llevar a cabo rotaciones con soldados de ejércitos regulares, desmovilizados por fin de sus posiciones de defensa, así

que no hubo problemas para conseguir la excedencia. Tuvimos que aceptar incluso que se hiciera publicidad de nuestro caso para animar la moral general.

Por supuesto, todo el mundo esperaba que nuestra historia tuviera un desenlace feliz. Lo cierto es que eso, al final, no iba a ser de mucha ayuda…

~

Nos recibió un otoño lluvioso en la capital inglesa. Es algo que yo debería haber previsto. Podríamos haber ido de viaje a Italia o a España y esperar a que nuestro hijo naciera antes de trasladarnos. Aquel no era buen clima para Lucy. Lo que ella necesitaba era un sol radiante, paisajes alegres, descanso y, sobre todo, tiempo para comenzar de nuevo una vida normal. Para mí era fácil pasar por alto todo aquello pues, en aquel momento, cualquier lugar me parecía mejor que Saint Louis. La otra razón para ir al Reino Unido era que no tendría que cambiar de regimiento y, visto desde la distancia, está claro que esa fue una decisión egoísta. Quería tenerlo todo: hacer feliz a Lucy, evitar mi traslado, criar a nuestro hijo en Europa, vivir en un país en el que me sentía como en casa. Habría sido mejor si lo hubiéramos dejado todo y hubiéramos comprado una pequeña granja en Centroamérica, o una casa flotante con la que recorrer las islas del Pacífico. Creí que era importante ser un casco azul porque me hacía sentir importante; si hubiese reflexionado sobre ello me habría dado cuenta de que, en aquellas circunstancias, renunciar podía ayudarme a ganar algo de más valor. O, para ser justos, a no perderlo por no haberle dedicado la atención que merecía.

Lucy y yo nos casamos en Cambridge. Fue uno de los pocos días en que el cielo nos concedió una tregua. Tuve la infeliz idea de sugerir que eso debía de ser una buena señal, un presagio de que empezaban tiempos mejores. No creo que Lucy hubiera conseguido hacerse a la idea de que iba a ser madre, a estar casada con un extraño y a vivir lejos de los Estados Unidos, casi de la noche a la mañana. Todo había sucedido demasiado rápido desde que salimos de allí.

Fue una boda muy íntima. Dos compañeros de mi unidad actuaron como testigos y mi familia presenció la ceremonia por

videoconferencia. No quise que viajaran a Cambridge y que entre los recuerdos de boda de Lucy estuviera la ausencia de sus familiares y conocidos. Por atención a ella también propuse que oficiara un sacerdote cristiano, pese a que mi familia es de tradición budista, pero Lucy no aceptó. Imagino que quería evitar oír las palabras de consuelo, de esperanza y de fe que se habrían mencionado de forma inevitable durante la ceremonia. Es difícil que se hubiera sentido acompañada por una protección divina cuando se defendía acurrucada en aquella gasolinera, con un dedo en el gatillo, temiendo que los asaltantes la rodearan o la sorprendieran por la noche y, sobre todo, sabiendo que nadie iba a acudir en su ayuda. De modo que, al final, fue una ceremonia discreta y laica. La ofició un político de la ciudad, marchó tan bien como cualquier boda normal y los dos vivimos uno de los pocos días felices que íbamos a conocer.

Una semana después, cuando Lucy estaba entrando en el último mes de gestación, nuestro médico descubrió que el hijo que esperábamos sufría graves problemas neurológicos. Lucy no reaccionó al recibir la noticia… al menos no como yo temía. Nos quedaba la esperanza de que fuera una deficiencia congénita, en ese caso la medicina podría hacer mucho por ayudarle. Sin embargo, esa última vela se apagó también dos días después, cuando nos comunicaron el resultado de las pruebas de ADN. Nuestro hijo no podía sintetizar correctamente una proteína que era imprescindible para el desarrollo del sistema nervioso. Era probable que los agentes químicos a los que Lucy había estado expuesta hubieran mermado su capacidad para concebir un hijo sano. La enfermedad se podría haber detectado a tiempo si Lucy no hubiera pasado la mayor parte del periodo de gestación en un campamento de refugiados, pero en aquel momento era demasiado tarde para intervenir. La esperanza de vida de nuestro hijo era casi nula.

Kenji nació el doce de octubre de 2031, después de un parto inducido. Respiró el sucio aire de este mundo durante tres horas, y luego dejó de hacerlo. El funeral tuvo lugar quince días después de nuestra boda.

Recuerdo a Lucy vestida de luto, aceptando las condolencias con gran entereza. Cuando la dejaban sola, sin embargo, miraba el pequeño ataúd blanco y estrujaba su negro traje entre las manos. La muerte de nuestro hijo ya era algo bastante malo, pues por él habíamos decidido cambiar nuestras vidas y establecernos en Inglaterra; él había ayudado a unirnos y, en el momento crucial, nos dejaba, perdidos y desorientados. Pero lo más duro era pensar en lo que podía estar pasando por la cabeza de Lucy. Mi dolor era mayor

por su sufrimiento que por el de nuestro hijo, que ni siquiera había llegado a conocer las miserias de este mundo.

Nos quedamos en Londres un mes más. En parte porque era difícil abandonar la tumba de Kenji y marcharse a vivir en cualquier otro lugar, sabiendo que habíamos dejado un hijo en aquella tierra lluviosa. Sin embargo, la verdadera razón era que Lucy debía hacerse pruebas cuanto antes para saber cuánto le habían afectado las armas químicas. Estaba claro que el examen al que había sido sometida cuando entró en el campamento no había sido lo bastante riguroso. Si había el más mínimo riesgo de que volviera a dar a luz a un bebé enfermo habría que prevenir de forma definitiva que pudiéramos concebir por medios naturales.

Nuestros temores se acabaron confirmando. El desgraciado que sembró de muerte Saint Louis había destrozado también la vida de muchos de los supervivientes, incluyendo la nuestra. Lucy ingresó a principios de noviembre del 31 para una ligadura de trompas; la operación no tuvo complicaciones y enseguida le dieron el alta. Durante las próximas generaciones habrá muchos que pasarán por lo mismo. Fue igual con Hirosima, Nagasaki, Vietnam… los rescoldos de las guerras contemporáneas arden despacio y tardan mucho en extinguirse.

Unos días después, a primera hora de la mañana, en el apartamento que habíamos alquilado, me levanté y, tras un largo silencio, le dije que nos íbamos a Tokio. Ella no protestó. Yo quería alejarla de aquel mundo viciado por la tragedia y me pareció que llevarla a vivir a una cultura distinta y acercarla a mi familia podía ayudarle a desprenderse del pasado, a pensar sólo en cosas triviales como adaptarse al idioma, la comida y las costumbres… a perder de vista las imágenes de Saint Louis, lleno de moscas, y del funeral bajo la lluvia de Londres.

Compré los billetes de avión con el móvil. Llamé a los míos para explicarles lo que sucedía y pedirles que prepararan nuestra llegada. Teníamos poco que meter en las maletas, a mediodía estaba todo ordenado. Prometí a Lucy que volveríamos al menos una vez cada dos años para visitar la tumba de Kenji; podíamos contratar el servicio de floristería del cementerio. Para no quedarnos el resto del día dentro del apartamento, lamentando nuestra mala suerte, salimos juntos a pasear. Ayudé a Lucy a ponerse la chaqueta y, llevándola del hombro, abandonamos el edificio.

Fuimos hasta el centro en un taxi sin chófer. Nos bajamos enfrente del Big Ben. El tiempo era pésimo, como lo había sido los días anteriores: el cielo estaba cubierto, caía una fina llovizna y la neblina lo tapaba todo a unos cien pasos. Era un día laborable y,

para no variar la costumbre, el tráfico era infernal. La estampa era muy desapacible, con ese aire gris e impersonal de las ciudades modernas cuando muestran su rostro más inhumano. Yo tenía pensado caminar un poco y luego refugiarnos de Londres y su terrible clima en un café literario que solía frecuentar, escuchar un rato a los cuenta cuentos y luego, si Lucy se animaba, ir al teatro y reservar cena en un restaurante. Pese al carácter huraño de la ciudad yo le había tomado cariño y quería que Lucy se llevara al menos un recuerdo agradable de ella antes de dejarla atrás.

Ese era el plan en el que estaba pensando mientras pasábamos sobre el Támesis. El río bajaba turbulento, crecido por las lluvias del último mes, las aguas se tragaban el pálido resplandor del cielo y, a la sombra del puente, donde no emitían un reflejo de peltre, eran negras y cristalinas como los ojos de los perros. Fue eso exactamente lo que pensé, "como los ojos de los perros". En ese momento me volví y, al hacerlo, busqué a Lucy a mi lado. Pero Lucy no estaba.

Miré alrededor. Los transeúntes levantaron apenas los ojos hacia el extraño de rasgos orientales y se retrajeron en sus gabardinas o taparon su rostro bajo el paraguas. Una angustia terrible se adueñó de mí… seguro que conocen esa sensación. Regresé sobre el puente, empujé la espalda de la gente que me estorbaba y, cuando empezaba a desesperarme, la encontré. Lucy estaba inclinada sobre el pasamanos, mirando las negras aguas del Támesis.

Grité su nombre. Todos aquellos extras sin nombre que rodeaban nuestra escena se detuvieron y se volvieron hacia el hombre que gritaba. Yo me lancé sobre Lucy. La arrebaté casi con violencia, apartándola del pasamanos y Lucy, sorprendida, gritó también. La estreché entre mis brazos.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo ella, y de pronto rompió a llorar—. Me has asustado…

—Lo siento —dije yo—. Lo siento…

Y lo sentía, de verdad. Lo sentía por los dos. Tal era el punto al que había llegado nuestra vida que había empezado a temer por nuestros deseos de seguir viviéndola. Yo tenía a Lucy, a mi familia, a mis amigos… pero Lucy sólo tenía a un soldado japonés y a un niño muerto.

¿Cómo podía la realidad volverse tan desesperada? No éramos los primeros ni fuimos los últimos en sufrir una desgracia semejante. Si todas las parejas encontraban tarde o temprano el modo de superarla, ¿cuándo íbamos a hacerlo nosotros?

En nuestro caso, sin embargo, todo se deslizaba lentamente hacia abajo y el futuro no iba a traernos más que pena y sufrimiento. Lo habría dado todo por tener aunque fuera un débil rayo de esperanza, uno que no se marchitara al tocarlo. Pero, en realidad, nos hacía falta más que eso para cambiar nuestro destino.

~

Lucy pareció animarse cuando entramos en mi viejo piso de Tokio. Los muebles estaban cubiertos con telas, tal y como los había dejado antes de marchar. Era un piso bien situado y podría haberlo vendido o alquilado en un par de días, pero sentí un reparo supersticioso a deshacerme de lo más parecido a un hogar que tenía antes de unirme a una misión en un escenario de guerra. De todas formas sólo pretendíamos quedarnos en aquel piso por un tiempo. Tan pronto como nos fuera posible nos mudaríamos al campo, a una zona residencial. Tokio y su frenético estilo de vida eran bastante duros para un extranjero y yo no quería que Lucy terminara sintiéndose enjaulada dentro del piso. Además, estaba pensando en proponerle que intentáramos tener un segundo hijo, esta vez por fecundación in vitro, pero temía hacerlo demasiado pronto o que Lucy no tuviera las fuerzas suficientes para enfrentarse a ello.

La duda de si Lucy se adaptaría a la vida en Japón no tardó en disiparse y, por una vez, se resolvió a nuestro favor. Es una de esas cosas que tiene la vida, que nos esquiva en lo que deseamos y nos sonríe en lo que menos se la espera. Descubrimos que Lucy podía arreglárselas bastante bien con el inglés. Tokio se estaba rehaciendo a sí misma para ocupar el lugar de Nueva York como la capital del mundo cosmopolita y hasta en los baños públicos se atendía a los clientes en varios idiomas, aunque fuera con ayuda de un traductor de sobremesa. Aun así, Lucy se esforzó por aprender suficiente japonés para leer los letreros y etiquetas de las calles y los comercios del vecindario. No menos importante fue el buen trato de la gente, que para entonces conocía de sobras nuestra historia. No hace falta decir que allí se entendía muy bien lo que estaban pasando los supervivientes de la guerra. Los más ancianos de Japón todavía recordaban las tragedias de la Segunda Guerra Mundial, y los que no llegaban a tanto habían oído suficiente acerca de ellas. Todos los males que había sembrado el gigante de occidente

durante el último siglo le habían sido perdonados después de lo que había sufrido, y es que aquella era una buena oportunidad para hacer borrón y cuenta nueva.

Recuerdo el día en el que sugerí a Lucy que tuviéramos un hijo mediante la selección de embriones. El sol era radiante, el cielo de primavera era de color azul puro, algo inusual en la brumosa bahía de Tokio. Estábamos disfrutando de la tarde en los jardines del santuario Meiji. El periódico de ese día traía un gran titular sobre el plan “Armas por alimentos” que estaba siendo discutido en las Naciones Unidas. Todavía no se ponían de acuerdo sobre cómo repartir los despojos del arsenal nuclear norteamericano. Lo último que necesitaba el mundo eran miles de cargamentos de plutonio paseando por delante de las narices de los terroristas. Si algo había demostrado la guerra, en todo caso, era que las armas nucleares eran un invento del pasado, tan anticuado como las espadas y la caballería. Era mejor emplear ese combustible en proyectos civiles o, simplemente, deshacerse de él consumiéndolo en la exploración del espacio.

Ni siquiera tuvimos que discutirlo. Lucy aceptó. Fue tan fácil que me olvidé al momento de mis preocupaciones. Sin embargo, no debería haber dejado que Lucy tomara la decisión tan rápido. Me temo que quise engañarme desde el principio, quise que nuestra vida empezara a enderezar el rumbo y que todos nuestros problemas quedaran atrás. Me levantaba todos los días preguntándome si el sueño habría llegado a su fin, si Lucy habría muerto en la guerra y me habría casado con un fantasma, con un espíritu errante… hasta que la veía alegrarse por algún detalle trivial y entonces mi corazón lleno de dudas se calmaba de nuevo. Me convencí de que un hijo terminaría con aquel duro tránsito y cerraría nuestras últimas heridas. Las técnicas de reproducción asistida nos podían garantizar que nuestro segundo hijo nacería fuerte y sano. Tan pronto cumpliera un año, nos mudaríamos al campo, llevaríamos una vida cómoda y agradable. Y entonces, dentro de diez o quince años, volveríamos a Saint Louis. Así Lucy podría enterrar para siempre las imágenes de la guerra, podría ver su ciudad recuperada por completo, llena otra vez de actividad.

El tratamiento llevó más o menos cuatro semanas, entre abril y mayo. Nos quedamos con el más sano de dos docenas de embriones viables. Podíamos haber elegido uno con mejores cualidades atléticas u otro que podía ser un buen estudiante… pero el riesgo de que naciera enfermo, por insignificante que fuera, era más de lo que podríamos soportar. Afortunadamente el primer intento fue el bueno. Unos días después de la implantación la

prueba de embarazo dio positivo. La familia envió flores y muchos regalos. La vida sonreía de nuevo.

Por alguna razón, sin embargo… fui yo el primero en darse cuenta, una semana más tarde, de que las flores que dejamos en casa ya se habían marchitado.

~

Como dije, intenté engañarme a mí mismo. No se puede decir, en realidad, que tuviera un éxito completo. Durante el tiempo que seguiría no iba a dejar de retorcerse en mi conciencia una entrevista que tuvo conmigo el doctor de la clínica de fertilidad. La selección de embriones era una técnica lenta y cara, por lo que todos los candidatos debían pasar una prueba psicológica. El tratamiento no se concedía si la familia era problemática o disfuncional, o si el embarazo podía empeorar un trauma o una enfermedad de la madre. Sobre esto último yo podía estar seguro de que antes sería al contrario, pero no podía convencer de ello a un médico. El efecto que podía tener en Lucy era una moneda al aire y, aunque no nos negaron el tratamiento, teníamos la obligación de acudir a un psiquiatra en cuanto apareciera la primera complicación. Esto me lo dijeron en privado, y no hablé de ello a Lucy. Decidí esperar primero a ver de qué lado caía esa moneda.

Fue una mala decisión. En la vida casi nada es del todo definitivo. La moneda no se queda en la mesa, alguien pasa y le da la vuelta, hoy es cara y al día siguiente es cruz. Intentamos determinar el futuro y, al final, él es quien nos determina a nosotros. Si yo hubiera pasado más tiempo junto a Lucy, si no me hubiera separado de ella… podría haber hecho algo para impedir que nuestra suerte cambiara. Pero el contrato por el que servía a los cascos azules de la ONU estaba pendiente de renovación y tenía que aceptar el próximo destino si no quería perderlo. Hacia mediados de mayo llevé a Lucy a visitar la Torre de Tokio. Creí verla con mejor ánimo, con un brillo en la mirada que nunca antes había tenido, como si volviera por fin a la vida. Quizá fue por estar lejos del aire viciado, irrespirable de la tierra, llena de muerte, y estar más cerca de las nubes y el aire puro del cielo. O quizá no fue nada de eso, pero de todas formas ese brillo me dio la confianza suficiente para aceptar una misión de cinco meses en Angola. Dispondría de dos

permisos de cinco días y, además, volvería a tiempo de estar con Lucy en el final del embarazo. Pero, si hubiera sabido lo que ocurriría, no me habría marchado. Si lo hubiera sabido lo habría dejado todo para estar con ella.



Ilustración: Pedro Belushi

¿Qué es lo que pasó durante esos cinco meses? A veces pienso que no pudo ser consecuencia del pasado, sin más. Tuvo que ser culpa del destino, el cruel destino al que ambos estábamos alimentando a cada paso, como el animal que se retuerce en el lazo y, sin saberlo, contribuye a aquello de lo que trata de huir. Ese lazo cayó sobre nosotros aquel día de invierno, en Saint Louis, y no había dejado de estrangularnos desde entonces. Cuanto más tratábamos de respirar, más nos dolía y más nos ahogábamos. Si no nos hubiéramos conocido, me digo hoy, podríamos haber encontrado la forma de ser felices, cada uno siguiendo su propio camino. Y, creedme, cuando uno ama de verdad a alguien está dispuesto a sacrificar sus sentimientos para salvar a esa persona, para alejarla de una vida desgraciada. Es lo que yo tendría que haber hecho. Creí que podría darle a Lucy una vida mejor sacándola de allí, de su tierra, del lugar donde la sangre de su gente había echado raíces, y lo único que conseguí fue que la herida siguiera abierta. Todo porque decidí que, para mí, lo más importante era ser feliz a su lado. El amor es a veces un sentimiento egoísta… entramos por él en la vida de la gente y con ello sólo conseguimos hacerles daño.

Lucy se dejó crecer el pelo; siempre lo había llevado corto. Noté que se estaba volviendo más reservada entre permiso y permiso. Yo llamaba a casa a menudo, casi a diario, pero aquellos contactos eran tan breves que no me permitían indagar sus emociones. Seguramente pasaba las largas y silenciosas tardes de verano sentada en casa, a solas, oyendo cantar a las chicharras, abrazando a nuestro hijo que crecía en su vientre mientras trataba de ahuyentar los temores y los vívidos recuerdos. Tal vez tenía miedo de no poder convertirme en padre. De que todos nuestros

hijos nacieran sin vida, como si el hálito de la muerte que había flotado en el aire tras los ataques se hubiera introducido en ella. Lucy sufrió durante mi ausencia, sufrió en silencio, en un país extraño, sin tener a nadie cerca. El sol de verano debía de brillar entre las cortinas con la fuerza de los incendios en el horizonte de Saint Louis, el sudor y las lágrimas se tuvieron que confundir en su rostro igual que en el año de la guerra… y yo no estaba allí para consolarla, para calmar su miedo.

El último día en Angola llamé a casa. Tuve que intentarlo tres veces antes de que Lucy aceptara la conferencia. Cuando llegó la imagen la cámara estaba fuera de encuadre, vuelta hacia un rincón. Le pedí a Lucy que la ajustara, pero me dijo:

—Lo siento. No sé qué es lo que va mal.

No quise insistir. Debería, pero no lo hice. No entendía qué problema podía haber; sin embargo, pensé que en dos días estaría de vuelta en casa y, si había algo de lo que tuviéramos que hablar, podíamos hacerlo entonces y no a través de una pantalla. Di por sentado que Lucy había estado llorando y no quería que yo la viera con los ojos enrojecidos. Quiero que comprendan que Lucy no me dio pista alguna durante aquella conversación, ninguna al menos que yo no pudiera ignorar. Cuando colgué no sentía otra cosa que la ilusión de volver a verla y de quedarme con ella hasta que naciera nuestro segundo hijo.

Aquí debo hacer un inciso. Antes de entrar en el Ejército, una de mis aficiones eran las motos deportivas y, en concreto, los modelos de finales de los noventa. Tenía una en propiedad, perdonadme que no mencione la marca, de gran cilindrada y en perfecto estado de conservación. Sólo la pintura —rojo brillante—, y los neumáticos eran nuevos. Cuando viajaba fuera de la ciudad la guardaba en un trastero que tenía alquilado cerca del aeropuerto. Me gustaba recuperar las viejas sensaciones al regresar y una de ellas era conducir aquella moto hasta casa. No la ponía en marcha por otra razón. Desde que entré en los cascos azules apenas si hice mil kilómetros sobre ella.

Así fue, por lo tanto, como llegué a la puerta del edificio. Me bajé de la moto, me quité el casco, desenvolví el ramo que había comprado en la floristería del barrio y llamé al interfono. Nadie contestó. Supuse que Lucy estaría en la ducha y no había oído el timbre. Abrí, subí en el ascensor con el ramo en la mano: eran rosas sintéticas, se marchitaban pronto pero tenían un precio menos abusivo que las de verdad. Las flores se habían encarecido mucho después de la guerra.

Nadie me abrió la puerta. Tuve que quitarme un guante para poner el dedo en la cerradura digital. Traspuse el umbral y llamé a Lucy, pero la casa seguía en silencio. Me extrañó que hubiera salido, pues le había dicho a qué hora llegaría el vuelo. Decidí llamar a su móvil, pero antes busqué un florero para dejar el ramo. Me disponía a dejarlo sobre la mesa del salón cuando descubrí la carta.

¿Llegué a leerla? ¿Qué fue lo último que Lucy quiso decirme? Ojalá lo supiera. Por razones que ya deben de conocer, mis recuerdos de aquel día son escasos. No recuerdo haber volcado el jarrón y, sin embargo, cuando volví al piso, un par de meses después, había rodado por la mesa, había caído al suelo y se había hecho añicos. Las tres breves líneas de tinta se habían empapado y eran ilegibles. Era como tener siempre los ojos húmedos y no poder entender lo que decían. Lo único que puedo recordar con certeza es que salí corriendo, me lancé sobre la moto y apreté a fondo el acelerador. Porque, por una razón u otra, sabía dónde iba a encontrar a Lucy.

Aquel día hacía un calor horroroso en Tokio. El aire se rizaba sobre el asfalto. Había poco tráfico, también era demasiado pronto para que las calles se llenaran de jóvenes en busca de un romance estival. La ciudad entera parecía fundirse bajo el sol. Me salté de forma deliberada los límites de velocidad. La policía me seguía con todo el ruido de sirenas cuando vi asomar por fin el remate de la Torre de Tokio.

Ya desde lejos distinguí la multitud que se apiñaba al pie. Todos miraban hacia arriba. Había un helicóptero de la policía dando vueltas en torno al mirador. Tras la quietud que había encontrado en el camino, el ruido me golpeó con fuerza, como una violenta bofetada.

Lo siguiente ocurrió muy rápido. Alcé la vista hacia la Torre y vi una minúscula figura, de espaldas al lugar al que se había encaramado, su cabello y sus prendas agitados por las ráfagas de aire. Vi todo a través de un túnel, un largo túnel blanco. Ella estaba demasiado lejos, y el sol me deslumbró. Ojalá supiera cuál era la expresión de su rostro… si sus ojos brillaban como la otra vez. Si había encontrado algo más que nuestra eterna desesperación. Allí arriba el viento siempre era intenso, era fresco y puro, como si uno pudiera arrojarse en sus brazos y echar a volar.

Mis ojos no resistieron más el resplandor del sol. Es por eso que no miraba cuando gritó la multitud. Me pregunto, pese a que no quiero saberlo, si Lucy me vio llegar. Me pregunto si no fui yo el que la hizo saltar, si le habría faltado la fuerza de voluntad de no haber aparecido en aquel momento. Quizá sea porque deseo

echarme la culpa. Todos mis intentos de salvar a Lucy parecían haberla arrastrado hasta el desenlace fatal. Yo tendí los brazos hacia una superviviente, herida y frágil, pero ella siguió ardiendo y consumiéndose entre mis manos, y cuanto más fuerte intentaba aferrarla para no perderla, más rápido se deshacía, convertida en cenizas. Al final, mis manos habían quedado vacías y lo único que había conseguido amándola era aumentar su sufrimiento. Decidme, pues, si hay acaso un destino más infausto que el nuestro. Con ella se fue mi segundo hijo, se fueron dos años de momentos terribles, dolorosos, y también algunos recuerdos felices.

Cuando bajé la vista, cegado por el sol, no vi el camión de reparto aparcado en el arcén. Tampoco sentí dolor. Cuando recuperé la consciencia, sin embargo, todas las flores ya estaban secas.

~

Desperté dos meses más tarde, en una cama de hospital. Era como estar en el cuerpo de otra persona. Mi espíritu todavía estaba regresando del otro mundo. Mi cabeza estaba en blanco, y las condolencias de familiares y conocidos me sonaban extrañas y me llenaban de preguntas sin respuesta.

Un día, de pronto, descubrí que no podía respirar. Descubrí que no *quería* respirar. Luché conmigo mismo, me retorcí en la cama y me arranqué los goteros, hasta que alguien vino, me sedó y me puso una mascarilla.

Había un médico y un psiquiatra junto a mi cama al día siguiente. “Tenemos que hablar con usted”, me dijeron. Y me hablaron. Padecía el síndrome de Missouri. Era el primer enfermo que lo manifestaba sin haber estado en la guerra. Pero todo tiene, por supuesto, una explicación. Yo también había visto las consecuencias de los ataques con armas químicas y, atendiendo a mis circunstancias personales, había sufrido igualmente el trauma de perder por su causa a alguien querido. Quizá no lo fui al principio. Quizá creí, cuando pasó todo, tras haber presenciado la tragedia desde la distancia, que nunca me iba a afectar. Pero no fue así. El año que perdí a Lucy me convertí en una víctima de la guerra.

Todavía hoy sigo padeciendo el síndrome. Sólo hay una cosa que ha cambiado con el tiempo. Es algo que fui aprendiendo al conocer a la gente de mi época. Al final, dejé de preguntarme si el destino estuvo en contra nuestra. Aunque parezca increíble, tras la Tercera Guerra Mundial —y lo mismo puede decirse de todas las anteriores—, quedaron miles de historias como la nuestra por contar. Quizá no sean tan famosas, quizá no tan trágicas, pero en ningún caso son menos tristes y dolorosas. Yo he contado la mía, el recuerdo que de otro modo habría preferido guardar sólo para mí, para que ustedes no sientan la tentación de olvidarse de las demás. Lucy se fue para intentar salvarme, pero ya era demasiado tarde. Quiero creer que aún no lo es para las otras víctimas, las que nunca estuvieron en la guerra, las que aún no saben que pueden serlo.

Quiero creer que Lucy logrará salvarlas. Sólo díganme, por favor, que no fue todo en vano.

Francisco (Fran) Ontanaya nació en julio de 1981 en Valencia, según sus propias palabras, “porque es una época de mucho calor para estar dentro de un útero”. Ya lo tuvimos en Axxón con “Después de todo, lo más inesperado” (107), “El gato dormido” (146) y “El cielo de los ángeles” (157). También aportó un ensayo: “Superarse o morir en el intento, el criterio de la ciencia ficción”, en Axxón N° 153. Claro que Fran no sólo anda por Axxón. Ha publicado en Nexus, Artifex, Valis, Parnaso y Tierras de Acero. “El año que perdí a Lucy” fue uno de los finalistas del I Concurso Internacional Axxón de Cuento de Ciencia Ficción: Edición 2006.

Cuatro mil cuatrocientos noventa y cuatro días

Vylar Kaftan

Inocente. Probado hoy. Después de nueve mil cuatrocientos noventa y cuatro días en el planeta Khrokh. Director lo dijo, parado frente a la enorme ventana. Mira las minas, donde mi gente hiere, perfora el enrojecido suelo buscando metales. El caliente sol se distingue a través de la bóveda translúcida; más allá está la atmósfera amarillenta y venenosa. Observo a mi gente abajo. Desde la oficina parecen puntos minúsculos, diseminados en el suelo. Es lo que soy, un punto nada más. Casi veintiséis años desde entonces. Aquí no miden el tiempo en años Khrokh, o en mis años, sino en años terrestres.

—No existen palabras que expresen la magnitud del error —dice Director, en tono formal. Deja unos papeles frente a mí—. Usted siempre fue un recluso de conducta intachable. Pero nunca debió estar aquí.

Dos días, pienso. Dos días se demoraron en decidir mi sentencia y ahora, ahora se dan cuenta de que no pertenezco aquí.

—¿Qué error se cometió? —pregunto con voz desigual. Mis alas se sacuden un poco y siento escozor. Estoy confundido. Hoy soy encontrado inocente. Miro mis garras, agrietadas por el trabajo de la mina. Mi garra izquierda está casi inutilizable.

—Bueno, aparentemente, el Juez no siempre acierta con la especie extranjera. El noventa y nueve por ciento del tiempo es infalible. Está programado para manejar los casos de la mayoría de las especies conocidas de la galaxia. Pero cada tanto…

Aclara su garganta. Toser en mi lengua es signo de coqueteo. Imaginé lo que sería emparejarme con Director, algo parecido a jugar con el alimento.

—Contigo se equivocó —dice.

Saber esto, tras revivir aquel día en que pusieron los instrumentos en mi cabeza, y me enteraron de que había asesinado una ciudad. Una ciudad de la que sé sólo en mis sueños inconscientes, pero que jamás vi. Como los niños humanos, que no son conscientes de lo que ven, así somos nosotros antes de despertar. Me dicen que maté seres humanos en mi mundo, que destruí una ciudad humana. Yo no entiendo mi crimen, pero aún así me retienen en Khrokh.

Con todo me sé inocente. Los humanos me toman, me interrogan. Miedo, cuando los instrumentos prueban mis memorias no-sólidas. Miedo, cuando me cuestionan. Los instrumentos dicen que soy culpable, y me envían a Khrokh, donde el sol quema y yo debo permanecer despierto cada día. Los días terrestres son el doble de largos que los míos. Nueve mil cuatrocientos noventa y cuatro días son mucho más para mí. Ahora soy viejo. Mi gente no vive más allá de treinta años terrestres, y la mayor parte de mis días ya se han ido.

—Soy inocente —digo otra vez, y rasguño el piso. Había dicho estas palabras antes y a ningún humano le importó.

—Sí, eres libre.

—¡Libre! —Recordé la palabra de mis sueños inconscientes. ¿Qué haces cuando eres libre?

—Sí. Desafortunadamente la lanzadera no estará aquí por un par de días; dejó la Tierra mucho tiempo después de que nos diéramos cuenta de lo que pasó. Lo siento mucho, pero usted tendrá que aguardar aquí dos días más. Sin embargo, ahora es libre. Puede caminar por el complejo todo lo que quiera. —Al decir esto mira mis piernas, un poco más agraciadas que las suyas—. Usted se ha comportado perfectamente durante su estancia aquí, lo mismo que toda su gente, por supuesto.

—No sé qué hacer. —Estoy desconcertado, perdido. Me siento como antes de ser despertado. Incertidumbre. Tal vez intenten culparme de nuevo…

—Bien, diviértase —dice enérgicamente. Si algo sé de Director es que cuando las emociones lo invaden, él intenta ocultarlas. Muchos humanos lo hacen. Esto es porque son carceleros. Lo miro y ladeo la cabeza. Él me observa y relaja el gesto —. De verdad lo siento mucho. Esto es muy injusto.

Injusto, esta palabra, palabra humana. No hay traducción para mí. Lo sé, por lo que ésta no tiene sentido. Lo más cercano a ella es "*dhrianya* no es siempre obvio" . Los humanos no ven la justicia en los acontecimientos, como lo hacemos nosotros. Si tus plumas se secan y se caen, es la *dhrianya* por los pecados cometidos en la juventud. Si tu cría nace ciega, es la *dhrianya* por ser un mal hijo. Traer balance. La gran alegría viene para aquellos que sufren más, y todo termina por equilibrarse.

—Injusto —repito, saboreando la palabra.

—Injusto —continúa él—, que usted haya pagado por un crimen que jamás cometió.

—*Dhrianya* —digo.

—¿Qué quiere decir? —pregunta. El rojo sol se vierte a través de la ventana encendiendo la habitación.

—Algún día será obvio. —No sirve explicar a los humanos. Ellos no entienden.

Desvía la mirada. Se interesa en los papeles sobre el escritorio.

—Tome sus papeles. Esperamos disfrute estos dos días de su estancia en la encantadora prisión Khrokh. —Director me mira de nuevo. El tono de su voz cambia. Sé que los humanos cambian el sentido de las palabras con esto, pero aún no entiendo bien cómo—. Usted no puede estar diciendo que esto ha sido justo.

—Merecido.

—¿Cómo? —cierra de golpe el libro, y yo salto a un lado asustado. Director se pone de pie y camina hacia la luz roja de la ventana. Director piensa, habla, me mira—. ¿Cómo puede ser esto justo?

Extraño. ¿Cómo pueden ser los humanos tan violentos?

—Mire —dice—, puede creer lo que sea que lo haga sentir mejor, pero son estupideces, usted fue víctima de un cruel desatino y simplemente no es justo. Llevo más de treinta años en este empleo y este es el más ridículo, el más endemoniadamente descabellado error de justicia que jamás había visto. No es su culpa que el Juez se haya equivocado… por Dios, es una máquina hecha por el hombre finalmente… y no es su culpa el que lo haya sentenciado a veintiséis años de trabajos forzados. No es su culpa que la raza humana jodiera a la gente pájaro sólo porque les teníamos tanto miedo, desde hace tantos años. Ahora usted está muriendo, y su vida fue desperdiciada aquí, en la prisión. Todo por nada. Usted ha sufrido más de lo imaginable, y sin ninguna razón válida. Usted era inocente y aún así tuvo que pasar por esto. ¿Por qué no está enojado? ¿Por qué no está furioso?

Finalmente comprendo lo que me quiere decir.

—El equilibrio vendrá —digo. Pero las palabras de Director encuentran sentido en mi mente. *Dhrianya* me compensará, me traerá alegría. Pero no logro imaginar qué alegría podrá equilibrar nueve mil cuatrocientos noventa y cuatro días de sufrimiento y dolor, sofocándome bajo el sol del ardiente Khrokh. Es difícil precisar cómo *dhrianya* planteará mi futuro, o ¿es que este *dhrianya* ha sido por los pecados del pasado? Pero mi vida apenas comenzaba en ese entonces, apenas despertaba a la consciencia, hace veintiséis

años, y no puedo recordar nada antes de eso, ¿cómo pude cometer tantos pecados para que este castigo cumpliera con el equilibrio? ¿De qué forma la alegría que vendrá por este sufrimiento podrá compensarme en el futuro?

Director se detiene frente a mí. Exhala profundamente.

—Me alegra que piense que las cosas mejorarán allá afuera. Le ayudará a superar esto. Vaya. Vaya y disfrute de su libertad.

Salgo al vestíbulo blanco. Los guardias me escanean, mi código ha cambiado. Ahora permanecen de pie a un lado y cabecean. No más golpes, no más piernas sujetadas. Estoy consternado. Esto es la libertad. Caminar solo. Seguro *dhrianya* sabe ahora que soy inocente, y por eso ellos me tratan bien. Pero entonces pienso que yo siempre fui inocente. ¿Por qué entonces no me tratan mejor? Mi mente se llena de confusión. Tengo que pensar. ¿A dónde ir? De regreso a las minas, a dormir en el nido, a caminar por nuevos lugares. Me detengo en el vestíbulo, intento decidir. Intento pensar. Pero no puedo hacerlo con claridad. Escucho un zumbido en mi cabeza; necesito azúcar.

Voy a comer. Dos pasillos en Khrokh: uno de ellos me lleva a una tienda abierta para mi gente, y está el otro pasillo. Nunca antes tomé rumbo hacia el corredor de los guardias. Ahora estoy en un lugar fresco donde Director y los demás carceleros comen. Me escanean, me reconocen, y me dejan entrar. Se escucha un susurro a mi alrededor. Acepto una bandeja repleta y bebo gloriosamente el azúcar. Ingiero todo lo que hay en el plato, y al terminar, me siento reestablecido, capaz de pensar con claridad. Y lo que pienso no me gusta.

La justicia es absoluta. Como la materia, jamás se destruye. A cada acción le corresponde una reacción, dicen los humanos. No entiendo cómo pueden ser tan ciegos a la aplicación de esta ley en todos sus sistemas. Si las acciones que me llevaron a esta sentencia crearon una reacción ¿dónde está la justicia para mí? Mis garras se desgastaron cavando la piedra en las minas, mi voz se ha secado por el viento seco provocando dolor en mis cuerdas vocales, y tras todo esto lo único que me dicen es que se cometió un error. Recuerdo claramente el miedo que tenía de la máquina, la preocupación de sentirme confuso cuando llevaba tan poco tiempo de haber sido despertado, y luego no recuerdo más que impresiones fugaces, el terror de que pudieran lastimar a una criatura poco desarrollada como yo. La máquina dice que he destruido una ciudad humana. También me dice que lo mismo hice con otros que estaban en mi nido, que eran mayores que yo. Yo no lo recuerdo bien pero si la maquina lo dice entonces debe ser cierto. Es como *dhrianya*. Y es

por esto que estoy en Khrokh.

He sufrido tanto y ¿para qué? ¿Cómo es que sé que yo merecía esto?

Un carcelero grande se sienta a mi lado, come y se va. Cabeceo. Muchos humanos me miran, susurrando. Continúo bebiendo. Otro se sienta y dice:

—Oiga, escuché lo que pasó. ¡Vaya que lo jodieron! ¿Qué tipo de compensación está exigiendo?

—¿Compensación? —Paladeo esta palabra también. Es la palabra que los humanos usan cuando buscan el equilibrio. Una forma de forzar *dhrianya*. Me vuelvo hacia el humano, su uniforme es rojo, rojo como el planeta Khrokh.

—Sí, una compensación por todo lo que ha sufrido. ¿Qué tipo de compensación está exigiendo? A la Liga Interplanetaria le va a encantar su caso, podría hacer trillones. ¿Cuánto está exigiendo?

Trillones de qué, me pregunto. Pero no lo hago en voz alta.

—No necesito. No he pedido nada.

Él se queda sorprendido, con la boca abierta. Deja caer la cuchara en la sopa.

—¿Qué? ¿Está loco?

—¿Yo? —La piel me pica donde perdí mis plumas, infección contraída hace tres años. El sol de Khrokh es duro. Muchas de mis cicatrices se escocen. Me rasco debajo del ala y contesto—: Explico. En toda acción hay justicia. Me encarcelaron por casi veintiséis años. Pero ahora soy libre porque la verdad se descubrió. La justicia prevalece.

—Tú estás loco. Perdiste veintiséis años aquí y todo por un estúpido error. Explícame tú cómo puede haber justicia en eso.

—Tal vez no es aparente, pero existe. Siempre que una cosa mala pasa, algo malo pasa para quien la hizo.

Él recoge la cuchara de la sopa, y se sienta a mi lado.

—¿Como un martillo kármico gigante que aplasta a los malos? Qué ridículo. ¿De dónde sacaste semejante idea?

—Es la verdad. Contada por los viejos sabios. Parte del universo es. Ley de física.

—¡Las leyes de la física no aplican al comportamiento humano! ¡Ahora comprendo por qué fue tan fácil conquistarlos!

Reflexiono. Cuando firmamos los tratados los ancianos nos aseguraron que *dhrianya* se encargaría de balancear las atrocidades

que hicieron los humanos. Eso fue hace mucho años, mucho tiempo antes de que yo despertara. ¿Cuánto tiempo le tomará a *dhrianya*…?

—*Dhrianya* es absoluto. No puede ser alterado o negado.

—Ya no quedan muchos de ustedes, con toda la basura y contaminación que hemos arrojado en su planeta. La mayoría de los que quedan vivos viven aquí, en Khrokh.

—Es difícil entender *dhrianya* —confieso. Pero mi mente está hecha un revoltijo.

Él dice: —No existe eso del karma. A veces es una mierda y hay que aceptarlo. Yo soy el primero en admitir que los humanos somos violentos y crueles. Ustedes, la gente pájaro, han sido víctimas de horribles crímenes, pero eso es normal entre los humanos. Llevamos milenios viviendo así. Los ganadores escriben la historia y todo eso. Vamos, ¿alguna vez nos ha pasado algo realmente malo por todo el daño que le causamos a tu gente? ¿Cualquier cosa…?

Rabia silenciosa. —La justicia prevalecerá. Todo quedará en equilibrio. —Pero en mi interior pienso que muy lejos de ser tratados mejor, mi gente muere en mundos extraños, en zoológicos, en experimentos. Y eso pasa desde hace mucho tiempo, desde antes que yo despertara. Lo sé porque mi gente cuenta historias.

—Tarde o temprano encontraremos una excusa para exterminar a toda la gente pájaro. No me gusta decirlo. Pero así va a ser. Ya ha comenzado.

Me llena la cólera. —Se acabó la conversación —digo. Me retiro, dejando al guardia. Las torres afuera, el ardiente sol, camino hacia donde nunca había ido antes. Todos mis recuerdos sólidos están aquí en el planeta rojo. Todo antes de este momento parece un vago sueño.

Me siento y miro a los presos perforando en busca de mineral. Mi gente que se quema en el suelo hirviente, las garras que cavan la roca. Dijeron que nosotros éramos fuertes, y por eso nos dieron el trabajo más duro. No sé si esto es cierto, pero sé que si hice este trabajo por tanto tiempo, eso quiere decir que yo soy más fuerte.

Miro fijamente hacia arriba, donde está la cúpula pálida que resguarda a los humanos del remolino de atmósfera amarilla. Dentro de la bóveda los seres humanos están a salvo, pero mi gente no. Mi gente está muriendo. Cierto. Esto lo sé ahora. Mis recuerdos de la guerra son vagos, yo estaba inconsciente pero aún así sigo recordando. Mi gente se rinde. Algunos dicen que debimos haber

hecho cosas muy malas para merecer lo que está pasando. Pero no puedo creerlo. ¿Cómo podríamos haber hecho cosas más malas que los humanos, que nos obligan a trabajar y a morir en Khrokh?



Ilustración: Sue Giacomán Vargas

¿Dónde está la justicia? ¿Dónde está la justicia después de nueve mil cuatrocientos noventa y cuatro días si mi gente muere por culpa de otra especie? Siempre me he esforzado en creer en la justicia, que *dhrianya* equilibrará la balanza. Esta es la verdad. Pero esto que me han dicho, ¿por qué…? Miro hacia las planicies hirvientes donde trabaja mi gente, junto con unos pocos humanos. Muchos han muerto en este planeta. Caliente, seco, sin esperanza.

Al atardecer dejo mi furia atrás. No tengo más años para vivir. Soy viejo. No veo de qué forma la justicia pueda resanar lo que me sucedió. ¿Cómo podría equilibrarse cualquier cosa? Para que esto fuera posible, algo grandioso y bueno tendría que sucederme. Tendría que ser más maravilloso de lo que creo posible.

No puedo dormir. Permanezco con la mirada fija en la pared, encogido en mi nido. Finalmente comprendo. Injusto significa incierto. Ya no estoy seguro de si algo bueno me espera, o si tal vez estoy condenado para siempre. No, nada bueno puede venir. No sé. Tengo miedo. Las cosas malas suceden sin razón.

En la mañana despierto y voy afuera. En el campo están los seres humanos, presionando a mi gente. ¡Injusto! Mi gente soporta las cargas más pesadas. ¡Injusto! Busco una respuesta en lo más profundo de mi rabia y no la encuentro. Contra la pared me dedico a observar. Deseo esclavizar a los humanos, y ponerlos a trabajar la roca.

Uno de los míos se detiene bajo el sol y arroja la carga a la tierra. La roca cae por todas partes. Al fin comprendo: este es el equilibrio. Ahora que sé lo que es injusto, puedo enfrentarme a los seres humanos. Que desde el principio saben que han sido injustos. Ahora puedo luchar contra ellos y volver la injusticia hacia ellos.

Me inclino contra la pared lleno de rabia. Mis garras

destrozan la piedra. Una sección de la pared se agrieta y se escuchan gritos. Alarmas. Levanto la pared y la lanzo contra los humanos, que obligan a mi gente a trabajar. Los humanos gritan; no me importa. Destrozo a los humanos con mi garra sangrienta. Nos llamaban fuertes, pero no tenían idea. Hasta ahora estábamos ciegos, éramos tontos aunque fuertes. No sabíamos lo que significaba la injusticia hasta ahora. La injusticia me hace fuerte, el coraje corre por mis venas cientos de veces.

Entro en las minas destruyendo la entrada. Las rocas caen y muchos seres humanos quedan atrapados adentro. Mi gente me observa confusa, asustada. No han despertado aún. Yo les grito ¡injusto!, pero ellos no entienden y se limitan a mirarme en silencio.

Los guardias coléricos me apuntan, y disparan, pero matan a quienes están cerca de mí. Doy una voltereta en el aire, y agito mis alas. Ellos no saben que estas alas pueden volar porque nunca habían visto a mi gente con el coraje, pero tantos días en Khrokh y la energía de la injusticia me ha dado nueva fuerza. Me lanzo al techo de la bóveda, rápidamente, apuntando hacia la superficie. La bóveda jamás nos detuvo, ahora lo saben. Si nos quedamos tanto tiempo fue porque creíamos en *dhrianya*, en que ésta vendría a nosotros algún día. Ahora sé que *dhrianya* requiere de acción para causar una reacción. Y yo haré mi propio *dhrianya*. Rompo la bóveda y los fragmentos vuelan detrás de mí.

Escapo hacia la atmósfera amarilla, que es mortal para los humanos, pero segura para nosotros. Perforo la bóveda una y otra vez, como si ésta fuese esa parte de mí que murió cuando supe lo que era la injusticia. Un rayo de luz, un disparo, cercena mi ala y la arroja fuera de la bóveda, y caigo, caigo hasta quedar encima del domo. Comienzo a sangrar, rojo sobre la superficie clara, en un camino de sangre que mancha el suelo de la mina. Mientras las alarmas suenan observo tranquilo a los seres humanos que mueren.

Injusto es vacío. Estoy lleno de confusión. Injusto se siente como tristeza. Aquí estoy, mirando a mi gente, moviéndose de un lado a otro sin saber qué hacer. Alrededor de mí está la atmósfera amarilla hecha un remolino, debajo los cuerpos de los humanos mentirosos. Y entonces recuerdo los sueños de la ciudad que dicen que asesiné. Debajo de mí está la destrucción, las paredes rasgadas, los cuerpos. Tal vez esos sueños eran el futuro, el presente que ahora estoy viendo. Y mientras me desangro, solo, al fin comprendo.

Estos nueve mil cuatrocientos noventa y cuatro días, eran para mí. La pena me invade, junto con el sonido agudo de la rabia. La sangre corre por la bóveda agujerada. Resbalo y caigo donde la tierra recibe mi muerte.

Ahí está mi *dhrianya* … y la sentencia que cumplí, era por un crimen que aún no había cometido.

Título original: “Nine Thousand Four Hundred Ninety-Four Days” - Abyss & Apex, 2006
Traducción del inglés: Sue Giacomán Vargas

Vylar Kaftan es norteamericana; se graduó en el West Clarion y vive en el norte de California. Sus trabajos han aparecido en *Strange Horizons, Abyss & Apex, ChiZine* y *Vestal Review*. Le gustan los gatos, bailar, los juegos de tablero y las cosas rojas. Su website es http://www.vylarkaftan.net/.

El dueño del barrio

Hernán Domínguez Nimo

El sol daba de lleno en el frente de la casa. Hugo estaba acostado, desparramado en los escalones de mármol percudido, ocupando todo el ancho de la entrada. Tenía los ojos cerrados, una sonrisa perenne, los brazos abiertos al costado del cuerpo para recibir la mayor cantidad de rayos solares sobre su enorme cuerpo.

Cualquiera pensaría que aquello era realmente envidiable.

Sólo él podía sentir las gotas de sudor resbalando desde los sobacos por toda la panza, pegoteándole la camisa al cuerpo. La despegó en un gesto casual, y limpió con la mano la transpiración que se le acumulaba entre los pliegues de piel de la barriga. Secó la mano en el pantalón corto.

El calor era insoportable.

Pero si alguien en el barrio le hubiera preguntado —si quedara alguien para hacerlo— Hugo contestaría que era la gloria. En verdad disfrutaba el sol. Era gratis. También el aire. Nadie podía cobrárselo. Tal vez en las colonias de la Luna, pero no aquí. Al menos por ahora.

Una caricia caliente y suave en la espalda.

—¿Te despertaste, Gali? ¡Qué cosa, che, cómo dormís cuando hace calor, ¿eh?! ¡Parecés lagarto en vez de gato!

Galilea siguió restregándole el lomo contra el brazo pero se separó de golpe, sacudiendo un poco el cuerpo, como si así pudiera sacarse el sudor que le había empapado el pelo.

—¿Qué pasó? ¿Te mojaste un poco? ¡No seas maricona, che!

La gata protestó con un maullido, áspero como la risa de Hugo, y se acostó al pie de los escalones, para que el sol la secara. Hugo cerró los ojos otra vez, la sonrisa más grande que antes.

Hasta que escuchó el ruido. Antes de abrir los ojos ya sabía qué era.

A través de las ondas distorsionadas de aire caliente que subían desde el cemento vio —lo adivinó en realidad; nunca tomaba sol con los anteojos puestos— el camión que se acercaba, lentamente, traqueteando. A veces se maravillaba de que aún pudieran transitar por aquella calle llena de escombros y cráteres.

Tardó diez minutos en recorrer las tres cuadras. Se detuvo justo frente a Hugo, con un escape de aire de los frenos. Era un camión de los grandes. Seguro venía con un cargamento completo.

—¡Buenos días! —gritó Hugo—. Una mañana bárbara, ¿no le parece?

El conductor del camión se volvió, sorprendido por el grito, y luego rehuyó la mirada.

Aquello hizo volver la sonrisa de Hugo. Se acercó aún más al borde de la vereda, hasta quedar apenas a un par de metros del camión.

Detrás de la ventanilla cerrada, el conductor se peleaba con los controles. El apuro lo volvía torpe. Por fin logró encender la maquinaria de la parte trasera. Con un zumbido hidráulico, la caja del camión comenzó a elevarse, inclinándose. Al llegar a un ángulo de cuarenta y cinco grados se detuvo en un chasquido.

—¿Qué me trajiste hoy? ¿Hay mercadería de sobra? ¿Tengo para revolver un rato largo? Mirá que la vez pasada me trajeron tres cositas locas y así la cosa no funciona, ¿eh? O me traen un camión completo o ni se molesten en venir, che, que sino me dejan con las ganas.

La puerta trasera se abrió y el cargamento se desparramó encima de los escombros de la calle. La mayor parte de las bolsas estaba rota y el hedor impregnó el aire en un segundo, golpeándolo en la nariz.

Cuando la avalancha se detuvo, la maquinaria volvió a ponerse en funcionamiento y más bolsas de basura rodaron por encima de las anteriores en una catarata de desperdicios. Finalmente, el camión estuvo vacío. Todo el ancho de la calle estaba cubierto de bolsas y porquería.

—¡Así me gusta, che! ¡Hoy sí que se portaron! ¡Decí que me dejé la billetera en el otro pantalón, pero si no, flor de propina te daba! —de repente, Hugo se llevó la mano a la frente, en un gesto exagerado—. ¿Pero qué pavada estoy diciendo? ¡Si ya no hay monedas para propina! Qué macana, che…

La caja trasera del camión comenzó a bajar. El conductor no esperó a que estuviera en su lugar: inmediatamente arrancó para alejarse. Un estruendo lo frenó apenas recorridos unos metros. Una rueda se había metido en un cráter más profundo que los demás, haciendo que el fondo del camión chocara con alguna piedra. El conductor intentó la marcha atrás y también fue inútil.

"Jodete" pensó Hugo. "Tus jefes mandan a romper la calle y

después quieren que alguien transite".

Hamacándose hacia adelante y atrás, el camión salió del pozo y se alejó hasta el final de la cuadra. Pasada la esquina, la calle mejoraba de a poco.

Hugo sonrió ante la idea de bajar a revolver en la montaña de basura. Difícilmente hubiera algo de utilidad. Las primeras veces las había revisado. Después de todo, la gente siempre tira cosas útiles. Ahora sospechaba que las peinaban, bolsa por bolsa, para que sólo le llegaran restos orgánicos putrefactos.

Esos embarques arreciaban en épocas de calor. En un día como ése, en apenas un par de horas, el olor sería insoportable allí en la calle. Lo peor era el *juguito* de la basura, como él lo llamaba. Se escurría por debajo de las bolsas y corría hasta el borde de la vereda, donde se espesaba y formaba meandros pantanosos. Reprimió el gesto de asco y dio la vuelta. Galilea lo esperaba de pie en los escalones de la casa.

Su casa.

Mucho más que lo que nadie podía decir.

Sonrió, se sacó la camisa y se la colgó del hombro mientras caminaba hacia la puerta, con el paso esforzado de quien avanza dentro de una ciénaga.

Apoyó la pava y se llevó la bombilla a la boca. Por la mitad del mate, intentó acomodar el culo encima del banquito. Imposible.



Ilustración: Verónica Delacroix

Le encantaba tomar mate ahí, en la cocina, aunque el lugar no tuviera más que un par de metros de lado. Suficiente para el anafe, el banquito y la mesa con pintura gris descascarada. Tantas capas de pintura gris que los bordes rectos de la madera estaban redondeados.

El mate se quejó, vacío. La yerba estaba un poco lavada pero tenía ganas de uno más, como siempre que se quedaba sin agua.

Agarró la pava marcada por el sarro y abrió la canilla para llenarla. Un chorro de agua oxidada surgió de golpe, salpicándolo todo.

—¡Qué mierda…! —exclamó y se arrepintió al instante. No le gustaba que lo sorprendieran y menos que lo vieran de mal humor. Estaba seguro de que había cámaras y micrófonos por la casa pero ya no se molestaba en buscarlos. Siempre podían instalar otros. Era parte del juego. La parte de ellos.

La suya era estar siempre de buen humor.

El hilillo parduzco adelgazó hasta desaparecer, barbotó un par de veces y se ahogó en un soplido afónico. Chau mate.

Y no sólo eso. El corte de agua podía llegar a durar días. No era la primera vez.

Se acercó hasta el teléfono que estaba en el pasillo y marcó "memoria 7". Era el teléfono de Eat´nDrinCo, la grande que administraba agua y alimentos —y golosinas, y gaseosas, y comida chatarra, y etcétera—. Dejaría su reclamo, como de costumbre, y la empresa se tomaría dos o tres días en reanudar el suministro que, era obvio, nunca había tenido un desperfecto.

Cuando los números terminaron de sonar, la línea quedó en silencio. No había tono. Colgó de golpe, a riesgo de romper al aparato, y contuvo la bronca.

Después explotó en una carcajada.

Ya no les alcanzaba con uno por vez. ¡Estaban combinando los desperfectos!

Lástima. La llamada en sí no era más que una rutina burocrática. Lo que le gustaba era volver locos a los operadores preguntando boludeces, sacándolos del libreto prefabricado que les inculcaban y que ellos mismos no sabían más que repetir.

Se alejó por el pasillo, los pasos retumbando sobre el piso de madera, y trepó por la escalera de cemento pelado hasta la terracita. Caminó despacio sobre las chapas, cuidando de pisar justo donde corrían las vigas. Siguió el borde de la canaleta hasta el extremo, donde empezaba el tubo de desagüe vertical y metió la mano. La bolsa estaba llena de agua de lluvia. También algunas hojas y bichos, pero nada terrible. Alzó la bolsa y la mostró a los cuatro puntos cardinales, como si fuera un trofeo deportivo. Después se le ocurrió algo mejor: abrió la bolsa y le pegó un trago ahí mismo, como si fuera una bota.

Otra vez estaba de buen humor. Bajó la escalera con la bolsa y en la cocina la vació en un par de ollas ennegrecidas por el uso. Dejó la bolsa, recordándose mentalmente de volver a ponerla en el

desagüe, y se puso a sacar las hojas del agua.

Siempre estaba preparado para lo peor. Y lo peor iba cambiando constantemente. Tenía que reconocer que a veces eran ingeniosos.

Como la vez de las termitas. El piso se había hundido bajo su peso. Al principio había pensado que las maderas estaban podridas, pero no tardó en encontrar el aserrín y los agujeros en cada tabla. Les había descargado un par de aerosoles pesticidas y desde entonces no había tenido más problemas. Si no mencionaba el agujero de medio metro de diámetro en el centro de su living —y Hugo se cuidaba mucho de no hacerlo—. Estaba seguro de que ellos las habían plantado. Los de HomeCo, claro.

A veces dejaban caer objetos pesados sobre el techo, desde helicópteros de TripCo, rezando —imaginaba— para que atravesaran la chapa. No habían tenido mucha suerte hasta ahora. Un par de goteras a la altura del pasillo. Cuando llamaba para reclamar, recibía miles de disculpas por el "desafortunado accidente".

Otras, los helicópteros se limitaban a sobrevolar la casa toda la noche —con amplificadores de sonido, suponía— sin dejarle pegar un ojo. Pero él se quedaba inmóvil en la cama, simulando dormir. Si se quejaba, por la mañana, le decían que se trataba de patrullajes de seguridad, que vigilaban para que nadie entrara en su casa.

Lo mejor, lo que realmente lo desconcertó, fue cuando efectivamente tres ladrones forzaron la entrada.

¡Ladrones en la zona no procesada!

Hugo se moría de risa mientras ellos ponían todo patas para arriba y llenaban sus sacos de porquerías. ¡Como si en su casa hubiera algo de valor! Cuando se fueron, los despidió con saludos para las madres de todos los empleados de HomeCo.

Listo. El agua no tenía más bichos ni hojas flotando. Seguía estando algo turbia, pero era mejor que nada. Estuvo a punto de servirse un vaso o —mejor aún— mojarse la cabeza para fanfarronear, pero realmente tenía que cuidar el agua. No era mucha y no sabía cuando volvería a llover.

Aquello le recordó que no había podido hacer su reclamo. Aunque seguramente el teléfono seguía muerto.

En ese instante sonó. Pero no era el teléfono. Tardó varios segundos en reconocer el origen del sonido.

El timbre de la puerta.

Mientras caminaba hacia el frente, imaginó las variantes posibles. Un empleado de NewsCo disculpándose por la falla telefónica. O —y la sonrisa casi se convierte en carcajada ante la idea— uno de TripCo que le anunciaba que había ganado un viaje de vacaciones, gratis, al Caribe. Así aprovechaban a tomar la casa cuando él no estaba.

Era una buena idea. Tan ridícula como las anteriores pero más original. Si no se les ocurría, podía contársela.

Abrió la puerta y vio que no había acertado con ninguna de las opciones. Era un tipo bastante flaco, apenas más bajo que Hugo, que no usaba el uniforme de ninguna compañía. A decir verdad, estaba peor vestido que él: una camiseta, unas bermudas y unas chinelas de cuero. La ropa estaba limpia pero tenía tantos remiendos y retazos que costaba determinar el color original.

—¿Y vos quién sos? —preguntó Hugo.

—¡Hola! ¡Soy su nuevo vecino!

—¡Qué vecino ni ocho cuartos! ¿De qué agujero saliste?

Hugo se puso en guardia. Aquello no estaba en los libretos de HomeCo. Y el tipo realmente estaba vestido como si hubiera salido a pasear a la vereda de su casa. Sólo que nadie más que Hugo vivía en esa vereda, o en veinte manzanas a la redonda. Nadie que no fuera de una de las compañías se había acercado en los últimos meses.

—No me entendió. Yo rento la casa de al lado. Soy su vecino… mientras dure. Usted debe ser quien retrasa a la HomeCo —se le acercó, tomó su mano entre las suyas y la sacudió efusivamente—. ¡Muchas gracias!

—¿Una renta? ¿Acá? ¡No digas pavadas! —Hugo nunca había oído hablar de gente rentando en zonas no procesadas.

—¡Claro! ¡Es lo más barato que hay! Sabe… —se acercó, aún sosteniendo su mano, y le habló en voz baja, a modo de confesión —, mi sueldo es menos del mínimo, y con esos pocos créditos no puedo rentar en un monoblock. ¡Gracias a usted tengo un lugar que puedo pagar!

El sujeto le soltó la mano y miró alrededor, abarcando la calle destruida con un gesto.

—Aunque usted no lo crea, esto no está tan mal. He estado en lugares mucho peores. Lástima que todo sea temporal…

Hugo tardó un rato en digerir las últimas palabras, y cuando lo hizo no le gustaron. El tipo debió ver el disgusto en su cara, e intentó algo parecido a una disculpa.

—Digo, porque en algún momento va a terminar firmando. —La expresión de Hugo empeoraba y el tipo quiso explicarse—. Quiero decir… tarde o temprano todos terminan firmando.

—¡Yo no!

Hugo se metió y le cerró la puerta en la cara.

Temblaba de ira y no sabía por qué.

Esa noche no pudo dormir. Giraba en la cama una y otra vez. No podía aguantar ninguna posición por más de un minuto. Sus músculos se agarrotaban como si hubiera corrido todo el día. Los elásticos de acero se quejaban cada vez que se daba vuelta. Estaban un poco oxidados y Hugo esperaba el momento en que se cortaran como una cuerda de guitarra y lo dejaran caer al piso.

Para colmo, a mitad de la noche, cuando su cansancio era tan grande que parecía capaz de vencer a su ansiedad, aparecieron los dichosos helicópteros. Hacia varias semanas que no venían y justo habían elegido esa noche para volver.

Apenas comenzó a clarear del otro lado de la persiana apolillada, se levantó. Prefería estar despierto a seguir sufriendo sin poder dormir.

Se fue a grandes zancadas hasta la cocina. Galilea lo vio venir y presintiendo su mal humor se escabulló entre sus piernas hacia la penumbra de la habitación. Hugo abrió la canilla para llenar la pava. El agua salió turbia otra vez, casi marrón. Esperó vanamente a que se limpiara —más por inercia del sueño que por otra cosa— pero no mejoró. Con un gesto de fastidio, llenó la pava y la puso a calentar. Hervida no le iba a hacer nada y prefería guardar el agua de lluvia para cocinar. Algo le decía que esta vez iba a tardar mucho más que de costumbre en volver.

Llenó el mate con yerba y lo sacudió, quizá demasiado enérgicamente, para acomodar el polvillo. Dejó hervir el agua un buen rato y luego fue a sentarse en la banqueta de paja, la pava apoyada sin misericordia sobre la mesa gris, junto a otras dos o tres aureolas marrones.

Chupó de la bombilla y pasó por alto el regusto a óxido. En noches parecidas, mientras intentaba conciliar el sueño por encima del ruido de taladros neumáticos y de helicópteros que sobrevolaban la casa, siempre había sonreído en silencio. Pensaba en los empleados de HomeCo, todos instruidos para razonar y funcionar igual, entrenados para seguir el manual de desalojo al pie de la letra. En sus delirios de eterno insomnio imaginaba capítulos

enteros de este manual, los pasos que debían ejecutar para lograr que los ocupantes se rindieran y se sometieran a las leyes de la compañía.

Si había un estándar, incluso para los casos extremos, él lo había superado hacía rato. Su máximo consuelo era imaginar a los directivos de la compañía rompiéndose la cabeza contra la pared, incapaces de pensar en otro paso más allá del indicado por el manual. Ya no tenían quién les diera letra y eran incapaces de escribirla ellos mismos.

Suponía que el "caso Delmonte" los obligaría a reescribir ese manual, a delinear nuevos pasos, nuevas estrategias para someter al próximo rebelde. Sabía que, en cierto modo, estaba generando nuevos anticuerpos para la compañía, dándole mayor capacidad de reacción. Pero no sentía culpa. Ni siquiera se le había ocurrido que el siguiente rebelde tendría que superar su límite de resistencia. Para Hugo, toda la situación se resumía en una cosa: él estaba solo. Nadie lo ayudaba, así que solamente pensaba en sí mismo.

Además, íntimamente, tenía la certeza de que ese capítulo del manual nunca se escribiría, porque él nunca se iría, y en los manuales sólo figuran los casos exitosos. De otra manera, se puede desanimar a los empleados.

Por alguna razón, esa certeza se le antojaba ridícula aquella mañana. Más bien una pálida esperanza.

Hacía rato que el gusto a mate había dejado de tapar el del óxido. Renunció a la idea de cambiar la yerba. Tenía ganas de un cigarrillo. Como el mate hervido le había dado calor, decidió fumarlo en la puerta de la casa.

El escalón de mármol, gastado por el paso de cientos de pies, parecía moldeado para su enorme trasero. Con la punta amarillenta de los dedos sacó el paquete ajado y arrugado, que rellenaba día a día con los cigarrillos que él mismo armaba, y encendió uno. Se limpió los lentes con el borde de su camisa. Largó el humo en una larga bocanada y por primera vez en varios meses admiró el paisaje de su barrio, sacudiendo la rutina de su mirada.

Las veredas estaban tan deshechas como la calle, con pilas de baldosas rotas y bolsas rellenas con la tierra de pozos sin tapar. Era como estar sentado en medio de una zona de guerra, al día siguiente de un bombardeo que, milagrosamente, ha dejado tu casa intacta. El olor de la pila de desperdicios que venía del centro de la calle era peor —si es posible— que el día anterior. El zumbido de las moscas llenaba el ambiente.

Una carcajada hizo temblar su panza al recordar la primera

época, cuando ingenuamente llamaba para reclamar por el estado de la calle y la vereda. Cada vez que lo había hecho, había recibido una atención gentil y escueta. El empleado asentaba su queja, le asignaba un número de reclamo y eso era todo. Si volvía a llamar, le decían que su reclamo estaba siendo procesado.

—¡No, salame! ¿No entendés lo que te digo? ¡Tenés que arreglarme la calle, no procesar mi reclamo! ¡Si dejo de pagar los impuestos va a ser culpa tuya! ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

La mayoría de las veces ni aparecían. Otras, una escuadrilla llegaba, descargaba palas y picos, simulando que estaban por arreglar algo, hasta que rompían la calle en algún lugar sano y se iban.

Por eso ya no llamaba. No quería que pensaran que todavía le importaba.

Y tampoco podía dejar de pagar los impuestos, claro. A eso apuntaban: a que les diera una excusa legal para el desalojo. No lo iba a hacer.

Nada se movía en la calle. Por lo que Hugo sabía, él era el único en esta zona en particular. Todos los demás habían vendido. Sólo él retrasaba el reciclamiento de aquel barrio. Estaban esperando su firma para demoler todo —aunque ya habían empezado, sobre todo de noche— y construir otro de esos espantosos conglomerados de monoblocks, donde los obreros y empleados de bajos recursos canjeaban sus escasos créditos para alquilar un departamento de dos por dos.

Que esperaran sentados —y en un inodoro, así les saldrían hemorroides— porque él no pensaba vender. Su casa podía estar cayéndose a pedazos, pero tenía espacio de sobra. Y lo que era más importante y no se cansaba de repetir: era *su* casa. Tenía un título de propiedad. Probablemente el último que existía.

Todos los demás seres humanos tenían que gastar en alquileres los créditos que ganaban trabajando. Alquiler del auto, del departamento, de los muebles, de los electrodomésticos, de las computadoras, de los juegos electrónicos, de los equipos de música, de los teléfonos, de los juguetes, de los vestidos de fiesta, de las mascotas, de los baños públicos. ¡Hasta para limpiarse el culo había que pagar alquiler!

Lo que no se alquilaba se consumía —como los servicios y los alimentos— o se descartaba, por desgaste o por moda. Él era el único propietario que quedaba en la ciudad —sin contar a las Siete Grandes, claro—. La casa era suya. De nadie más. Y eso nadie se lo iba a quitar.

La caricia cálida contra el cuello apenas lo sorprendió. Como siempre, Galilea sabía elegir el momento justo para aparecer.

—Sí, Gali. Vos también. Vos sos tu dueña, porque nadie te obliga a irte o a quedarte. Si te quedás conmigo es porque tenés ganas.

La sonrisa volvió a instalarse en su cara mientras ella se acomodaba entre sus pies. Cerró los ojos y dejó que el sol lo calentara un buen rato.

No los abrió cuando escuchó los pasos. Permaneció quieto, desparramado encima de los escalones, el cigarrillo agónico entre los labios. Los pasos se detuvieron justo enfrente pero sin taparle el sol. Pasaron un par de minutos hasta que el tipo se animó a hablar, en voz muy queda, casi un susurro:

—Veciinoo… —pasaron unos segundos—. Veciinoo…

Hugo reprimió la sonrisa que pugnaba por curvarle los labios. Una pelea que perdió cuando escuchó que el vecino volvía por donde había venido, casi en puntas de pie.

—¡Hola vecino! —gritó y el otro se sobresaltó—. ¡Eh! ¿Qué pasa? ¡A ver si se me muere de un infarto!

El vecino se dio vuelta, casi como disculpándose.

—Es que pensé que estaba durmiendo…

—¿Y por eso se iba? ¡Si recién llegó!

—Es que… pensé que estaba durmiendo…

—¡Sí, hombre, eso ya me lo dijo! Venga. Siéntese en mi escalera. ¿Ve este escalón?

El hombre lo miró sin decir nada, sin saber qué esperaba Hugo de él, ya que era obvio que veía el escalón.

Hugo examinó al tipo, que era todavía más flaco de lo que le había parecido el primer día. Y usaba una barbita bastante ridícula, casi rala, como si quisiera parecer más viejo de lo que era. Como si una mayor edad justificara su precoz caída en desgracia.

—¿Lo ve o no lo ve?

—¡Sí, sí, lo veo!



Ilustración: Verónica Delacroix

—Bueno —hizo una pausa dramática—, es mío. Y éste también. Todos los escalones son míos. Así que puedo hacer lo que se me cante con los escalones. Y ahora se me ocurre invitarlo a sentarse conmigo, así que venga y no se haga rogar porque nunca se le dice que no a la invitación de un dueño —Hugo se incorporó apenas, como para decir algo que requería mayor secreto—. A menos que quiera quedar mal conmigo…

—¡No, claro que no!

El tipo se sentó, en un costado del escalón más bajo, las rodillas muy juntas y mirando hacia el frente, sin saber bien en qué consistía aquella invitación. Esperó a que Hugo le hablara o le ofreciera algo para tomar, pero el dueño de casa sólo permaneció acostado, los ojos cerrados otra vez, ocupando casi toda la extensión de la escalera. La sonrisa instalada en sus labios animó al otro a hablar.

—Pensé que se había enojado conmigo…—dejó de hablar apenas Hugo abrió los ojos.

—¿Yo? ¿Enojado? ¿Qué pavada está diciendo, hombre? ¡Si soy el tipo con mejor humor del mundo!

—Sí, pero dije tantas… barbaridades el otro día. No me alcanzaría la tarde entera para disculparme.

Toda esa formalidad para hablar resultaba hilarante. Hugo apretó los dientes para evitar la carcajada. El tipo interpretó eso como una sonrisa que lo animaba a seguir.

—La verdad es que… cuando hablamos ayer… parecía que me moría de ganas de que usted firmara y… —Dejó la frase inconclusa, como si sólo por decirlo estuviera insultándolo.

—¿Y yo me fuera? ¡Hombre: bienvenido al club! ¡Es lo que está esperando toda la ciudad!

—¡Pero es que no es así! —El hombre volvió a callarse, como temiendo ofender con su exabrupto. Luego habló otra vez en su tono

culposo—: Imagínese. Lo que yo más quisiera es que usted nunca firme. Sólo así yo podría seguir alquilando esta casa y evitar que vuelvan a mudarme a otra zona en proceso.

Hugo sonrió. No la sonrisa sarcástica que solía vestir, como una máscara, sino una verdadera sonrisa, que le produjo una sensación muy extraña. Casi como si una cara nueva asomara por debajo de la vieja, reseca y retorcida por el tiempo.

El tipo la interpretó como una disculpa aceptada. Y sin embargo preguntó:

—¿Quiere decir que me disculpa?

Tanta inocencia volvió a convocar la sonrisa de Hugo. Ese sujeto parecía un chico que necesita la aprobación constante de un mayor:

—¡Claro hombre! ¡Disculpa aceptada! Aunque pensándolo bien…

El hombre perdió su propia sonrisa y lo miró, preocupado:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Mmmm… para sellar todo deberíamos tomarnos unos mates de la paz. ¿Hay agua potable en la casa que alquilás?

—Claro. El alquiler incluye todos los servicios. ¿Aquí no hay agua?

El hombre parecía realmente asombrado por esa posibilidad.

—Y, la verdad es que sale bastante sucia. Esperá que agarro el mate y la yerba.

—¿Y no hizo el reclamo?

Hugo no pudo más. Su carcajada retumbó en toda la calle.

***

Mientras tomaba su primer mate gustoso en meses, Hugo se enteró de que Carlos —así se llamaba aquel nuevo y único vecino— era cadete, que llevaba los paquetes que enviaban de una oficina a otra. El sueldo que ganaba era una miseria en créditos y, aunque era más que la jubilación de Hugo, la mayor parte —chocolate por la noticia— se le iba en los alquileres.

Era extraño estar allí. A pesar de los años que llevaba viviendo en esa cuadra, Hugo no había entrado nunca a la casa que alquilaba el hombre. Había pertenecido a Don Mario, uno de los primeros en firmar, alguien que —justamente por eso— no merecía

el más mínimo respeto. Para él, Don Mario estaba muerto y enterrado, así que esa bien podía ser la casa de Carlos. Si hubiera sido el dueño, claro.

Aquello era una verdadera pocilga, bastante peor que su propia casa. Por lo menos la planta baja, porque cuando quiso subir a ver las habitaciones del piso superior Carlos rogó y suplicó que no subiera porque allá arriba la casa era un desastre. Cuando parecía a punto de llorar, Hugo dejó de insistir y se instaló en la cocina.

A pesar de todo, la casa tenía gas, luz, teléfono y agua potable. Para Carlos eran comodidades. Para Hugo, la manera que tenían las Siete de sacarle los pocos créditos que Carlos ganaba. Ésa era la quinta casa en zonas en proceso que Carlos alquilaba y volvió a jurarle y recontrajurarle que rogaba a Dios que fuera la última, que Hugo nunca firmara.

—El dueño de la última zona en la que estuve aguantó más de tres meses antes de firmar. Vivía con su mujer y un hijo. Realmente parecía que nunca iba a hacerlo. Pero claro, tantos helicópteros dando vueltas todas las noches… Hasta a mí me ponían los pelos de punta. Yo creo que la mujer fue quien lo convenció.

Hugo intentó que el comentario no lo afectara. “Para no tener que volver a oír las disculpas otra vez” se dijo. Llenó el mate por enésima vez y apoyó la pava sobre la mesa, ya sin demasiado cuidado después de ver las manchas en la madera, más oscuras que las de su casa. Lo vació de un sorbo. Se iba a lavar rápido, pero bueno, aquel tipo tenía bastante yerba.

—Y bué… —dijo—. En ocasiones como ésta a veces es bueno estar solo. Además, está visto que no todos tenemos el mismo aguante, ¿no?

—Y se ve que el suyo es mucho. ¿Cuánto tiempo hace que el último de sus vecinos se fue?

—Ocho meses y veintitrés días. Y acá, lo de los helicópteros es lo de menos…

—Claro. Nunca había oído hablar de que cortaran los servicios. Es poco humanitario.

—¡Ja, ja! ¡Poco humanitario! ¡Eso sí que está bueno, che! Igual, ellos dicen que se interrumpen momentáneamente, no que los cortan. Pero ya ves, que así y todo estoy como pancho por mi casa. Pasame otra vez la pava, que voy a calentar más agua. Che, ¿y al truco? ¿Sabés jugar? ¿No? ¿Cómo que no? Yo te voy a enseñar. Vos sí que tenés suerte, ¿eh? Caíste en el lugar justo. Tengo un mazo bastante enterito en la cajonera de casa. Vos esperame sentadito

acá.

—¡Quiero vale cuatro!

Había miedo en los ojos de Carlos. Hugo supo que le iba a querer a pesar de todo. Siempre se acariciaba la barbita cuando quería fingir un aplomo que no tenía.

—Mmm…quiero.

—¡Ay amigo! A vos no te trajo la HomeCo…

—Ah, ¿no?

—A vos fue Dios el que te puso en mi camino —Hugo apoyó el ancho de espadas y largó la carcajada.

Ganarle al truco a Carlos era más fácil que encontrar casas vacías en el barrio. Hugo no recordaba ningún partido peleado. Una sola vez, en más de cien que llevaban jugados, había salido de las malas antes que él. Pero si al principio se había regodeado, ahora empezaba a darle lástima. Sobre todo por el tema de las apuestas.

Hacía ya tres meses que Carlos se había mudado a lo de Don Mario. Tiempo más que suficiente como para que cualquier cristiano aprenda a jugar al truco. Pero aunque entendía las reglas y hasta la importancia de la mentira para el juego, Carlos simplemente no servía. No sabía mentir. Se notaba a la legua cada vez que lo hacía. Y lo peor era que, a las dos semanas y media de estar aprendiendo, a él mismo se le había ocurrido apostar para hacerlo interesante.

—Por lo que usted dice, este juego está hecho para apostar —había argumentado Carlos—. Quizá es eso lo que me falta, sentir que hay algo más que un poroto en juego.

Claro que en definitiva era eso lo que terminaban jugando. Apostaban créditos, pero el pago terminaba siendo en porotos, fideos y hasta agua. Todo lo que Carlos tenía y que Hugo necesitaba.

—Bueno, me voy… —dijo Hugo. Ya había ganado suficiente para una semana.

Barrió con la mano para juntar las cartas y por alguna razón se quedó mirando la mesa. Supuso que porque aún le fascinaba lo bien que se deslizaban los naipes sobre la superficie de fórmica. Era la mesa ideal para el juego. Un poco chueca, una pata algo más corta que las otras pero nada que un pedacito de cartón no hubiera remediado ya.

Y sin embargo, tenía la sensación de que había algo más…

—Espere a que le pague, Don Hugo.

Lo despabiló la salida presurosa de Carlos hacia la despensa que había en el fondo de la casa. Volvió unos momentos después. Apoyó un paquete de *fucciles* secos, una lata de salsa napolitana y otra de dulce de batata ¿Está bien así? ¿Serán treinta créditos? Estoy un poco desactualizado…

Hugo guardó las cartas de manera mecánica y se olvidó de la mesa.

—Está perfecto, che, dejate de joder.

Agarró las cosas. Al principio hasta le había regateado un poco en los trueques. Ahora le daba un poco de vergüenza. Y aunque no se lo quisiera reconocer a sí mismo, le costaba sacar ventaja de alguien a quien había empezado a apreciar como a un amigo.

Todas las tardes, Hugo esperaba a que Carlos volviera del trabajo y entonces agarraba el mate y el mazo de cartas y se iba, con Galilea pegada a los talones, hasta la casa de su vecino.

Hugo imaginaba que lo más importante —más importante que el mate y las cartas— que él le llevaba era alegría. Daba lástima ver a alguien tan sometido por la vida. Quizá su padre lo había golpeado mucho de niño. O sus compañeros. Fuera lo que fuera, el pobre necesitaba ayuda, que lo animaran. Y para eso, él era mandado a hacer.

—Dame un mate y un mazo de cartas y yo te armo una fiesta —decía. Y lo hacía, todas las tardes. Él ponía la animación y Carlos los víveres. Porque hacía rato que Hugo no se preocupaba más por aprovisionarse.

Y se reía en voz alta, pero sin decir por qué —para que no lo escucharan con sus micrófonos— porque se maravillaba de la estupidez de la maquinaria burocrática, un monstruo de cuerpo tan sobredimensionado que nunca podía saber qué hacían todas sus cabezas al mismo tiempo. Mientras una intentaba agotarlo y someterlo a través de un asedio feroz, la otra le suministraba una fuente inagotable de recursos. Agua, comida, herramientas. Hasta baterías para iluminarse. Tenía todo lo que necesitaba a su alcance. No tenía más que pedirlo.

“Ni siquiera eso” pensó mientras guardaba el mazo en el bolsillo.

—Bueno, che. Ya se hizo un poco tarde. Y mañana tenés que madrugar para ir al trabajo, ¿no? Así que yo voy a ir rumbeando para ir a mi casa… ¡Ahhhhh! ¡Qué bien suena eso! ¿Sabés qué estaba pensando?

—¿Qué?

—Que tendrías que abandonar el juego. Así ahorrás un poco y te comprás esta casa. ¿Cuánto puede salir esta pocilga?

Carlos lo miraba, serio, sin saber qué decir. Pasaron unos segundos y Hugo estalló en carcajadas, palmeando exageradamente el hombro de su vecino.

—¡Es una broma, che! ¡Ya te enseñé a jugar el truco, pero el buen humor me está costando en serio!

Hugo agarró los víveres y enfiló hacia la entrada. El vecino se apuró para abrir y sostenerle la puerta.

—Bueno, che. Nos vemos mañana… —se despidió Hugo una vez afuera, pero no se decidía a irse. Tenía los brazos repletos de cosas pero persistía la sensación de que le faltaba algo.

Entonces la vio, debajo de la mesa de la cocina, donde habían estado jugando al truco.

—¡Eh, Gali! —La gata levantó apenas la cabeza y lo miró—. ¿Qué hacés ahí? ¡Vamos! —Y amagó a caminar.

Pero la gata no se movió.

Hugo volvió sobre sus pasos.

—¡Eh, Galilea! ¡Vamos, che, que no tengo toda la noche!

—Parece que está cansada… —dijo Carlos.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Lo que menos necesitaba era que cualquier salame inventara excusas para que él no se sintiera mal. Apoyó las latas —las dejó caer sin cuidado— y se metió en la casa, empujando a Carlos contra la pared. Llegó a la cocina en un par de zancadas, asombrosamente ágiles para su corpulencia, se agachó y metió la mano debajo de la mesa para agarrar a la gata y darle un abrazo de oso.

—Se hace lo que yo digo y se acabó, ¿entendiste, Galilea?

Hugo volvió a la entrada con la gata en brazos.

—¿Viste cómo es el asunto, che? —le dijo a Carlos—. Igualito que con las mujeres…

Parecía que todo terminaba ahí, pero cuando liberó un brazo para recoger las latas del piso, la gata se retorció con un maullido penetrante y se liberó.

—Pero…

Hugo manoteó, intentando retenerla, y la gata trepó por su brazo, rasguñando ropa y piel antes de soltarse, caer al piso y desaparecer en el interior de la casa como una sombra.

—¡Hija de puta! —Hugo se agarraba la mano, donde cuatro rayones pasaban del blanco al rojo—. ¡La agarro y la mato!

Y amagó a correr detrás de la gata. Carlos lo frenó, casi tímido.

—Imposible encontrarla. La casa es un laberinto y ni yo conozco todos los recovecos. Debe haber mil pasadizos abiertos por las ratas. Pero no se preocupe, Don Hugo. Apenas la encuentre se la llevo.

Hugo dudó apenas un segundo. La ira se transformó en desdén.

—¡Má sí! ¡Dejala donde está! ¿Te jode que te la deje? ¿No? Entonces te la regalo, che. Si se quiere quedar, que se quede. —Agarró las latas y el paquete de fideos—. Yo me voy tranquilito para mi casa.

—Vaya tranquilo, Don Hugo. Que yo la voy a cuidar como si fuera mía. Y de última, usted pasa tanto tiempo acá, que la va a ver tan seguido como siempre.

Cuando Hugo llegó a su casa, dejó los víveres en la cocina. Había pensado abrir el dulce de batata pero ya no tenía ganas de nada. Por primera vez en mucho tiempo tenía la impresión de estar solo.

Era ridículo que se sintiera así, casi deprimido. Lo único que había cambiado era que la maldita gata estaba a un par de casas. Nada más. ¿Hacía cuánto que no le daba ni bola a Galilea? No podía echarla tan en falta ahora.

Y sin embargo, parecía como si todo el equilibrio de su vida se hubiera roto por el simple hecho de que la gata se había ido. Como si al pasar de una casa a la otra hubiera desnivelado el peso de los platos, inclinando la balanza peligrosamente.

Pavadas. La gata no pesaba más de cinco kilos. Como mucho. No podía desnivelar nada.

¿Qué era entonces lo que tanto le molestaba?

De última, usted pasa tanto tiempo acá, que la va a ver tan seguido como siempre.

Las palabras de Carlos resonaban en su cabeza. Y se dio cuenta de que era la pura verdad: pasaba más tiempo en la casa de su vecino que en la suya.

En cierta forma era lógico: ahí tenía de todo. Yerba, agua, azúcar, tabaco —aunque Carlos no fumaba—, luz sin cortes constantes. Hasta teléfono había. Si estaban jugando y mateando, lo

lógico era hacerlo donde estaban bien aprovisionados, ¿no? Claro que sí. Eso era lo lógico.

Pero la verdad era que él mismo había contribuido a que las cosas estuvieran así. Hacía ya varios meses que no se preocupaba por reaprovisionar su despensa. ¿Para qué enfrentar un panorama de pedidos por teléfono que nunca llegaban antes del octavo reclamo —siempre y cuando anduviera el teléfono— si tenía todo a mano?

A un par de manos che, no exageremos.

Miró las cartas y se rió solo, festejando el juego de palabras.

Volvió a la cocina y agarró la lata de dulce. La abrió haciendo palanca con un cuchillo y cortó una porción que le costó despegar del resto. El primer bocado le abrió el apetito. Cuando iba por la mitad de la lata de 5 kilos comenzó a sentirse un poco mejor.

Después de todo, sólo se había ido un maldito gato.

El día siguiente transcurrió muy lento. Hugo intentaba recuperar el estado de ánimo de antes de acostarse pero ni el resto del dulce de batata ni una lata de paté lograron quitarle una indefinida sensación de vacío en el pecho. Era como si hubiera poco aire en la casa o estuviera enrarecido, escaso de sustancia, y aunque inspirara hasta hacer reventar los botones de la camisa, nunca alcanzaba para saciar el hambre de sus pulmones.

Sentado en la vereda, simuló disfrutar el sol como todas las mañanas, indolente, pero no podía evitar mirar hacia la casa de Don Mario, esperando que una sombra negra al fin se deslizara entre los escombros de la vereda. No la veía, cerraba los ojos, y entonces imaginaba el cálido ronroneo enroscándose en su cuello.

Al mediodía sirvió un poco de leche —que le había ganado dos días antes a Carlos— en el platito de Galilea y comenzó a llamarla. No apareció. Se decía que estaba preocupado, aunque sabía que seguramente Carlos le había dejado comida. Hambre no iba a pasar en esa casa.

Se quedó otra vez en los escalones, resignado. La vería durante el truco de la tarde.

Sentado allí, inquieto e impaciente por primera vez en su vida, Hugo se dio cuenta de algo que sería evidente para cualquier observador externo, de haber alguno. En los últimos meses, su vida se había transformado.

Había perdido su autosuficiencia.

No se trataba sólo de la comida o la electricidad. Su día

rutinario —gran parte de él— consistía sólo en matar el tiempo hasta que Carlos volvía de trabajar. Los partidos de truco, el mate, eso era lo que le importaba. Los esperaba con avidez, como si su compañía lo alimentara aún más que los víveres que le robaba con guante blanco.



Ilustración: Verónica Delacroix

Se había acostumbrado a no estar solo.

Él, que tanto se jactaba de bastarse a sí mismo, necesitaba de su vecino tanto como de su despensa.

Si había tardado tanto en notarlo era porque siempre se había sentido superior a Carlos. Siempre lo había considerado como un pobre diablo, en situación más baja que la suya. Le hacía un favor regalándole su compañía. Recibir víveres a cambio de su presencia diaria era casi un pago compensatorio.

¿Pero qué le daba él, Hugo Delmonte, en realidad?

Nada. La cháchara de un perdedor. Un mazo de cartas y un mate que perdía agua por una picadura de sarro.

¿Y eso lo hacía imprescindible para Carlos?

De pronto imaginó un mazo de cartas. No el suyo, uno nuevo, impecable. Y un equipo de mate, más grande, de calabaza. Ambos en la despensa de Carlos. Ocultos para que Hugo, el pobre diablo de su vecino, mantuviera esa estúpida sensación de creerse necesitado.

¿Quién le hacía un favor a quién?

Esa pregunta rebotó de un lado al otro de su cerebro durante toda la tarde, cada vez más profunda, como una piedra cayendo en un pozo cloacal a cielo abierto. No podía despegar su mirada del cartel de HomeCo que estaba en el otro lado de la calle. El que decía que aquello era una *Zona en Proceso*. Tan extraño se sentía con su estado de ánimo que recién cuando la oscuridad y el cansancio de su vista no le permitieron ver bien el cartel se dio cuenta que era de noche.

Y Carlos no había vuelto.

Por primera vez en dos años se levantó antes de las ocho de la mañana. La hora en que Carlos salía a trabajar.

En realidad, no había tenido que hacer esfuerzo. Había dormido muy mal, incómodo en cualquier posición, la cabeza corriendo atropellada de un pensamiento a otro, todos igualmente oscuros y pesados.

Mientras llegaba hasta la puerta de Carlos, Hugo se decía poco convencido que probablemente había llegado durante la noche. También se decía que era lógico estar preocupado, que era de buen vecino estar pendiente del otro. Que se preocupaba por Carlos, no por él mismo.

Golpeó la puerta.

Según su reloj eran las siete y media. Carlos ya tenía que estar despierto, desayunando para salir a tiempo hacia su trabajo.

Desde adentro no llegaba ningún ruido. Ni siquiera un maullido o el rasgueo de las uñas contra la puerta.

—¡Hola! —gritó—. ¡Carlos!

Más golpes en la puerta, huecos.

—¡Caarloooos!

En algún momento, los golpes dejaron de ser llamados de atención y se convirtieron en descarga de bronca. Se detuvo, sin aliento, y estudió las bisagras. Las dos de arriba estaban completamente oxidadas. La de abajo había desaparecido hace tiempo, dejando el agujero en la madera apolillada del marco. Las que quedaban no iban a resistir mucho.

Cedieron a la segunda embestida. La puerta cayó hacia adentro, levantando una nube de polvo y Hugo cayó encima de la puerta, pesadamente. El golpe pareció resonar en toda la cuadra. El silencio que le siguió le confirmó que no había nadie.

Revisó toda la casa. Recorrió la sala de estar de la planta baja, la cocina y el baño. Luego subió la escalera hacia el primer piso, que aún no conocía.

Arriba había tres cuartos, uno a continuación del otro, y estaban en peor estado que el resto de la casa. El primero tenía el piso levantado. Faltaban tantas tablas que solo se podía transitar pegado a la pared y la habitación terminaba siendo un mero pasillo hasta la puerta de la siguiente.

Allí, el piso de pinotea estaba completo pero rechinaba,

furioso bajo sus pies, como si estuviera quejándose de su presencia. En un costado había un escritorio lleno de libros polvorientos. En el piso, dos o tres pilas más de libros. Aquel detalle lo sorprendió: no imaginaba que Carlos fuera lector. Quizá hubieran quedado de Don Mario, pero aquello le parecía más inverosímil aún.

El último cuarto era el dormitorio. Un colchón tirado en el piso, sin sábanas que cubrieran la goma espuma pelada, y un ropero empotrado que ocupaba toda la pared. Hugo se acercó rápido hasta el ropero y sólo tuvo que abrir una puerta para darse cuenta. Vacío. No había una sola prenda.

Bajó casi en cámara lenta, como un zombi, sin prestar atención a los escalones. De alguna manera llegó a la cocina y se dejó caer en una silla.

Se lo habían llevado.

A Carlos, a su ropa, a toda su jugosa despensa. Aunque pareciera imposible, esa casa estaba más vacía que el resto del barrio. La HomeCo se había dado cuenta de su error y lo habían cambiado de sector. Ni siquiera dejaron que se despidiera. Hasta a Galilea se habían llevado.

Imágenes de los partidos de truco, de las mateadas, de sus bromas y la risa de Carlos. De alguna manera, esos dos meses de compañía le parecían más vívidos, más reales que los casi nueve que había pasado solo.

Carlos había ocupado un hueco que Hugo no había querido ver, que ahora no podía dejar de notar. Un hueco enorme.

De repente, Hugo hizo algo que casi no recordaba. Lloró.

Primero, apenas unos sollozos que escapaban del vacío que sentía en el pecho. Fueron creciendo, volviéndose ingobernables, sacudiendo su cuerpo y doblegándolo hasta que su frente golpeó la mesa y ahí se quedó, esperando que la tormenta amainara.

Luego de un par de minutos la vergüenza fue más fuerte —apenas— que la miseria y se incorporó. Con la manga limpió la mesa.

Se quedó mirándola. La habían dejado porque seguramente pertenecía a la casa de Don Mario, antes de que Carlos hubiera llegado.

La mesa ideal para el juego.

Sí, pensó mientras pasaba la mano por la fórmica. Había sido una verdadera suerte que estuviera ahí.

El click dentro de su cabeza al encajar las piezas fue tan

fuerte que pensó que lo había escuchado realmente. Porque entonces vino a su mente esa idea tan esquiva que había estado rondándola por los bordes, sin aparecer nunca por el medio.

Aquella mesa nunca había estado en la casa de Don Mario.

Recordó las aureolas oscuras sobre la madera el primer día que había entrado ahí con Carlos. ¡Una mesa de madera, no de fórmica!

¿Pero qué sentido tenía que su vecino hubiera cambiado la mesa?

Porque la mesa de fórmica era ideal para el juego.

¿Y de dónde la había sacado?

¿Qué empresa puede conseguirte una mesa de un día para otro?

Hugo sacudió la cabeza de un lado a otro, como si realmente estuviera contestándole a alguien.

¿Pero para qué? Cualquier mesa era buena para jugar. La suya misma no tenía nada de malo.

Justamente. Con esa mesa, la casa de Carlos era la casa ideal para pasar el día.

Pero él, Hugo, había insistido en ir allí el primer día.

Y la mesa no estaba.

Pero había insistido.

Porque había yerba, sí. Porque había agua y todo lo demás. Pero bien podría haber pasado que luego de un tiempo Hugo se cansara. Después de todo él era el dueño del barrio. Bien podría querer ser anfitrión otra vez.

Pero qué sentido tenía que Carlos se asegurara de que él fuera allí todos los días.

No necesitó que ninguna voz interior le diera la respuesta. Él mismo, estando ahí era la respuesta. La ausencia de Galilea, su despensa vacía eran la respuesta.

HomeCo no se había llevado a Carlos.

Carlos era HomeCo.

Y el muy hijo de puta se había llevado a Galilea.

Se había metido en su barrio y se había ganado su confianza. Se había dejado ganar un partido tras otro para que Hugo dependiera cada vez más de él, de su despensa, para que cuando se fuera, el golpe fuera peor.

Vaya tranquilo, Don Hugo.

Imaginó a Carlos espiándolo desde pantallas de HomeCo —instaladas, claro, allí mismo—, viendo cuando Hugo llegaba a su casa con los víveres ganados en la partida de truco, riendo a carcajadas con la gata en la mano, como si ambos compartieran el secreto.

¿Y dónde estaban las pantallas? Había revisado toda la casa sin encontrar ni una puta pantalla.

No pensarás que las iba a dejar para que vos las encontraras. ¿O sos ***tan*** *tonto?*

Sus uñas rechinaron cuando arañó la superficie de fórmica.

Imágenes de Carlos con cara compungida, soportando sus bromas, pagándole apuestas con tono resignado, aceptando la presencia de Galilea, todas se mezclaron en su cabeza en un torbellino cada vez mayor, donde ya nada era verdadero, todo falso, repugnante, un caldo de cultivo para su ira, que creció para ocupar enseguida ese vacío en el pecho…

Yo la voy a cuidar como si fuera mía.

…hasta que lo desbordó.

Agarró la mesa de fórmica de una pata…

La mesa ideal para el juego.

…y la descargó contra la pared. Dos patas se quebraron y la que tenía en la mano se desprendió. Usándola como machete partió las puertas de madera terciada de las alacenas y la de vidrio templado de la cocina. En la despensa, partió uno a uno los estantes vacíos hasta que la pata de la mesa estuvo astillada.

Cuando no tuvo nada más que romper allí abajo, trepó la escalera y arremetió el escritorio del segundo cuarto. Despedazó los libros y luego pasó al dormitorio. Revoleó el colchón, que rebotó apenas contra la pared. Era obvio que así no iba a romperse.

Bajó entonces y volvió con un cuchillo, que usó para cortar la goma espuma en pedazos cada vez más pequeños. Recién entonces se le ocurrió que aquello no estaba bien. No estaba nada bien.

No estaba destruyendo las posesiones de un tal Carlos —si así se llamaba—. Aquello era propiedad de HomeCo.

Como para corroborar su idea, se oyeron las aspas del helicóptero.

Dejó caer el cuchillo y bajó la escalera a la carrera, casi a riesgo de perder el equilibrio por el peso de su cuerpo. Salió a la vereda y el viento le azotó la cara con violencia. Eran dos, tres, los

helicópteros que sobrevolaban la calle.

Se bamboleó hasta su casa mientras algunas sombras se descolgaban desde los helicópteros, deslizándose por sogas hasta la vereda. Trepó los escalones, cerró la puerta y enseguida empezaron los golpes.

Ya estaba hecho, pensó mientras retrocedía, espantado. Él mismo acababa de escribir el último capítulo del manual. Un colchón, una mesa, y les había dado la excusa perfecta para que lo encerraran y le sacaran la casa. Se la expropiarían para pagar el alquiler de su celda. Hasta que se acabaran los créditos y lo obligaran a trabajos forzados.

Los golpes en la puerta ya no eran de puños sino de algo macizo. La madera comenzó a astillarse. Aún resistía —era buena madera, sí señor— pero no por mucho tiempo.

Pero todavía hay una forma.

Se fue por el pasillo, hacia el fondo de la casa.

Si no hay preso, no hay celda. Si no hay celda, no hay alquiler.

Llegó a su habitación y rebuscó en un armario. La escopeta estaba detrás de algunas cajas de zapatos vacías.

Se piensan que ya tienen el manual completo, pero YO voy a escribir el final. Mi casa va a seguir siendo mía. Hugo Delmonte NUNCA va a pagar un alquiler.

Metió el caño en su boca y disparó.

Dos cuadras antes de llegar supo que algo andaba mal. El camión de HomeCo ocupaba todo el ancho de la calle repleta de escombros. Corrió con la gata en brazos.

Los empleados estaban llenando el camión de muebles. Los suyos y los de Hugo.

Dejó la gata y la valija en el suelo y contempló en silencio cómo sacaban su escritorio y lo llevaban por la rampa. Detrás, otros dos empleados, con el mismo uniforme azul, trajeron la cama de dos plazas de Hugo. Por lo abarrotado que se veía el interior del camión, no debían quedar demasiadas cosas por cargar.

Por suerte, en la valija que había llevado en el viaje tenía toda su —escasa— ropa. La de Hugo estaba desparramada entre las patas de una mesa.

En el momento de emprender el viaje, se había extrañado de que le asignaran un envío tan lejano. Había camiones que se encargaban de eso.

“Es un paquete muy delicado”, le habían dicho. “No podemos meterlo en una pila con otros cientos de cajas. Hay que entregarlo en mano”. Y habían seguido lisonjeándolo, diciéndole que sólo en él confiaban, que sólo él era capaz de llevarlo sano y salvo, etcétera, etcétera. Y les había creído.

Hasta ahora.

Ya no creía ni una palabra de lo que le habían dicho. Probablemente no hubiera nada dentro de esa maldita caja.

Simplemente habían querido apartarlo de su vecino para convencerlo, para que cediera.

Combatió la humedad de sus ojos. Como si percibiera su desazón, Galilea se restregó contra sus piernas.

En ese instante, en la puerta de la casa de Hugo apareció otro sujeto, vestido con un traje en lugar del mono azul de los changarines. Al verlo, el sujeto bajó los escalones de mármol y se acercó a Carlos. Tenía el logo de HomeCo en una solapa.

—Buenos días —dijo radiante y le tendió la mano. Carlos la estrechó a pesar de que no tenía ganas—. Usted debe ser Carlos Galmarini, ¿no es así?

—Sí.

El hombre ensanchó aún más la sonrisa, con la satisfacción de haber cumplido su tarea, y le entregó un sobre azul con el logo HomeCo.

—Esta es la nueva dirección de su alojamiento. En el sobre hay un mapa con indicaciones para llegar a la zona procesada. La tarifa de alquiler es la convenida en el contrato, que sigue vigente a pesar del traslado. Muchas gracias.

El hombre dio media vuelta para irse, sin esperar respuesta, pero Carlos lo retuvo con una mano.

—Firmó, ¿verdad?

—¿Cómo?

El hombre lo miraba, extrañado.

—Hugo, el dueño, ¿firmó? ¿Vendió su casa?

—¿Hugo Delmonte? No, no firmó. Enloqueció. Se pegó un tiro.

Carlos se quedó mirándolo, incapaz de reaccionar.

El hombre interpretó aquella mirada como una pregunta muda.

—La gente que vive sola tanto tiempo siempre termina mal.

No es sano. No entienden que HomeCo, cuando ofrece comprar su casa, está velando por su salud. El hombre es un ser social. Y los monoblocks HomeCo socializan a la gente…

—¿Se pegó un tiro? —repitió Carlos, como si no hubiera escuchado nada más. Y no pudo —ni quiso— impedir que lágrimas afloraran.

—Así es. —El hombre miró su planilla un momento, algo molesto porque Carlos había interrumpido su perorata didáctica—. Este sujeto vivió solo casi un año. Es un milagro que haya sobrevivido tanto tiempo.

—No lo entiendo… Hice todo lo que pude, todo lo que estuvo a mi alcance para que estuviera cómodo, para que no le faltara nada… —Carlos miró cómo llevaban la mesa de fórmica que había canjeado por dos meses de créditos. Una de las patas estaba desprendida y en dos pedazos, apoyados en el revés de la mesa, pero Carlos no lo registró—. ¡Hasta tabaco le traía!

El empleado lo miraba ahora en silencio, los labios apretados. Cada tanto miraba atrás, inquieto.

Carlos levantó la gata. Necesitaba abrazarla.

—¡Y era tan orgulloso… tan orgulloso…! ¡Jamás hubiera aceptado un regalo de mi parte! ¡De nadie!

Un empleado metió el último bulto y cerró la puerta trasera del camión. El hombre de traje aprovechó para dar media vuelta y meterse en la cabina. El camión arrancó y se alejó, traqueteando lentamente a causa de los baches.

Carlos se quedó allí, solo, con la gata entre los brazos.

Con “El dueño del barrio”, Hernán Domínguez Nimo quedó finalista en el I Concurso Internacional de Cuento Axxón 2006. Como ya hemos hablado sobre él en otras oportunidades, nos limitaremos a actualizar la lista de los cuentos que le fueron publicados en Axxón: “No, gracias” (141), “En punto” (143), “Cambio” (148), “Hasta la siguiente” (150), “Viaje al pasado” (154), “El morador” (155), “El Guasón” (156), “Final incierto” (157), “Motorhome” (160), “Malos pensamientos” (163), “El número uno” (165) y “Caminata lunar” (167). Le preguntamos y respondió que no le preocupa que éste sea el decimotercero…

El asunto García

Orlando Mejía Rivera

I

El 15 de febrero tomé el tranvía en la plaza de Bolívar con un libro de poesías de Góngora que me había prestado mi amigo Domingo; eran como las tres de la tarde y hacía frío, yo disfrutaba de la ironía de los versos “Cada uno estornuda/Como Dios le ayuda”, cuando vi entrar por la puerta principal a un fauno vestido de levita negra, con sombrero de copa, pero al cual se le veían los cascos lustrosos por debajo del pantalón, los cachos elevaban su sombrero unos siete centímetros de la cabeza y las barbas rojizas de chivo formaban una especie de escoba de fuego. Se quedó mirándome con burla y luego desapareció en el aire, sin que ninguno de los demás pasajeros hubiesen dado muestras de haberlo visto.

Han pasado casi dos meses de ese episodio y debo confesar que el rostro del fauno se me ha vuelto una imagen obsesiva que aparece en mis sueños. Ahora nada es lo mismo, aunque sigo mi rutina de conversar con los amigotes en el Gato Negro, de buscar a Juanita luego de que sale de su turno en El Molino y de estudiar de mala gana con Luisito las lecciones de derecho procesal; me siento como habitando otra ciudad dentro de la ciudad, como si yo fuera el único ser vivo o por el contrario un fantasma perdido en un mundo de carne y hueso.

La vaina social cada vez es más jodida, mientras se han gastado una millonada en las banderitas de todos los países para colocar en la ciudad y han inaugurado “El venado de Oro” para que Bogotá no esté por debajo de París, la gente no tiene para la leche ni el pan y todos los días aparecen hombres muertos, sin testículos ni cabeza, flotando en el río Bogotá.

Lo único que me saca la nostalgia es la poesía satírica de Quevedo y las noches turbulentas en el burdel de la Coja; quizá lo que quiero de verdad es ser un poeta maldito y morir de tuberculosis en brazos de Juanita, mientras mis poemas arden en la caneca de la basura y el espíritu de Rimbaud me guiña el ojo desde el más allá. Pero no, lo que en realidad quiero es liberarme de este frío y de la presencia de ese fauno burlón. Anoche, mientras escribía la idea para un poema o un relato que me vino a la imaginación

como dictado por los dioses, volvió a aparecer el fauno, su cara me miraba desde la parte exterior de la ventana del cuarto y yo corrí a enfrentarlo cansado de mi miedo, pero desapareció al acercarme al vidrio.

Después tuve ese extraño y terrible sueño: vi una multitud de personas iracundas arrastrando el cadáver deforme de un hombre a través de los rieles del tranvía, luego llegaban al palacio de Nariño y tiraban sus despojos, aparecía la policía y el ejército, los tanques masacraron a la gente, los emboladores borrachos se quitaban las camisas, las empapaban en gasolina y le prendían candela a los edificios del centro, el periódico El Siglo fue quemado y en el suelo quedaron pedazos rotos de máquinas de escribir que habían tirado los incendiarios por las ventanas.

Las ferreterías, las licoreras, los almacenes de ropa fueron asaltados por la turba, huelo a sangre y a aguardiente, la ciudad arde en cien distintos fuegos, los tranvías son volteados e incendiados, los francotiradores desde las azoteas y las terrazas de las iglesias disparan a todo lo que se mueva, un aguacero llega a las tres de la tarde y salva de las cenizas a la ciudad, yo me veo caminando como un sonámbulo por la carrera octava con la Jiménez, han quemado la pensión, mis libros y mi escasa ropa no existen, de pronto veo al fauno que me sonríe y despierto tiritando de frío y de miedo. Me asomo a la ventana y observo la ciudad tranquila y limpia, con un sol tenue que cubre los tejados de barro. La mañana me la pasé escudriñando la ciudad, como convenciéndome que mi sueño sí había sido un sueño, todo el día he tenido en la memoria los versos de Eliot “Las casas han desaparecido bajo el mar/Los bailarines han desaparecido bajo la colina” y ese que dice “el funeral de nadie, porque no hay a quien enterrar”. Al mediodía estuvimos hablando de política en la pensión de la calle Florián, esperando a que sirvieran el almuerzo; José y Luis Enrique creen en la revolución, yo no sé en qué creo, a lo mejor en nada. El reloj da la una en punto y de pronto veo al fauno al lado mío, me mira y se ríe, baja las escaleras y yo, cansado de ese chivo fantasmal de mierda, salgo tras él, llegamos a la calle y lo sigo casi corriendo, doblamos la Jiménez y cogemos por toda la séptima, ya casi lo alcanzo… te voy a hacer hablar fauno burlón, de pronto veo que se para, se voltea y me mira, en ese momento sólo escucho como golpes de tambor y un calorcito que me recuerda mi tierra.

II

Diario Jornada. 10 de Abril de 1948. Bogotá.

En el día de ayer, en extraños hechos fue abaleado y muerto un estudiante (al parecer de filosofía) de la universidad Nacional, de apellido García, de 20 años de edad, que vestía un buzo negro de cuello de tortuga y un pantalón café oscuro de dril. El sitio del crimen fue en la carrera 7a N° 14-51, al frente del edificio donde tiene su oficina el Doctor Jorge Eliecer Gaitán. Testigos afirman que hacia la 1:05 pm venía el estudiante caminando apresuradamente por la séptima y un hombre de baja estatura, de vestido gris a rayas muy grasoso, de nariz aguileña y mostrando una frialdad espeluznante, sacó un revolver y disparó tres tiros que penetraron la frente del occiso, su costado izquierdo y el abdomen. Después, refieren los testigos que el asesino salió corriendo con la pistola en la mano hacía el sur y nadie se atrevió a interceptarlo.

El informe forense afirma que un tiro se alojó en la región occipital del cerebro, otro en el pulmón izquierdo y el tercero destruyó su hígado. El primer tiro fue el mortal. Lo más llamativo de este crimen es que de manera coincidencial los doctores Jorge Eliecer Gaitán, Plinio Mendoza Neira, Alejandro Vallejo, Jorge Padilla y el médico Pedro Eliseo Cruz acababan de salir del edificio y se encontraban un metro detrás del sujeto abaleado. Aunque el doctor Vallejo y cierto sector del movimiento gaitanista han insinuado que los disparos podrían haber sido en realidad dirigidos contra el doctor Gaitán, él mismo ha descartado esta posibilidad porque está convencido "de que el pueblo de Bogotá es mi guardián y nadie se atrevería a atentar contra el jefe del pueblo".

El diario EL SIGLO ha publicado un editorial en su edición especial de la tarde donde desmiente los "calumniosos rumores de los bandidos comunistas" de que los disparos hayan tenido que ver con un atentado fallido a Gaitán. De todos modos este confuso crimen ha llevado a que el gobierno del Doctor Ospina Pérez haya aceptado, tardíamente, invitar al caudillo liberal como conferencista de la novena conferencia panamericana, que viene celebrándose con éxito en Bogotá y en donde existe una gran expectativa, de parte de todos los dirigentes de Latinoamérica, por las palabras del invitado general Marshall y la posibilidad de que apoye un plan económico de ayuda similar al otorgado a Europa. Hasta este momento el asesino no ha sido capturado y no se conocen detalles de quien era el estudiante muerto. La ciudad está en completa calma, haciendo honor al elogioso nombre que le ha dado el diplomático Miguel Cané de "La Atenas Sudamericana".

III

Informe judicial: Asunto García

De: sargento Marín

Para: mi teniente Murillo

Fecha: 15 de Abril de 1948.

Una vez hechas las averiguaciones iniciales pertinentes, me permito informarle mi teniente, que el sujeto muerto era un estudiante de segundo año de Derecho de la Universidad Nacional, oriundo de la costa Atlántica, que según algunos de sus compañeros de estudio era "un caso perdido, borracho y mujeriego" que faltaba con frecuencia a sus obligaciones estudiantiles y frecuentaba los cafés y bares de la carrera 7ª y los burdeles de la zona de tolerancia, en especial el de la Coja.



Ilustración: Pedro Belushi

No es claro que perteneciera al partido comunista pero muchos de sus amigos sí eran rojos furibundos, por lo cual se podría plantear que su muerte se debió a rencillas entre comunistas o

también a algún asunto de faldas, dadas sus costumbres desordenadas. Al revisar su habitación, ubicada en una pensión de la calle Florián, me permito mi teniente especificar los objetos hallados:

1- Cinco pantalones de dril, con cuatro buzos de lana de cuello de tortuga.

2- Un vestido de paño completo, muy viejo y sucio.

3- Dos pares de zapatos mocasines, interiores y medias.

4- Elementos de aseo personal.

5- Unos 20 libros de literatura (o eso me pareció) rayados con lapicero de tinta roja (otra prueba mi teniente para insinuar sus nexos comunistas).

6- Un folleto subversivo de las “Juventudes comunistas de América”.

7- Un libro grueso, abierto sobre el escritorio en la página 214, que tiene el título de “Ulises de Joyce” y que debe ser un repugnante libraco pornográfico mi teniente, pues lo único que se entiende son groserías como “Ese es el hombre que me lo dio” y “desnudos inodoros limpios”. Y:

8- Una especie de diario donde lo último que anotó es del 8 de abril, a las 10.30 pm, y que me llama mucho la atención, pues parece como un escrito secreto y codificado donde se habla del fusilamiento de un miembro del ejército y que podría ser el punto clave para clarificar el crimen, es decir mi teniente, para comprobar que fue un asunto entre esos rojos comunistas hijos de puta. Adjunto la página referida.

“8 de Abril. 10.30 pm. 1948. Idea para poema épico o relato futuro: la imagen: Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el (general) coronel Aureliano Buendía, había de recordar aquella tarde (distante) remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo… Pueblo original donde la historia no ha llegado. Un manuscrito escrito por un gitano, tiempo circular, el tono de la abuela para contar las historias. Titulo optativo: La Casa… ¡CARAJO! OTRA VEZ EL FAUNO”.

Orlando Mejia Rivera nació el 30 de agosto de 1961 en Bogotá, Colombia y actualmente reside en Manizales. Es médico, especialista en medicina interna, pero también escritor. Posee un Magister en filosofía con énfasis en epistemología y es profesor titular e investigador del Programa de Medicina en la Facultad de ciencias para la salud de la Universidad de Caldas. Ha publicado, entre otros, los libros: *Antropología de la muerte* (1987), *Humanismo y Antihumanismo* (1991), *La Casa Rosada* (1997), *La*

muerte y sus símbolos **(1999),** ***De clones, ciborgs y sirenas*** **(2000),** ***La generación mutante: nuevos narradores colombianos*** **(2002).** ***Los descubrimientos Serendípicos. Aproximaciones epistemológicas al contexto del descubrimiento científico*** **(2004).** ***Extraños escenarios de la noche*** **(2005). Debemos destacar que este cuento, "El Asunto García", fue premiado en el concurso "Bogotá una ciudad que sueña" (1997), por lo que ha sido publicado en varias antologías colombianas, entre las cuales está** ***Los Contemporáneos del porvenir*****. (Primera antología de Ciencia Ficción Colombiana) (2000) cuyo editor fue René Rebetez.**

Historia de gallina

Edgar Omar Avilés

Emiliano González encontró la máscara en un bazar; sería buen adorno para su sala. La adquirió. Ya en su departamento, antes de colgarla, fue al baño para observarse en el espejo y darse cuenta de cómo le sentaba aquella máscara —de nariz prominente y sonrisa alargada de un lado, tanto que la comisura envolvía al ojo derecho—. La colocó en su rostro, se asomó al espejo, unos oxidados engranes ocultos se accionaron y la máscara empezó a contar esta historia:

Claudia cumple nueve años y no le gustan las fiestas, por eso en el desayuno sus padres sólo la felicitan y le entregan su regalo. Mecánicamente desgarra el envoltorio, con la resignada seguridad de que será un libro para colorear, como cada año.

—¡Lo que tanto querías! —dice su madre dándole un beso.

—Princesita, ¿te gusta? —pregunta su padre en tono empalagoso.

—Sí, ¡está de moda! —contesta escurriendo lágrimas mientras ve en la caja la foto de presentación del producto. Llena de emoción la abre y descubre a la gallina, adentro de una jaula.

La gallina está ofuscada, pero luego se maravilla cuando, con sus pequeños ojos negros, observa la habitación.

—Dicen los científicos que a las gallinas les gusta lo desconocido y que el único pensamiento que se les ocurre, ante eso que les gusta y sorprende, es: “qué tonto” —comunica el padre con falsa inflexión intelectual, recordando un artículo de una revista especializada.

La niña y la gallina intercambian una mirada de interés práctico; después la primera toma un pequeño paquete rectangular de un recoveco de la caja. Lo abre y tiene ante sí una larga hilera de pastillas repartidas en bloques de colores.

—Si se te acaban las mil, te compro otra cajita de repuesto —dice el padre con una sonrisa.

—Pruébala para ver si sí funciona —pide la madre con un dejo infantil.

La niña asiente, toma una pastilla y la deja en el comedero de la gallina. Ésta primero va hacia un lado, después al otro y por último lanza un picotazo a la pastilla, que empieza a deglutir.

Los tres quedan a la expectativa; luego se escucha un “cocorocó” que los sobresalta y un huevo sale del ave, rueda por un canal dispuesto bajo la jaula y llega a la mano de Claudia que ya está impaciente.

Alza el huevo, después procede a romperlo con una cuña ubicada a un costado de la jaula. El huevo se abre y la niña puede constatar la clara y la yema, la desilusión es mayúscula. Su madre la abraza.

—¡Ahorita mismo voy a hacer válida la garantía! —grita el padre con tono protector.

—¿Ya leíste el instructivo? —pregunta la madre.

—Mmmmm, no.

Así que los tres hojean el folletín, hasta que llegan a la indicación: “Deje reposar 5 minutos”.

Ahora el padre toma una pastilla, la pone en la jaula, la gallina la traga, comienza a cacarear… Dejan el huevo reposar 5 minutos y Claudia lo abre.

—¿Qué es?

—No sé.

—Es un jubu… según el instructivo. Mira —informa la madre, señalando una foto en el instructivo.

—¡Ah!, sí se parece —lo observa unos minutos.

—En las indicaciones dice que tienes que matarlo una vez que lo hayas visto —su padre le pasa la aguja incluida en el paquete.

La niña clava la aguja hasta desgarrar al jubu, después lo tira en el bote de basura.

Claudia se divierte durante meses dándole pastillas a la gallina; ¡cuántas criaturas en miniatura pasan frente a sus ojos! …y por la aguja. Algunas son bestias mitológicas como unicornios, quimeras o dragones; otras veces seres que sólo la gallina puede generar: los llipo-yipos y los jubus; también hay tigres, caimanes, ballenas, perros; cucarachas o moscas; sin faltar los ya extintos iguanodontes, bobos, mamuts, tiranosaurios; y hasta un pequeño hombrecito que suplica en vano clemencia ante la aguja.

Así trascurren tiempos felices para Claudia, hasta que una mañana empieza a llorar.

—¿Qué tienes mi reina?

—Es que ya no sirve.

—¿Por qué?

—Mira —dice mientras muestra un huevo recién abierto.

—¡Es una gallinita! —exclama el padre.

—Una gallina que da gallinas no es especial —taja Claudia sorbiendo el llanto—. Mejor ahora quiero una muñeca Kika-mi-hermanita.

El padre entorna los ojos con falsa desesperación, toma su portafolios y sale de la casa silbando.

Claudia blande la aguja para matar a la gallinita, cuando de pronto aparece una muñeca Kika-mi-hermanita sentada sobre la mesa. Las cuatro sonríen.

—¡Quiero un pastel! —ordena con tono astuto, clavando su mirada en la diminuta gallina.

El pastel aparece, entonces toma a la gallinita y la coloca en la bolsa de su blusa, decidiendo indultarla. Abraza a Kika con fuerza y se olvida de la gallina mayor.

Pide muchos caramelos, tachuelas en el asiento de su maestra, buenas notas en los exámenes. Wanda —así bautiza a la gallinita— pasa los días cumpliendo los caprichos de su dueña y por las noches es llevada a la jaula para que descanse bajo la protección de la gallina mayor, ahora ya pasada de moda, que la cobija entre sus alas con amor maternal. Kika, por su parte, duerme entre los brazos de la niña.

Wanda se ve feliz, su primitivo cerebro conoce y reconoce el mundo y piensa "qué tonto" constantemente. También come su ración de maíz, toma agua y pone cada tercer día un pequeño huevo que contiene una clara y una yema. Claudia no deja de pedirle deseos: finales distintos en sus caricaturas, por ejemplo.

La gallina mayor ha sido confinada a servir sólo para que Wanda se duerma entre sus alas.

Después de unos meses la niña se dispone a pedir un par de vestidos para Kika…, pero nota a Wanda particularmente decaída, y es verdad, hace mucho que no piensa "qué tonto". Cae en la cuenta de que jamás ha pedido un deseo para complacer a Wanda, así que se dispone a pedirle maíz y sorgo de buena calidad. Pero no, requiere algo más especial, por eso le ordena:

—Wanda, deseo que te concedas tus deseos.

Al instante, la gallinita Wanda eructa muy profundo, como

siempre soñó. Su tristeza mengua. Luego comienza a estirarse, a doblarse, a contraerse, se deforma hasta terminar convertida en un híbrido de jubu y llipo-yipo: siempre sintió admiración por esos seres. Ahora necesita convocarlos a la vida y, sobre todo, crearles un lugar donde existir, pues hasta las hadas han tenido un sitio, aunque sea en los cuentos.

Todos los objetos de madera empiezan a trasformarse en miles de jubus y llipo-yipos. Claudia no da crédito.

—¡Ya no quiero que se cumplan tus deseos! —ordena de pronto, pero los jubus siguen con su baile alrededor de Wanda, que feliz eructa pensando "qué tonto", mientras los llipo-yipos arañan las paredes.

Llama con un grito a su madre, pero ella no responde. Sin saber qué hacer, sujetando contra su pecho a Kika, sale a la calle para pedir ayuda. Ya en el jardín ve que el cielo es color ocre y aprieta mucho los dientes al ver que un grupo de llipo-yipos destazan en la banqueta a su gato, convirtiéndolo en un amasijo de huesos y carnes. Un jubu aúlla mientras baila abrazando del cuello a una rata, que casi desfallece estrangulada.

La niña apresura los pasos al ver que un grupo de llipo-yipos se han percatado de su presencia.

Wanda está feliz, ahora les ha dado una vida y un lugar: los jubus están agradecidos, lo manifiestan mostrando sus traseros; los llipo-yipos llevan en ofrenda cuajos de sangre a su benefactora.

Claudia corre tan deprisa; de reojo puede ver cómo los troncos de los árboles se convierten en miles de jubus y llipo-yipos, y cómo los primeros disfrutan desinflando las llantas o copulando mientras bailan, y los segundos desprendiendo las mandíbulas inferiores de los perros.

Wanda goza, sus ojos entornados, blancos de placer, una ráfaga de "qué tonto" bulle en su rudimentario cerebro. A su alrededor danzan jubus que por intervalos inclinan la cabeza hasta tocar el suelo; llipo-yipos ahora llevan páncreas como ofrenda.

La niña está cansada pero sin lesiones, ha corrido por las calles esquivando los peligros. No ha querido soltar a Kika. Otras personas no han tenido su misma suerte: sus cuerpos están diseminados por las calles o penden de sogas. Jubus juguetones miran a través de las cuencas de los cráneos que son limpiados de carne por llipo-yipos.

La glorieta donde Claudia se divierte los domingos está cubierta por un cerro de excremento que unos jubus apilan. Rodea

la glorieta y se percata de que centenas de descomunales anos se abren en el asfalto. Quiere retroceder, pero los llipo-yipos se acercan mientras gritan su violencia. Empieza a saltar los anos, a pasar sobre ellos cuando están bien contraídos, a rodearlos. Pero no se da cuenta de uno hasta que la traga, conduciéndola por su sucio intestino hasta:

—¡Estás de vuelta en casa! —le dice su madre mientras sonríe y extiende los brazos. Ella se acerca llorando, sin soltar a Kika.

—Tenía mucho miedo, mamita —gimotea con sus mejillas atiborradas de llanto. En ese instante el cuerpo de su madre se disgrega en trozos de carne, que caen al piso y se mueven, boquean como pescados. Llipo-yipos salen debajo de los trozos, masticando algún bocado, y comienzan a verla con ojos carniceros. La niña abraza fuertemente a Kika y escapa rumbo a la escalera, no tiene otra opción. Sube un piso, sube dos, sube tres, cuatro, cinco mil…, no quiere ser parte de los horrores. Llega al ático, busca refugio atrás de un baúl, donde se hace ovillo. El baúl se agita, ella presta se incorpora para dirigirse a una esquina, la cual ya está dominada por jubus que hacen malabares y utilizan sus probóscides como cornetas para agradar a Wanda, que los observa con mirada vacía. Claudia contempla el espectáculo de los jubus un par de segundos y al volverse se da cuenta que los llipo-yipos la han cercado…, y son más de mil que vienen, originalmente, a rendir pleitesía a su diosa Wanda a quien, sin embargo, ya se le advierte aburrimiento.

Un llipo-yipo que se lanza a la vanguardia rasga el vestido de la niña. Otros se acercan con alocados pasos de guerra, con los hocicos abiertos, las garras desplegadas, los apéndices erectos. Un llipo-yipo muerde la pantorrilla, uno más escala por el cuerpo de la niña, que ya no puede moverse, que cierra los ojos a la par que su cuerpo tiembla infesto de pánico. El resto de los mil llipo-yipos se lanza frenético, haciendo ruidos de batalla…

El que muerde su pantorrilla empieza a derretirse como moco, así sucede también con los otros, que apenas le han hecho heridas poco profundas. Ella grita el dolor, sin esperanza de salvarse. Pero abre los ojos al no sentir que se acreciente la tortura; ya no están los llipo-yipos, tan sólo está llena de algo pegajoso. Alrededor de Wanda tampoco hay jubus, únicamente moco.

Otra vez Wanda se ha aburrido…, los seres sin lugar no son tan divertidos como ella pensaba, por eso desea de nuevo ser una gallina diminuta. Claudia, al verla en su estado normal, se tranquiliza un poco.

Suspira, después sonríe. Muy animada, Claudia llega a la conclusión de que en realidad sólo se está divirtiendo mucho con un libro para colorear. Y el libro es tan bueno, asegura, que se ha metido en la historia; no ha pasado nada, por eso lanza un silbidito de alivio. Sabe que de pronto, toda perpleja, levantará la cara cuando su madre la llame a cenar; entonces guardará los crayones y el libro en su mochila, saldrá del ático y todo habrá terminado.

La paz de la niña es interrumpida por clara de huevo que comienza a escurrir de las paredes. Ahora, sin pensar en otros, Wanda ha decidido cumplir sus más caras fantasías: un olor a excremento inunda el aire, luego el olor va tomando cuerpo hasta convertirse en un enorme falo de gallo que eyacula chorros de yema de huevo, mojando por intervalos a Claudia y a Wanda; la gallina mayor aparece de pronto en medio del ático, luego se hace más y más grande, hasta que revienta, expulsando plumas y toda clase de embriones; un eructo profundo irrumpe burlón. Wanda se retuerce de placer.



Ilustración: Saurio

El corazón de la niña golpea duro contra sus costillas al oír que la clara y la yema de huevo producen un tétrico murmullo. De una pared surge una gigantesca lengua de gallina que levanta el vestido de la niña para acariciarle el sexo.

Unos monos araña tejen una red con densos hilos de baba; una mantarraya envuelve a un gnomo hasta asfixiarlo; llueven plumas multicolores; vísceras de pollo flotan en el aire; del suelo surgen espigas de maíz que empalan a los monos araña. Gritos como un único grito de dolor. Las patas de Wanda se frotan con lascivia, de su entrepierna comienza a salir disparado un huevo tras otro que mata, por ejemplo, a un buitre; de los huevos al romperse surgen dragones y demonios; el baúl se convierte en un sexo hermafrodita que se hace el coito a sí mismo.

Kika escapa de los brazos de Claudia, a su paso la muñeca toma un clavo y se dirige con toda su furia sobre Wanda. Un pequeño tiranosaurio le arranca parte del blando abdomen de tela, pero ella continúa.

Crestas rojas brotan en las cabezas de los seres, aún en la de

la niña; la lluvia de plumas se acrecienta; Wanda está bañada en sus excrementos, miasmas, sudores, flujos del vientre, su pico se abre y cierra para emitir un torvo "cocorocó", mientras irrumpe una ráfaga de "qué tonto" adentro de su cabeza, tan potente que también irrumpe en todo el ático; las espigas de maíz terminan por atravesar a los monos que se deslizan hasta tocar el suelo; un dientes de sable desgarra al sexo hermafrodita; un conejo es penetrado por un centauro; vapores se desprenden de los seres y las cosas, vapores que cabalgan en hienas, en trilobites y en cactáceas; la gallina se retuerce de gozo, gime, hace muecas llenas de lujuria, en los embates de mayor placer se arranca las plumas. Aleteos convulsos de éxtasis.

Kika salta sobre Wanda. Luces estroboscópicas danzan al ritmo del preludio del orgasmo de la gallina. Kika atina un golpe en el pico, pero queda reducida a un dibujo de dos dimensiones por tocar a Wanda.

Debajo de Claudia empieza a surgir una espiga de maíz, sus piernas no reaccionan para poder evitarla. Siente la culpa de haber matado a sus padres; espera poder disculparse con ellos y el resto de…, ¿su colonia?, ¿su país?, ¿su planeta?, allá en el cielo.

La punta de la espiga se ha metido entre sus nalgas, comienza a abrirla. Quiere desmayarse, pero ni eso puede; mira lo que le espera al ver a los monos araña partidos a la mitad, chorreando sangre y entrañas; después observa a Wanda, se recrimina tanto por haberle dado el poder. La respiración de Claudia es entrecortada… La fetidez… Los chillidos de placer… Confía en que la muerte ya no tarde… Le aterra darse cuenta que Wanda se convulsiona con mayor ímpetu. Y, pese a que unos títeres de trapo desollan a un pingüino, la niña espera lo más horrible aún por suceder, tal vez Wanda haga estallar al universo.

Wanda está orgasmándose: se deforma, se contrae, los "qué tonto" rebotan en las paredes; está por cumplir la mayor de sus fantasías. Claudia, absorta de pánico, no puede cerrar los párpados, ya ni ellos responden. La espiga lastima el principio de su recto.

Los embriones de gallina son partidos a la mitad por las hachas de los vapores cabalgantes, que a su vez son despedazados por los demonios y los dragones; las convulsiones de placer de Wanda son acompañadas por un cloquear desgarrado; tarántulas, peces, orquídeas, unicornios, cerdos, aves, triceratops, irreconocibles seres sacrificados con la aguja, figuras de guiñol, todos frenéticos copulan; las alas de la gallina se baten tan fuerte que arrojan a las brujas contra la pared, para ser tragadas por las vaginas que se abren y cierran; el calor del cuarto aumenta, la

enorme lengua lame la sangre de las heridas de Claudia, el nivel de la clara de huevo sube, el olor a excremento inunda todo, el falo de gallo arroja litros de yema sobre Wanda, Claudia ya tiene diez centímetros de espiga adentro. Es el clímax del orgasmo macabro y un eructo mugido estremece el ático, caudales de miasmas son excretados por todos los orificios de Wanda; entonces su fantasía más anhelada llega: se convierte de pronto en una máscara de nariz prominente y de sonrisa alargada de un lado, tanto que la comisura envuelve al ojo derecho. Los seres y cosas creados por ella se derriten, convertidos en moco.

Se impone un poderoso silencio.

Mientras llora, Claudia se pregunta para qué seguir viviendo. Entre sus nalgas queda una gruesa baba, como restos de la espiga, y el desgarre. En su pelo también hay algo pegajoso, como resquicio de la cresta. Comprende que la muerte ya no está, sólo son heridas y el saber que todo se ha perdido. No puede pensar mucho, necesita primero escapar del horror, aunque no sabe adónde…, quizás —como los jubus o los llipo-yipos— ya no tiene un lugar. A su paso ve la máscara, quiere destruirla, pero por un aplastante miedo mejor no se le acerca. Se dirige a la puerta del ático, después a la puerta de su casa. Todo huele a podrido. En las calles ya no hay monstruos ni anos, pero sí cadáveres de gente, coches y viviendas destruidas, recordándole que aquello no fue un sueño ni un libro para colorear; en los jardines y en las aceras hay torres de cabezas o de decapitados o de hígados o de cerebros o de excrementos o de carne triturada; algunos incendios aislados; perros y gatos ya sin formas definidas; asfalto roto y autos volcados: desolación y muerte.

Ella corre, corre como si cien llipo-yipos estuvieran persiguiéndola, el moco se pega y despega de sus suelas. Ya después, si encuentra un lugar no devastado por aquella estúpida gallina enana, podrá hacerse preguntas.

Emiliano González terminó de escuchar la historia, extrañado, lleno de rareza, de terror. Conmovido ante el destino de Claudia, con el imperativo deseo de ayudarla, de darle un abrazo y un beso en la mejilla; sonrió ante su cursilería.

Cesó el martillar de los oxidados engranes de la máscara, luego suspiró al sentir la satisfacción de quien ha escuchado una buena historia. Entonces, más relajado, se quitó con cuidado la máscara. Al hacerlo pudo darse cuenta de que el techo y los muros del baño eran

lisos, blancos, cóncavos, sin ángulos. El retrete y el lavabo habían desaparecido. Desde afuera empezó a oírse un inmenso cacareo, un temblor sacudió todo con rabia; alguien rompía el huevo donde él se encontraba; el techo se resquebrajó por completo: tuvo ante sí a una gigantesca niña que, luego de observarlo con morbo durante un par de minutos, tomó una enorme aguja y Emiliano González comenzó a suplicar clemencia…

Edgar Omar Avilés nació en Morelia, Michoacán, México, en 1980. Tras egresar de la Escuela de Escritores de la SOGEM, en el DF, recibió el primer premio en cuento breve de la Revista Punto de Partida; en 2003 ganó el primer lugar en el premio Binacional México-Québec de cuento y ha obtenido menciones honoríficas en distintos certámenes como el Premio Nacional de Libro de Cuento Agustín Yánez 2004. Ha publicado cuentos en suplementos culturales, revistas, y en antologías colectivas, entre ellas *Los Mejores Cuentos Mexicanos,* ediciones 2004 y 2005. En agosto de 2006 fue publicado *Antes de que las letras se conviertan en Arañas* una antología de cuentos fantásticos que estuvo a su cargo.

La intelectualidad liberal

Luke Jackson

Era el tercer año del reinado de George VII, el septuagésimo cuarto en la Guerra contra el Terror.

“Encontraremos a los asesinos terroristas y sus simpatizantes liberales y los arrancaremos de raíz”, dijo la agrandada cabeza de George en el holovideo de la cafetería de la facultad, los poros y pelos de su nariz simiesca enormemente magnificados, logrados gracias a una cuidadosa consanguinidad. “A aquellos que primero culpan a América, les contestamos: No tenemos miedo. No vamos a retroceder. En las palabras de los inmortales padres de nuestra patria: ‘Que vengan’”. El holovideo hizo un paneo sobre multitudes clamorosas, en su mayoría ataviadas con galas militares y sosteniendo pancartas que demandaban Rapto inminente.

—¿Estás listo para ir? —preguntó Tom, dándole una profunda pitada a la pipa de crack y exhalando lentamente. Era uno de los pocos científicos que había entre nosotros; se había convertido en inmortal poco después del reinado del primer Bush. Su trabajo “oficial” era el desplazamiento temporal de los países tercermundistas hacia el pasado, para que los Bush pudiesen conquistarlos con mayor facilidad.

—¿Tenemos elección? —pregunté. El café estaba clausurado desde hacía mucho tiempo; un letrero garabateado en el frente lo identificaba como lo que era: un semillero de la intelectualidad liberal. Tom y yo, y algunos otros profesores, éramos los únicos que lo frecuentábamos.

—Estás a tiempo para cambiar de opinión, Dylan —dijo Tom —. No me importaría hacer yo mismo un paseíto al cambio de milenio. Las cosas eran muchísimo más seguras para nosotros en aquel entonces.

—El movimiento te necesita —repliqué y luego respiré profundo—. Dale al gatillo. —Tom sacó algo de su bolsillo, iluminado por destellantes cables enrulados —se veía como esas armas subrepticias que un chico iracundo hubiera usado antes de la Supresión. En el fondo, el Bush proponía un nuevo programa de contratos de servidumbre para los Marcianomexicanos.

—Ah, volver a la época anterior a los fanáticos de Jesús — dijo Tom con una sonrisa melancólica en sus labios—. ¡Que te

diviertas! Y no te olvides de traerme algo de crunk. —A continuación apretó el gatillo.

Y entonces yo estaba en una calle de Miami, el sol enceguecedor reflejándose en los rascacielos plateados y el pavimento poceado. Me sentía nervioso y asqueado luego de la sacudida espacio-temporal, así que rompí una piedra de crack para fumar en mi pipa de vidrio. Me dijeron que en estas épocas hacerlo no era un problema.

—Lo parió, chabón —dijo un negro sucio acercándoseme—. Vo sí que so un yuppie loco, falopándote a medio día, viejita —dijo, sonriéndome a través de dientes rotos.

—¿No es cool? —le pregunté. Los otros blancos, vestidos con los uniformes monocromos y los lazos de esclavos del capitalismo de la época, me ignoraban. El hombre y yo éramos islas estacionarias en medio de ese flujo obsesivo-compulsivo.

—No, máquina, te va fichar la yuta, fiera, te va fichar —se rió—. Pero dame un poquito de merca y va estar todo bien, vieja —dijo. Por cortesía, busqué en mi bolsa y saqué una piedra blanca y pesada, que brillaba al sol, y partí un buen pedazo para él.

—Navidad vino temprano este año, fiera —dijo, con los ojos cada vez más grandes.

—Tudo bem, fiera, me voy a laburar —dije, adoptando la jerga de la época. Le di el pedazo de roca y desaparecí entre las hordas sin rostro de la calle, mientras el hombre se reía para sí y se balanceaba suavemente.

Retiré la piel de mi antebrazo izquierdo y empecé a oprimir botones. Tom me había cableado para ser compatible con estos sistemas primitivos. Sólo me llevó unos pocos segundos localizar las computadoras tabuladoras de votos y atravesar su seguridad con una decodificación multiparalela masiva.

Cuando terminé, me busqué un taburete en un pub de una esquina, que elegí al azar; la vieja TV vociferaba la cobertura noticiosa de la elección. Dado que fumar crack no era posible, me bajé un par de copas de tequila, esperando que dieran los resultados que yo había arreglado.

—Estamos en condiciones de anunciar que Al Gore ganó la Presidencia —dijo desde la TV un presentador de noticiero de aspecto cansado. Yo no podía recordar si esta época era previa o posterior a que para las noticias se utilizaran exclusivamente

marionetas animatrónicas; nada podía deducirse de la cara del presentador.

En el bar se escucharon unas pocas vivas, unos pocos abucheos. Suspiré con alivio, agradecido porque el Bush no iba a poder capitalizar los inminentes actos de terrorismo, no iba a igualar disenso con terrorismo, no iba a iniciar la Supresión, et cétera.

—Jesús, todo mi dinero se va a ir en impuestos —dijo un hombre musculoso y con el pelo cortado al ras que estaba sentado en el taburete contiguo al mío; su cara era roja y su lazo de esclavo rojo brillante estaba demasiado ajustado alrededor de su garganta.

—¿Estás merqueado? —le pregunté. Sólo me miró, los ojos como platos.

Sacudí la cabeza, sorprendido por la falta de inteligencia y visión de esta gente, y oprimí el botón bajo la carne de mi cuello para regresar a casa.

El café de la facultad estaba incendiándose. Lo primero que vi fue la cabeza cortada de Tom en una pica, los ojos vueltos hacia el interior de su cabeza y la lengua sobresaliendo grotescamente. El hombre con sotana que sostenía la pica me señaló con un dedo sucio y tembloroso y gritó:

—¡Otro liberial!

Otros hombres encapuchados emergieron de entre las llamas refulgentes que arrojaban más oscuridad que luz. Me rodearon en un círculo, sus antorchas, garrotes y otras armas listas para prevenir mi escape.

—¡Maten a la bestia! —gritó alguien, una mujer; probablemente era una frase de “La Bella y la Bestia” de Disney. Cuando el continuum colapsa, las únicas cosas con las que se puede contar son las marcas culturales de la juventud.

—Sólo me olvidé un libro de texto en el campus —mentí, luchando a medida que sus garras me tomaban del brazo y los tobillos.

—¿Te creyés mejor que nosotros, eh, un intelemectual? —gruño un hombre petiso y de rostro rubicundo.

—Nah, es un brujo —graznó la mujer—. Los Señores nos han entrenado especialmente para buscaros a vosotros saltadores de tiempo. —Sonrió, orgullosa de su ignorancia cobarde.

Mientras me ataban con cuerdas y me levantaban sobre sus cabezas no pude suprimir un sentimiento incómodo. Esto era demasiado, incluso para el Bush. Él aún no había recurrido a patrullas de campesinos, blandiendo armas primitivas y cazando a la intelectualidad. No pude evitar pensar que algo había salido horriblemente mal. Ni siquiera estaba seguro de poder restaurarme desde mi backup una vez que me mataran.

—Ha habido un gran desplazamiento en el continuum —dijo una voz femenina en mi cabeza—. Algo salió horriblemente mal.

Torcí mi cuello para adelante y para atrás pero era evidente que la voz no provenía de mis igorescos captores.

—Sí, estoy aquí en la horda —continuó la voz—, pero no estoy vocalizando. —Abruptamente reconocí a la Profesora Cornwell, que enseñaba sociología y cuyo trabajo "oficial" era el marketing del Evangelio del Bush.

—¿Qué pasó? —le dije con mi pensamiento.

—Un colapso total, y Tom no está aquí para repararlo. El arreglo de la votación hizo más daño que bien. De alguna manera resultó que Pat Robertson ganó en el 88 y ahora estamos en una rama temporal mucho, mucho peor. Tom nos ayudó a conservar nuestras identidades y algo de nuestras tecnologías, ¡pero ahora él se fue! —Su voz mental se quebró.

—No te preocupes —pensé, sin tener idea de por qué dije eso, porque yo estaba intensamente preocupado y no tenía idea de qué hacer. Si no nos podíamos restaurar desde los backups entonces nuestras muertes serían reales. Me latía considerablemente la yugular y las glándulas de mis manos empezaron a sudar copiosamente. Pero yo no lograba entender cómo mi arreglo electoral podría haber resultado en una victoria para Robertson ¡doce años antes! ¿Tal vez una especie de efecto ola en el espacio-tiempo?

—Esta época está dañada más allá de toda reparación —resumí—. Tenemos que ir mucho más atrás en el tiempo.

—Buena suerte con eso —pensó ella, con su voz mental temblando—; ellos destruyeron toda nuestra tecnología. Esta rama temporal ni siquiera respeta las ciencias aplicadas.

Llegamos a las puertas de hierro fundido de un castillo medieval, que se levantaba donde habían estado las habitaciones de la facultad. Sus torrecillas de piedra se perdían en el cielo negro azabache, no iluminadas por ninguna ciudad flotante o transportes aéreos.

—Tengo que quedarme aquí —dijo su voz, mientras que los que me transportaban se separaban de la turba y cruzaban el portal.

—Sé fuerte —le pensé.

Los lacayos me llevaron a través de los pasillos abovedados, iluminados por antorchas escondidas, y abruptamente emergimos en un enorme cuarto iluminado por bandas de luces fluorescentes. En un lujoso estrado elevado, intrincadamente tallado con bustos de sí mismo, estaba sentado Pat Robertson. Su nariz respingada y su sonrisa traviesa aún se veían como las de un muchacho, un muchacho afectado por alguna enfermedad envejecedora.

—Arrójenlo allí —instruyó Pat a sus seguidores, los que luego se retiraron del cuarto.

—¿Cuándo se darán cuenta ustedes los liberales que no pueden controlar todo? —suspiró Pat, casi melancólico, las puntas de su masivo batido gris retorcidas en rulos que parecían cuernos.

—No entiendo lo que quiere decir —respondí, no muy seguro de si su pregunta era retórica.

—Desde la elección de 2000 yo sabía que alguien estaba interfiriendo con el plan que Diosito había hecho para nosotros —continuó, dando zancadas hacia delante y hacia atrás en su estrado, vestido con un traje de lycra plateada demasiado ajustado—. Diosito me dijo que George W. Bush iba a ganar la elección. Fue sólo cuestión de tiempo descubrir que un tal R. Tyrell Jones III, un empobrecido hombre sin hogar, de repente había recibido el regalo de millones de dólares en crack de cocaína por un misterioso hombre del futuro.

»Yo había estado trabajando en programas de adelgazamiento a través de la Providencia de Diosito, pero entonces supe que Diosito me había llamado para una misión más importante. Así que inauguré el Instituto Pat Robertson de Estudios Espacio-Temporales junto con mi amigo Jerry Falwell y la Universidad Bob Jones —continuó Robertson, con su enfermiza cara de muchachito iluminada por sudor brilloso bajo los tubos fluorescentes—. Nos las ingeniamos para reparar el daño. Si te hubieras quedado un poco más, habrías visto que Florida se inclinó hacia Bush más avanzada la tarde y así él ganó la presidencia.

—¿Por qué entonces no está Bush VII de vuelta en el poder? —pregunté, sospechando que yo ya conocía la respuesta

—George W. Bush era un buen hombre pero un Mensajero imperfecto —continuó Robertson, golpeando una réplica a tamaño real de él, herido y sangrando en la cruz—. Yo sabía que yo era un

mejor Mensajero, lo sabía desde el 88. Bush se esforzó demasiado en mantenerse en el medio, en apaciguar los intereses de los negocios y de los ricos emprendedores, y por lo tanto perdió de vista la voluntad de Diosito. Jay-zús echó a los mercaderes del templo. Diosito me reveló que el continuum era Su regalo para nosotros, tal como se registra en el Génesis y era mi deber usar Su regalo para realizar Su voluntad.

—Que usted ganara la nominación Republicana en el 88 fue una apuesta arriesgada —dije—. Podría haber causado serios daños. —Me imaginé que debería haber hecho que todos los otros nominados virtualmente estiraran la pata para que él pudiera ser un candidato viable.

—El plan que Diosito tiene para nosotros no debe de ser negado —dijo Robertson, curvando los labios en una sonrisa diabólicamente pícara.

—Los teleevangelistas son todos iguales, no importa el lugar o la época —murmuré. Esos charlatanes de Dios se burlaban de la intelectualidad por su “relativismo moral” pero si uno los enciende con fuego sagrado y les saca las escamas de los ojos se vuelven unos verdaderos hijos de puta maquiavélicos—. Entiendo el meollo del asunto. ¿Ahora qué? —No había razón para estirar este sermón insoportablemente estúpido.

El rostro de Pat implotó; realmente parecía herido por mi rechazo a escuchar su cháchara.

—He pensado largo y tendido sobre esto —dijo—, y decidí que la interferencia liberal con el plan de Diosito es el crimen máximo y requiere el castigo máximo. Los geeks de Dios que trabajan para mí desarrollaron una manera de encerrarte en un agujero negro por toda la eternidad, para que allí pontifiques sobre tus transgresiones pecaminosas y quizás para que halles una redención eventual.

—No —exclamé con simulado terror, secretamente emocionado con la perspectiva.

—Diosito será servido —dijo Pat y oprimió el botón de su implemento destellante, idéntico al que Tom había usado anteriormente.

Viajé hacia atrás a través del espacio-tiempo por segunda vez en el día, una sensación similar a surfear en reversa. Era demasiado;

vomité y el vómito aterrizó en alguna parte aleatoria del espacio-tiempo.

Abrí nuevamente el panel de mi antebrazo y comencé a presionar números, frenando el giro y apenas evadiendo la burbuja del agujero negro que me esperaba. Pat no tenía idea de que Tom me había programado para hackear y cabalgar en el continuum; el abierto intercambio de ideas entre la intelectualidad siempre se traducía en mejor tecnología.

El tiempo seguía absorbiéndome hacia atrás, más lentamente ahora. A través de las brillantes motas de polvo y los colores de la posibilidad que se abalanzaban como en Tron, el castillo de Pat colapsó, las hogueras de los campamentos de sus criados se apagaron crepitando y se restauró la blanda normalidad suburbana de fines del siglo XX.

Estaba infinitamente agradecido de haber escapado al papado de Pat, pero sabía que tenía que elegir una época en la que yo pudiera cambiar ese horroroso futuro, y elegí rápidamente. Los 60's pasaron en ese momento y estuve tentado a saltar en la revolución cultural, pero sabía que un solo hombre no podía hacerla funcionar. Créanme, lo intentamos.

Vamos, pensar, pensar. Ahora los Ford T petardeaban por las rutas polvorientas y luego colapsaron en carruajes tirados por caballos.

Jugué con la idea de llegar hasta el 5 después de Cristo, tal vez darle algunos golpes a Jesús, hacer que Judas fuera el Mesías. Pero eso era un pelín demasiado sacrílego, incluso para mí. La cristiandad fue demasiado importante en los siguientes milenios, y no tenía idea qué clase de futuro podía crear.

Cada vez más desesperado, impulsado por algún recuerdo de mi época escolar, salté a fines del siglo XVIII sobre un crujiente barco de madera en Boston. Su balanceo empeoró la nausea de mi salto espacio-temporal, pero ignoré a mi estómago revuelto. Algunos hombres blancos estaban en el barco, usando pintura de guerra y plumas en una imitación cursi de los nativos norteamericanos, pero me ignoraron, como siempre hacen; notar mi abrupto salto a la existencia resultaría psicológicamente muy problemático.

Me arrastré detrás de uno de ellos, que estaba inclinado en uno de los lados del barco y tiraba té hacia las aguas del puerto. Firmemente planté mi pie en sus nalgas cubiertas con gamuza y lo empujé al agua, donde se retorció desesperadamente. Tenía que forzarlos a que me reconocieran.

"Barcos de madera en las aguas, muy libres y veloces /

Veloces, sabes, de la manera que se supone que sean, / Gente plateada de la costa, déjennos / hablar sobre ser libres y veloces" canté para mí mismo mientras perseguía a los otros seudo-indios.

No tenía idea de lo que estaba haciendo, pero trataba de hacer daño. Tenía que evitar el horrible futuro de Pat, por todos los medios posibles.

Regresé a mi propia época, molesto por la peluca empolvada y los calzones ajustados, sin saber qué esperar. La cafetería ahora estaba repleta de profesores y estudiantes, envueltos en debates filosóficos cuando me materialicé. Alzaron sus cafés con leche y comenzaron a cantar "Porque es un buen compañero".



Ilustración: Saurio

Tom, ahora vestido con una remera teñida con batik sobre la cual caía su larga cabellera gris, me tomó en un abrazo de oso que casi me rompe las costillas.

—Sos el héroe del momento —dijo Tom en mi oído, luego me apartó y me miró con ojos húmedos y extasiados. —Vos solito frustraste la Revolución. Aquí en la Costa Este formamos parte de Canadá. Texas y Deseret son independientes, California pertenece a México. Tenemos salud pública gratuita universal, marihuana medicinal, incluso casamiento homosexual —dijo, sonriendo.

—¿Esto es una utopía, entonces? ¿Nada de gobierno paternalista? —le pregunté

—Bueno, el crack y el ácido aún son ilegales por alguna razón, al igual que la poligamia —dijo Tom—, pero con NORCAL estamos tratando de cambiar todo eso.

»Brillante, Dylan, simplemente brillante. Sus dos ídolos gemelos siempre han sido la Biblia y la Constitución, aún cuando siempre pervirtieron y mal usaron en forma horrible a ambas. Al quitarles de una patada la Constitución se quedaron sin una pata

sobre la cual apoyarse. La esclavitud se resolvió en forma pacífica, no hubo necesidad de la Segunda Enmienda, bla bla blá etcétera etcétera.

—En realidad, no lo pensé muy profundamente —admití.

—Esta es una buena época para vivir —se entusiasmó Tom, pasando sus dedos a lo largo del borde de mi oreja y a través mi empolvada peluca gris, confundiéndola con pelo. —¡Hip hip, hurra! —coreó y los otros profesores y estudiantes lo imitaron, levantando en forma triunfal sus cafés con leche aderezados con crack. Cuando terminaron, llevé la mano regordeta de Tom hasta mis labios y me sorprendí de descubrir mi rostro húmedo con lágrimas.

Éramos libres.

A través de los infinitos multiversos del continuum, Dios escuchó y se enfadó. Se levantó y comenzó a susurrar en los oídos de infantes aún sin formar, futuras tropas destinadas a desbaratar las maquinaciones de los liberales ateos.

Título original: “The liberal intelligentsia”
Traducción del inglés: Saurio.

Al nacer, el cráneo macizo de Luke hizo crujir los huesos de su madre. Ella pudo volver a sentarse de nuevo, aunque Luke siguió siendo un dolor más que metafórico en la misma zona durante los años que siguieron. En cuanto a Luke, los críticos sugieren que pudo haber sufrido algún daño cerebral permanente y nunca tuvo oportunidad de ser “normal”. (Los críticos son unos necios. En sus 30 años, Luke ha revelado un brillo y perspicacia que exceden largamente las capacidades de los homínidos normales). El trabajo diario de Luke Jackson tiene que ver con las leyes, por lo menos hasta que logre fama y riqueza como escritor de ciencia ficción. Para sostener ambas posiciones obtuvo un Doctorado en Jurisprudencia en la Escuela de Leyes de la UCLA y un Bachillerato en Literatura de la UC Santa Cruz. Actualmente vive con su esposa Padma y su hijo de dos años Dylan Siddhartha en Los Ángeles, California, USA.

El recuerdo inmóvil

Luís Filipe Silva

En los meses del Sol Iracundo, surge un viento extraño, un viento mortífero que viene del norte, cuyo toque gélido, se dice, es fatal, capaz de inmovilizar a un hombre en el lugar donde esté, fijarlo en la posición que presentaba cuando fue sorprendido, apagar, como si de una llama frágil e indefensa se tratase, su vida, su voluntad. Ese viento, al que nadie le dio un nombre, silba furiosamente sobre nuestros tejados, con un estertor súbito de dolor cuando las afiladas aristas de metal le rompen la piel etérea, obligándolo a separarse en dos. Sopla continuamente durante días y después desaparece, tan sin aviso como había aparecido. Y durante esos días, durante esas horas de miedo y de lucha, nos encerramos en nuestras refugios, cortando el contacto con los demás, manteniéndonos, sin embargo, unidos y próximos a la familia, a aquellos que habitan con nosotros el refugio. No es culpa nuestra, el viento nos fuerza. El miedo nos fuerza. Bajo amenaza, afirmamos la importancia de la familia, negando a los otros, negando al mundo. Buscando soportar el conocimiento de aquella situación tan frágil, de poder morirnos de un momento a otro sin que nadie nos pueda ayudar, sin que podamos ayudar a nadie. Rezamos para que no se oigan sus gritos, para que en breve los olvidemos y se pierdan entre los restantes pensamientos atormentados, en el universo de las tareas diarias. Rezamos por muchas cosas, tal es nuestra debilidad. Yo, en particular, rezo para no oír el nombre de ella cuando el viento sopla; porque el nombre de ella es transportado por el viento.

Llllliiiiiisssssssaaaaaaaaa.



Ilustración: Héctor Chinchayán

Hombre, ¡despierta! ¿Estás durmiendo de pie?

Era el llamado cavernoso de Pedro, el gigante de barba blanca y tronco de piedra encargado de sustentar a la familia sobre

sus hombros. Deberías llamarte Atlas, pensaba yo con frecuencia.

Las mujeres agarraban a los más menudos, encogidas en un rincón. Los besaban metódicamente, en un ritual automático e inconsciente, envolviendo los pequeños cuerpos en un abrazo desesperado; sus labios como lapas mojaban los rostros de los infantes, como si dijesen: estás aquí, continúas aquí, todavía estás aquí. Los chicos, también ellos indiferentes al ritual, miraban hacia arriba. Miraban siempre hacia arriba, cuando el viento soplaba, enfrentaban al enemigo mirándolo a los ojos, mudos, inmóviles, temblando de miedo, pero también de admiración. Queréis ser como el viento —escribiré yo, cuando me encuentre en otro lugar, lejos del centro de los acontecimientos, donde la memoria se forma y el miedo se esculpe—, queréis ser fuertes e intrépidos, recorrer espacios sin esfuerzo, curvar montañas a vuestro paso. Y después, intentaba, yo mismo, imitarles el gesto, pero me enfrentaba con el tejado negro tan próximo, estremeciéndome violentamente en una lucha desigual. Me enfrentaba con la fina membrana que me separaba de la muerte. Retornaba la mirada a la tierra.

Había un extraño silencio en medio de tanto estruendo, una isla de calma y escucha devota que era nuestro núcleo, nuestro refugio de tres o cuatro divisiones abiertas, nuestro pequeño espacio desprovisto de privacidad tal como el mundo a nuestro alrededor estaba desprovisto de vida. Un silencio que algunos, los menos resistentes, intentaban destronar con dichos jocosos y carcajadas apresuradas en sus voces agudas e inciertas, lo que denunciaba el pánico que sentían. Pero la situación era demasiado poderosa como para permitir distracciones, era demasiado apremiante como para que tuviésemos una alternativa a quedarnos sentados, inmóviles, mudos como animales durante la tempestad.

Y el Sol Iracundo arrojaba sobre nosotros su furia inclemente. El globo de sangre penetraba por los paneles tapados, se infiltraba en los orificios de vigía, coloreando de fatalidad y angustia la pálida piel de los pequeños, los besos de las madres, la respiración lenta de los hombres. Concentrando todo el combustible en el esfuerzo desesperado de mantener el habitáculo mínimamente calefaccionado, sólo podíamos destinar una porción ínfima a la iluminación y así, la luz de aquel astro hinchado, de aquel gigante rojo, nos bendecía con su extraño sacramento.



Ilustración: Héctor Chinchayán

—Hombre, ¡despiértate, ya te dije! Tenemos cosas que hacer.

Era tiempo de actuar, guardar el alma en un rincón de la mente y conceder la palabra al cuerpo. Actuar como una madre que besa al hijo: pero nosotros besábamos a la vida, con fervor, la besábamos en nombre de toda la comunidad. Utilizando colas orgánicas, fibras de autómatas celulares, pastas y nanobots, o con la eficiencia simple del oxiacetileno, remendábamos las finas y casi invisibles fracturas en la cerámica de las paredes, los puntos de fatiga en el metal. Encontrábamos las fallas con instrumentos gastados por el uso: nuestras manos, la mayoría de las veces, manos en las que se asentaba la seguridad de la familia, manos que tenían conciencia, casi propia, de la responsabilidad que cargaban. Y después se confirmaba con otros instrumentos, los de medición, cuando era posible, cuando había tiempo. No siempre lo había.

Durante el trabajo, algunos hombres murmuraban. Está casi, está casi, pero no se referían al trabajo. Era el viento que casi había pasado, los días de reclusión y miedo. Efectuaban las reparaciones con devoción sobre la superficie monótona del refugio, con los ojos vidriosos, arreglando fracturas o fijando un panel extra contra la pared del este porque el viento parecía soplar con más intensidad de ese lado. En sus murmullos inconscientes se descubría el cántico que cada uno de nosotros salmodiaba. Estaba casi. Un minuto más, otro minuto, otro minuto aún; una hora más, otra hora, un día más. Y después el mundo volvería a adormecerse. No obstante, aunque continuase desprovisto de vida, aunque continuase helado e infinito, no nos atacaría más, podríamos pisar su superficie y escuchar su sueño.

Lo peor era que quedaban intactos, contaría yo, con mi locución literaria, si esto no pasase de ficción, de sueño fantástico. Si no quedasen intactos, tal vez el miedo no fuese tan grande, tal vez consiguiésemos aguantar. Pero en ellos nada se arruinaba. Sus

manos, erguidas a la mitad del cuerpo, eran tan naturales en la sugerencia del gesto incompleto, con los pliegues de la piel y carne alrededor de los dedos, y los cabellos echados hacia atrás, como alcanzados por una brisa suave. Las ropas, delicadamente delineadas, ocultaban la textura del tejido en la riqueza de las arrugas naturales y de los dobleces provocados por el uso y por el movimiento. Y en sus rostros se abrigaba la mezcla dolorosa de la conciencia, resignación y detalle. El detalle que sólo una tecnología superior conseguiría producir, pero no fue necesaria una tecnología superior, ni la persistencia de un artista meticuloso. Sólo fue requerido un precio, el mayor que se puede pagar. Y entonces, las manos habían quedado rígidas, los cuerpos se habían endurecido, el tiempo se había detenido para aquel jardín de estatuas, cercadas por los restos de un refugio derrotado. El jardín eterno de las flores de la memoria. Y no podíamos ni siquiera tocar con los dedos congelados las mejillas que el sol mantenía ruborizadas. No podíamos acariciar los pétalos de aquellas flores, por temor a dañar su forma, de derribar la estatua que, soñábamos, retornaría a la vida, retornaría a la vida.

Si hubiese insistido, si la hubiese convencido de que se quedase en mi refugio, aquella vez, si hubiese sido fuerte para demoler la determinación de permanecer junto a su familia. Si la hubiese amado lo suficiente. Los si… abandonaron mi boca rumbo al aire frío, cristales de imposibilidad, y el viento los llevó, llevó consigo el deseo y el arrepentimiento, y los diseminó por el mundo, llenó con ellos el planeta desolado, tornándolos en piedra, en estatua, en testigo eterno y silencioso.

Título original: “A recordaçao imóvel”
Traducción del portugués: Beatriz Komavli.

Luís Filipe Silva nació el 6 de diciembre de 1969 en Lisboa, Portugal. Se graduó en la Dirección del Instituto de Economía y Dirección y actualmente es Consultor de los Sistemas de Información. Su actividad literaria contempla la publicación de tres novelas: Cidade da Carne, Vinganças y Terrarium, um romance em mosaicos, y una colección de cuentos, O Futuro à Janela. Es una de las voces más respetadas de la joven narrativa fantástica de su país y ya tenemos más material de su autoría para publicar en Axxón.

Cómo ser artista y no morir en el intento

José Luis Zárate



Como me decía mi madre: no hay nada malo en escribir, siempre y cuando lo hagas por tu lado y te laves las manos después.

Como me decía mi padre: escribe, haz lo que quieras, siempre supe que me habías salido raro.

Como me decía mi hermano el mayor: ta´ bien que escribas, faltaba más, algo debes hacer encerrado en casa… oye ¿y si mejor sales con chavas?

Como me decía mi maestra de español en primaria: escribir es un proceso creativo interesante aún en niños como tú… sigue, sigue, pero antes aprende ortografía.

Cómo decía mi primer novia: que bonito que escribas, pero ¿no podrías hacerlo después?

Cómo decía mi primer jefe: lo que debes escribir son las facturas; no, mejor, escribe tu renuncia.

Cómo decía mi primer maestro de taller literario: escribe, así es como un escritor se hace, llenando páginas y páginas, desechando, desbrozando, destruyendo. Diez versiones harán un cuento mediano. Si echando a perder se aprende, tú estas aprendiendo magníficamente.

Cómo decía mi primer presentador ante un público: aquí el compañero escribe. Así como lo ven es un artista. Nadie entiende lo que escribe, pero artista al fin y al cabo. ¿Y quien mejor que él para

decirle unas palabras a la quinceañera?

Cómo decía mi primer editor: ¿Así que usted escribe? No podemos decir que sea muy original. Hay miles de escritores. Bueno, no importa. Vamos a ver si tenemos lugar para ti en la revista, alguna página que sobre… ¿pagar? ¿quién paga en este país? Si quieres, puedes colaborar, vender unos ejemplares de Letras Nuevísimas, al menos donde vas a salir, si sales…

Cómo decían cuando pedía trabajo: De acuerdo, escribe, pero ¿qué sabe hacer?

Cómo decía mi primer crítico: ¿Escribe?

Cómo decía el presentador de mi primer premio: el ganador del concurso, aquí presente, es un joven valor de las letras del estado, y le entregamos esta licuadora de tres velocidades por tener el número…

Cómo decía mi mejor amigo: me caes bien aunque escribas, todos tenemos nuestras mañitas.

Cómo decía mi segundo editor: ¿Pagar? deberías estar agradecido que saliste en Letras Renuevísimas, el arte jamás se vende, se regala, si no, no es arte. Y para la próxima corrige mejor las faltas de ortografía, tuvimos que pagarle a un corrector de estilo para que arreglara tu original.

Cómo decía mi primer mecenas: admiro tu estilo, tu precisión, el sentimiento de tus frases, la dulzura explícita de tu prosa, pero las tarjetas de felicitación deben ser más graciosas, algo así cómo ¿quieres cumplir otro año? se abre la tarjetita y se lee ¡de acuerdo, pero recuerda que se están acabando! Ya sabes: gracioso. NO sé por qué te quejas, después de todo te estoy pagando para que escribas.

Como dije en una entrevista que nunca salió publicada: escribir es un placer.



Ilustrado por Valeria Uccelli

La entropía y el Hombre

Antonio Mora Vélez



El cuento "La última pregunta" del narrador de ciencia-ficción Isaac Asimov plantea el problema del futuro del hombre y de su mundo en un universo cada vez más ocupado por el desorden entrópico y en vías de extinción. ¿Qué le ocurrirá al mundo y qué será del pensamiento, del ser pensante, cuando la entropía llegue hasta el fin, esto es, cuando la tendencia al agotamiento energético acabe sus posibilidades y finiquite de ese modo todas las instancias de renovación en el cosmos? Varios personajes del cuento, en épocas diversas y distantes, le hacen a la computadora de turno (Multivac, Microvac, AC-galáctica, AC-cósmica…) la misma pregunta y ésta responde siempre: "Los datos son aún insuficientes para dar una respuesta esclarecedora". Hasta allí, un millón de años después de Multivac, el hombre ha alcanzado, en la medida del progreso cibernético, no sólo la inmortalidad sino la comunicación mental intergaláctica, producto ésta de la separación del pensamiento de sus cuerpos y del archivo de éstos, incorruptibles y mantenidos por autómatas, en una especie de museo de la vida ordinaria.

Muchos filósofos y científicos de todos los tiempos se han planteado y dado respuestas a este interrogante milenario. Los pensadores griegos de la antigüedad creyeron, bajo la influencia del mito, que el mundo no ha sido siempre el mismo y que no lo será eternamente. Para Heráclito cada 10.800 años, un año cósmico en las cuentas esotéricas de entonces, todo vuelve al fuego original. ("… en el simbolismo del Oriente, el Fuego es el signo representativo del espíritu, de la Conciencia divina, universal") (1), y en esa fase desaparece la diferencia entre Dios y el mundo. Anaximadro

considera al “apeirón” como fuente y fin del universo: ” De allí mismo de donde las cosas brotan, allí encuentran también su destrucción conforme a la ley”, dice. El universo de Pitágoras es un todo único, un orden (Kosmos) que se debe a la estructura que posee. Dios es la armonía de sus partes, las cuales están determinadas por los números. En las fantasías de Empédocles sobre la formación del mundo a partir del “Sphairos” (materia fusionada e indiferenciada) y desde la “Acosmia” (elementos absolutamente sueltos) encontramos veladamente la teoría de la expansión del universo de la física teórica moderna. (2).

El notable físico y matemático inglés Stephen W. Hawking ha sustentado en su libro “Historia del tiempo” que el universo, así como tuvo un comienzo, tendrá también un final. ” De acuerdo con la teoría general de la relatividad, tuvo que haber habido un estado de densidad infinita en el pasado, el big bang, que habría constituido un verdadero principio del tiempo”, afirma en él. El final sobrevendrá probablemente con el colapso producido después de la fase de contracción, en el big Crunch, o por la formación de singularidades locales que originarían “agujeros negros” en donde el tiempo también desaparecería. Como estamos en la fase expansiva, en la fase de aumento del desorden, en el imperio de la entropía, podemos existir. Cuando no exista una flecha termodinámica clara del tiempo que explique el desorden o caos, cuando éste sea casi completo, esto es, cuando las estrellas hayan desaparecido y los protones y neutrones se hayan desintegrado “probablemente en partículas ligeras y radiación”, el pensamiento del hombre será del todo imposible. El sabio de Cambridge, más en la línea de Spinoza, no cree que el pensamiento pueda existir al margen del cuerpo pensante que es el hombre, no obstante que se identifica con Teilhard de Chardin al decir que la raza humana “ha creado un pequeño rincón de orden (el cerebro) en un universo cada vez más desordenado”. (3). En Teilhard el fenómeno de “convergencia” de la materia hace posible la aparición del siquismo. La “noogénesis” hunde sus raíces en la “biogénesis” y ésta en la “cosmogénesis”. Este proceso de complejificación de la materia alcanza su clímax en el cerebro del hombre y es la fuerza opuesta a la expansión del universo. En el “punto Omega” — Dios, totalidad y unidad suprema para el sabio jesuita — el mundo fenoménico y el espíritu motor se revelan como un todo. En el “Pleroma”, “el uno substancial y lo múltiple creado se reúnen sin confusión en una totalidad…” (4).

Pero a ningún filósofo ni a ningún científico se le había ocurrido lo que al genial narrador de ciencia-ficción norteamericano Isaac Asimov en su cuento de antología. Para el prolífico y erudito

escritor, el día en que las estrellas y las galaxias se hayan apagado, el hombre-mental se fusionará con la computadora cósmica porque ésta habrá llegado a un grado tal de sutilidad estructural (no es materia ni energía) que hará posible la unión con su semejante: el pensamiento. Es la "Parusía" o fin del mundo fenoménico en Teilhard y la consumación de todo en el fuego divino original según el dialéctico de Efeso, pero con un ingrediente obvio tratándose de literatura de ciencia-ficción: la ciencia.

En esta etapa, en el cuento de Asimov, el último hombre mental le formulará a la computadora cósmica ("A.C") la "última pregunta", antes de perder su identidad. "¿Es este el fin?. ¿No puede revertirse el caos?". Pero "A.C". le responderá del mismo modo: "Los datos son aún insuficientes para dar una respuesta esclarecedora". Sólo después, cuando la materia y la energía se han agotado, y sólo existe "A.C" (pensamiento puro que ocupa todo lo que una vez fue el universo), ésta aprende a revertir la dirección de la flecha termodinámica pero ya no tiene a un hombre a quien responderle que los datos ya son suficientes. Entonces organiza su programación, cavila un poco sobre lo que es el Caos en que está y dice: "¡Hágase la luz". Y la luz vuelve a brillar y la máquina del cosmos se pone otra vez en movimiento. (5)

El pensamiento del hombre fusionado con un ordenador cósmico de naturaleza espiritual, la misma tesis que en Heráclito, en Pitágoras, pero de un modo diferente. Para Asimov ese espíritu es obra del pensamiento humano y fue antes materia de circuitos y conductores; pero se despejó de su ropaje burdo y alcanzó la libertad, como el pensamiento en Hegel. No en balde dijo el sabio de Samos que el hombre debía convertirse en espíritu para unirse con el espíritu universal, ni tampoco en balde opinó Teilhard cuando sostuvo que la clave del universo está en el hombre. Asimov integró en su cuento todo lo positivo de la filosofía para afirmar el valor y la fuerza del pensamiento y de paso humanizar a la ciencia, dotándola de un sentido trascendente. Simbólicamente, el cuento a que hacemos referencia reclama la autonomía del pensamiento humano y su gran misión universal de vencedor del Caos. Pero en los terrenos de la filosofía propone un panteísmo de derivación en el que el espíritu universal surge como consecuencia de la independencia del pensamiento, de un modo inverso a como Hegel explicó la transformación de la idea absoluta en materia. En Asimov, el hombre es la síntesis suprema de las formas de existencia de la totalidad, las dos caras del "Weltstoff" teilhardiano; en el hombre la materia reflexiona sobre sí misma y el pensamiento tiene la posibilidad de existir hasta la consumación de los elementos para

poder decir, otra vez, como tal vez ha dicho millones de veces, “¡Hágase la luz!”.

¿Ciencia-ficción? Evidentemente. Pero no por ello menos digna de credibilidad. La ciencia-ficción hace posible la conjunción entre ciencia y filosofía que reclama Stephen W. Hawking como condición previa para enfrentar la tarea de desentrañar los grandes enigmas del cosmos. Además, ¿No fueron el viaje a la luna, el rayo láser y los cerebros electrónicos, primero ciencia-ficción en la imaginación de los poetas del género? ¿Y no fueron los primeros filósofos, fantaseadores empedernidos?

Alguna vez dijo Eduardo Galeano que “si se le tiene miedo a la fantasía, no se puede acometer la reconstrucción de la historia de América” (6). Con muchas mayores razones cabe decir lo mismo respecto de la historia del universo. La fantasía no ha sido jamás una ocupación inútil y el hombre le debe más de un invento y de un descubrimiento.

Citas

1. Schure Eduardo, Los Grandes iniciados, México, 1970;
2. Capelle Wilhelm, Hist. De la Filos. Griega, Editorial Gredos, Madrid, 1981
3. Hawking Stephen W., Historia del Tiempo , Grijalbo, Barcelona, 1988
4. Cuénot Claude, TEILHARD DE CHARDIN. Labor, Barcelona, 1966
5. Asimov Isaac, LO MEJOR DE I. ASIMOV, Emecé, Buenos Aires, 1976;
6. Galeano Eduardo, Conferencia, Bogotá, diciembre 4 de 1982.



Ilustrado por Valeria Uccelli

Axxón 168 - noviembre de 2006

El mar en la ciencia ficción

Antonio Mora Vélez



Introducción

Cuando se relaciona al mar con la literatura, lo primero que se piensa es el mar como tema de inspiración y reflexión de los poetas y como escenario de las grandes aventuras de los novelistas. Y recordamos entonces los versos de Neruda cuando define el mar como "la piel desnuda del planeta" y prefiere de él su "reposo distante", y le pide "no golpees tan fuerte/ no grites de ese modo/ abre tu caja verde/ y déjanos a todos en las manos/tu regalo de plata/; el pez de cada día". (1) Y pensamos en el mar, con Borges, como ese ser que existió "antes que el sueño tejiera mitologías y cosmogonías (y) antes que el tiempo se acuñara en días" (2). O nos miramos en el mar de mulatas, marineros y tambores de Jorge Artel. O recordamos novelas como *El viejo y el mar* de Hemingway. O Moby Dick. O las novelas marinas de Julio Verne y Emilio Salgari.

¿Qué es la ciencia ficción?

Pero el tema que me compete no es la literatura y el mar sino la ciencia ficción y el mar. Por ello comenzamos diciendo que para la ciencia ficción el mar es todo lo anterior y algo más: la perspectiva desde la cual ella logra descubrirle sus posibilidades. Y veamos porqué. La ciencia ficción es un género de literatura que se ocupa de mostrarle al hombre perspectivas, siniestras o paradisíacas, y de criticar con su imaginario las tendencias nocivas que degradan al hombre y colocan a la humanidad en la línea del desastre. En consecuencia con lo arriba expuesto, la Ciencia-ficción puede tratar el tema del mar de un modo apocalíptico o de un modo utópico,

puede mostrarlo como medio de destrucción del hombre o como lugar de salvación para la humanidad acosada por los elementos.

Desde *20.000 leguas de viaje submarino* de Julio Verne —obra que es también una novela de aventuras— el mar es mirado con esa perspectiva. Para Verne el hombre puede vivir con los recursos del mar y no tiene necesidad de recurrir a la superficie, ni siquiera para comprar cigarrillos, que los elabora en el Nautilius con algas marinas. (3)

Las líneas temáticas

Como dijimos al principio, la CF mira el mar no solo como escenario o como motivo de contemplación y reflexión estéticas, sino como medio de destrucción y esto lo puede ser bien como lugar en el que viven monstruos o seres mitológicos que amenazan al hombre o como fuerza destructora capaz de acabar total o parcialmente con la civilización. El mar es también el posible refugio del hombre en un futuro necesario obligado por causas como la contaminación o por el choque del planeta con un asteroide.

La primera línea temática —la de los monstruos— explota el tema del temor a las extrañas especies que habitan en el fondo del mar y que emparienta a la ciencia ficción con las viejas novelas de aventuras. No en balde el Nautilius de Verne es confundido en los inicios de la novela con un animal gigante que asolaba los mares y que no podía ser vencido porque tenía una caparazón de acero. Su conversión de monstruo en submarino traza el límite entre la novela de aventuras y la ciencia ficción en la obra de Verne. H.G. Wells, otro de los padres de la CF, tiene un relato, Los atacantes del mar, que explora este temor del hombre a los posibles monstruos que habitan las profundidades marinas. (4)

El mar inhóspito

En la segunda línea, la destructora, debemos destacar la novela “La sequía” de Jim G. Ballard, en la que la superficie del mar se convierte en una película o capa molecular que impide la evaporación, originando de ese modo la sequía de todo el planeta y el hambre. Igual el relato del Ingeniero Agrónomo y escritor colombiano Serafín Velásquez titulado *Pequeños Incidentes* que cuenta la muerte de los arrecifes de coral, de muchos peces y del fitoplancton y la contaminación del hombre por consumo de pescado, como consecuencia de haber convertido la industria en vertedero de basuras radioactivas, las profundidades marinas. Para el cuento, que tiene un epígrafe del poeta García Lorca que dice: “El

mar también se muere” , la humanidad enfrenta así una catástrofe ecológica con la alteración de la proporción de oxígeno del planeta, un cambio del clima y graves problemas de salud para la especie humana y para todos los animales (5). Otra novela, *Naves estelares*, del ruso Iván Efremov, muestra otro aspecto terrible del mar ya conocido por los recientes tsunamis de Oceanía. En esta obra, cuyo tema es el encuentro por unos paleontólogos de un dinosaurio con una huella de proyectil en la cabeza, Efremov describe y explica científicamente las causas de una ola gigantesca que arrasa con Hawai (6). En esta línea se ubica también la tesis de la glaciación que congela todo el planeta y aniquila la civilización. Un relato de Arthur C. Clarke, *Lecciones de Historia*, cuenta el descubrimiento que los historiadores venusinos hacen de un filme de Walt Disney que empiezan a analizar para descubrir las causas de la catástrofe glacial y la psicología de los habitantes bípedos que pudieron ocasionar su propia aniquilación (7).

La inundación

Pero todo parece indicar que, por la cada vez mayor contaminación de la atmósfera con el dióxido de carbono, vamos hacia la variante de la inundación por derretimiento de los hielos polares y no hacia una nueva glaciación. La novela *Nuevos Mundos*de Stanley Gardner, narra la desaparición de gran parte de la humanidad como consecuencia de un nuevo diluvio producido por un cambio en los polos de La Tierra. (8). Jim G. Ballard, especialista en narrar el fin del mundo como consecuencia de catástrofes naturales y ya citado adelante, muestra en su novela *El mundo sumergido*, la desaparición de los continentes y la obligada adaptación del hombre a las condiciones de la vida submarina, que es la otra variante de exploración del género con el tema del mar (9). Como corroboración de la anterior perspectiva, existe la certeza científica de que por lo menos un Estado, uno de los más pequeños del mundo, Tuvalu, que ocupa una de las muchas islas de Oceanía, desaparecerá bajo el mar dentro de 50 años como máximo (10).

La perspectiva científica

El tema de la adaptación de los hombres a la vida en el mar, que ha dado lugar a una reciente filme de Kevin Costner —*Mundo Acuático* — es tratado por Péter Nichols en su obra *La ciencia en la ciencia ficción*, que me voy a permitir citar en extenso dada su importancia:

“Adaptar al hombre a vivir en el mar no es tan difícil como parece, A su nivel más superficial se trataría de un asunto de conseguir un

mayor aislamiento contra el frío, y alguna provisión metabólica que permitiera a los individuos contener la respiración por bastante tiempo. También sería deseable poseer algún mecanismo para evitar la aeroembolia, de modo que los cambios de presión subsiguientes a las inmersiones profundas no representen un problema tan grande. La mayoría de las historias de Cf sobre hombres adaptados a vivir en el mar suponen que eso implicaría la creación de branquias, pero las focas y los delfines se las arreglan muy bien sin ellas. Incluso aunque fueran necesarias las branquias —si los hombres adaptados tuvieran que instalarse permanentemente bajo la superficie— la cantidad de modificaciones no tiene porqué ser tan grande. Algunos experimentos con ratones que respiraban agua sugieren que los pulmones podrían ser modificados fácilmente para que extrajeran el oxígeno del agua”. (11)

La prioridad apocalíptica.

A esa necesidad de convertir el mar en nuestro hábitat y despensa alimenticia nos conduce, según los ecologistas, la superpoblación del planeta y el consiguiente proceso de degradación del ambiente. Comentando las discusiones de la Conferencia de Kyoto ha dicho el experto Gianni Mazzoleni; “La Tierra no podrá soportar a largo plazo la combinación previsible de superpoblación, creciente consumo de energía y producción desmedida de basuras y contaminantes” (12). Giovanni Sartori en el mismo libro, *La Tierra explota,* señalalo siguiente: En 50 años África perderá la mitad de la tierra cultivable mientras su población habrá ascendido a 2000 millones de habitantes. Ya hemos perdido las 4/5 partes de los bosques del planeta que existían antes de que el hombre se dedicara a su destrucción. En cambio aumentamos a un ritmo que prevé para el 2015 una población de 7 mil millones de personas y de 11 mil millones para el 2050. Sabemos que un aumento de la población determina un aumento del consumo de energía y que éste trae consigo una producción de más basuras contaminantes y de gases de efecto invernadero. Como consecuencia de lo anterior, hay quienes prevén para los próximos 50 años un calentamiento global en 5.8 grados con un aumento de 88 centímetros del nivel de las aguas marinas que hundiría muchas islas y ciudades costeras. Una perspectiva catastrófica que puede ser mayor a menos que el hombre encuentra la solución de energías no contaminantes y reduzca el crecimiento desbordado de la población.

Corrobora la anterior apreciación el dramático informe de la WWF (Organización Mundial de Conservación) que dice que para el año 2050 “gran parte de la población no tendrá cómo satisfacer sus

necesidades tan importantes como el agua potable y la alimentación básica" (13) con el consiguiente aumento de los desiertos, la hambruna de muchos pueblos y posiblemente las guerras por el dominio de las fuentes hídricas que queden. Esta situación obliga a pensar en el mar también como fuente alimenticia.

En esta línea tal vez A E. Van Vogt, es quien mejor expone la posible adaptación del hombre a un futuro submarino. Este autor supone en la novela Los Silkies que el hombre ha conquistado las profundidades del mar mediante técnicas genéticas y que ha logrado sobrevivir bajo la forma humana y la forma silkie, que es un ser pensante evolucionado hacia la forma pez, que se encuentra protegido por una caparazón quitinosa y dotado de superpoderes (14). Sé también de una novela japonesa en la que los habitantes de este país, frente a la inminente desaparición de las islas como consecuencia del derretimiento de los hielos polares, deciden que una nueva generación de niños japoneses aprendan a respirar bajo el agua, lo que no es imposible si, como hemos citado arriba, algunos ratones de experimento aprendieron a hacerlo. Y ya dijimos al principio que para Verne el mar es una despensa alimenticia irremplazable.

Pero es posible, como lo señala el cuento de Serafín Velásquez citado arriba, que destruyamos también el ecosistema del mar con los desechos contaminantes de la industria. Que todo el planeta se torne en inhóspito para la vida. Y en esas circunstancias la humanidad enfrentará la necesidad de buscar la ruta de las estrellas.

Tal vez por eso el tema del hombre adaptado a la vida submarina es un tema relativamente poco tratado en la CF. Ésta se ocupa más de los temas apocalípticos, las amenazas del mar entre ellos, y las posibilidades de encontrar planetas parecidos al nuestro que podamos explorar y colonizar para así permitirle a la vida humana seguir existiendo cuando las condiciones de la superficie terrestre la hagan imposible.

Las mitologías

El mar ha sido también escenario de mitologías hermosas que han sido utilizadas por la ciencia ficción y causante de la desaparición de los pueblos que las originaron. Permítanme leer un par de poemas que tratan el tema de la Atlántida y de los atlantes, que es uno de los temas de la mitología desde los tiempos de Platón, y que la CF pero sobre todo el realismo fantástico, han manejado con variadas hipótesis. Dicen así.

ATLÁNTIDA

En las profundidades del lago Titicaca
las piedras cuentan tu presencia
y confirman la tragedia
   del agua y del fuego
que ocultó a los talladores del tridente
de Paracas
y a los dibujantes del aeropuerto
de los pájaros

De Tiahuanaco y de Atlantis
(Los puertos de los dioses
   del ancestro)
salió la nave del rey Toth
rumbo a Tartessos,
cargada de maíz,
de oricalco y de tabaco,
el aciago día del desastre

Entonces la memoria de Toth
se asiló en el valle de las moles
que apuntan hacia el cielo
y su sabiduría se expandió
por las costas de Ugarit, Tiro y Sidón,
y el eco de sus naves ancló en Jonia
y surgieron las ciudades del hierro
y el pensamiento dio un salto de gigante
y en Atenas la pluma del filósofo
dejó constancia de tu gloria.

Atlántida mil veces sumergida,
imperio fabuloso
de murallas transparentes,
de cristales de fuego
y navegantes pelirrojos
que trillaron los caminos
de los dioses
de oriente y de occidente.

Atlántida edénica
de palacios, canales y vergeles,
estás allí dormida
en el regazo de Los Andes,
en el folclor y en las palabras

de los jinetes del recuerdo
y en la sangre del hombre
de Indoamérica. (15)

En este poema, como se puede observar, se insiste en la tesis de la condición de civilización avanzada de La Atlántida y la de navegantes intercontinentales de sus habitantes, y en la ya conocida desaparición de la isla por un cataclismo. Lo novedoso consiste en seguir la variante de que tal civilización no estuvo en el Atlántico ni el Mediterráneo sino sobre los Andes, por los tiempos en que en parte del continente suramericano existía un mar del cual hay huellas en varias excavaciones. Y que muchos de sus navegantes se salvaron por encontrarse en viaje de negocios por otros continentes, en donde dieron origen a otras civilizaciones y a las mitologías de muchos de sus pueblos.

Otro poema, Noé, reafirma la tesis anterior y la calidad de propagadores del progreso de los atlantes en los pueblos que habitaban las costas del Mediterráneo y de la península Ibérica. El dice lo siguiente:

NOÉ

Llegaste a las costas de Iberia
en una nao,
desde las fronteras del abismo,
y fundaste Noja y Noega
en las playas del Cantábrico.

Y luego
Noya
Nojoa
y Noela
con todas sus fraguas y bajeles,
antes de emprender el viaje
por las columnas de Hércules
hacia las tierras selváticas de oriente.

Fuiste nauta sembrador
de luz,
maestro venido de las aguas,
enseñaste a los hombres
el ritmo de la rueda,
el pulimento de la piedra,
el arte de las cestas,

la estrategia del rebaño
y la resurrección de la semilla…

Después te embarcaste
en el pasado de la vid
y en la mítica arca
y los cazadores de Altamira
construyeron sus templos
   como naves,
para recordar tus viajes
y recordar a tus hermanos navegantes
                    de los cabellos rojos. (15)

En este poema, Noé es un atlante fundador de ciudades que navegó por todas las costas ibéricas y mediterráneas, llevando la luz del conocimiento a sus pueblos. Igual que Hermes en Egipto. Un libro científico, *Los supervivientes de la Atlántida*, da cuenta de las investigaciones que se han hecho sobre el particular. Una de sus conclusiones señala que un pueblo avanzado, venido del mar después de un diluvio o de un cataclismo, enseñó a los hombres de la Europa mediterránea y del mediano oriente, los fundamentos primeros de la civilización. No sobra agregar que los atlantes tenían los cabellos rojos y que en todas las costas de España y Portugal se encuentran huellas de su paso por esas tierras en las pinturas de los cazadores mesolíticos que les rindieron culto después de su desaparición y en los nombres de muchos de sus lugares, que guardan una semejanza enigmática con varios lugares de Egipto, como por ejemplo, existir en Asturias un río Nalón (Nilo), una comarca denominada Tineo (de Thinis, primitiva capital egipcia), un monasterio de Hermo (Hermes) y un lugar llamado Amandi, que se parece a Amenti, el infierno de los egipcios, país que se dice fue visitado por los atlantes durante el período de esplendor de esta civilización perdida justamente por la acción destructora del mar. (16).

Conclusión

Como hemos dicho no abundan los relatos y novelas de CF sobre el mar tomándolo desde la perspectiva utópica de convertirse en hábitat de una nueva civilización humana. La mayor persistencia de los temas cósmicos y apocalípticos en la CF es explicable porque las previsiones más tenebrosas vienen del espacio exterior. Si, como es previsible, nuestro planeta resulta algún día devorado por nuestro Sol o por Júpiter, o destruido por un meteoro, de nada vale habitar en las profundidades del mar, vamos a ser destruidos de todos

modos. Pero en el evento de una catástrofe ecológica que torne imposible la vida sobre la superficie, el recurso de la adaptación al hábitat marino —si no lo hemos destruido también con los desechos industriales y radioactivos— puede ser una alternativa más inmediata para la conservación transitoria de la especie. Esta catástrofe ecológica está estudiada y es por lo tanto previsible en el futuro inmediato y no tan sujeta al azar como la colisión con un asteroide o cometa o tan distante en el tiempo como la posible erupción estelar de Júpiter o la conversión en gigante roja de nuestro sol.

La CF no sólo debe advertirle al hombre los peligros que lo acechan; ella debe también mostrarle posibles alternativas de superación de los obstáculos. El viaje a las estrellas es una de esas alternativas. Pero el mar, aparte de constituir uno de los muchos peligros que amenazan al hombre, si lo conservamos y no lo contaminamos con desechos, lo que resulta improbable, es otra de las posibles alternativas de salvación temporal de la especie en el planeta, mientras llegamos a dominar el combustible necesario para alcanzar otro planeta como el nuestro en nuestra galaxia. Y decimos que resulta improbable porque con preocupación leemos que la revista *Science*anuncia que si el hombre no cambia de rumbo en materia ecológica, en el 2048 se extinguirá la vida en los mares por exceso de calor y por contaminación.

Una anotación final: Solo la ciencia-ficción puede tratar con suficiencia estos temas de la destrucción de La Tierra y de la supervivencia del hombre. Tales temas, como hemos visto, tienen una importancia vital para el ser humano. Ellos definen el futuro del pensamiento en esta parte del universo. Por tales razones no es jactancioso afirmar, como lo afirma Jacques Sadoul, que la ciencia-ficción es la verdadera literatura de nuestro tiempo. (17).

Sincelejo, septiembre 15-Octubre 30 de 2006

Citas:

(1) Neruda Pablo, Odas Elementales, Editorial Bruguera, Barcelona, 1980
(2) Borges Jorge Luis, Nueva antología personal, Bruguera, Barcelona, 1980
(3) Verne Julio, 20.000 leguas de viaje submarino, C de Lectores, 1969
(4) Wells H.G., La CF de H.G. Wells, Vol. 2, Editorial Orbis, 1988
(5) Velásquez Serafín, Un toque de alarma, En proceso de edición.
(6) Bergier Jacques, Lo mejor de la CF rusa, Editorial Bruguera, 1968

(7) Cuentos de CF, Antología, Alfaguara, 1997
(8) Gardner y otros, Otros Mundos, Antología, A.T.E. Barcelona, 1976
(9) Nichols Peter, La ciencia en la ciencia ficción, Ediciones Folio, 1991.
(10) El Tiempo, Bogotá, Editorial del 23 de septiembre de 2006.
(11) Nichols Peter, La ciencia en la ciencia ficción, Ediciones Folio, 1991
(12) Sartori G. y Mazzoleni G, La Tierra explota, Santillana, Buenos Aires, 2003
(13) El Tiempo, En el 2050 la Tierra será insostenible, Octubre 26 de 2006.
(14) Sadoul Jacques, Historia de la CF moderna, Plaza y Janés, Barcelona, 1976
(15) Mora V. Antonio, Los jinetes del recuerdo, La casa de Asterión, No. 24-2006.
(16) Atienza Juan B., Los supervivientes de la Atlántida, Martínez Roca, 1978.
(17) Sadoul Jacques, Historia de la CF moderna, Plaza y Janés, Barcelona, 1976.

Notas:

(*) Ponencia leída en un Encuentro sobre el mar en la literatura realizado en la ciudad colombiana de Santa Marta el día 1 de noviembre de 2006.

Las referencias de obras no especificadas en las citas han sido tomadas de los libros **Historia de la CF moderna**de Jacques Sadoul (1976), **La ciencia ficción, Historia, Ciencia, Perspectiva**, de los autores Robert Scholes y Eric S. Rabkin (1982) y **The Encylopedia of Science Fiction** de John Clute y Peter Nicholls (1995).

Al momento de escribir el presente ensayo, el libro de Serafín Velásquez - Un toque de alarma—no ha sido aún editado por Ave Viajera de Bogotá. Tengo en mi poder un borrador dada mi calidad de prologuista.



Ilustrado por Valeria Uccelli
Axxón 168 - noviembre de 2006

El día de la guerra

Joëlle Wintrebert

«Hemos inventado la felicidad»,
dirán los últimos hombres y guiñarán los ojos.
Friedrich Nietzsche

—¡No! ¡Te lo suplico, ella no!

Murmullo. Él no puede gritar más. Demasiado dolor. Su voz se ha quebrado. Siente en su boca el gusto de la sangre, áspero, mohoso.

El alto sin orejas se inclina sobre él. Es el peor: finge ser amable. Solía sacudir la cabeza con aire afligido cuando sus acólitos torturaban.

—¿Ella no? —dice su voz suave—. De acuerdo. Pero tú nos debes dar respuestas.

Idris se agita en sus ligaduras. Para qué repetir por milésima vez que él no sabe nada, que él ignora hasta el sentido de sus preguntas. Lo repite, de todos modos. Con la voz rota. Su cuchicheo tiene la fuerza de un grito.

Dolor inútil. Lo hacen entre los tres. La violan delante de él. Su hija, su Leïda, su bebé, la carne de su carne. Tiene apenas once años.

Querría estar ciego. Querría estar sordo. Querría estar muerto. Antes de este día nunca había imaginado la muerte como una liberación. El fin de lo que no es soportable. ¿Es cobarde desear la nada?

Llora, suplica, lanza andanadas de nombres. El alto sin orejas consulta su terminal, y sacude la cabeza con aire apenado.

No hay tregua para Leïda. Para su cuerpo desnudo, desarmado, manchado, para su perfección de niña que los acólitos empiezan a destruir. Sollozos y aullidos, y luego el olor atroz a carne quemada. Y sobre todo, la mirada de la niña, la incomprensión en esa mirada.

Ellos dicen:

—Vas sufrir, Leïda. ¿Y sabes por qué? Simplemente porque tu padre se niega a hablarnos. ¿Quieres pedirle a tu padre que no

hable, Leïda?

Ella pregunta, pregunta. Hasta en este último instante cuando logra soltar en un suspiro:

—Entonces, ¿no vas a salvarme, papá?

Se acabó. Uno de los acólitos patea el cuerpo sangriento e hinchado. Idris vomita, hipa, le impiden ahogarse. No morirá, no. Están decididos a negarle el olvido de la muerte. Curaciones, cuidados; lo mantendrán con vida hasta la próxima sesión.

Abismo negro.

Es libre, pero su cabeza es una prisión que ha capturado las imágenes, los ruidos, los olores de la muerte. Idris no puede librarse de ellos. Él lo ha intentado todo para alejar de sí la visión de Leïda torturada. Hasta la droga. En vano. Entonces ha empezado la caza. Los suyos han triunfado. Los otros se ocultan. Idris es la venganza en movimiento. Sólo la muerte del alto y sus acólitos lo devolverá la vida real.

Abismo negro.

Idris los ha encontrado. Fue sencillo. En seis meses de cautiverio se volvieron familiares. Como si ellos y él se hubieran convertido en las dos caras de una misma moneda. Siente que los conoce mejor que a sus propios parientes.

Idris para ellos es la muerte. Tras los primeros momentos de turbación, lo miran de frente, sin parpadear. Verdugos. Pero no sólo eso. No sienten ningún remordimiento. Son fanáticos, han actuado por convicción. Para que triunfe su causa.

Idris quisiera disparar. Alza la mano con la que sostiene el arma, mira esa mano temblorosa, se dice que debe disparar para vengar a la torturada Leïda.

Su mano tiembla.

Pensaba que matar sería sencillo. Lo atraviesan retazos de discursos. Amnistía, espiral de violencia, necesidad de perdón. Palabras de políticos. Recuerda su amargura, y comienza a sacudir la cabeza: ni olvido ni perdón, no, sería como asesinar a Leïda por segunda vez.

Y por eso vacila. Tampoco acepta las palabras de su esposa: la sangre llama a la sangre. ¿Matar estos hombres te devolverá a Leïda? Convertirte en un perro de la guerra es como bajar a su nivel, el nivel más miserable de la humanidad. Nadie te pide que olvides, ni que perdones. Pero rehusarte a la venganza cuando tienes el poder, es permitir la paz.

¿Quieres la paz, Idris? ¿O liberar la bestia oscura que se esconde dentro de ti?

Idris vacila: ¿el hombre alto sin orejas acaso tiene también una niña que podría ser torturada? Esta idea le produce náuseas. Por un instante, el arma sube hasta su sien. Su propia muerte también le permitiría la paz. Y cómo vivir todavía con el recuerdo de Leïda…

Su mano cae, cuelga al final de su brazo, al final de su cuerpo. En los ojos de los cuatro hombres, la incomprensión, el desprecio. Idris de repente se siente tanto más fuerte. Negarse a matar cuando se tiene el poder de hacerlo es dar la vida. Es otra forma de ser todopoderoso. Le proporciona un sentimiento de triunfo.

Lo despiertan. Sus labios sonríen. Y le hace eco la sonrisa de una mujer vestida de blanco que lo mira, de pie en la pequeña sala de tonos azulados. Su rostro todavía lleva la marca del *casco-memoria*. El espíritu turbado de Idris se aclara. La mujer es Betsy, su examinadora o, como ella prefiere nombrarse a sí misma, su terapeuta.

Idris sacude la cabeza y consigue levantarse apoyándose en un codo. Leïda, los verdugos, aquello parecía tan real… Su garganta se agarrota. Idris tiene veintitrés años. No tiene ninguna hija, pero Leïda estará dentro de él de ahora en adelante. Sabe que nunca olvidará su cara, su miedo, su horrible sufrimiento.

Saca las piernas fuera de la cama. Marcharse. Abandonar ese museo de los horrores lo más pronto posible. Su cabeza gira, la náusea lo inunda, se siente débil como un recién nacido; llora.

A su lado, el colchón se ahueca. Betsy. Su brazo rodea la espalda de Idris. Su mejilla, también húmeda por las lágrimas, se une a la suya. Idris acepta el abrazo. Otras veces lo rechazó. Hoy acepta la compasión de Betsy.

—¿Por qué? —dice y su voz se quiebra—. ¿Por qué debemos soportar esto?

—Sabes bien por qué —susurra Betsy—. No hemos encontrado otro medio. Es el precio de la paz.

—Extraña paz, si para obtenerla necesitamos un «Día de la Guerra».

—Somos sobrevivientes, Idris. Todo lo que queda de una humanidad devastada. La guerra es un lujo que no podemos permitirnos más. Por cierto, no la queremos más.

Idris la aparta, se levanta, recorre el piso azul del cuarto con pasos largos y vacilantes.

—¿No la queremos? ¿Y qué es lo que insertan en nuestras cabezas?

Con los brazos cruzados entre las piernas, el busto encorvado, la cara del color de la cera, Betsy parece la imagen del abatimiento.

—Es la primera vez que apruebas el examen, Idris. Pensaba que habías entendido. El objetivo de este día. Además, no eres el único que sufre.

El muchacho desvía la mirada. No le gusta Betsy, pero de repente ella parece tan frágil. Empieza a sentirse culpable. Seguro que ha entendido. Hasta el Blitzkrieg, la transfusión de memoria sólo se usaba para el placer. Los nuevos dirigentes de la Unión han decidido usarla para crear una especie de *electroshock*. Vivir la guerra una vez al año, para mantener presente el espíritu de su horror. Una forma de vacunarse contra ella. Con la condición de resistir el deseo de represalia… Un transfundido olvida por completo que se encuentra en un mundo virtual. Se convierte en el hombre, la mujer o el niño del que ha recibido una porción de memoria. Si el escenario ya está escrito, el final queda abierto. El transfundido siempre tiene la libertad de elegir cómo acabar la historia. El que arriesga el frágil equilibrio de la paz por satisfacer una venganza personal es considerado como un peligro para la comunidad. Lo envían a hacer un «cursillo de capacitación», también llamado el «Purgatorio».

Idris ha pasado tres veces por el Purgatorio. Detesta esos institutos luminosos donde los educadores nunca se permiten una gentileza. No es fácil engañar a Idris. Se lo considera un descarriado al que hay que devolver al camino correcto, por lo que todo está permitido para alcanzar esa meta. Pruebas, ejercicios, proyecciones, aprendizajes, deportes, el objetivo es lograr un condicionamiento positivo.

La primera vez fue terrible. Su brazalete de contención impedía que se alejara del Centro. Cada vez que intentaba traspasar

las limites del parque, caía paralizado. No sintió ningún dolor. Simplemente, sus miembros estaban paralizados. Ni siquiera podía hablar. Los enfermeros tuvieron que ir a recogerlo. Él, que no toleraba ninguna dependencia, tuvo que soportar durante días que lo alimentasen y lavasen su mierda, sin más autonomía que un niño de pecho.

Pasaron tres semanas, durante las cuales él se mostraba menos inteligente que una fiera, que apenas es consciente de los límites de su prisión. Terminó el encierro, y aprendió. Cómo responder en las pruebas, cómo comportarse durante las proyecciones, cómo dominarse en los enfrentamientos deportivos, cómo administrar el pequeño espacio de libertad que le concedían.

Su primera estancia había durado seis meses. En el siguiente Día de la Guerra Idris volvió a fracasar. Había visto, esta vez, la matanza de toda su familia. La venganza era irresistible.

La segunda permanencia en el Purgatorio sólo duró seis semanas. Idris había aprendido, lo que no le impedía recaer cuando se le inyectaban imágenes de la mujer que amaba trasformada en una antorcha viviente. La guerra era una porquería inaceptable. Únicamente los cabrones ofrecían su mejilla para recibir otra bofetada…

La tercera permanencia de Idris duró diez días. Cuando salió del Purgatorio, había redescubierto las lágrimas, y a llorar por sí mismo y su vida destruida. Advirtió que había dejado de fingir. Sinceramente quería un mundo donde reinara la paz.

Idris sacude la cabeza. Ha superado el Día de la Guerra. Amarga victoria, que constriñe su garganta, y que nunca podrá engullir.

Pero, ¿qué quieres para este mundo, Idris? ¿Niños torturados? ¿Familias destruidas? ¿Inmolaciones mediante el fuego? Estabas tan contento de tu elección, en el mundo de Leïda. Recuerda la alegría que sentías al despertar. ¿Te han condicionado? Pero no eras nada más que violencia. ¿Y si, al final, logras vivir en paz contigo mismo?

Idris sacude la cabeza. Sobre la cama, Betsy se acuna. Con los ojos cerrados, ella canturrea una canción infantil. Idris aguza el oído. ¿«Tres ratones ciegos»? ¿La terapeuta se ha quebrado? No parece prestar ninguna atención a su paciente. Es un hecho que él ya no necesita su ayuda. Molesto por esta aparente derrota, Idris se aproxima, da unos golpes en la espalda de la muchacha, inspira profundamente…

—Sabes que he comprendido, Betsy. Perdóname.

Se apresura a abandonar la habitación.

En cuanto se cierra la puerta, Betsy se endereza, seca sus mejillas, comprueba su aspecto en el espejo que está encima del lavabo que está en el rincón. Hace un pequeño mohín.

—Pobre Anne-Elisabeth —le dice a su imagen de ojos enrojecidos—. Este te ha dado trabajo.

¿De qué te quejas? ¿Está a salvo, no? Uno más que se añade a tu cuota. Desde ahora, Idris será un buen soldadito de la paz.

Se da unos toques de agua fría sobre los párpados y, con sus dedos separados para formar un peine, aparta de su frente las greñas desordenadas. Una mirada a su muñeca le informa que ya es la hora. Debe atender al próximo paciente: Héloïse, una muchacha a la que Betsy le envidia la calma y la serenidad; sabe de antemano que no le causará el menor problema.

Suspiro. Betsy se siente cansada, desencantada. ¿Acaso hace unos momentos se limitó a representar la comedia del desaliento? Idris… Ella lo sabe demasiado bien. ¡Él sabe que ella es incapaz de superar la prueba! Fracasa en cada Día de la Guerra. Extraña situación… Los dirigentes de la Unión han admitido que los mejores terapeutas son aquellos que son capaces de volver a sentir los impulsos asesinos de sus pacientes. Evidentemente, es necesario que hayan aprendido a canalizar su violencia. También son los «cazadores de memoria».

Betsy pone las manos sobre sus mejillas. ¿Gesto de protección? ¿Enmascaramiento de un rostro que quisiera distinto? ¿Nuevos rasgos para una nueva vida, virgen de recuerdos, con la memoria purgada? Es lo que le prometen a todos los cazadores de memorias. Antes de que las atrocidades se hagan tan pesadas que la razón se tambalee.



Ilustración: Pedro Belushi

Incapaz de decidirse a abandonar de inmediato el abrigo del cuarto, para enfrentarse de nuevo con la muerte de Leïda, vista por la mente de Héloïse, Betsy se echa sobre la cama. En el olor de Idris. El olor del miedo y de la pena. Refriega su nariz en la almohada. Este olor es también el de la vida contra la muerte.

Con suavidad, frota su cabeza. Como sus otros pacientes, Idris nunca ha preguntado de dónde provienen los recuerdos que le son transferidos. Es más cómodo imaginarse en un mundo virtual, con situaciones fabricadas. Decirse, al despertar: no soy el padre de Leïda, pues este hombre no ha existido, ni su hija. Es sólo una proyección destinada a curarme de mi propia violencia.

Muchos dudan de la verdad, pero es demasiado pesado: prefieren no saberlo.

Betsy se da vuelta. Se masajea el esternón, que siente habitado por una masa en fusión. Leïda y su padre están aquí, le queman el vientre, es ella quien los ha traído consigo de su viaje al otro continente.

Un océano nos separa del otro lado de este mundo devastado. En la Unión, la mayoría de las personas ignoran o simulan ignorar que la vida persiste, allá lejos, en algunas regiones que se han salvado de la destrucción. Una vida aterradora, regida por la ley del fanatismo y de la intolerancia de algunos.

Betsy conoció al padre de Leïda. Al término de algunas semanas de vida en común, ella pudo retener una porción de su memoria. Él murió en sus brazos. Había matado a los asesinos de su hija. En su lugar, Betsy también habría usado el arma, y disparado sin fallar. Y por lo tanto… Había ponderado con frecuencia si la venganza era vana y aportaba sólo destrucción.

Hoy sólo necesita cerrar los ojos para verlos acercarse. Está recogiendo madera en el baldío a medias calcinado, detrás de la

casita. Un ruido la pone en estado de alerta. Ya es demasiado tarde. El padre de Leïda se para en el umbral, como ofreciéndose a la muerte. Ha venido toda una tropa. Matará a dos de ellos antes de que a su vez lo maten.

Ella amaba a ese hombre. Se embarcó en secreto durante la hora siguiente para no sucumbir al demonio. Ella trajo para el mundo, para su mundo, una ración de imágenes atroces, la forma de la paz.

Betsy aspira el aire como si le faltara. La fórmula de la paz. Lo que hace que sus actos sean soportables es que esta terapia del Día de la Guerra funciona. En el continente de la Unión, durante los últimos diez años, se ha creado un equilibrio. Algo que se asemeja a la felicidad. Frágil, sin duda… Y Betsy se estremece al pensar que este equilibrio se construyó a costa de los que mueren allá lejos, en medio de horrorosos sufrimientos. Se dice que los dirigentes de la Unión podrían intervenir. Que tienen los medios técnicos para que los fanáticos dirigentes del otro continente no perjudiquen más a nadie. ¿Pero cómo harán para abastecer a su vivero de imágenes? Sin la guerra de los otros, ¿cómo transmutar el horror en paz?

Betsy se clava los puños en el esternón. Se sofoca, hasta casi no poder respirar. Algún día, puede que… Algún día, tal vez no sea necesario usar muletas, las transfusiones no serán necesarias, el concepto mismo de guerra habrá perdido su sentido. Un día…

Betsy se incorpora. Su labor no está terminada. Recibe a Héloïse y la corona con el *casco-memoria*, mientras que a su vez se conecta y se exhorta a tener coraje. Por el padre de Leïda. Para que ese hombre y su hija no hayan muerto en vano. Para que el odio se trasforme en un acto de amor.

Título original: “La journée de la guerre”
Traducción del francés: Georges Bormand.
Corrección: José Vicente Ortuño/Claudio Biondino

Joëlle Wintrebert nació en 1949 en Toulon, Francia. Ha escrito principalmente ciencia ficción, pero también es guionista, antologista, autora de libros para niños y periodista. Recibió tres veces el Premio Rosny Ainé: por la novela corta “La Créode”, en 1980, y por otras dos novelas: *Les Olympiades truquées* en 1988, y por *Pollen* en 2003. Su novela *Le Créateur chimérique* obtuvo el Grand Prix de la ciencia ficción francesa en 1989.

Parada obligatoria

Gianluca Turconi

Hora 11:00

—¡Sólo Dios sabe cómo ha podido errar ese tiro! —le dice su compañero de asiento—. Estaba en el límite del área, eludió con clase al defensor central adversario y dejó sentado al arquero, gracias a una finta que hubiera engañado a cualquiera. Bastaba con darle un golpecito bajo para meter el balón en la red y, en vez de eso, ¿qué hace? ¡Le da de lleno y lo manda fuera del estadio! No estoy bromeando. Lo he visto pasar por encima de la cubierta de la explanada. Resultado: perdimos uno a cero. Supongo que coincidirá conmigo que ese tronco debería ser excluido del equipo.

Julio gruñó una aprobación de circunstancias. Desde el comienzo del viaje aquel tipo lo había atormentado con la crónica del partido jugado el domingo anterior. Si la Fiorentina no hubiese pasado a la Serie A, los fanáticos del Prato habrían obtenido el triunfo en santa paz. ¡En cambio, nada! Habían perdido el clásico en la última fecha del campeonato y estaban más decaídos de lo que podrían estar si el avión con todos los jugadores se hubiera precipitado sobre las montañas. Y él, que no estaba interesado en el fútbol, tenía que soportar los comentarios y tonterías de aquel fastidioso compañero de viaje.

El autobús de línea marchaba a cien kilómetros por hora. Estaban recorriendo las colinas de los Apeninos, bajando por las laderas de la región emiliana. Venían del conglomerado urbano de Prato-Florencia y hacía veinte minutos que habían entrado en la Zona Prohibida.

El paisaje a ambos lados de la carretera era desolador. La hierba, quemada por las radiaciones, se aferraba tenazmente a las rocas mientras los árboles, pocos y sin corteza, mostraban relieves concéntricos como tumores en sus troncos enfermos. Le producían escalofríos.

Su mujer le había advertido. —Viaja en la lanzadera de las nueve. Llegarás a la parada de Linate, en el Centro, en una hora.

Pero él, terco como una mula, le había contestado: —Estamos cortos de dinero. No podemos permitirnos pagar la lanzadera. ¿Qué

puede pasar con el autobús en la Zona Prohibida? Llegando al Po, tomo el tren elevado hacia el Centro y corro a la cita que tengo en la Plaza Cordusio. Si me contratan, con el anticipo que me den, pago la lanzadera para regresar a casa.

Todo calculado. Todo fácil.

Sí, existía también una mínima posibilidad de que no obtuviese el puesto, pero él ni siquiera la tomaba en consideración. Desde la llegada de la nueva generación de maquinaria robotizada, era difícil emplearse en el ramo de la curtiembre, sin embargo, Julio era un magnífico desollador, el mejor, y el trabajo en Milán sería suyo.

Un remezón anticipó la parada del autobús.

—¿Qué pasa? —preguntó el fanático del Prato.

—Parada obligatoria —le informó, conciso. Como era un asiduo viajero, conocía los paraderos de memoria.

—¿En medio de la Zona Prohibida?

—Es para controlar los boletos.

En efecto, el inspector subió al autobús y recorrió el corredor velozmente. Se acercaba a los asientos dobles y verificaba que todos hubiesen pagado el impuesto al transporte, y luego proseguía.

Llegó delante de ellos y demandó: —¡Boleto, por favor!

Julio estiró el brazo, volteó el pulso hacia arriba y esperó a que el escaner del inspector analizase el chip subcutáneo de crédito confirmando el pago anticipado. Un bip desentonado hizo que los pasajeros voltearan a mirarlo.

—El impuesto no ha sido pagado —anunció el inspector.

—¡Debe haber un error! —protestó Julio. ¡Esta mañana he pedido expresamente a mi mujer que lo pague! ¿Puede efectuar nuevamente el control? —El segundo bip le produjo ansiedad.

—No hay errores. No ha sido pagado. —Impaciente, el inspector tocó con la uña el escaner. Los pasajeros murmuraron.

—Está bien. Pagaré un segundo boleto entero. —Tomó el código PIN escrito en un papel que llevaba en la cartera y lo tipeó en la maquinita. El tercer bip lo mandó metafóricamente a la lona.

—Su chip no tiene crédito —sentenció el diligente empleado de los transportes regionales. El fanático del Prato palideció. Se le podía leer en el rostro la acusación: *¡Qué vergüenza! ¡No tiene crédito!*

El inspector fue categórico: —¡Debe bajarse!

Julio tomó el portafolio y sacó dos billetes de quinientos

euros.

—Puedo pagarle con dinero… —indicó. Nunca lo había hecho.

El inspector se molestó: —¡Guarde esos papeluchos! —Se dio vuelta hacia el chofer—: ¡Antonio, fíjate que aquí hay uno que quiere hacerse el gracioso!

Julio contestó al ataque: —¡No, usted se equivoca!

O quizás no. Quizás su mujer había hecho las compras de la semana y había terminado el crédito de su cuenta corriente, olvidándose de comprarle el boleto. La amaba muchísimo pero a veces le picaban las manos por el deseo de estrangularla.

El vigoroso chofer, con ostentosos músculos tipo Mister Universo, no se enterneció. Dejó su asiento, lo tomó por la chaqueta y lo arrojó del autobús ante la mirada compasiva de los demás viajeros.

—¡Esto es un error! —se lamentó Julio, limpiándose los pantalones del polvo—. ¿Así se trata a un contribuyente? ¿No sabe que yo pago su sueldo con mis impuestos?

El inspector se asomó por la puerta abierta y le pegó un adhesivo amarillo en el pecho, informándole: —Si se vuelve rojo, el nivel de radiación del ambiente ha superado el límite soportable para el organismo humano. Trate de mantenerse lo más arriba posible de la carretera y se salvará.

Julio palideció. Lo estaban abandonando en la Zona Prohibida.

—¡No pueden dejarme aquí! —Se agarró a la barra del autobús tratando de forzar su entrada. El conductor le propinó una serie de patadas que lo tiraron al suelo.

—¡No me obligue a llamar a la policía! —exclamó el inspector—. Le quitarían su chip de crédito y no me gustaría que le cancelen el Servicio Sanitario Nacional.

Luego entró para permitir que se cerraran las puertas del autobús.

—¿No baja también usted aquí? —se lamentó Julio.

—No. He terminado mi turno. Nos vemos en el otro autobús que pasa por aquí a las once de la noche.

—Y yo, ¿qué hago mientras tanto?

El inspector sintió un poco de compasión porque le dio un precioso consejo.

—Si tiene un celular, no lo use. Las antenas flotantes no tienen rutas cerca de la Zona y la señal no se capta. Treinta kilómetros más atrás hay una estación de servicio con un teléfono fijo. Vaya a pie, llame a quien le parezca y cargue nuevamente su chip. Si no tiene dinero, empeñe las joyas de la familia, pero sea como sea, venga con el boleto pagado esta noche a las once y haremos la vista gorda sobre la infracción precedente. —La puerta se cerró con un silbido y el autobús prosiguió viaje.

Julio subió por la pendiente, como le sugirió el inspector, y encaró la carretera en sentido contrario al del autobús.

Estaba solo y tenía que caminar treinta kilómetros a pie. El cansancio lo habría soportado pero la fama que tenía la Zona Prohibida lo inquietaba. Alrededor del 2020, las administraciones regionales habían abierto unos Lugares de Depósito y Depuración de Deshechos Bioinertes en los valles de las colinas de los Apeninos; había que resolver el problema anual de los desperdicios urbanos que seguían amontonándose.

Teóricamente, la idea era genial: excavar túneles en las montañas y largas galerías de docenas de kilómetros y llenarlas con la basura del *homo italicus*. En la práctica, en la implementación cotidiana, esto era muy diferente. En los túneles había ahora de todo, comprendidos los deshechos radioactivos importados en forma ilegal de toda Europa y enterrados en medio de la basura proveniente de la ciudad.

El aumento constante del nivel radioactivo, unido a la imposibilidad de sanear los lugares de depósito debido al colapso de los desagües urbanos, había obligado al gobierno a crear, sobre el dorso de las colinas de los Apeninos, a lo largo de ochenta kilómetros, un área prohibida para la vivienda y el pasaje pedestre. Solamente los autobuses de las líneas regionales estaban autorizados a atravesar esa zona dos veces al día. Fue así que nació la Zona Prohibida.

La fantasía de la gente la había poblado de criaturas quiméricas que ayudaban a aumentar la tirada de los periódicos: mutantes que vagaban por los valles de los Apeninos, criaturas gelatinosas que destripaban a los turistas desafortunados si se perdían durante las excursiones, plantas carnívoras dotadas de lianas como tentáculos veloces y resistentes. Obviamente, todo eso eran tonterías. Julio sabía, sin embargo, gracias al trabajo que hacía, que había *algo* que vivía en la Zona Prohibida. Por lo que debía apurarse y llegar rápidamente a la estación de servicio.

El sol le caía sobre el rostro y empezó a sudar copiosamente.

Al otro lado de la carretera había una sombra invitante sobre un extenso prado verduzco y marchito. Era una tentación demasiado fuerte como para resistirla. Cuando pisó el primer centímetro de hierba y la escuchó rechinar bajo los zapatos, se dio cuenta de que no era realmente vegetación.

—¡Diablos! —exclamó sorprendido.

Las mántides mimetizadas levantaron vuelo simultáneamente. Millones de insectos ensombrecieron el cielo por un segundo, evolucionando en una formación compacta con la misma coordinación que las aves migratorias. Giraron sobre su cabeza dos veces y se dispersaron.

Se detuvo allí, a mirarlas con la boca abierta. No sabía mucho sobre entomología y, sin embargo, dudaba que aquello fuera un comportamiento normal. ¿Estaba observando un salto increíble en la evolución de los insectos, debido a las radiaciones?

¡A quién le importa! Pensó. Pero aceleró el paso, prudentemente.

Hora 14:00

La estación de servicio era un cuchitril de cinco metros por cinco, coronado por un cartel con un aviso de combustible AGIP. Las cargas de litio estaban acumuladas sin orden contra una pared externa.

A Julio le había tomado tres horas llegar al lugar, y estaba impaciente por irse. Le dolían los pies y de ningún modo seguiría el consejo del inspector de esperar el autobús de las veintirés. Al contrario, llamaría por teléfono para que lo recogiera su cuñado o su mejor amigo, Marco, que vivía a cien metros de su casa.

El empleado de la estación, dentro de una garita con forma de panal de abejas, revestida con una película polímera antibalas, estaba tomando una bebida sin alcohol de una lata fluorescente y jugaba con su cuchillo sobre la mesa. Julio tocó la ventanilla.

El empleado lo catalogó con ojo experto y le comunicó: —El teléfono está ahí atrás.

—¿Cómo supo…?

El hombre fue tan rudo como franco: —¿Cree usted que llegan muchos clientes a esta frontera de la Zona Prohibida? Llega

usted a pie, tiene una cara de perro maltratado y su educación es como la de un tipo de ciudad. No se necesita saber mucho para entender que lo han bajado del autobús por no pagar el boleto. Es el quinto que descargan este mes, pero es el primero que llega aquí, hasta la estación. ¡Felicitaciones!

—¿El primero? ¿Qué les pasó a los otros cuatro?

El empleado se rió: —¡Un ciudadano que no lee la crónica negra local! ¡Es como para no creerlo!

Julio había leído solamente los avisos de ofertas de trabajo. Estaba desocupado desde hacía cuatro meses y no deseaba ni de lejos agregar las desgracias de los demás a las suyas propias, de ninguna manera.

—¡No entremos en detalles! —replicó con sequedad—. ¿Puede salir y acompañarme al teléfono?

—¿Se cree que soy idiota? No salgo de aquí ni por todo el oro del mundo. ¡Búsquelo usted mismo! —Bebió un largo trago de la lata.

Imprecando contra esa raza de provincianos toscos e ignorantes, Julio entró en la estación y encontró el teléfono colgado de la pared de un armario, detrás del mostrador de la caja.

Apoyó su chip sobre el lector del teléfono y se puso en comunicación con una operadora.

—Habitación privada de Julio De Vecchi, en Prato, Florencia, llamada a cargo del destinatario. —Indicó con desenvoltura los datos necesarios a la rubia de la central y permaneció esperando en línea.

Tuvo tiempo para silbar durante un minuto antes de que un rostro amistoso sustituyese el display del teléfono y el logo animado de la sociedad nacional de videocomunicaciones. Era Marco con el pecho descubierto.

—Julio … —El amigo no se lo esperaba.

—¡Marco! ¿Qué haces en mi casa? ¡*Desnudo!*

Se entrometió la voz de su mujer, hablando fuera del campo: —Querido, no respondas. Regresa a la cama.

Julio sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¡Operadora! —gritó en el teléfono—. ¡Deme una visión estereoscópica de mi habitación!

Pasaron unos instantes para confirmar que los datos del propietario del chip correspondían al dueño del departamento, y se agrandó el encuadre. Vio a Anna, su mujer, salir del baño con

solamente una toalla amarrada sobre los senos. La escena dejaba poco espacio a la imaginación.

Perdió la razón: —¿Qué mierda están haciendo ustedes dos? —El software que controlaba las llamadas en video juzgó que las imágenes y el lenguaje eran excesivamente escabrosas y cortó la comunicación.

Volvió a llamar a la operadora varias veces, sin resultado. La furia lo enceguceció y golpeó con los puños el maldito aparato hasta que lo despegó de la pared y lo hizo pedazos contra el suelo.

Desenfoque de un pensamiento racional.

Activación del lóbulo paranoico del cerebro.

Julio reconstruyó el acontecimiento. La falta de pago del boleto no estuvo causada por un olvido casual de Anna. Ella se estaba divirtiendo con Marco a sus espaldas y juntos habían pensado en desembarazarse de él, como cualquier otro marido que incomoda. No pensaron en un delito pasional y truculento sino en un método más refinado que se adaptaba al alma ingenua de su mujer. Anna probablemente sí leía la crónica negra y el hecho de dejarlo morir solo, como un perro, debido a las radiaciones, entraba muy bien en su estilo: "*por favor, no me ensucien la alfombra con sangre.*"

—Le haré ver de qué es capaz este maridito…

Regresó a grandes pasos hacia el empleado. Apretó la frente, la nariz y el mentón contra la garita y le ordenó: —¡Quiero tu cuchillo!

El otro lo miró distraídamente: —No doy crédito.

—¡Te puedo dar mi chip! —Julio se mordió el pulso hasta herirse la piel, sacó el rectángulo de silicio, y luego lo sostuvo, ensangrentado, entre el pulgar y el índice.

—Normalmente no trato con dementes… —titubeó el empleado. El chip tenía un discreto valor en el mercado negro de documentos falsos de identificación. Eso lo convenció—: Por esta vez voy a hacer una excepción.

Sacó la mano con el cuchillo por el buzón de la garita y abrió la otra para recibir el chip. Efectuaron el cambio.

—¡Que no se le ocurra pedírmelo de vuelta! —precisó el empleado.

—El chip no me servirá en el futuro. —No después de lo que pensaba hacer cuando llegara a su casa—. ¿Cuál es la parada de autobús más cercana?

—La misma de donde ha venido.

Empezó el viaje de regreso.

Hora 19:00

Julio tenía el corazón colmado de tristeza. Se había quedado en medio de la carretera por una hora llorando como un niño.

Lo habían traicionado. Una doble traición: ¡su mujer y su mejor amigo! No existía perdón para una cobardía semejante. El llanto le había afilado el ingenio. Planificó la venganza hasta los más mínimos detalles. A cualquier lugar que escaparan, él los seguiría y asesinaría sin ir a la cárcel. Le haría decir a su abogado que las radiaciones le habían producido graves daños neurológicos, afectando su capacidad de entender y de decidir. Ningún juez lo condenaría sabiendo lo que esos dos tramaron hipócritamente para eliminarlo y que había sobrevivido por puro milagro.

Se detuvo bajo el cobertizo. Llegó el ocaso y las luces de los faroles se encendieron para iluminar la carretera. La furia vengadora bajó de intensidad. No era un asesino y habría terminado por perdonarlos. Quizás la solución preferible era el divorcio. Quizás…

Un deslizamiento del terreno en la pendiente detrás del paradero lo distrajo. Se asomó del refugio con curiosidad y la rata le devolvió la mirada con una sonrisa de dientes afilados. Julio nunca había visto vivo a uno de esos ejemplares. Los había tenido por años, sin cabeza, ni cola, ni pelo, sobre su mesa de trabajo en la peletería, y no lo habían impresionado. Su récord para desollar un animal era de ocho minutos, desde el primer corte bajo la garganta hasta el último en la unión del cuerpo con la cola. Había ganado un premio de producción por esa velocidad y tenía el diploma colgado en su sala, sobre la chimenea eléctrica.

Con aquel espécimen en particular de rata de los Apeninos que había observado, se podría fabricar un hermoso diván de tres asientos en piel verdadera. Medía un metro veinte de altura hasta el lomo, por cuatro metros abundantes de largo, comprendida la cola. Los cazadores profesionales que arriesgaban su vida recorriendo las montañas y buscando esas bestias, se harían pagar muchísimo dinero por una presa similar. Por desgracia, Julio no era uno de esos cazadores.

—OK, belleza… —la lisonjeó—. Tengo otros asuntos en qué pensar. Ahora, yo me voy por mi camino y quedamos tan amigos como antes.

Dio un paso adelante.

La rata rugió: ¡SQUIIIT!

Julio se puso a correr.

El animal tenía hambre y no se dejó sorprender. Desfondó el revestimiento de resina de vidrio del cobertizo como si fuera de cartón y lo siguió.

Las garras no se afirmaron bien sobre el asfalto, permitiendo que el fugitivo ganara diez metros de ventaja. La rata tenía los pulmones entrenados y en una carrera de medio fondo se lo habría tragado, por lo que Julio decidió descartar el camino a su izquierda, y entró por un estrecho sendero en bajada. La bestia, detrás de él, resbaló en el declive, rodó y perdió otros quince segundos.

—¡Lo puedo hacer! ¡Lo puedo hacer! ¡Lo puedo hacer! —se incitó Julio a sí mismo, corriendo sin aliento. Giró por un recodo del sendero sin salida y se topó con una nidada de ratitas recién nacidas, pero grandes como dobermans. ¡Recto a la madriguera!

La rata madre le llegó por la espalda. Se alzó sobre sus patas posteriores, husmeando el aire con insistencia. Chilló con dulzura y los cachorros la imitaron levantándose. Primera lección a su prole: enseñanza elemental para la degustación de un ser humano.

Julio sacó el cuchillo, se golpeó el muslo con una mano y la desafió: —¡Adelante, veamos cuál es la especie dominante!

Hora 23:00

—Antonio, cuando lleguemos cerca de la parada obligatoria, ve despacio y basta. Daremos una mirada alrededor para ver si ha llegado el tipo de esta mañana, tanto como para comportarnos correctamente, pero luego seguimos viaje —dijo el inspector. El autobús viajaba vacío y nadie se habría lamentado por la violación al reglamento sobre los transportes.

—¡Tampoco me hubiera detenido! —aseguró el conductor. Puso la primera y manejó despacio. Los conos de luz intensa de los faros anteriores iluminaron la carretera. Una larga huella de sangre

se observaba salir del paradero y diseñaba macabros dibujos zigzagueantes, recorriendo el camino en forma oblicua. La vorágine en que se encontraba el cobertizo llevó al inspector a una obvia conclusión.

—¡Santo cielo! ¡Se lo han comido las ratas!

—¡Pobre desgraciado! ¿Por qué me dijiste de bajarlo? No se merecía terminar así.

—Me faltan seis meses para la pensión y todos los días mi hijo debe traerme en auto hasta este paradero para esperar el autobús que llega. Son veinte minutos de espera en la Zona Prohibida y la indemnización de riesgo que me pagan no cubriría ni siquiera mi funeral. Si se enteran en la Central que no cumplo con mi deber me doblarían los turnos. ¡Debía hacerlo!

—Pero…

—¡Basta con los remordimientos! ¡Acelera!

El autobús se alejó velozmente. Un kilómetro más allá, el conductor apretó el freno mientras las llantas rechinaban sobre el asfalto. El inspector golpeó la cabeza contra el vidrio.

—¡Ay! —Se tocó la frente. Tenía un chichón enorme. —¿Por qué has frenado?

—¡Observa tú mismo!

Por el medio de la carretera caminaba hacia ellos un hombre con las manos en la espalda, arrastrando los pies por el cansancio.

El inspector preguntó, tratando de recibir una confirmación: —¿Es él?

Ambos sabían de quién estaban hablando.

—Sí.

Al llegar delante de ellos, abrieron la puerta. El autobús estaba cubierto con una doble coraza de plomo para protegerse de las radiaciones, pero no deseaban correr el riesgo de ver saltar imprevistamente una rata adentro.

Julio subió al estribo con la cabeza gacha. Goteaba sangre sobre la grada de la escalinata, su ropa estaba hecha jirones y sus cabellos habían sido arrancados de raíz en ciertos puntos de la cabeza.

El inspector se avergonzó de preguntarle: —¿Ha cargado el chip?

—No —masculló con la cabeza inclinada.

—¿Entiende usted que no puedo dejarlo subir al autobús?

Podría perder mi puesto —se excusó el otro.



Ilustración: Pedro Belushi (España)

—Fíjense… He tenido un día pesado. Me han descargado en la Zona Prohibida, he descubierto que mi mujer se acuesta con mi mejor amigo y que se habían puesto de acuerdo para asesinarme; he perdido el adhesivo anti radiación que usted me dio y no sé qué cantidad he absorbido. Les pido de rodillas, ¡no me hagan perder la paciencia!

Levantó la cabeza. Tenía una mirada homicida y las mejillas arañadas con huellas de garras y descarnadas hasta el hueso. El conjunto no fue del agrado de Antonio. El conductor dio un salto y tomó la pistola que guardaba para casos de emergencia en el bolsillo de la puerta, del lado del conductor,

Le apuntó a la cabeza: —¡Si te mueves, te mato!

—¿Una pistola? —Julio se rió desaforadamente—. ¿Les había contado que trabajo en la manufactura de pieles? —Llevó las manos hacia adelante. En la derecha empuñaba el cuchillo inmundo de sangre seca, y en la izquierda, la cabeza cortada de la rata madre.

—¡Jesús, José y María! —El conductor se asustó mortalmente. Soltó la pistola que rodó por las escalinatas del autobús hasta el asfalto.

—Ya que hemos aclarado el error… —indicó Julio—, voy a sentarme, tranquilo y en paz.

Escogió el lugar en la primera fila, junto a la ventanilla. Colocó el trofeo de caza sobre el asiento a su lado y limpió el cuchillo en la manga de su camisa.

No se decidían a proseguir viaje.

—¿Qué esperamos? Tengo que arreglar unas cuentas en mi casa y no quiero llegar atrasado! —los apremió.

Antonio pegó un salto hacia el volante y partió como una flecha.

Julio estiró las piernas y se acunó con el monótono vaivén del vehículo. Adoraba la tranquilidad de los viajes en autobús.

Título original: “Fermata obbligatoria”
Traducción del italiano: Adriana Alarco de Zadra.

Gianluca Turconi nació en 1972 en Monza, Italia. Ha escrito obras de ciencia ficción, fantasía, género negro, horror, narrativa histórica e historia alternativa, además de dedicarse al ensayo histórico. Ha efectuado estudios lingüísticos y jurídicos. Actualmente vive y trabaja en Milán. Aunque sólo se ha dedicado a la narrativa fantástica a partir del 2004, ya obtuvo un tercer puesto en el Premio Alien de aquel año y el quinto en la XII edición 2005. Ha compilado antologías como *L’Alveare e dintorni* y *Sturm und Drang* y publicado en revistas y libros colectivos, poniendo de manifiesto, en lo que selecciona y en lo que escribe, su interés por una curiosa fusión de humor y drama como método de aproximación a una sección del futuro posible.

La pecera del gigante

Ricardo Bernal

Entonces el gigante me puso en una pecera; por suerte no tenía agua pues nunca aprendí a nadar. ¡Por favor señor gigante, déjeme salir! Nada de eso chiquilín, ¡ya verás como vamos a divertirnos! En la mano derecha el gigante tenía una caja de choco krispis del tamaño de un edificio: se echó un puñado a la boca y arrojó otros pocos a la pecera; toma, para que no te mueras de hambre. El gigante me miró con curiosidad, luego sonrió y me cerró un ojo. Al rato regreso, dijo antes de alejarse; voy a buscarte compañía. Me quedé solo con mis miedos. ¿Compañía?, ese gigante estaba demasiado loco, lo mismo podía traer una tarántula, grande como su mano, que una muchacha de mi especie. Recorrí la pecera: medía veinte pasos de largo por doce de ancho y el piso estaba cubierto de piedras de colores. En una esquina encontré el enorme esqueleto de un pez, en otra había un castillo de plástico lleno de moho. Entré al castillo, tuve que agacharme para poder cruzar la puerta. ¿Estaré soñando? ¿Qué demonios hago yo en una pecera? Salí; a un lado del castillo había una tapa de gerber llena de agua. Bebí un poco, aparentemente el agua estaba limpia. Me senté en una piedra y saqué todo lo que traía en las bolsas de mi abrigo: un libro de poesía, un ajedrez electrónico, mi pequeño amuleto contra el mal de ojo. Ninguna cuerda, ninguna cantimplora llena de poción mágica para volar y escaparme así de mi triste destino. Lloré un buen rato. Luego recogí un choco krispis, en mis manos era del tamaño de una baguette. Lo mordí: ¡auch!, demasiado duro. En fin, era preferible eso a morirme de hambre. Llegó la noche y entré al castillo. El frío me calaba hasta los huesos, pero era mayor mi cansancio así que me quedé dormido.

¡Yuju yuuuju!, canturreó el gigante. Abrí los ojos y me puse de pie como impulsado por un resorte: ya era de día. Mira a quién tenemos aquí; el enorme guante de cuero se abrió despacio, en la palma estaba un hombre melenudo y harapiento… ¿Fagus? No podía creerlo: era mi hermano mayor al que creíamos muerto desde hace cuatro años en la guerra de Constantinopla. Fagus fue arrojado al interior de la pecera. Al reconocerme corrió hacia mí y nos abrazamos entre lágrimas y gritos de felicidad. ¡Déjense de

cursilerías!, rugió el gigante desde arriba, la fetidez de su aliento casi nos hace vomitar. La situación es la siguiente, dijo el gigante; hoy es lunes, me voy a ir de viaje pero regresaré el próximo domingo. Para entonces, uno de ustedes debe estar muerto. Si los encuentro vivos a los dos, no sólo me los tragaré de un solo bocado, sino que iré a pisotear su ciudad hasta que no quede piedra sobre piedra. El gigante emitió una diabólica carcajada que hizo temblar su barriga como si fuera una gelatina. Luego metió la mano al bolsillo de su chaleco y sacó un dedal, arrojando su contenido a la pecera. Aquí tienen armas para que peleen a muerte. Fagus y yo vimos incrédulos las viejas pistolas del pirata Francis Drake, el martillo de Thor, la espada de Isildur que durante tantas generaciones había estado en el museo de nuestra ciudad. ¡Ejem!, exclamó el gigante; ahora que si lo que quieren es una muerte romántica… Del otro bolsillo sacó un frasco verde, le dio vueltas a la tapa que resultó ser un gotero, y vertió tres gotas de un líquido ambarino en el dedal, colocándolo luego en la pecera. Un solo trago de este veneno provocará una muerte instantánea en cualquiera de ustedes, dijo el gigante. Otra cosa: si se les ocurre la ridícula idea de hacer un pacto suicida y los encuentro muertos a ambos, inundaré de alcohol su ciudad y le prenderé un cerillo. ¡Cómo me voy a divertir viendo a sus congéneres correr chamuscados en todas direcciones! Bueno mis pequeños amigos, espero que la pasen bien en mi ausencia; y el gigante emitió otra terrible carcajada. ¡Ah!, olvidaba darles su comida: tomó la caja de choco krispis y nos arrojó un puñado. ¡Hasta el domingo! Los pasos del gigante se alejaron, haciendo retumbar las paredes transparentes de nuestra cárcel.

El gusto de volver a vernos era mayor que la amenaza del gigante. El resto del día, Fagus y yo nos la pasamos hablando. Me contó cómo lo habían hecho esclavo de guerra en Constantinopla; estuve tres años trabajando de sol a sol en un molino, me daban de comer basura y latigazos, hasta hoy en la mañana cuando el gigante me liberó, aplastando con sus tenis a mis verdugos. Me preguntó por sus hijas. Están bien, aunque al ver que no regresabas te dieron por muerto y pusieron otra lápida junto a la tumba de tu esposa. ¿No se han casado? No, pero dudo que sigan solteras mucho tiempo. ¿Y tú qué has hecho?, preguntó Fagus. Me casé hace medio año con Lia, la hija del herrero. ¡Pero si es una niña! No, reí; te aseguro que ha crecido bastante desde tu ausencia. Hablamos de los amigos, de cómo había sido reconstruida la ciudad después de la guerra. Luego nos callamos un buen rato. Contemplé a Fagus: estaba esquelético, ceniciento,

¿dónde había quedado aquel guerrero impresionante que hacía correr al enemigo con sólo llevar la mano al pomo de su espada y decir ¡bu!? Su triste mirada me recordó al primer jabalí que maté con mis propias manos, una de esas miradas donde no hay esperanza ni razón alguna para seguir de pie sobre la tierra. Llegó la noche. Tratábamos de no pensar. Conocíamos de sobra a los gigantes, no en balde nuestro padre había encontrado el fin de sus días en el estómago de uno de ellos. ¡Maldición!, grité golpeando con mis puños las gruesas paredes de la pecera; ¡maldito gigante hijo de puta! Lágrimas de rabia surcaron mis mejillas hasta que los brazos enflaquecidos de Fagus me abrazaron. ¡Cálmate hermano!, no tiene caso perder la cordura. Vamos a dormir, mañana pensaremos qué hacer. Debe de haber una salida.

El martes y el miércoles pasaron volando, las horas eran granos de arena en el reloj del destino. Fagus y yo nos rompimos la cabeza buscando la forma de escapar. No tiene caso hermano, supón que logramos fugarnos: el gigante no nos lo perdonaría y su venganza sería incendiar nuestra ciudad. Era cierto. Además ni siquiera podríamos bajar de la mesa, la enorme mesa sobre la que descansaba nuestra cárcel. Después de una amarga noche de insomnio llegó el jueves. En la penumbra del amanecer, las armas tiradas entre las piedras de la pecera brillaban como burlándose de nosotros. Quedaban muy pocos choco krispis. El silencio era cada vez más denso. Evitábamos mirarnos. Evitábamos estar cerca. Si Fagus entraba al castillo de plástico, yo salía, y viceversa. Ni siquiera los duros años de la guerra nos habían preparado para una situación como ésta.

Durante todo el jueves lo único que hicimos fue recorrer la pecera a grandes pasos. Parecíamos autómatas. Varias veces sorprendí a Fagus murmurando incoherencias, quizá sin darme cuenta yo hacía lo mismo. Poco antes del anochecer Fagus se detuvo frente a mí, sus ojos eran dos obsidianas encendidas. Hermano, dijo poniendo sus manos en mis hombros; he decidido tomarme el veneno y acabar de una vez por todas con esta angustia. El horror aceleró los latidos de mi corazón: ¡No Fagus, eso no! ¡En tal caso echémoslo a la suerte! Una sonrisa de ultratumba arrugó el rostro de mi hermano, es mejor que yo muera, soy el más viejo; tú tienes una esposa, una vida por

delante. Yo en cambio soy hombre muerto desde el día en que me atraparon mis verdugos. No Fagus, yo no podría vivir con tu sacrificio a cuestas, ¡echémoslo a la suerte, y que Dios se apiade de nosotros! Entonces recordé mi ajedrez electrónico, ¡una partida de ajedrez, claro! De la bolsa de mi abrigo saqué el estuche; al mirarlo pensé en un sarcófago diminuto. Un honorable duelo entre hermanos, esa era la única, la espantosa solución. Fagus, juguemos una partida de ajedrez, el perdedor tendrá que tomarse el veneno. Fagus estuvo de acuerdo, había sombras alrededor de sus ojos decrépitos. Decidimos comenzar la partida al día siguiente.

Esa noche no pude dormir ni un segundo. De niños, nuestra instrucción bélica incluía al ajedrez. Para nosotros era más que un simple juego: en el tablero aprendimos las tácticas, los misteriosos caminos para llegar a la victoria. Quien en la vida de la guerra aplica las leyes del ajedrez, sabe que el factor suerte puede reducirse a cero. Al amanecer Fagus y yo bebimos agua y comimos nuestra diaria ración de alimento, medio choco krispis cada quien. Luego desdoblé el tablero encima de una piedra y colocamos las piezas en silencio. Yo jugaría con blancas, Fagus con negras. Aunque anteriormente muy pocas veces había logrado ganarle a Fagus en el ajedrez, eso se compensaba con los cuatro años que él había dejado de practicar, cuatro años en los que yo derroté a varios campeones. Así comenzó la partida: peón cuatro rey, peón cuatro rey. Caballo tres alfil rey, caballo tres alfil dama. Alfil cuatro alfil, peón tres dama… Para uno de nosotros, este era el último juego.

Había que cuidarse de los caballos de Fagus: se metían en todas partes entorpeciendo mis tácticas de ataque. Las jugadas se llevaban cada vez más tiempo conforme avanzaba la partida, habíamos puesto un límite de una hora por tirada. Para el atardecer, Fagus se había apoderado de mi torre, y aunque yo le había comido un alfil y tres peones, su posición era muy ventajosa; seguramente ya había planeado una estrategia indestructible. Cerré los ojos, vi a dos niños pequeños jugando al ajedrez bajo la supervisión de un viejo maestro; estaban en un salón cuya terraza daba a los jardines, los hermosos jardines que eran el orgullo de nuestro padre. La cadena de pensamientos me llevó hasta los ojos de mi mujer: estaba triste, muy triste. Hasta antes de ser atrapado por el gigante, mi futuro había

sido una promesa de feliz vejez al lado de mi esposa. Jaque, dijo Fagus moviendo su dama y haciéndome regresar a la realidad. Cubrí el ataque con mi torre y miré a mi hermano, de alguna extraña manera su presencia me incomodaba: el gigante había logrado que ahora lo viera como un enemigo. Si Fagus gana, pensé, voy a tener que asesinarlo. Un escalofrío recorrió mi espalda; no, no puedo matar a mi propio hermano, tengo que concentrarme en la partida. Al anochecer, la falta de luz nos obligó a suspender el juego, así que nos fuimos a dormir. Me di cuenta que en todo el día sólo habíamos hablado para anunciar los jaques. Me quedé dormido de inmediato.



Ilustración: Fraga

Y llegó el sábado, y llegó la tarde del sábado. Jaque mate. Fagus miró el tablero con incredulidad: era cierto, pese a su gran ventaja material, al mover mi caballo había dejado al descubierto el ataque de una torre, aplicando así el inevitable jaque mate. Yo tampoco podía creerlo; durante las larguísimas horas de juego, Fagus había ido recortando mi ejército hasta dejarme tan solo un caballo, una torre, mi rey y dos peones. Las piezas amontonadas en el flanco de su rey, en vez de protegerlo, le cerraron las posibles salidas. Vi a Fagus, su sorpresa y disgusto me convencieron de que no se había dejado ganar. Excelente… excelente mate, dijo Fagus; luego se levantó muy despacio, como si hubiera estado sentado trescientos años detrás del tablero. Yo no pude mirarlo a los ojos. Mi corazón era jalado por dos fuerzas contrarias: el pesar por la próxima muerte de mi hermano, y la dulce esperanza de volver a los brazos de mi esposa en cuanto el gigante me liberara. Faltaba poco para el anochecer. Ahora lo sabía: esa iba a ser la última noche en la vida de Fagus. Quise hablar pero las palabras se negaron a salir de mi boca. No podía llorar, ni siquiera sabía como definir las sensaciones que me invadieron. Con mucho cuidado guardé las piezas en su estuche, doblé el tablero y me dirigí al interior del castillo. No me atreví a enfrentar a Fagus en

su dolor, ojalá me mate mientras duermo, pensé; ojalá esto sólo fuera una pesadilla.

El domingo en la mañana, después de compartir el último choco krispis, Fagus se bebió el veneno. Yo había imaginado ese día como una fecha memorable en la que uno de los dos hablaría de cosas trascendentes antes de morir. La verdad es que no estuve con Fagus en los últimos momentos. No sé qué pensó, ni fui testigo de sus últimas palabras, si es que las dijo. Yo estaba en el castillo pensando en una última, desesperada salida para evitar el sacrificio de mi hermano; tal vez si finge que está muerto, tal vez si nos escondemos… Entonces oí un grito y al salir corriendo del castillo vi a Fagus en el suelo, retorciéndose como un jabalí malherido. ¡Hermano!, grité tomándolo en mis brazos. Por lo menos el gigante no había mentido: la muerte de Fagus fue instantánea.

Han pasado dos semanas desde entonces. El gigante nunca regresó. El cadáver de mi hermano está cada vez más putrefacto. Cada vez es más difícil masticar su carne.

Ricardo Bernal nació en la Ciudad de México en 1962. Es cuentista y maestro de cuentistas; ajedrecista, astrólogo y tarotista. Ha ganado becas y premios literarios. Ha cultivado la literatura fantástica en sus más diversas formas, incluyendo horror y ciencia ficción. Entre sus libros se encuentran *Ciudad de telarañas*, *Lady Clic*, *Lucas muere* y *Torniquete de avestruces*. Este es el séptimo cuento que le publicamos en Axxón. Los anteriores fueron: “Las dramáticas aventura de Wozzek, el perro individual” y “Planetas” (151), “Madre amorosa” (152), “Lucy en el país de los monstruos” (153), “Hay horror en los ojos de Caín” (154) y “Breve crónica de una condena eterna” (155).

Ostraniene

Lúcio Manfredi

Si encuentras la hora, yo busco el lugar.
—James Joyce

1.

Débil. La tentación de pronunciar la palabra en voz alta, saboreando cada sílaba mientras se disipa en el aire, es casi demasiado irresistible para ser contada. La sorpresa, un deleite incomprensible. El *stáriets* Zósima es un viejo débil y enfermo. El cuerpo esmirriado parece no saber qué hacer con tanto espacio en la silla, las ropas que lo envuelven encierran un universo y sus ojos penetrantes a duras penas se mantienen abiertos. Son esos ojos los que atraviesan la extensión de la mesa, trasponiendo el abismo entre nosotros y abriendo el camino para su voz desguarnecida pero firme. Él me lee, percibo de repente. Responde a lo que no digo, se hace eco de lo que pienso. *No*, explica Zósima, *no quiero una recodificación. No me gusta entorpecer al destino; voy a morir cuando me llegue la hora*. Hay una cierta altivez en las palabras, un cierto desprecio por los que son menos firmes, por los que se entregan a las artimañas cada vez más perfectas que crea la tecnología con el objetivo de matar a la muerte. *No se mata a la muerte*, pronuncia el viejo con cuidado. *La muerte es una compañera confiable. Tal vez la única que nos queda*. No sé cómo expresar mis dudas. Es evidente que Zósima no va a sobrevivir hasta el año que viene, dos años como máximo. Entonces, ¿por qué? El *stáriets* lanza una carcajada vigorosa; no sé de dónde saca fuerzas. *¿Es así como ves al poder?,* me escupe en la cara. *¿Cómo un capital, una inversión a largo plazo? ¿Acumulas poder para que te rinda intereses, te proporcione lucro y dividendos?* Desvío la mirada, inquieto, pero él sigue sin notar mi embarazo. *El poder no vale nada si no sirve como medio para el conocimiento supremo.* Un instante de éxtasis recorriendo el cuerpo. Consumiéndose a sí mismo. Llevándome con él. *Entiendo*, farfullo por lo bajo, pero hasta yo tengo en claro que no entiendo un cuerno. El *stáriets*, líder supremo de la Ostraniene rusa, me parece una criatura recién desembarcada de otro planeta, una mentalidad alienígena que se conduce según pautas incomprensibles para los humanos. No es como los grandes jefes de la Cosa Nostra o

los *oyabuns* japoneses. Tal vez sólo las Tríadas chinas puedan compararsele en extrañeza, pero nunca traté con las Tríadas. Y si me preguntaran, tampoco buscaría a la mafia rusa, no sé qué tendría para negociar con ellos, pero la iniciativa salió del mismo Zósima, no de un segundo en la jerarquía, sino del propio mentor espiritual de la organización. Quería un encuentro con un representante designado por Malta, en lugar y fecha a combinar posteriormente. Fue lo que me trajo a este restaurante de Amsterdam; debe de haber tantos rusos a lo largo del canal como gente mía. Sólo por precaución, claro. Nunca nadie ha comenzado una guerra de mafias en la Zona Libre; existen ciertas leyes no escritas que es preciso obedecer si queremos que el mundo continúe girando… y todos quieren eso, creo yo.

Después de dejarme asimilar el espanto producido por su vejez, el *stáriets* toma aliento y aborda el asunto que motivó nuestro encuentro. *A las diez horas GMT de hoy,* dice, *los hombres de Malta invadieron un cuartel de la Zen Ai Kaigi y confiscaron una tonelada de perejil, ciento veintiocho rifles Mjölnir con mira neural y cuatro pastillas de trece punto diecisiete gigas.* Recita la lista y me encara, esperando una confirmación. No digo nada, pero me pregunto qué mierda de exactitud es esta. En silencio, asiento; Zósima retoma la palabra. *La primera de estas pastillas estaba marcada con un código que ustedes no supieron descifrar, el holograma de una matriz alfanumérica.* ¿Y entonces?, pregunto, todavía sin decir que sí ni que no. *Esa pastilla es nuestra. Fue robada hace quince días por un* kuromaku. *Matamos al esbirro, pero él ya había entregado el material a un tercero. Quiero esa pastilla.* Hay algo que está mal, comienza a machacar mi instinto. Está abriendo el juego muy, muy fácilmente. ¿Cuál es el valor de esa pastilla? El viejo sonríe. *Para ustedes, ninguno. No puede ser convertida en dinero y la información que contiene, aunque es inestimable, es inútil sin la clave.* Ah, pero él está equivocado. Puede ser convertida en dinero, sí. ¿Cuánto están dispuestos a pagar por ella? Ahora es mi turno de sonreír. Pero la sonrisa no dura mucho. *Tú sales vivo de aquí y las conexiones de Malta permanecen intactas.* Lo que viene a continuación es demasiado vertiginoso para describirlo con coherencia. A una señal mía, nuestra mesa queda cercada de hombres armados. El *stáriets* Zósima no esboza ninguna reacción aparente. Entonces, los soldados de Malta comienzan a estremecerse violentamente, gritando desde sus mismas entrañas. Les salen lágrimas de los ojos, un moco sanguinolento se escurre de sus narices. Olvidando las armas, se arrojan al suelo, contorsionándose contra las frías lajas. Junto a sus bocas se forman charcos oscuros de bilis; un hedor amargo surge de sus cuerpos mientras la carne se desprende de los huesos y se escurre por entre las mesas del

restaurante vacío. *Ébola potenciado*, dice el *stáriets* Zósima cuando la pesadilla llega a su fin. *Tú fuiste inmunizado. Pero existen otras versiones.* Se levanta con dificultad. *Espera nuevas instrucciones.* Y, sin una palabra más, el simulacro de viejo se desvanece en el aire húmedo de Amsterdam.

2.

La reunión de los jefes de Malta es un pandemonio desencontrado; todo el mundo habla y nadie dice nada útil. A la misma hora en que el virus consumía a mi escolta, tres subsidiarias de Malta desaparecieron de la red sin previo aviso. Tampoco hubo más noticias de los hombres que mandamos a investigar. Finalmente, nos enteramos que unas microcápsulas nucleares habían volado los edificios que albergaban a esas subsidiarias; la información quedó tatuada en el cuero cabelludo de nuestros hombres, ahorcados junto a las ruinas humeantes. No, el *stáriets* Zósima no está jugando. La Ostraniene puede de verdad acabar con nuestras conexiones. ¿Cómo han reunido tanto poder? Es incomprensible. A lo largo de las últimas décadas, la organización ha permanecido al margen de los negocios del mundo. No se involucra con las drogas, el contrabando, la prostitución. El único vínculo concreto con las actividades del submundo es la piratería de datos y, aún así, sus acciones son totalmente idiosincráticas. Parecen concentrarse en programas de criptografía, pero no ponen sus servicios a la venta, nadie los contrata para violar ni proteger sistemas. No obstante, su área de influencia va creciendo geométricamente, fagocitando a todas las otras mafias surgidas con el desmantelamiento del bloque socialista, y su hegemonía en Europa Central se ha tornado indiscutible. Por la red han comenzado a circular los rumores más contradictorios. El líder de la Ostraniene, dicen, es un viejo monje ortodoxo, con más de trescientos años de edad. Agentes de la Ostraniene, dicen, fueron vistos recorriendo los monasterios de Europa, en una cacería desesperada de manuscritos antiguos y grimorios medievales. La Ostraniene, dicen, definitivamente se dedica al ramo de la brujería. Pero las microcápsulas nucleares no tienen nada de mágico y la manipulación genética de virus es una operación bastante tecnológica. Tal vez los hayamos subestimado, pienso. Como la Ostraniene no interfería con nuestros negocios, perdimos el tiempo guerreando unos contra otros. Ahora que estamos debilitados y que nuestra supervivencia mutua depende de un equilibrio tan frágil

como dividido entre todas las facciones del llamado crimen organizado, ellos entran en escena, se arrancan la máscara y se revelan como el verdadero enemigo. No nos tomábamos en serio a ese demonio, me repito. Oíamos los rumores sobre la búsqueda del Santo Grial y la gente que hablaba con los ángeles, sacudíamos la cabeza y nos reíamos de esas historias llenas de ruido y furia que contaban los idiotas, sin percibir que todo aquello era una cortina de humo, la coartada de descrédito que protegía a una sociedad que se fortalecía cada vez más. Ahora ya debe ser tarde.

Estamos reunidos en la guarida de Martinelli; los ruidos amortiguados de la Avenida Ipiranga se deslizan por el aire en capas de distorsión. Somos siete en la mesa, la elite de Malta. Es un riesgo calculado. Una explosión dejaría acéfalo al grupo, pero la situación es demasiado crítica para arriesgarse a una teleconferencia; no sabemos hasta dónde la Ostraniene es capaz de monitorear la señal de red. La información que poseía el viejo Zósima demuestra que tiene un canal de acceso aparentemente irrestricto. La discusión es tensa, tumultuosa; más de una vez deriva en agresiones verbales. Estamos en un *impasse*. El valor de la pastilla robada es evidentemente elevado; sería una tontería deshacerse de ella sin sacar ninguna ventaja, pero estamos todos asustados con el poder de fuego demostrado por la Ostraniene. La reunión dura doce difíciles horas, al final de las cuales decidimos que, para bien o para mal, es mejor entregar la pastilla y salvar nuestro pellejo. Es lo que yo esperaba. Como fui yo el que comenzó las negociaciones con la Ostraniene, me toca a mí hacer llegar el material a las manos de Zósima. Voy a hacerlo, apenas él me comunique las instrucciones. Pero no voy a entregarle el oro al ladrón a cambio de nada.

Salgo de la reunión, derecho hacia los laboratorios de Ogdoade. Es una empresa de informática bajo mi control, fachada de una serie de negocios, no todos conocidos por Malta. Busco a mi hombre de confianza, el único que sé con certeza que no me va a vender a los otros jefes ni a nadie.

—Gran Cipriano, ¿qué vientos te traen por aquí? —me saluda Ezequiel. Es un sujeto gordinflón, moreno, con una cabellera enrulada y negra que, a sus treinta y tantos años, ya comienza a ralear.

Le entrego la pastilla y le pregunto si puede hacer una copia con EPR.

—No hay problema —me responde, confiado.

Al día siguiente, su confianza se transforma en irritación.

—Esa porquería que me diste tenía unas defensas de no creer

—reclama—. Hasta le han puesto un campo de incertidumbre.

—¿Lo lograste o no? —retruco secamente. Ezequiel es un buen sujeto, pero si nadie lo interrumpe es capaz de pasarse toda la tarde reclamando.

Ante mi pregunta, ensaya un aire de dignidad ofendida.

—Claro que lo logré. —Me arroja una pastilla no muy diferente de la original; la atrapo en el aire, como a una moneda lanzada a cara o cruz—. Ahí está, *backup* con conexión no local. Pero no pude leer el contenido, no.

—Tienes razón, no eres el único —Le devuelvo la pastilla—. Monitoréala.

Ese mismo día, recibo un *e-mail* con noticias del *stáriets* Zósima.

3.

Pasa un mes. De vez en cuando, llamo a Ezequiel y le pregunto si tiene novedades. No hace falta especificar sobre qué; Ezequiel es un buen muchacho. Pero invariablemente responde que no. Comienzo a creer que estamos perdiendo el tiempo; que, a pesar de todo su poder, la Ostraniene no es más que una cofradía loca liderada por un viejito excéntrico, pues nada bueno puede venir de Nazaret. Hasta que un día veo a Ezequiel encarándome, con aire sonriente, en la pantalla del monitor:

—¿Pudiste cargar esa mierda que hay en la pastilla? —pregunto.

—Ponte el casco —responde él, sin entrar en detalles.

Obediente, me coloco el casco virtual e inmediatamente me encuentro en la periferia de un ambiente. El simulacro de Ezequiel está a mi lado. El icono del ambiente se asemeja a un maldito glifo barroco y brilla con luz ambarina.

—¿Es de la Ostraniene? —pregunto.

Ezequiel asiente.

—No sé qué *software* del demonio están usando; si no fuese por el campo EPR nunca habría podido acceder.

—¿Ya entraste?

Ezequiel niega con la cabeza.

—Las conexiones no locales son una vía de ida y vuelta; estamos camuflados, pero sabiendo como son estos sujetos, los creo muy capaces de detectar el camuflaje.

—¿Qué tipo de camuflaje?

—En un barrido desatento, parecemos fragmentos del administrador de imagen. Pero no sé hasta qué punto el barrido de ellos es desatento. Aunque está claro que debemos entrar. Desde aquí, la periferia, lo máximo que se puede hacer es meditar sobre las circunvoluciones del glifo y eso no contribuye en nada a aumentar nuestro conocimiento.

—Vamos.

Nos deslizamos por la infovía y nos zambullimos en la masa esponjosa del icono. Hay un momento de desorientación y perplejidad, manchones blancos que encandilan mis retinas descarnadas, rayos distantes como espíritus que relampaguean sobre aguas informes y vacías. Entonces, se hace la luz. Por un momento no veo a Ezequiel y llego a pensar que estoy solo en la planicie arenosa. Miro de nuevo; no encuentro a nadie. Comienzo a preocuparme… ¿qué tipo de riesgo estoy corriendo? Lo único que veo es un árbol seco junto a una piedra roja. Poco después, tomo conciencia de un murmullo, un mascullar de palabras. Vienen de la piedra. Me aproximo, intrigado. Es la voz de Ezequiel. *Dada la existencia conforme se comprueba en los recientes trabajos publicados por Poinçon y Wattman de un Dios personal cuacuacua con barbas blancas cuacua fuera de la hipótesis de comprensión que de lo alto de su divina apatía su divino arrojo su divina afasia…* No preciso oír más para comprender que su circuito cerebral está girando en *loops*. En algún lugar de Ogdoade, el cuerpo enchufado de Ezequiel estará balbuceando, con un hilo de saliva escurriéndose por el borde de su boca, los ojos vidriosos, en el mejor de los mundos posibles. Es obvio que caí en una trampa; quisiera saber por qué no me ponen en *loop* a mí también. Algo en mí se paraliza, presa del pánico. ¿Quién dice que no me pusieron? ¿Y si estuviera tan dolorido, tan catatónico como Ezequiel, si la coherencia de mi mente no fuera más que una ilusión subjetiva?

Es una posibilidad interesante; me gustaría profundizar en sus implicaciones metafísicas y ontológicas, pero en este momento reparo en el *stáriets* Zósima, que se desplaza por la escena. Es extraordinario ver cómo ni siquiera su simulacro evita la impresión de vejez; podría apostar que reproduce milimétricamente cada arruga del original. Zósima viste un largo camisón blanco, cubierto con una túnica de seda roja y dorada, y usa un turbante del mismo color. Está parado delante de un altar y parece ignorar totalmente

mi presencia. El altar es un cubo de piedra sobre el cual están dispuestos un incensario de plata, una lamparilla de aceite y una vara de madera. El stáriets Zósima toma la vara, gesticula mucho con ella, murmura algo. La curiosidad mató al gato, me digo al acercarme, intentando oír lo que dice. Poco después, como traídas por el viento, sus palabras llegan a mis oídos. *Señor Dios de la misericordia*, dice*, Dios paciente, benévolo y pródigo, que concedes Tus dones de mil maneras distintas y olvidas las maldades, los pecados agravantes de los hombres. Ante Tu presencia, nadie puede declararse inocente, pues conoces las faltas de los padres, de los hijos, de los sobrinos, hasta la tercera y cuarta generación. Reconozco ante Ti mi propia miseria, ya que no soy digno de aparecer ante Tu divina majestad, ni tampoco de implorar por Tu bondad y misericordia para obtener la menor gracia. Señor de los Señores, es tan inmensa la fuente de Tus bondades que ella misma llama a quienes se avergüenzan de sus pecados y los invita a recibir Tus gracias. Es por eso, Señor y Dios mío, que Te ruego: ten piedad de mí, lava mi alma de la inmundicia del pecado, renovando mi espíritu y reconfortándolo para que sea capaz de comprender el misterio de Tu Gracia y los tesoros de Tu Divina Sabiduría. Santifícame con los óleos de Tu Santidad, como hiciste con todos los profetas. Purifícame por medio de esos óleos, a fin de hacerme digno del diálogo con Tus santos ángeles y Tu divina sapiencia. Concédeme, Señor, el poder que has concedido a Tus profetas. Amén. Amén. Amén.*

Durante un tiempo no ocurre nada, a no ser por el eco de la oración que se disipa en el aire, con un efecto de impresionante realismo. Es evidente que el viejo está loco, concluyo. De lo contrario, ¿a qué vino todo ese carnaval, esas amenazas y demostraciones de poder? ¿Sólo para recuperar un escenario para practicar la magia virtual? Mi primera reacción es de alivio: el viejo está loco y no tenemos nada que temer. Mi segunda reacción es de pánico: el viejo está loco y posee microcápsulas nucleares, virus potenciados y Dios sabe qué más. Mejor salir, intentar rastrear la señal y atacar, mientras el *stáriets* continúa en pleno ataque de manía religiosa. Soy un mono y mi mano está presa en la trampa del viejo. Mierda, ni siquiera es posible pedir ayuda; el único tipo que podía hacer algo se ha convertido en piedra. Y claro, en este momento los rezos de Zósima reciben respuesta.

4.



Ilustración: Guillermo Vidal (Argentina)

Comienza con el distante retumbar de un trueno. Un resplandor rojo inunda el ambiente virtual como un mar de sangre que se traga el valle; siento un dolor que recorre los nervios ópticos de mi cuerpo real, un estremecimiento en las vísceras, una fuerza centrípeta que surge en mi pecho y me empuja violentamente hacia fuera de mí mismo, que me contorsiona, me pone del revés, me retuerce, me convierte en una masa sin forma de carne e información. Láminas incandescentes recorren mi sistema nervioso central, me cortan en tiras, salan mis fetas, me ponen a secar bajo un Sol que me escalda. Quiero gritar: ¿quién dice que tengo lengua? Quiero llorar: las lágrimas se evaporan de mi rostro antes de formarse.

Aplastado por un bloque de acero y hormigón, comprimido en un espacio bidimensional, unidimensional, me transformo en el mismísimo horizonte de eventos; en el centro de mi ser, un agujero negro succiona todo lo que tengo, hasta dejarme —esqueleto descarnado, runa humeante, cero a la izquierda— tirado en la planicie virtual. El resplandor disipó al árbol, pulverizó la piedra. Ya no hay más altar, lámparas, nada. Hasta las ropas se han ido; quedamos apenas yo y el viejo, desnudos en una planicie cenicienta. Es preciso simplificar al máximo; el nuevo gráfico exige toda la memoria disponible del sistema. Una columna de luz roja conecta la tierra con el cielo; digo que el color es rojo, pero no es el rojo de siempre, el de las pasiones y asesinatos, el de la piel de la manzana, el de la sangre derramada, no: es el rojo del Sol que se pone, del neón de los anuncios, de los focos de los coches; no es el rojo de los ojos inyectados, el rojo de las plumas de los pájaros, el rojo del barro. Pero tampoco deja de serlo. Es como el arquetipo del rojo, la matriz de todos esos colores, que los contiene y los supera, los origina y los antecede, se profundiza; nuestro prototipo que está en el cielo.

Estoy junto a Zósima, al pie de la columna que arde como el fuego y quema como el hielo. Hay movimiento dentro de la luz, figuras móviles que a veces parecen hacer señas, ora se aproximan, ora se apartan. ¿Qué es eso?, le pregunto al viejo. *Ángeles*, responde con voz trémula. De los ojos le caen lágrimas que recorren el laberinto de sus arrugas… ¿cómo puede una imagen virtual ser tan realista? Me estremezco por dentro. Tal vez no sea una imagen virtual. No tiene el menor sentido, pero comienzo a tener la certeza de que quien está ahí es el propio *stáriets* de carne y hueso, no una proyección ciberespacial. De algún modo, es su propia carne convertida en información. En ese caso, percibo, él está experimentando todo con una intensidad inimaginable para mí. Sí, eso explicaría las lágrimas, aunque yo mismo esté casi a punto de llorar. Belleza es un término demasiado débil. La palabra que más se aproxima es sublime, el impacto avasallante de todo esto sobrepasa el entendimiento. El abismo de lo Bello, su incandescencia, su resplandor que ofusca. Ante él, la suavidad de la voz es casi disonante. Una orden, un imperativo categórico. Obediente. Zósima se levanta, reverente. Intento acompañarlo, pero una espada de fuego invisible bloquea mis pasos. Soy una estatua de piedra, inmóvil; sólo mis ojos acompañan los acontecimientos. Zósima camina hacia la columna con andar lento, hierático, un sacerdote delante de su dios. A medida que se aproxima, una fuerza antientrópica parece tomarlo de los brazos, las arrugas se desvanecen en el aire, su cuerpo débil se yergue, con la espalda más recta que un amuleto Tet egipcio. Entonces es como si el Ángel del Señor extendiese la mano hacia el viejo *stáriets* y suavemente lo llevara hacia la columna. El viejo desaparece, tragado por la luz roja que comienza a girar convertida en torbellino. Las tardes de domingo de la infancia, en la iglesia pentecostal, vuelven a mi mente. Y el Señor le habló a Job desde dentro del torbellino. De repente, la realidad se torna transparente y vislumbro sus fundamentos últimos, cada persona, criatura, cosa, yo mismo, no más que centellas del fuego que arde en el vientre del mundo.

Despierto solo en la planicie vacía. En retrospectiva, da la impresión de que la columna de luz, Zósima y los ángeles fueron tragados por una súbita explosión, pero yo sé que no hubo ninguna explosión, que sólo era mi interfaz lidiando con una falla general del sistema, mucha información para poca memoria, errores de paridad, eso es. Estoy solo en la planicie vacía, junto al altar, al árbol y a la piedra que fue Ezequiel, milagrosamente restituidos al escenario. *¿Es el santelmo de Poolbeg*, murmura la piedra*, faroriente, o un reflector bordeando la Kishtna o un vago fulgor que avisto dentro de un seto o mi Garry que bienvino del Indo? ¡Espera el flúor del*

melilunio, amor! Cae, vésper, vespertina, cae. En tus ojos la tarde se disipa.

Qué lugar terrible, pienso al desconectar.

Título original: “Ostraniene”
Traducción del portugués por Claudia De Bella.

Lucio Manfredi nació en Sao Paulo, Brasil, hace 36 años. Estudió en la facultad de Filosofia de la USP hasta el último período, pero abandonó la carrera para mudarse a Rio de Janeiro, donde se encuentra hasta hoy, trabajando como guionista de la Red Globo de Televisión. Es un gran admirador de Philip K. Dick y su estilo de escritura es ácido, veloz, irónico, denso y pleno de referencias. Publicó cuentos en diversos fanzines brasileiros y un libro integrado por dos novelas cortas, *O Fantasma na máquina*, en la colección Terra Incongnita de la editorial AnoLuz.com.

El vendedor de lluvia

Zoran Jakšic

1

Yo tuve un nardo una vez…

El extranjero llegó a la aldea del noroeste, desde el corazón del desierto. Era verano; la sequía había durado un largo tiempo y las casas de piedra brillaban como glaseado sobre facturas recién sacadas del horno. El extranjero fue al centro de la plaza, se limpió el sudor de la cara y con un movimiento de la mano dispersó a los niños que habían comenzado a agruparse alrededor de él, gritando, mientras los más valientes trataban de tirar los bordes de su capote. Vio a López que se sentaba en el pórtico y caminó lentamente hacia él.

—Qué infierno —dijo el extranjero, y sin pedir permiso se sentó cerca de López. El aire en la plaza temblaba por el intenso calor, y en las sombras los grillos cantaban sin parar—. No teníamos un calor semejante desde el noventa y uno. No es nada bueno —agregó sacudiendo la cabeza.

López miraba al recién llegado. En su aldea los viajeros no eran tan comunes.

—La cosecha está arruinada. Vi eso en la ruta. El maíz y la mandioca son muy pequeños. —El viajero hizo un gesto con la mano—. Si las cosas siguen así, quién sabe si vamos a tener harina para el invierno.

López lo miraba mudo. Los niños seguían jugando y gritando.

El extranjero limpió de nuevo el sudor de su frente con una badana sucia. —Mire, señor, yo puedo ayudarles —dijo. López lo siguió mirando.

—Yo vendo lluvia —seguía diciendo el viajero—. En esa bolsa —apuntó a las alforjas que estaban sobre el lomo de la llama con la que había venido— tengo todas las tormentas del mundo. Tengo monzones y lloviznas de primavera, tormentas de verano y lluvias de octubre, tengo aguanieves, placas de hielo, nieblas,

chubascos y granizo. Puedo terminar con este calor espantoso en cualquier momento, si quiero. Así. —Hizo sonar sus dedos.

López se encogió de hombros. —¿Y quién necesita eso? —dijo.

El Vendedor se dio vuelta. —¿Quién? Mire este desierto a su alrededor, amigo. Pura arena y piedras. Todo está igual que cuando sus antepasados llegaron a este valle por primera vez, cien años atrás. ¿No tiene deseo de ver jardines verdes a su alrededor, prados y pasturas? Este lugar podría ser un paraíso sobre la tierra. ¿No le interesa el progreso?

López se encogió de hombros.

—¿Piensa que soy un embustero que quiere sacarle dinero a los ignorantes? ¡Está equivocado, amigo! ¿No vio de dónde vine? ¡Usando la ruta del noroeste, desde el más profundo desierto! ¿Qué opina, cómo podría sobrevivir sin agua? A menos que —se inclinó hacia López— creara el agua en la ruta. Sí, amigo. Cuando tenía sed —hizo sonar los dedos—, el agua llegaba sola del cielo.

Se levantó y se acercó a la llama. El animal miraba indiferente el calor. El vendedor aflojó la cincha de las alforjas, levantó un poco la cubierta de cuero y algo plateado comenzó a brillar, como un fragmento robado al sol.

—Mercancía traída directamente del lejano Nicador —dijo—. Nunca vio algo así. Vale oro. ¿Qué dice, entonces?

López suspiró. —No lo sé —dijo—. Mi padre y mi abuelo estaban contentos con las cosas tal como son, ¿por qué no puedo sentirme igual? —Levantó la mirada al cielo—. Pero… esta vez la sequía está durando demasiado. Si eso que dijo es verdad… podría ser que un poco de lluvia no le viniera nada mal a los sembrados resecos. ¿Quién sabe?

2

Pero ¡ay! Una hora de olvido

Secó hasta su última hoja.

Subieron juntos al Pico del Ángel, una colina rocosa sobre la aldea. La piedra caliza brillaba por el calor intenso. El vendedor de lluvia caminaba delante de López conduciendo la llama detrás. Cuando llegaron al pico, el vendedor se dio vuelta y dijo: —Acá está bien. — La aldea estaba ubicada en el valle, a más de medio kilómetro de donde ellos estaban; casitas blancas como cubos de azúcar, cactos chiquitos dispersos por todos lados sobre arena quemada.

—Venga a ayudarme —le dijo el vendedor a López. Empezó a sacar las partes de una maquina extraña de las alforjas y las puso sobre la piedra que dominaba el Pico del Ángel. López lo ayudó y en poco tiempo apareció frente a ellos una rara construcción de metal plateado—. Listo —dijo el vendedor—. Eso es todo.

López contempló el cielo sin nubes con cara de duda.

El vendedor se rió. —Ya verá —dijo, y guiñó un ojo.

3

que el mundo dentrar parece

a vivir en pura calma[1]

Esa mañana López se despertó cubierto de sudor; el calor era insoportable. En un sueño que tuvo había apareció el vendedor de lluvia con su capote gris. Estaba parado sobre el Pico del Ángel con las manos extendidas y decía en tono prodigioso: —Que el verano llegue a su fin.

El sueño produjo una fuerte impresión en López. Ya despierto, corrió la cortina que protegía su cama de las moscas y se acercó a la ventana, todo transpirado. El viento, caliente y seco, jugaba con los dragones de hierro en el techo del pórtico, y la aurora que se insinuaba detrás parecía muy oscura y amenazante, hasta el punto de hacer casi invisibles las fachadas blancas. López levantó la mirada y vio que el cielo estaba cubierto de nubes

oscuras y en movimiento. A lo lejos se vislumbraba el alba, y un rato después se escuchó un fuerte sonido. En ese momento, López se dio cuenta de un sonido nuevo: invariable y de bajo nivel. El viento aumentó dispersando el olor de humedad. Llovía en la aldea.

4

Otoño melancólico y lluvioso,

¿qué dejarás, otoño, en casa este año?[2]

La lluvia no paró al mediodía. Los niños se fueron a la plaza, corriendo debajo del aguacero, haciendo tortas de barro y riendo, hasta que sus padres se los llevaron a casa. Los residentes más viejos de la aldea estaban parados debajo de los pórticos mirando el cielo de agosto mientras sacudían las cabezas en incredulidad. Seguía lloviendo.

La vegetación empezó a crecer. Plantas raras, con hojas grandes y verdes que prosperaban entre las plantas comunes a una velocidad impresionante. Pertenecían a especies desconocidas para López. Las corolas de las flores se abrieron extendiendo sus pétalos de colores inexplicables para enfrentar la humedad. Las verduras crecieron con notable rapidez, mostrando unas cáscaras hinchadas y más grandes que cualquier cosa que López hubiera visto en su vida. Del pozo que había en el medio de la aldea, seco desde siempre, brotó un arroyo. La lluvia no cesaba.

A la tarde, López fue a buscar al vendedor de lluvia. Llevaba una botella de bebida para regalarle. La dueña de la casa en la que el forastero había alquilado una habitación le dijo que el hombre ensilló la llama hacía dos o tres horas y partió hacia el sudeste. Mientras hablaba, la mirada de la mujer se volvía constantemente al cielo. López advirtió que una expresión de preocupación en ese rostro.

Pasaron los días. Las lluvias seguían. Algunas veces sólo chispeaba, y otras se descargaban unos poderosos chubascos, pero en ningún momento paró de caer agua. Las plantas, que algunos días atrás habían crecido con toda rapidez, empezaron a cambiar de color y a marchitarse. Las fachadas blancas de las casas fueron invadidas por los hongos que crecían cada día más; la aldea cambió su color blanco a un gris otoñal. Ahora la gente miraba el cielo con angustia y preocupación.. "¿Cuándo se va a terminar esto?" decían. La lluvia lavaba la pintura de las paredes, la madera se descomponía y la comida se pudrió.



Ilustración: Veronica Delacroix (Argentina)

Así llego el frío. El viento soplaba a través de la aldea y golpeaba con fuerza las ventanas de las casas. La gente, poco acostumbrada a esas condiciones climáticas, temblaba de frío. Empezaron las enfermedades, que aumentaron la gravedad de la situación.

Desesperado, López iba todos los días al Pico del Ángel, donde la máquina plateada había quedado instalada como un tótem siniestro. Pero el vendedor de lluvia no estaba presente para decirle qué hacer con ella; López tiraba de las palancas y apretaba los botones sin ningún resultado.

Los vientos fríos se convirtieron en tormentas. Ráfagas heladas soplaban contra las ventanas y penetraban al interior de las casas por todos los agujeros. Todas las plantas se pudrieron, y en la aldea sólo se podían ver manchones de hierba amarilla..

5

¡el que hoy tan pobre me vea

tal vez no creerá todo esto![3]

Una mañana, López agarró un martillo grande de la caja de herramientas y se fue al Pico del Ángel. A la salida de la aldea lo esperaban un chubasco y un fuerte viento. Parecía como si la naturaleza quisiera detenerlo, hacerlo regresar. López empezó a ascender, mientras las nubes se acercaban a la tierra, tratando de atraparlo. Cuando llegó al pico, la aldea era casi invisible por las cortinas de la lluvia. López se acercó a la máquina plateada y alzó el martillo. Dio el primer golpe usando toda su fuerza; cuando el martillo hizo impacto contra la superficie de metal, de adentro salió un fuerte sonido. La lluvia se modificó de golpe, y el viento redobló su fuerza. López alzó y bajó el martillo, una y otra vez, y la lluvia cambiaba con el ritmo de los golpes. La máquina se iba transformando en chatarra, y de su interior salía un humo negro cada vez más denso. Alzó el martillo por última vez y, en ese momento, una fuerte explosión sacudió el Pico del Ángel, arrojando a López varios metros hacia atrás. Cuando abrió los ojos, de la máquina sólo quedaban algunos pedazos retorcidos de metal, y el humo negro, denso y maloliente, volaba sobre las piedras. López no podía creer lo que veía.

La lluvia se detuvo. Las nubes negras se entremezclaban en el aire, pero no caía ni una sola gota de lluvia. El viento del otoño soplaba fuerte arriba de las piedras como si fuera noviembre y no agosto, pero eso era todo.

López se levantó despacio. Retornó a la aldea dolorido y cojeando. Tiempo después, sintió un contacto muy suave sobre los brazos. Alzó la vista y vio los primeros copos de nieve en el aire, cayendo hacia la aldea desprotegida. El engañoso otoño había llegado a su fin.

Notas:

1 Parte de poema “El gaucho Martín Fierro” de José Hernández (Canto IX)

2 Parte de poema “El otoño, muchachos” de Evaristo Carriego

3 Parte de poema “El gaucho Martín Fierro” de José Hernández (Canto III)

Título original: “Prodavac kiše”
Traducción del serbio por Darko Miletic.
Corregido por Claudio Biondino

Zoran Jakšic nació el 14 de abril de 1960 en Pancevo, cerca de Belgrado, Serbia. Se diplomó como ingeniero electricista y se doctoró en tecnología microelectrónica de cristales. Es uno de los escritores de ciencia ficción más importantes de Serbia, ya que ha publicado tres novelas, una colección de cuentos y más de sesenta relatos en revistas y antologías, incluyendo varias novelas cortas. Ha recibido nueve premios y tradujo cuarenta libros del inglés al serbio, entre ellos la obra completa de Douglas Adams. “El vendedor de lluvia” fue escrito en 1989 y publicado por primera vez en la revista juvenil “Politikin Zabavnik”. Sin embargo, la versión que publicamos es diferente del original y apareció por primera vez en el libro *Nikadorski hodocasnik* (Peregrino de Nicador), publicado por la editorial Znak Sagite en 1992.

Tunguska

Marcelo Dos Santos

La cruz esvástica, símbolo conocido desde la más remota Antigüedad y desperdigado por numerosas culturas en todo el mundo, muy bien pudo representar un fenómeno astronómico o meteorológico que quedó registrado mediante este dibujito de —para las gentes que hemos vivido a partir de la segunda mitad del siglo XX— lamentables resonancias. Sin embargo, muchas culturas como los hititas, griegos y indoarios (a los que a nadie se le ocurriría llamar nazis) la utilizaron como motivo decorativo, y los budistas, hindúes y jainistas como símbolo religioso.

Las diversas teorías acerca del origen de la esvástica incluyen desde una visión de los cuatro vientos (tal vez doblados por el Efecto Coriolis) hasta la reproducción de las pisadas de los pollos que servían de alimento a los antiguos turcos neolíticos, pasando por la esvástica hindú del “sol negro”, símbolo de vitalidad y longevidad. Como se ve, hay de todo para todos los gustos.

Pero tal vez la teoría más atractiva es la del ínclito y lamentablemente desaparecido doctor Carl Sagan, que afirmaba que la esvástica no era otra cosa que una imagen estilizada de la cola de un cometa.

Este aserto se basa en un texto escrito sobre piezas de seda conocido como el “Atlas cometario sobre seda”, correspondiente a la dinastía china Han, confeccionado alrededor de 168 a.C.



Atlas cometario de la Dinastía Han

El antiguo astrónomo chino dibuja una serie de tipos de colas de cometa, poniendo al pie una explicación de cada uno. El segundo de la izquierda (anteúltimo según la grafía china) muestra cuatro "rayos" (hoy los llamamos "jets de gas") que parten del núcleo del cometa y se doblan a la izquierda casi en ángulo recto. El último tipo tiene cuatro rayos torcidos a la derecha y configuran una esvástica perfecta. Según el astrónomo estadounidense, un cometa en rotación que viniera en línea recta hacia el observador produciría exactamente este tipo de efecto si lo miráramos en la dirección polar, es decir, con nuestra mirada alineada con su eje de rotación. Si el observador estuviese ubicado perpendicularmente, o sea, nuestra mirada fuera ecuatorial, veríamos la imagen que el científico oriental pone en penúltima posición.

No es del todo desatinado. Al menos, no más que hablar de soles negros o de pisadas de pollo (que no tienen textos astronómicos de 2.200 años de antigüedad que los apoyen).



Un cometa-esvástica

Pero ¿cuál fue el cometa en cuestión, el de la cola en forma de

esvástica? Es difícil decirlo, pero muchos investigadores se inclinan por echarle la culpa del símbolo hitleriano al pequeño y humilde cometa Encke.

Las guerras y los ejércitos a menudo desperdician talentos que hubiesen sido más útiles en otras partes. ¿Cuántos Mozarts, Einsteins, Leonardos en potencia habrán muerto prematuramente en la Segunda Guerra Mundial, en la Guerra de los Cien Años o en la Guerra Civil Española, privando al mundo de grandes logros que, de otro modo, hubiesen estado destinados a producir? Lamentablemente, nadie lo sabe.

Pero sí sabemos de los descubrimientos y obras de arte que lograron ciertos hombres **que en efecto sobrevivieron a las guerras que les tocó luchar**.

Es el caso de un soldado alemán de la Guerra de Liberación Alemana, conflicto subsidiario de las Guerras Napoleónicas. Este soldado, que rápidamente ascendió a teniente de artillería, se enroló en la Legión Hanseática y combatió en la campaña de 1813-14 en la que su país intentó —y logró— librarse de la dominación francesa que lo agobiaba desde las derrotas de Jena y Auerstedt.

Pero el hombre no era esencialmente un militar, sino un científico. Su maestro había sido el celebérrimo y genial Carl Friedrich Gauss, que le había enseñado astronomía y matemática avanzada.

Terminada la guerra, el joven científico retornó a su casa y consiguió, con su innegable capacidad, el cargo de astrónomo asistente en el observatorio de Seeberg.

Su nombre es muy conocido por los astrónomos modernos: un cometa, una de las divisiones del anillo A de Saturno, un cráter lunar y un asteroide han sido bautizados en su honor.

Johann Franz Encke nació en Hamburgo el 23 de septiembre de 1791 y, con el paréntesis de la guerra ya mencionada, dedicó prácticamente toda su vida adulta a la astronomía y la matemática.

De enorme inteligencia, muy pronto se interesó por los cometas. Joven aún, fue premiado por sus estudios sobre el cometa de 1860 y más tarde celebrado por su preciso cálculo del período del cometa 12P/Pons-Brooks (llamado entonces, sencillamente, “cometa de 1862”) que estableció correctamente en 71 años.

El problema con los cometas en tiempos de Encke consistía en que todos los conocidos tenían períodos orbitales muy largos, de casi ochenta años (como el Halley, de 76), lo que situaba sus afelios pasando la órbita de Urano. Fue por ello que cuando el colega de Encke, Jean-Louis Pons, sugirió que el cometa que había observado en 1805 podía ser el mismo de 1818, muchos se rieron y se burlaron de él. ¿Cómo iba a ser el mismo, si nunca se había visto tal cosa como un cometa de período corto?

Encke no estaba tan seguro de que **todos** los cometas estuviesen **obligados** a tardar casi un siglo en completar su órbita. En consecuencia, se puso a calcular los elementos orbitales del objeto en cuestión y en pocos días llegó a la conclusión de que Pons acababa de descubrir el primer cometa de período corto. Encke encontró que su órbita tardaba 3,3 años tan solo, y predijo con confianza que retornaría en 1822. Lamentablemente para Encke, también predijo que el cometa solo sería visible, en esa oportunidad, en el hemisferio sur. Frustrado por no poder comprobar su éxito por sí mismo, cuál no sería su alegría al enterarse de que el astrónomo australiano Ruemker había observado a “su” cometa exactamente en la fecha que Encke había enunciado. De este extraño modo —para nada infrecuente en la historia de la astronomía—, resultó que Pons tuvo la idea de que podían existir los cometas cortos y Encke la demostró matemáticamente. Es por ello que ese primer objeto de tales características fue bautizado 2P/Encke, uno de los pocos que llevan el nombre del calculista de su órbita en lugar del del descubridor. Los éxitos de Encke, a saber, haber predicho correctamente el regreso del cometa y la demostración de la teoría de Pons acerca de la posibilidad de que existieran cometas de período corto valieron para el alemán la entrega de la Medalla de Oro de la Real Sociedad Astronómica de Londres.

Como suele suceder a los astrónomos, en realidad ni Pons ni Encke fueron los descubridores del cometa que lleva el nombre de este último. Mucho después se demostró que Caroline Herschel (hermana del genial astrónomo) lo había observado en 1795, confundiéndolo

con un cometa de período largo, y, antes que ella el astrónomo francés Pierre Méchain había cometido el mismo error.

Todos ellos lo vieron, Pons creyó en la brevedad de su período, pero el objeto se quedó con el nombre de Encke para siempre.

Por fuera de la órbita de Plutón existe una nube de pequeños objetos denominada Cinturón de Kuiper. Muy por fuera y lejos de ella hay otro enorme enjambre, compuesto por miles de billones de pequeñas masas de roca, metal o hielo, conocida como Nube de Oort.

Las teorías actuales entienden a estas dos nubes como “nurseries de cometas”. La Nube de Oort generaría los cometas de período largo y el Cinturón de Kuiper a los de períodos cortos. Una leve fluctuación en las condiciones gravitacionales del Sistema Solar puede hacer que uno de estos pequeños astros caiga precipitadamente hacia el Sol, convirtiéndose entonces en un cometa.

A veces, uno de estos cometas pasa muy cerca de la Tierra. Es entonces cuando su larga “estela” de partículas —lo que llamamos su “cola”—, que a menudo se extiende a lo largo de toda la órbita del objeto, puede intersectar la atmósfera terrestre. Las partículas (la mayoría de las cuales no son más grandes que un grano de arena) se incendian entonces con la fricción del aire, produciendo uno de los espectáculos más extraordinarios del mundo: una “lluvia de meteoritos”.

Los meteoritos de estas lluvias describen trayectorias paralelas y viajan todos a la misma velocidad. Por este motivo, al ojo del observador situado en Tierra, parecen originarse todos de un mismo lugar, llamado “punto radiante”. Es por ello que las lluvias más o menos periódicas se denominan según la constelación desde la que parecen provenir. Así, la lluvia que casi todos los años se produce el 12 de agosto en la constelación de Perseo se llama “Perseidas”, la de Orión se denomina “Oriónidas”, la de la Osa “Úrsidas”, etc.

Una de las lluvias más espectaculares tiene su punto de irradiación en la constelación de Tauro, y por eso se la llama “Táuridas”. Se produce a fin de octubre o principios de noviembre, por lo que ha

sido tradicionalmente relacionada con la fiesta pagana de Halloween.

Las Táuridas se visualizan a un ritmo de 7-8 “estrellas fugaces” por hora, irradiando desde un punto de la constelación de Tauro. Cada partícula ingresa a la atmósfera a la terrorífica velocidad de 27 kilómetros por segundo, y la mayoría de ellas se queman totalmente en el aire. Las pocas que llegan a la superficie se denominan “micrometeoritos”. Algunas tienen el tamaño de un canto rodado, y producen impresionantes manifestaciones visuales e incluso un fuertemente audible silbido.

Conocida desde la más remota Antigüedad, la lluvia Táuridas recién pudo ser relacionada con la cola de un cometa en el siglo XIX. Pero ¿cuál es ese cometa? Ni más ni menos que nuestro viejo amigo: el cometa Encke.

Las Táuridas conocen un ciclo de actividad bastante preciso: tienen un imponente pico cada 2.500 a 3.000 años, cuando el núcleo del Encke pasa a mucha menor distancia de la Tierra. El próximo pico será más o menos en el año 3000, lo que sugiere que el anterior muy bien pudo haber sido en 6 o 4 a.C. (fechas probables del nacimiento de Cristo), explicando de este modo la presencia de la Estrella de Belén. Pero aún se discute si en efecto se trató del Encke o del Halley, como dice la teoría tradicional.

Los astrónomos piensan que el cometa que hoy conocemos es en realidad sólo un fragmento de otro muchísimas veces mayor, que comenzó a desintegrarse hace unos 25.000 a 30.000 años.

La fecha del encuentro entre la Tierra y las Táuridas (y en consecuencia, la vecindad del Encke con nuestro planeta) oscila entre junio y julio, y este dato, al parecer poco importante, nos introduce de lleno en la materia de nuestro artículo.

Dos testimonios de eventos singulares:

“Y fue que á los treinta años, en el mes cuarto, a cinco del mes, estando yo en medio de los trasportados junto al río de Chebar, los cielos se abrieron, y vi visiones de Dios. A los cinco del mes, que fue en el quinto año de la transmigración del rey Joaquín, fué palabra de Yahvéh a Ezequiel sacerdote, hijo de Buzi, en la tierra de los Caldeos, junto al río de Chebar; fue allí sobre él la mano de Yahvéh. Y miré, y he aquí un viento tempestuoso venía del aquilón, una gran nube, con un fuego envolvente, y en derredor suyo un resplandor, y en medio del fuego una cosa que parecía como de ámbar, y en medio de ella, figura de cuatro animales. Y este era su parecer; había en ellos semejanza de hombre. Y cada uno tenía cuatro rostros, y cuatro alas. Y los pies de ellos eran derechos, y la planta de sus pies como la planta de pie de becerro; y centelleaban á manera de bronce muy bruñido. Y debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos de hombre; y sus rostros y sus alas por los cuatro lados. Con las alas se juntaban el uno al otro. No se volvían cuando andaban; cada uno caminaba en derecho de su rostro. Y la figura de sus rostros era rostro de hombre; y rostro de león á la parte derecha en los cuatro; y á la izquierda rostro de buey en los cuatro; asimismo había en los cuatro rostro de águila. Tales eran sus rostros; y tenían sus alas extendidas por encima, cada uno dos, las cuales se juntaban; y las otras dos cubrían sus cuerpos. Y cada uno caminaba en derecho de su rostro: hacia donde el espíritu era que anduviesen, andaban; cuando andaban, no se volvían. Cuanto á la semejanza de los animales, su parecer era como de carbones de fuego encendidos, como parecer de hachones encendidos: discurría entre los animales; y el fuego resplandecía, y del fuego salían relámpagos. Y los animales corrían y tornaban a semejanza de relámpagos. Y estando yo mirando los animales, he aquí una rueda en la tierra junto a los animales, a sus cuatro caras. Y el parecer de las ruedas y su obra semejábase al color del topacio. Y las cuatro tenían una misma semejanza: su apariencia y su obra como rueda en medio de rueda. Cuando andaban, se movían sobre sus cuatro costados: no se volvían cuando andaban. Y sus cercos eran altos y espantosos, y llenos de ojos alrededor en las cuatro. Y cuando los animales andaban, las ruedas andaban junto a ellos: y cuando los animales se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban. Hacia donde el espíritu era que anduviesen, andaban; hacia donde era el espíritu que anduviesen, las ruedas también se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los animales estaba en las ruedas. Cuando ellos andaban, andaban ellas; y cuando ellos se paraban, se paraban ellas; asimismo cuando se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los animales estaba en las ruedas. Y sobre las cabezas de cada animal aparecía expansión á manera de

cristal maravilloso, extendido encima sobre sus cabezas. Y debajo de la expansión estaban las alas de ellos derechas la una a la otra; a cada uno dos, y otras dos con que se cubrían sus cuerpos. Y oí el sonido de sus alas cuando andaban, como sonido de muchas aguas, como la voz del Omnipotente, como ruido de muchedumbre, como la voz de un ejército. Cuando se paraban, aflojaban sus alas. Y cuando se paraban y aflojaban sus alas, oíase voz de arriba de la expansión que había sobre sus cabezas. Y sobre la expansión que había sobre sus cabezas, veíase la figura de un trono y que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él. Y vi apariencia como de ámbar, como apariencia de fuego dentro de ella en contorno, por el aspecto de sus lomos para arriba; y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor. Cual parece el arco del cielo que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor. Esta fué la visión de la semejanza de la gloria de Yahvéh. Y luego que yo la hube visto, caí sobre mi rostro, y oí voz de uno que hablaba".

Acaba usted de leer las primeras líneas del Libro de Ezequiel, en el cual el profeta cuenta la experiencia que le tocó vivir cuando fue deportado a Babilonia. De todo el Antiguo Testamento, esta visión es una de las partes más difíciles de interpretar, porque los hechos que Ezequiel describe son tan extraordinarios que no admiten explicación racional alguna. Los místicos dirán, sencillamente: "Está describiendo una aparición de Dios".

Pasemos al segundo:

"A la hora del desayuno, yo estaba sentado cerca del puesto comercial de Vanavara, mirando al norte. De repente, vi que, directamente al norte, sobre la ruta Onkoul de Tunguska, el cielo se abrió en dos partes y apareció fuego, muy alto y muy ancho, sobre todo el bosque. La grieta en el cielo se hizo más grande, y toda la parte norte se cubrió de fuego. De golpe sentí tanto calor que se me hizo insoportable, como si mi camisa me quemara: del lado norte, donde estaba el fuego, vino una fuerte ola de calor. Me quise quitar la camisa y tirarla lejos, pero entonces los cielos se cerraron y se escuchó una fuerte explosión. Fui arrojado a varios metros de

distancia. Perdí el sentido por unos instantes, pero entonces mi mujer salió y me llevó a la casa. Luego de eso se oyó un ruido, tal como si grandes rocas rodaran unas contra otras o como de un fuego de artillería. La tierra tembló, y cuando caí al piso, apreté mi cabeza contra la tierra, porque temía que me cayeran piedras encima y me golpearan. Cuando el cielo se abrió, un viento ardiente pasó entre las casas, como el que sale de la boca de los cañones, dejando surcos en el suelo y destruyendo los sembrados. Luego vimos que todas las ventanas se habían roto, y, en el granero, el pestillo de hierro de la cerradura se había partido en dos".

Este segundo relato, que muy bien podría caber en uno de los libros proféticos de la Biblia, proviene del señor S. Semenov, testigo de un acontecimiento no menos sorprendente que el que debe haber presenciado el antiguo sacerdote hebreo… Semenov vio lo que vio e intenta describir para nosotros el 30 de junio de 1908, en la meseta de Tunguska, Siberia, Rusia.

La región siberiana de Tunguska recibe su nombre del río que la atraviesa: el Podkamennaya Tunguska ("Tunguska bajo las Piedras"), de 1.865 km de longitud. El Tunguska desagua sobre la margen derecha del río Yenisei, y debe su nombre a que en dilatadas zonas de su recorrido corre bajo cantidades de cantos rodados, sin mostrar aguas abiertas.



Tunguska

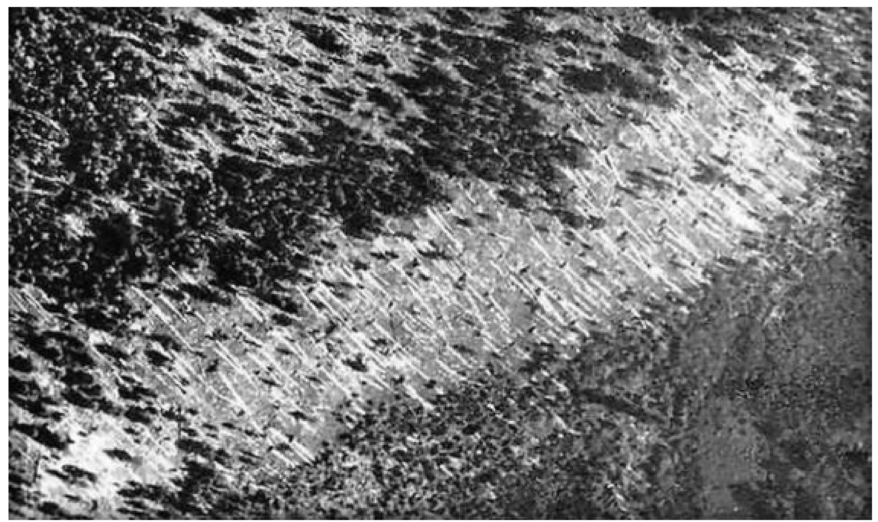
En aquel año de 1908, la zona de Tunguska fue escenario de un hecho singular, que la ciencia actual aún no ha terminado de

explicar en forma completa: a las 7:17 de la mañana de ese 30 de junio, se produjo una enorme explosión sobre el lugar, tan grande que hizo pensar a los testigos que el fin del mundo estaba por llegar.

La zona de Tunguska estaba y sigue estando habitada por los tunguses (hoy conocidos como evenks) autóctonos del lugar y por colonos rusos.

Ese día y a esa hora, aproximadamente 900 personas de ambos grupos étnicos observaron, desde las montañas junto al Lago Baikal, una gran columna de fuego azulado, casi tan brillante como el Sol, que se desplazaba rápidamente a través del cielo diurno. Uno de estos testigos, que se encontraba en un bosque a 6 kilómetrps de Kirensk, dice haber escuchado un estruendo como de cañoneo, que se repitió al menos 10 veces a intervalos de 15 minutos. Los vidrios de toda la ciudad de Kirensk se destrozaron: “Los campesinos vimos pasar un cuerpo celeste de un color blancoazulado hacia el noroeste, bastante alto sobre el horizonte y muy brillante, tanto, que era imposible mirarlo directamente. Parecía un tubo vertical, una especie de cilindro. El cielo estaba despejado, y solo se veía una pequeña nube en dirección al objeto. El tiempo era caluroso y seco. A medida que el objeto se acercaba al suelo, en el bosque, comenzó a difuminarse y a borrarse, para convertirse en una gigantesca columna de humo negro. Entonces se escuchó un horrísono golpe, muy diferente de un trueno, como si cayeran grandes piedras. Los edificios se sacudieron. Al mismo tiempo, la nube emitió llamaradas de fuego, mientras los aldeanos daban muestras de pánico y corrían por las calles. Las mujeres gritaban, pensando que había llegado el fin del mundo”.

El hecho de que la explosión fue real puede comprobarse incluso hoy, simplemente recorriendo los alrededores. Las consecuencias de la explosión de Tunguska son visibles por todas partes, principalmente en los bosques circundantes, donde los troncos de los millones de árboles quebrados y derribados por el cataclismo se extienden en un área de 2.150 kilómetros cuadrados alrededor del epicentro del evento.



Vista aérea de los bosques de Tunguska. Obsérvense los árboles caídos, todos con sus troncos en la misma dirección

Nunca se supo el monto de los daños ni las pérdidas en vidas humanas y animales, ya que la zona estaba ocupada principalmente por pastores y por personas dedicadas a la actividad forestal.

Por añadidura, en la convulsionada Rusia de principios del siglo XX, la catástrofe pasó prácticamente inadvertida y sus causas no fueron investigadas. Los primeros —pocos— datos recolectados se perdieron en los cimbronazos políticos y sociales que siguieron, a saber: la I Guerra Mundial, la Revolución Soviética del ´17 y la subsecuente Guerra Civil Rusa que duró hasta 1922.

A poco de haber ocurrido, el Evento de Tunguska se perdió para los recuerdos del público y los científicos.

Pero, en la mente de algunos, la pregunta capital seguía vigente, perturbadora e impresionante: ¿Qué había sucedido allí en 1908? ¿Cuál pudo ser el suceso que provocara tamaña devastación?



Leonid Kulik

Otro soldado de preclara inteligencia echó por fin luz sobre el asunto. Se trataba del mineralólogo Leonid Andreiyevitch Kulik, que había luchado en la Guerra Ruso-Japonesa y moriría en 1942 en un campo de concentración nazi tras haber defendido a su país contra la invasión hitleriana del año anterior.

Kulik fue el primer científico que se interesó por encontrar respuestas para los eventos relatados en las crónicas, y, aunque habían pasado ya trece años, decidió preparar en el invierno de 1921 una expedición para investigar. La misma estuvo lista y llegó a Tunguska en febrero de 1922.

La primera impresión que el científico recibió de la zona del suceso fue de devastación total: además de los millones de árboles caídos —todos ubicados en la misma dirección, lo que era compatible con una horrísona onda expansiva—, recogió los testimonios de los nómades tunguses, algunos de los cuales habían sido derribados de sus caballos a 600 kilómetros del sitio central. El "sol cilíndrico" que los testigos habían visto desplazarse por el cielo, estalló a 8.000 metros de altura sobre el Río Tunguska, destrozando todo en un radio de 32 kilómetros. El ganado, en fuga por el espantoso ruido, fue incinerado al ser alcanzado por la masa de aire en ignición,

mientras que las tiendas de los tunguses, ubicadas a 60 km del lugar, volaron por el aire junto con sus caballos y posesiones. Los ciudadanos manifestaban haber visto una monstruosa nube en forma de hongo elevándose desde los bosques de Tunguska, creciendo firme en el aire quieto y recorrida por muchos colores. Una visión apocalíptica similar se observaría casi cuarenta años después… en Hiroshima.

Kulik sabía que había sido cierto. Poseía los registros de los barógrafos ingleses, que habían tomado nota de un súbito incremento de la presión atmosférica en el momento de la explosión. Tres observatorios meteorológicos ingleses habían registrado el hecho como un sismo, creyendo que observaban los remezones de un terremoto lejano.

Numerosas estaciones sismológicas de Europa y Asia registraron lo mismo, y durante muchos días los cielos nocturnos resplandecieron tanto que era posible leer en las noches sin luna. Las noches en Inglaterra y Bélgica se iluminaban con una brillante luz rosada, mientras que en Alemania era verdosa. La luminosidad del cielo nocturno confundió a los animales escoceses durante días: las ovejas y los pájaros se levantaban a medianoche, convencidos de que había amanecido. En las calles de Moscú los fotógrafos sacaban fotos nocturnas sin utilizar sus flashes de magnesio, y los ingleses jugaban partidos de golf a las 4 de la madrugada sin ningún tipo de iluminación artificial.

Los escombros suspendidos en la atmósfera provocaron una disminución en la transparencia atmosférica que fue debidamente registrada por el Observatorio Astrofísico Smithsoniano y el de Monte Wilson en Norteamérica. Este fenómeno persistió durante meses.

Sin embargo, increíblemente, la prensa rusa ni siquiera mencionó estos extraños hechos, y los científicos no lo relacionaron con el “cilindro de fuego” que había descendido sobre el bosque de Tunguska.

Impresionado por la coherencia de los testimonios y las numerosas

pruebas físicas de una gran explosión aérea, Kulik regresó a Moscú e intentó convencer a la Academia Soviética de Ciencias de financiar otra expedición, que esta vez debía alcanzar el mismísimo punto del epicentro. Ante la previsible sordera de los funcionarios, el mineralólogo expuso los motivos de su interés: expresó que, en su opinión, el desastre de Tunguska había sido provocado por el impacto de un meteorito gigante o incluso de un pequeño asteroide. El razonamiento del científico fue: “Si sucedió una vez, puede volver a pasar… y acaso la próxima vez sea en una gran ciudad”. La Academia comprendió que debían precaverse de la repetición de un acontecimiento semejante, y entregó a Kulik los fondos para una segunda expedición, que buscaría el sitio preciso del impacto en 1927. Como argumento final de su solicitud, dijo a los funcionarios que el meteorito seguramente estaría compuesto de hierro, que debía pesar miles de toneladas, y que el acero resultante podría recuperarse para ayudar a mejorar la alicaída industria siderúrgica soviética.

Cuando el grupo de Kulik alcanzó el epicentro en el verano de 1927, quedó perplejo al no encontrar señal alguna de un cráter, circunstancia imposible si la teoría del meteorito era cierta. No pudo encontrar ningún agujero en el suelo, a pesar de recorrer de punta a punta 50 kilómetros cuadrados de bosques derribados.

Así quedaron los bosques de Tunguska

Pero el sabio no se descorazonó: durante la siguiente década, organizó otras tres expediciones al sitio de la explosión, para buscar

obsesiva pero infructuosamente el cráter central. En una de ellas, Kulik descubrió gozos una especie de pantano profundo, donde creyó haber resuelto el problema. Luego de la ímproba tarea de desecar toda el agua, descubrió en el fondo, con disgusto, numerosos tocones de árboles cortados, que demostraban que no se trataba de un cráter sino de una hondonada natural que se había llenado de agua,

En 1938, consiguió por primera vez que se le autorizara a hacer un reconocimiento aerofotográfico del lugar: las fotografías mostraron que los árboles habían sido quebrados en una gigantesca área y siguiendo el diseño de una mariposa, pero en efecto no había ningún cráter en el punto central. Por lo tanto, no se había tratado de un meteorito ni de un asteroide.

Esta fue la contribución de Kulik al misterio de Tunguska: como se ha dicho, cuando la invasión alemana de Rusia —la infame Operación Barbarroja— comenzó en 1941, el científico, de 58 años de edad, se presentó voluntario para ayudar a defender Moscú. Herido en acción, fue capturado por los nazis y murió poco después en un campo de prisioneros.

En 1958, 1961 y 1962 se enviaron tres nuevas expediciones a Tunguska, dirigidas esta vez por el geoquímico Kirill Florensky. Florensky utilizó un helicóptero para cartografiar minuciosamente toda el área, y luego se dedicó a estudiar el suelo. Lo que descubrió fue que el terreno estaba cubierto de una delgada capa de magnetita —un óxido ferromagnético— que sólo podía ser de origen extraterrestre, porque estaba mezclada con pequeñísimas esferas de vidrio producidas por la fusión de la roca al entrar en contacto con una temperatura inimaginablemente elevada.

Con enorme minuciosidad, Florensky midió la radiación del suelo de Tunguska, y, si bien la misma era elevada, muy bien puede ser atribuída al *fallout*, o “lluvia radiactiva”, provocado por ensayos de armas nucleares en regiones lejanas de la URSS.

Las teorías acerca del origen de la vasta explosión han variado según las épocas y también de acuerdo a las convicciones de quien

las enuncia.

Los niveles de níquel e iridio hallados en la tierra por Florensky abonaban la afirmación de Kulik acerca de que se había tratado de un meteorito o asteroide, ya que estos suelen ser ricos en esos metales. Desafortunadamente, toda la tierra siberiana es rica también en ellos, y las diferencias de concentración no eran lo suficientemente altas como para justificar su origen cósmico. Aparte, como se ha dicho, la falta de un cráter de impacto descarta totalmente esa explicación.

Sin embargo, sí puede haberse tratado de un meteorito o meteoroide **que no llegara a impactar en la superficie**, sino que hubiese estallado en millones de pequeños fragmentos en la atmósfera superior, provocando una onda expansiva a nivel del suelo que, en definitiva, sería la responsable de la destrucción observada. Aunque no hay prueba concreta de esto, se sabe que la desintegración de un meteorito de 10 metros de diámetro en la atmósfera produce una explosión de 20 kilotones, aproximadamente igual a la de la bomba de Hiroshima. Los observatorios de la Fuerza Aérea norteamericana detectan al menos una de estas explosiones por año… miles de veces más pequeñas que la que sucedió sobre Tunguska. Aquella no se encontraba en el rango de la decena de kilotones, sino en la de 30 o más megatones… y de allí para arriba. Un meteorito tal alcanza la Tierra con una frecuencia menor a uno cada tres siglos.

También se han postulado multitud de otras hipótesis que, al día de hoy, han sido rechazadas por la ciencia formal por imposible de probar o complicadas, de las cuales mencionaremos las siguientes.

El impacto de una nave extraterrestre u OVNI: esta teoría inválida se reprueba a sí misma por su propia naturaleza. El impacto de una nave lo suficientemente grande como para provocar tal destrucción hubiera necesariamente tenido que dejar miles de restos esparcidos, lo que de ninguna manera se verifica en Tunguska. No hay fragmentos metálicos, restos de polímeros, aleaciones ni combustible.

El experimento de Tesla: se dice que la explosión siberiana fue la consecuencia de un experimento de alta energía llevado a cabo por

el físico serbio Nikola Tesla. No hay forma de que las cantidades de energía utilizadas por el investigador hayan sido capaces de provocar una explosión semejante.

Un agujero negro errante: si la Tierra hubiese colisionado con un pequeñísimo agujero negro, es completamente inexplicable por qué no se produjo una explosión equivalente en las antípodas, al salir el susodicho por el lado opuesto del planeta. Por otra parte, las ecuaciones de Stephen Hawking demuestran que un agujero negro lo suficientemente pequeño como para atravesar la Tierra sin tragársela se hubiese evaporado a sí mismo en el espacio, gracias a la radiación de Hawking, miles de años antes de alcanzar nuestro Sistema Solar.

Tormenta magnética: esta teoría tampoco se sostiene por sí misma. Las tormentas electromagnéticas, que en efecto han sido observadas muchas veces, sólo se producen en el seno de una explosión termonuclear mayor. Para producir una tormenta magnética que explicara la destrucción de Tunguska, se hubiese necesitado una bomba nuclear tan poderosa que hubiese arrasado media Rusia. Los efectos de la tormenta magnética hubiesen sido indetectables en medio de un país completamente devastado por varias bombas atómicas gigantescas.

Colisión de antimateria: según algunos, la Tierra chocó en 1908 con un pequeño trozo de antimateria. Esto es imposible, por la sencilla razón de que el mismo se hubiera aniquilado mucho antes en el espacio, al colisionar con las partículas de materia normal que flotan en el espacio exterior.

Entre tantos delirios y teorías seudocientíficas, dos astrónomos sugirieron en 1989 que la explosión de Tunguska pudo deber se a una bomba H natural. Las bombas de hidrógeno basan su funcionamiento en una descontrolada reacción de fusión nuclear que convierte átomos de hidrógeno en núcleos de helio.

Quienes propusieron esta teoría especulaban con que un **cometa —** que no un asteroide— compuesto principalmente de deuterio (un isótopo pesado del hidrógeno) pudo haber sufrido una transformación térmica y mecánica al ingresar en la atmósfera por

causa de la fricción y la compresión, desatando de este modo la fusión.

Las reacciones de fusión nuclear dejan en el terreno una característica “firma” bajo la forma de concentraciones de carbono-14, que casualmente parece haber sido certificada por la expedición de Florensky. Sin embargo, los cálculos modernos muestran que la ínfima cantidad de carbono-14 presente en Tunguska hubiese sido el resultado de una fusión muy pequeña y poco energética, que de ningún modo justifica el grado de destrucción observado en la región.

Aunque la reacción de fusión natural no se condice con los hechos, sí hay una parte de esta teoría que parece tener sentido, y esto nos lleva de nuevo al tema del principio, a saber: ¿Puede haber impactado un cometa contra la Tierra?

Esta teoría, que por fin explica completamente los hechos, fue postulada por primera vez por el propio Florensky (aunque consta que tomó forma por primera vez en la mente de Kulik al cerciorarse de que no existía cráter de impacto) es la más probable, y muchos científicos pasados y modernos no han dudado en reputarla real y concreta.

Ya en la década de 1930, varios astrónomos occidentales habían compartido la visión de Kuli y Florensky en el sentido de que el causante del desastre había sido un cometa. El inglés F.J. Whipple teorizó que esa era la única forma en que un objeto de tal tamaño hubiese impactado contra el suelo sin producir un gigantesco cráter: un cometa, que se compone principalmente de hielo y polvo, se hubiera vaporizado por completo tras la colisión, no dejando prácticamente ninguna prueba física de su presencia. El polvo cometario, si esto es exacto, se dispersó en la atmósfera luego del choque, provocando los gloriosos “falsos amaneceres” rojos, verdes o blancos que se describieron por toda Europa. Para mejor, las zonas cercanas al río Tunguska se muestran riquísimas en polvo de origen cometario.

En 1978, el astrónomo eslovaco Ľubor Kresák puso manos a la obra para determinar cuál de todos los cometas conocidos pudo haberse

estrellado en Tunguska: **casualmente**, el día anterior al 30 de junio de 1908 **se había observado una inusual superabundancia de Táuridas**… El cometa 2P/Encke se encontraba muy cerca de la Tierra. Fue observado y fotografiado, alejándose hacia su perihelio, al día siguiente, 1º de julio.

Pero el cometa Encke sigue llegando cada 3,3 años, lo que indica que, si chocó contra Siberia, no chocó **todo él**, sino solo un fragmento. No era la primera vez que el Encke se partía o perdía trozos: como hemos dicho arriba, hace entre 25.000 y 30.000 años que viene desintegrándose. A tal punto, que uno de sus fragmentos es el principal sospechoso del terrible impacto que sufrió todo el Creciente Fértil en épocas de la Edad de Bronce, unos 9.000 años atrás. En efecto, se sabe que un gran trozo del Encke aterrizó en Irak en aquellos tiempos, produciendo efectos similares a los de 1908 en Rusia.



El cometa 2P/Encke, fotografiado en su tránsito de 2002

Actualmente, el núcleo visible del Encke mide unos 3 kilómetros de diámetro, pero hay aún otras evidencias que apuntan a nuestro amigo como responsable del Evento Tunguska. Ningún astrónomo serio duda, hoy en día, de las causas de la explosión siberiana.

Una última reflexión acerca del impacto cometario: **demos gracias a que ocurrió en 1908**. Las consecuencias y mediciones realizadas por los sismógrafos **son completamente indistinguibles de las producidas por una bomba nuclear**. Si en vez de a principios de siglo el Encke hubiese arrojado uno de sus trozos contra Rusia en sus visitas, digamos, de 1957, 1961, 1964 o 1967, un simple razonamiento de sentido común indica que la Unión Soviética se hubiese creído atacada con armas nucleares… y en aquellos tiempos de Guerra Fría hubiese respondido con un ataque de represalia que hubiese devastado a Estados Unidos en escasos minutos.

El inocente cuerpo celeste estuvo muy cerca de precipitarnos a la Tercera Guerra Mundial.

Como haremos en futuros artículos referentes a los impactos asteroidales, conviene reflexionar acerca de la actitud que tomaremos para prevenir hechos similares en el futuro, para minimizar sus consecuencias y para intentar comprender mejor este complejo universo que estamos obligados a habitar.

Axxón 100x100 - Primera serie

Varios autores

La idea de convocar a cien escritores de las más diversas procedencias para que escribieran otros tantos textos de alrededor de cien palabras (el pedido fue “entre setenta y cinco y ciento veinticinco”) surgió luego de recibir una colaboración de tales características que, por sí misma, no podríamos haber ubicado en ninguna parte. Sugerir el tema fue más sencillo: alcanzó con extender un poco las pautas del primer texto. Así que invitamos a los escritores a participar a través de las listas y, casi sin darnos cuenta, en tres o cuatro días habíamos alcanzado las colaboraciones necesarias para hacer realidad Axxón 100x100. Buscamos un nombre que nos pareció adecuado (el doble sentido no es casual), descartamos unos cincuenta textos que nos parecieron poco originales o que frecuentaban espacios ya muy transitados en el pasado, hicimos traducir los que no estaban en nuestro idioma, convocamos a los ilustradores para que pusieran imágenes y color… Y éste es el resultado. Realmente fue un placer, casi no nos despeinamos y quedó demostrado que Axxón tiene un interesante poder de convocatoria. Tanto que ya está a punto de cerrarse la Segunda Serie de cien cuentos y pronto abriremos la Tercera. ¿Se puede pedir más?

001 - XP

Félix Amador Gálvez - España

No me miren. Hace tiempo que ni siquiera yo soporto mi propia imagen. Yo.

Yo, que era rico, joven, atractivo… y demasiado ambicioso. Lo compré todo, incluso lo que no se vende; seduje a cuantas mujeres deseé, casadas y vírgenes incluidas; pero me faltaba algo, y decidí probar la última tecnología: *musculación sobrehumana, suprainteligencia y cirugía estética, todo controlado por ordenador*, decía la publicidad.

¿Y qué conseguí?

Soy un monstruo, un ser humano a medio hacer, una piltrafa sin cociente intelectual. Fabrique su anatomía perfecta por ordenador. ¡Ja!

Maldito error de Windows…



Ilustración: Chinchayan

002 - LOS HIJOS CRECEN

Germán Amatto - Argentina

La madre: —Quiero que hables con tu hijo. Se pasa el día en el jardín, mirando a las babosas.

El padre: —Vamos, no exagerés. Al chico le viene bien tener un pasatiempo, aunque sea estúpido.

La madre: —¡No es normal! Pierde horas contemplando a la babosas retorcerse… ¡y deberías ver su expresión! Mirá, si vos no te ponés firme…

El padre: —Bué, callate. Ya entendí. Voy a conversar con el pibe.

Enfiló al dormitorio del chico, a la cama. Desde las sábanas vacías se alargaba un rastro viscoso que salía por la ventana y se perdía en el jardín.

003 - EL MONSTRUO DE VILLA DEL PARQUE

Claudio Amodeo - Argentina

Jadeos.

El aire frío se cuela por mi garganta, hiriéndome. En la calle sólo se oye el ruido de mis pasos agitados.

Susurros.

Palabras siniestras, funestas, fantasmales. Me dicen que no llegaré a tiempo.

Gritos.

Me aterran los alaridos. Espero que la niña aún esté viva.

Silencio.

La casa es una tumba, todo está revuelto. Me tomo la cabeza. Es demasiado tarde. El monstruo ha estado aquí. En la habitación del padre hay un cuerpo destrozado. Un cuerpo grande.

En la habitación de la niña no hay cadáveres. Sólo el cuerpo deforme de una horripilante criatura que, lentamente, retorna a su forma original.

Mi sobrina llora y se acerca corriendo.

La abrazo, trémulo, viendo que algunos pelos de animal aún asoman en su espalda.

004 - CIEN PALABRAS SON MUCHAS



Ilustración: Pedro Belushi

Jorge Antares - España

—Ésta… ésta tampoco es políticamente correcta. ¡Borradla! —dijo el Máximo Censor Lingual a sus ayudantes con placer contenido, casi obsceno. Gracias al poder absoluto que se le había concedido a causa de la lucha contra el terrorismo global, tenía carta blanca para erradicar las palabras que pudieran favorecer actos deleznables. La

campaña ‘Un lenguaje sencillo para una gente sencilla’ borró de nuestra lengua palabras como ‘revolución’, ‘rebelión’, ‘sindicato’, ‘asociación’, ‘queja’, ‘libertad’, ‘igualdad’, ‘fraternidad’, ‘amor’, etc. Los infractores eran severamente castigados. No se podía permitir que ningún monstruo anduviera libre… o por lo menos, aquellos que no eran monstruos oficiales.

005 - APOCALIPSIS

Hugo Arce - México

Escuché la masacre desde el principio. Pronto supe que el único humano con vida huía hacia aquí, pero no había escapatoria. La vi, a lo lejos, era una muchacha. No podía hacer nada. La chica se acercó y distinguí su llanto. Luego vi aparecer a su perseguidor: era enorme y horrible. Nunca imaginé que los emisarios del Dios del universo serían así. La mujer se arrodilló y me abrazó solicitando piedad. Yo no podía hacer nada. El monstruo llegó hasta ella, pronunció unas palabras de sentencia y la engulló con ferocidad. Después, desapareció. Y ese fue el final. Y yo no pude hacer nada, pues sólo era un viejo y asustado roble que asistía al apocalipsis del mundo.

006 - ACCIDENTE DE TRABAJO

Daniel Argañaraz - Argentina

Salió de la nave y dio dos pasos sobre la superficie del planeta.

—Supremo Hacedor de Estrellas —recitó—. Te doy gracias por haber permitido que este viajero solitario haya logrado cruzar el abismo entre los soles. Invoco tu protección y ofrezco mi obediencia.

Dio otros dos pasos y se preparó para iniciar la exploración del ignoto territorio. Pero antes debía comunicarse con la Base.

—Atención Base. Explorador se reporta e inicia…

—¡Volviste a hacerlo! —exclamó la mujer.

—¿Qué hice? —se desesperó el hombre.

—El olor. ¿Se te atrofió el olfato?

—Olor, sí. ¡Qué feo!

—Tu zapato; pisaste algo, alguna porquería.

—¡Malditos sean los perros y sus dueños!

—Dame el zapato. —La mujer miró la suela. —No, no es cagada de perro, es otra cosa.

007 - MI MALDICIÓN, MI PENA

J.Javier Arnau - España

La Tierra ya no gira, mi corazón ya no danza, mis alas ya no baten entre las estrellas. Ya no puedo recorrer las sendas galácticas mecido por los Vientos Estelares.

Microemjambres saturando receptores, nanobots circulando por cables. Una nueva especie poblando el firmamento; ángel caído, dios de barro, un *cyborg* desterrado.

Mi amor murió, mi corazón ya no danza.

Murió a manos de nuestros creadores, por ser diferente, por miedo.

Ellos murieron a mis manos. Mi programación falló, mis sistemas se anularon, mis mecanismos se colapsaron. Pero la venganza fue mía: mi castigo eterno, mi maldición, mi… ¿pena?

Mis alas están rotas, el viento solar ya no sopla en mi cara. Mi corazón ya no danza.

Mi memoria se resetea noche tras noche tras …

008 - DELANTE DE MÍ

Andrea Aspesi - Italia

El monstruo está delante de mí.

Me mira con ojos llenos de odio y ferocidad. En la boca ya siente el gusto de la sangre.

No tengo miedo… siento repugnancia.

De cada poro rezuma pus y rencor, de cada arruga crueldad y putrefacción.

Tengo conocimiento de lo que quiere, sé que se alimenta del dolor ajeno, que desea corromper, humillar, matar.

Si el mal tuviera olor, su hedor sería insoportable.

Con toda la fuerza que tengo lanzo mi puño contra esos ojos. Sólo logro herirme la mano.

En los mil fragmentos del espejo sigo viendo mi monstruoso rostro.

(Título original: “Davanti a me”. Traducción del italiano: Raúl Glovis)

009 - NUBE

Edgar Omar Avilés - México

—¿Ya viste, güey?, esa nube se parece un chingo a ti.

—No mames, ¡yo no estoy tan gordo!

—Sí, cómo no.

—¡No, pendejo!, mi nariz no es tan grande.

—Es tu misma narizota de garfio… ¡Chale, el pinche viento la está desbaratando…! ¡Qué gacho, pero si eran igualitos…! ¿Ves?, ya la destruyó todita… ¿Güey?, ¡te estoy hablando, güey…!

Cuando volteó para exigirle respuesta a su amigo, sólo pudo emitir un grito ahogado y expandir mucho los ojos.

010 - YO

María Helena Bandeira - Brasil

Vapores de los gases tóxicos coloridos por los hologramas brillantes.

“Voy a matar a todos los hijos de puta en la ciudad.”

Usted no sabe cuántos.

Pero hay una oportunidad a su favor.

Sólo el original puede destruir a sus réplicas.

“En el último viaje a Marte, uno de ellos usó mi código genético

para violar a la mujer que yo amaba.”

Los descubre a todos, uno por uno.

Finalmente, después de años de espera, está delante del violador.

Usted entra a la sala rodeada por el mar.

El Otro. Con la pistola láser apuntando a su pecho.

“Idiota. No puedes matarme”

Él tira y usted cae lentamente.

Sólo entonces entiende. Entre las carcajadas del Original.

—Soy Yo.

(Título original: “Eu”. Traducción del portugués: Germán Teth)

011 - LA NADA

Gregory Bernard Banks - USA

Todo a mi alrededor se ha ido. El horizonte fue un mero bocado, los mares el aperitivo. El hambre insaciable lo conduce, lo tormenta, lo acerca. Su rugido de silencio devora la realidad. El monstruo sin rostro se muestra más vil que cualquier cosa antes vista. Dios tiembla ante él, mientras Satán se encoge a sus pies. Es la antítesis de los ideales; el Némesis del pensamiento consciente. El último paria de un universo enfurecido.

Puedo oler la ausencia de su estela. Me acaricia con sus zarcillos, regocijándose en mi miedo. Mi respiración es débil, mi vista ya no existe. La memoria de la Vida desaparece mientras penetra mi carne. Hubiera gritado con mi último aliento, si tan solo hubiera recordado cuáles eran…

(Título original: “The nothing”. Traducción del inglés: Sue Giacoman Vargas)


Ilustración: Guillermo Vidal

012 - ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES GAY CON MUÑECOS INFLABLES?

Hugo José Bano - Argentina

A menudo, un velo de tristeza opacaba los resplandecientes ojos azules de Gonzalo Amador.

Ocurría que en lo más recóndito de su cerebro súper-conductor, un insignificante nano-interruptor en lugar de hacer click, hacía clack, y esa pequeñez bastaba para que Gonzalo odiara

a las mujeres.

Había sido concebido para complacer los apetitos sexuales de las damas, ya que los hombres andaban entusiasmados investigando lejanas galaxias o navegando a través de agujeros negros, y se olvidaban de todo lo demás.

Así, Gonzalo Amador solamente era feliz cuando en la intimidad de su cubículo podía vestir las prendas que les robaba a sus clientas para admirarse embelesado ante el espejo.

013 - EL ENFADO

Eugenio Barragán - España

Estoy enfadado, mucho, se me ha caído mi diente de leche. Estoy enojado, demasiado, y he decapitado a mi oso de peluche. No ha sido como otras veces. Debajo de la almohada, sólo me han dejado un vale para canjearlo por la rueda de una bicicleta. Al coco oscuro lo ahuyenté con el fogonazo de mi linterna. Mis soldados de plomo se ahogan en el orinal. El ratón Pérez agoniza bajo el peso de mi cama. Sí, estoy muy disgustado. Sólo espero que amanezca para que mis padres tropiecen con la trampa que les he preparado.

014 - ERZABETH

Sandra Becerril - México

Ignoras la pelambre erizada de aquellos que te llaman hermana, la saliva resbalando de sus fauces infernales, el hocico con el aliento de la carne mancillada, el fulgor de los ojillos que en destellos de locura te contemplan. Ni siquiera los gruñidos proferidos en la voz viril del lobo, el aroma espeso de la fiera, la promesa de las garras, el acero de los músculos tensados, te convencen de ocultarte ante las bestias. Erzebeth, tú misma toda rabia, toda furia, te transformas; la manada te recibe entre sus miembros; vas de caza, los aullidos anunciando el festín de la matanza que ni la bala de plata ni la culpa ineludible detienen cuando florece el acónito bajo el brillo de la luna llena.

015 - SIN CABEZA

Ricardo Bernal - México

Si no soy mi cabeza, ¿entonces qué soy? Manos temblorosas con memoria dactilar que escriben estas líneas; corazón que arroja estupefactos chorros de sangre hacia el sitio donde antes estaba un sombrero; piernas y pies que no saben hacia dónde ir ni para qué ir; estómago sin hambre que muge armonías crepusculares. Tal vez mi cabeza, libre al fin, también extrañe algo de mí… Tal vez allá lejos, donde quiera que esté, por fin descubrió quién soy.

016 - HETERODOXIA

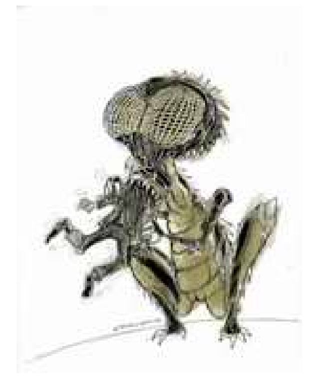


Ilustración: Fraga

Adrián Bet - Argentina

El agua es vital. La sangre se compone de ella, el cuerpo mismo es casi totalmente de líquido; el mundo está rodeado por Jörmungand y el océano. Intuyo que es lo que Nietzche llamó “El eterno retorno” . Por ello deduzco un principio metafísico, cosa que también sostenían los griegos. Sumerjo a la presa. El agua, como la serpiente Urobos, oprime los pulmones con un veneno más efectivo que el de cualquier reptil. Justo antes del deceso retiro, al inferior, para hincarle la yugular. Casi no chorrea. Supongo que los recalcitrantes no estarán de acuerdo. Hay una cierta piedad implícita en volver al origen, en el fin, a la víctima. Es una escuela circular, heterodoxa la que sostengo. De hecho me consideran un vampiro hereje.

017 - LA PRIMERA TENTACIÓN

Claudio Biondino - Argentina

Vagó durante largo tiempo a través del yermo. La revelación era intolerable. El hombre, finalmente, quebrantaría los pactos. Para reparar semejante ofensa, su padre lo entregaría en holocausto: él sería la piedra de la nueva alianza. Decidió no aceptar tal destino; dejaría que el odio consumiera su belleza y la arrastrara por el suelo. A pesar de la caída, sintió pena por aquellas criaturas de barro animado. Les enseñaría a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal para que abrieran los ojos. Sólo así podrían defenderse del tirano. Luzbel tomó entonces forma de serpiente, y esperó.

018 - LA METAMORFA

Luís Antonio Bolaños De La Cruz -Perú

Las noticias continuaron llegando, estremecedoras, impactantes, insistían machaconamente: la invasión está derrotada. Destruidas sus inmensas naves, los supervivientes utilizaban sus dotes de camuflaje para intentar ocultarse. Gracias a su piel constituida por innumerables multiplacas reinsertables, sus huesos flexibles y su capacidad de reordenamiento glandular y orgánico, reducían su tamaño y podían imitar convincentemente a una persona.

En la cena, mi esposa estuvo desusadamente silenciosa, al moverse parecía vibrar y desdibujarse, exhalando un olor acre, casi eléctrico, pero me miró con tanto cariño que me apaciguó; una sospecha tomaba cuerpo pero decidí remontarla. Al ingresar al lecho me estremecí, mantuve acotado el temor, despacio, pero con seguridad, me volví hacia su cuerpo y me decidí a abrazarla.

019 - EL GIGANTE

Georges Bormand - Francia

Es seguro que los gigantes existen. He visto uno, hace algunos años, cuando exploraba el otro continente. No era peligroso, no era un ogro; era muy amistoso. Habitaba una torre de metal muy antigua, situada en medio del desierto, que desapareció con un ruido de trueno la noche siguiente, por lo que no lo volví a ver. Intentaba decirme que venía de otro mundo, que es un planeta que gira alrededor de otro sol, el tercer planeta de su sistema… No tengo dudas de que era mentiroso, o débil, porque sabemos que no hay otro sol que el nuestro, y todos los planetas giran alrededor de nuestro mundo. El tercer planeta que gira en torno a otro sol; ¡como se puede imaginar algo así!

020 - UN BUEN BOCADO

Jose Brox - España

El perro muerde la mano del amo. Éste lo estrangula con la que le queda. Lame el muñón ensangrentado. Su sabor es agradable, muy agradable. Ahora entiende mejor al perro. Da un mordisquito en el muñón. No ha probado bocado mejor. Con la lengua ensaliva el brazo hasta el codo. Clava los dientes con gula, con urgencia. El perro agoniza en el suelo. Descubre que el gusto puede llevar al éxtasis. Su lengua parece alargarse, su boca hincharse para deglutir

mejor. Lamenta lo magro de su hombro. Pierde la visión, sólo existe su sabor. Pierde la noción del tiempo, pierde el sentido mientras sigue masticando. Amanece. La dueña encuentra un estómago descomunal empapado en sangre. Se le hace la boca agua. Se acerca. Se relame.

021 - CANTO DE SIRENA

M. Carmen Cabello Rodríguez - España

Mi padre, rey del océano, me instigó a cantarle al mundo humano. Salí a una realidad que no era la mía, ilusionada… su hija más joven deleitaría a marineros y pescadores con una bella melodía. La misma que escuchaban por las noches cuando surcaban nuestro imperio sosegadamente. Llegó mi hora, al fin.

Y allí estaba él. Expectante. Vigilándome. Listo para derrotar a mi padre a través de su hija doncella. Adopté forma humana y se aprovechó de mi torpeza al andar. Caí en sus redes y consiguió que mi destino no se cumpliera: nunca sería la deidad para la que nací.

Y ahora surco los mares, con forma de sirena y, según algunos, como el mascarón de proa más hermoso del océano.

022 - EL ORADOR

Óscar Camarero - España

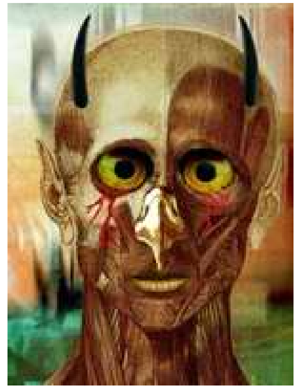


Ilustración: wkowalsky

Sus tentáculos dejaban un rastro alargado sobre el suelo, que al instante borraba con otra de aquellas extremidades escamosas.

Se movía con lentitud, con el peso de milenios sobre sus hombros, y miraba a su alrededor con ojos enormes y acuosos.

Echó un último vistazo al *cinturón de transferencia de masas* para asegurarse que funcionaba correctamente y salió al exterior.

Una legión de acólitos le rodearon evitando el contacto con la masa enfervorizada que le aguardaba.

Sus tentáculos palparon los escalones de madera y reptó por ellos hasta el entarimado. Cuando alcanzó el atril, Cthulhu reguló el *modulador de frecuencia*.

Entonces alzó los falsos brazos y un clamor recorrió el estadio. Ondeaban banderas con cruces gamadas. Era el inicio del cuarto Reich.

023 - AMOR ETERNO

José Carlos Canalda - España

—No llores; era lo mejor para él.

—Sí, tienes razón —suspiró la muchacha enjugando las lágrimas—. Pero no puedo hacerme a la idea de que ya no lo volveré a ver más. Fueron tantos años juntos…

—Te entiendo, pero la vida es así de dura. Y míralo por este lado, el pobre ha dejado ya de sufrir. Ojalá pudiéramos hacer lo mismo con nosotros mismos.

—Lo voy a echar mucho de menos —repitió Ann Darrow con voz monocorde mientras se alejaban del desgarrado corpachón de King Kong—. Mucho…

Mientras tanto, los perplejos bomberos de Nueva York se preguntaban unos a otros:

—Y ahora, ¿dónde demonios echamos todo esto?

024 - EL AMOR

Jorge Candeias - Portugal

Penetré en su cuerpo como una ráfaga de viento. Penetré a fondo, y más a fondo aún, buscando su raíz. Y ella respondía con gemidos y quejidos, contorsiones y estremecimientos. La apreté más contra mí, y busqué sus labios con los míos. Ella me envolvió con sus brazos, gritando “sí”, y luego con sus piernas, gritando “oh, sí”, y luego con un pliegue de piel que surgió de sus flancos y me envolvió en músculos que gritaban “oh, oh”. Exploté dentro de ella en un orgasmo sin fin y sentí que un cordón se ligaba a mi ombligo. Me adormecí. Me desperté. ¿Dónde estoy?

(Título original: “O amor”. Traducción del portugués: Jorge Candeias)

025 - LAS ARMAS LAS CARGA BEETHOVEN

Miguel Canel - Argentina

Hallazgo inesperado: partitura inédita en el fondo de un baúl. Gran revuelo, se comisiona una orquesta para estrenar la obra. Los mejores músicos, director húngaro de oído privilegiado. Ensayo a puertas cerradas.

Día del estreno, gala en el Teatro. Comienzan los violines, muy suaves, disonantes. La mirada del director parece extraviada. Se suman los vientos, despiden un olor putrefacto. El contrabajo suena a langostas. Entran los timbales, y toda la sala muere.

La música no cesa: la orquesta muerta sale a las calles, sigue tocando, implacable. Se extiende como una sombra. La gente escucha y cae, escucha y muere en el acto.

Unos pocos huimos, corremos. Nos detiene un muro imprevisto, estamos acorralados. La orquesta se acerca lentamente; veo al trombonista, azul de tanto soplar.

026 - TENTACIÓN

Fernando Cao - Argentina

“Madame Abelarda te lleva a la edad soñada en una ingesta”. El

sencillo aviso me atrajo. La llamé, nos encontramos y se explayó. El proceso requiere dos horas, como cualquier digestión. También es caro.

El precio y la duración me hacen dudar. La ingesta no es problema: ella abre la boca muy grande, descoyunta la mandíbula, hace como un vacío en su interior y te traga entero, de un tirón.

Hasta ahí suena extraño, pero puedo aceptarlo. Difícil, en cambio, es imaginar el tiempo que transcurre luego, durante la transformación. El final parece fácil, es todo tejido blando y, aunque la posición o el lugar sean incómodos, el tránsito dura un instante.

Continúo indeciso, quiero rejuvenecer, pero no me animo.

027 - OPORTUNIDAD

Eduardo J. Carletti - Argentina



Ilustración: Valeria Ucelli

Vendo robot. Oferta inmejorable. Modelo especial de gran fuerza, ideal para trabajos pesados. Última generación. Novísima versión de software. Formato humanoide. Altura: un metro ochenta y cinco. Brazos hidráulicos intercambiables. Manos multifunción, con dos docenas de herramientas diferentes.

Es modelo nuevo.

Salida de fábrica: menos de una semana.

Aproveche, precio increíble por dueño muerto.

Necesita algo de limpieza y ajustes de programa.

Las baterías fueron desinstaladas.

Funciona OK, según especificaciones del catálogo.

No se permitirán pruebas antes de retirarlo.

028 - EL MONSTRUO UNIVERSAL

Vittorio Catani - Italia

En los Planetas de la Frontera se susurra que más allá del espacio-tiempo y el Big Bang existe una Criatura inmortal infinitamente obtusa e infinitamente asquerosa: el Monstruo. De la Frontera parten vibraciones que regresan descifrables en imágenes: el Monstruo tiene dimensión limitada pero infinita, forma de medialuna con dos órganos inmensos sobre los Cuernos “Uno” y “Dos”. “Uno” es una boca que succiona desde hace milenios la energía de “Dos”. “Uno” es un orificio anal que expulsa escorias, “Dos” las fagocita. “Uno” es una vagina que traga energía reproductiva de “Dos”. El Monstruo nada sabe, así, de sus mecanismos interiores regulados por un monstruoso Azar. Se susurra que el Monstruo sería el sueño de un dios loco, que la imagen que nos llega del Monstruo podría ser nuestra propia imagen. El Monstruo es el universo.

(Título original: “Il mostro universale”. Traducción del italiano: Raúl Glovis)

029 - EL MORADOR DE LOS TÚNELES

Antonio J. Cebrián - España

Camino por la cripta. Mis pies se hunden en la arena desprendida de las paredes y acumulada sobre el suelo en forma de pequeños montículos. El crepitar del fuego de la antorcha me impide escuchar con claridad a través de los fríos y húmedos pasadizos. Conozco el lugar casi de memoria. Sueño continuamente con él cuando me quedo traspuesto en el aula de química. Con él y con el monstruo que lo habita; ese engendro al que vengo dispuesto a dar caza. Oigo ruido a mi espalda; es un hombre armado. Excelente, la ayuda me vendrá bien. Voy a explicarle mis sueños sobre el monstruo. Me apunta con el arma… ¿O quizá lo que siempre sueño es que soy un profesor de química?…

030 - VRIKHING

Damián Ces - Argentina

Cayó roto sobre la superficie de Esmerld y quedó envuelto en el verde polvillo del árido suelo. La escasa gravedad lo mantendría bajo ese manto un buen tiempo. El enorme párpado de su ojo barría las partículas, erosionándolo. Sus trompas se empastaban con la mezcla de polvo y mucus. Los pedipalpos se agitaban tratando de despejar su entorno. Un charco dorado con afluente en su abdomen se ampliaba a su alrededor.

—Maldito viaje, ya no estoy para esto.

Vrikhing añoraba las naves interestelares. Habían caído en

desuso con la tecnología de la nueva era. Ahora se viajaba más rápido, infinitamente más rápido. Pero cada desplazamiento luz-temporal deparaba una sorpresa.

—Agente Vrikhing.

—Adelante enjambre base.

—Envíe reporte de estado.

—Todo bien, pero es mi ultima muerte… ¡Renuncio!

031 - FELICIDAD ABSOLUTA

Carlos Chiarelli - Argentina

Hoy es el día. No me imaginaba que fuera a llegar tan rápido. Mi tutor se despidió temprano, dejándome en el parque con mis amigos, aquellos que conozco desde siempre.

Ya me llaman. Por fin pasaré al estado que siempre prometieron. Accederé a un nivel superior, como fui educado. Me encontraré con otros amigos que partieron antes. Pero lo impactante es que a través de una ventana del gabinete donde se hará la transferencia vi a la persona igual a mí, a la que voy a salvar.

Me debo acostar rápido en la camilla porque como siempre dice mi tutor, Clon 4827 nunca debe dudar: para eso existe, para servir al otro. Estoy inmensamente feliz.

032 - ALFONSO HERNÁNDEZ

Alberto Chimal - México

“Sale por las mañanas a trabajar en una oficina. Regresa por las tardes. No tiene vida social. Nadie lo ha visto comer.” Hasta este punto de sus notas, Horacio Kustos, a quien habíamos elegido como corresponsal, no encontraba demasiado interés en nuestro asunto.

Entonces Hernández lo citó en su departamento, lo recibió en su sala y se disgregó; vale decir, se convirtió en todos nosotros; vale decir, nos separamos, dejamos de abrazarnos unos a otros con nuestras patitas largas y delicadas, y salimos en tropel del traje barato que habitualmente nos contiene. Todos gozamos innumerablemente con la cara de horror de Kustos.

El nombre lo elegimos por ser el del inquilino que habitaba este lugar. Pero su historia no ha de ser referida aquí.

033 - DESEO

Daniel Contarelli - Argentina

Vivía recluido porque mi aspecto monstruoso resultaba repulsivo para las personas. No hacía más que leer. A ella no le importaba mi enorme cuerpo grotesco, le gustaba escuchar como le contaba historias de la realidad o la fantasía con seductora erudición. Pasamos horas deliciosas en este cuarto que es mi único universo. Pero cuando hubo ocurrido lo inevitable —enamorarme de ella—, sin prisa, delicadamente, me rechazó. Estos modales elegantes hicieron que mi deseo aumentara. Era realmente una mujer exquisita.

034 - ALTERNATIVA

Antonio de Macedo - Portugal

Visitaba aquel museo con frecuencia. Sobre todo lo fascinaba un cuadro que había allí; representaba un paisaje con una calle y una casa igual a la calle y a la casa en los que él vivía. Un día se aproximó tanto al cuadro que le pareció que la puerta estaba abierta y entró. Fue recibido con naturalidad por la mujer y por los hijos. Lo embargó el espanto y nunca más salió da aquella casa del cuadro. Si saliera y no se encontrase en la sala del museo, ¿qué ocurriría con la otra casa y la otra familia que continuaran existiendo en otros lugares?

(Título original: “Alternativa”. Traducción del portugués: Germán Teth)



Ilustración: Duende

035 - QUÉ VES CUANDO ME VES

Marcelo Di Lisio - Argentina

Imposible saberlo con certeza.

Ramiro Cuevas murió agotado de gritar a los cuatro vientos lo que los espejos devolvían a sus ojos, un cuerpo digno exponente de las divinas proporciones esbozadas por Leonardo.

Sin embargo, ahí estaban aquellos que afirmaban que la sola visión del cuerpo de Cuevas, su enfermiza asimetría, provocaba en las personas desprevenidas fulminantes desmayos, ataques de pánico e incluso hubo quienes terminaron exiliados en los terrenos de la locura. Jamás dos descripciones de su cuerpo lastimado por el destino coincidieron en el más mínimo detalle.

Quizás ésa fuera su anomalía, provocar que cada persona viera en él una deformidad distinta. Nunca nadie pudo conocer la verdad. Nunca nadie miró a Ramiro Cuevas con sus propios ojos.

036 - QUIERO SER UNA ESTRELLA

Andrés Diplotti - Argentina

—¿Otra vez usted? —saltó en su silla el director de casting.

—Por favor, señor Williams —rogó Benny una vez más—. Si me deja mostrarle lo que preparé, yo…

—No —lo interrumpió—. ¿Cuántas veces tengo que repetírselo? No hay trabajo en Hollywood para usted. Me cansé de decírselo. Ya no insista. No me haga perder más el tiempo.

Benny se fue, cabizbajo. Tendría que seguir trabajando en la feria. Tal vez algún día ahorrara lo suficiente para hacerse una cirugía plástica. En otro tiempo no la habría necesitado, pero sabía que ahora no conseguiría ningún papel importante mientras su piel escamosa pareciera un traje barato de goma.

037 - LA MUJER IDEAL

Carla Dulfano - Argentina

Trabajaba en el laboratorio Radium. Buscábamos crear a la mujer ideal.

Encuestamos a cien mil hombres de diferentes niveles socioculturales, y diseñamos un ADN con las características más votadas:

Que comparta su macho con miles de hembras.

Muda.

Con piernas largas.

Alta como una modelo.

Capaz de subsistir sin ayuda.

De ojos grandes.

Que su piel no se arrugue con el tiempo.

Que no le interese tomar el control remoto de la TV.

Que no odie a su suegra ni al fútbol.

Que se conforme con alimentos de bajo costo.

Desarrollamos ese ADN y al poco tiempo abrimos la cápsula donde se gestó la criatura:

Salió de ahí una mosca de tamaño humano. Tenía exactamente las características que todos habían votado…

038 - EL SIGNIFICADO DE LA VIDA, EL UNIVEGSO Y TODO LO DEMÁS

Ahrvid Engholm - Suecia

El corazón del Profesor von Zweistein se encogió al tiempo que leía la carta de rechazo de la 627va edición de la Revista de Ciencia.

—He encontgado el significado de la vida, el univegso… —su linda asistente de investigación, Laura, se asomó a mirar—… y de todo lo demás, ¡y aún así no quieguen publicagme!

—Tengo una idea profesor. Escríbala como una historia de ciencia ficción.

—Aún así…

Von Zweistein se levantó de un salto, entusiasmado, en dirección a su computadora. Laura ni siquiera tuvo tiempo de decirle el límite de palabras.

—Puse una fógmula al tegminag, en el Ggan Final” —masculló von Zweistein para sí mismo.

En un instante, había enviado la historia por correo electrónico.

¡Triunfo al fin! Contestaron que la publicarían en la 628va

edición de la revista.

Y el significado de la vida, del universo, y de todo lo demás es: G por R.

(Título original: “Zee Meaning of Life, Universe und Everyzing”. Traducción del inglés: Sue Giacoman Vargas y Claudio Biondino)

039 - NOCHE DE BODAS

Erath Juárez Hernández - México

Besó sus labios con frenesí. Han sido dos horas de placer ininterrumpido. Después de permanecer unidos por varios minutos, se separaron, deseando no hacerlo.

—Has estado genial —dijo ella.

—No está mal para ser nuestra primera noche juntos, ¿verdad? —dijo él.

—Lástima que no pueda repetirse —susurró la mujer.

Los músculos faciales del hombre se engarrotaron formando un gesto grotesco. Quiso gritar pero no pudo. Su esposa estaba de pie sobre la cama, de sus costados brotaron patas color verde con sierras afiladas, la cabeza se le partió en dos y surgió otra con colmillos en forma de gancho. Después de comérselo, hizo su nido. *Debo proteger a las crías*, se dijo a si misma.

040 - LA OSCURA REALIDAD

Gonzalo Esteban Díaz - España

El camino era oscuro. Las farolas apagadas daban al callejón un aspecto siniestro. El aire agitaba las ramas de los árboles como si tuvieran vida propia y el viento parecía susurrar malas palabras en los asustados oídos de la niña.

Haciendo acopio de todo su valor, atravesó la oscuridad como una pequeña heroína, sin mirar atrás, pues si miraba atrás estaría perdida. La oscuridad no perdona a los que miran atrás.

Abrió la puerta de casa y suspirando de alivio dejó atrás el monstruo de sus fantasías y se encontró de frente con el monstruo de la realidad. Su padrastro apestando a alcohol golpeaba a su madre sin piedad con un cinto de cuero negro. La miró; en sus ojos la oscuridad lo cubría todo.

041 - UN BOCETO: A LAS PUERTAS DEL VALHALLA

Santiago Eximeno - España

—¿Qué haces? —pregunta Thor, señalando el lienzo.

Trazos verdes, naranjas y bermellones cruzan la tela de lado a lado, un caos de texturas y colores que Thor, sin saber por qué, asocia a una imagen de batalla entre valquirias.

—Pinto —responde Loki, y hunde su improvisada brocha en un bol que descansa a sus pies.

—¿Y ellos? —pregunta Thor, señalando el bol.

—Necesitaba… su color —responde Loki, y sonríe.

En el interior del bol, un millar de guerreros vikingos aúlla y

grita y sangra cuando, una vez más, el dios los aplasta con el gigantesco árbol que sostiene en su mano.

042 - PLATERO Y YO

Carlos Feinstein - Argentina

Platero es peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Es tierno, indefenso; tan hermoso. Recuerdo como si fuera ayer el instante en el cual lo hallé en el borde del cráter, cerca del meteorito. No quedan gatos, ni perros en mi vecindario, y la mayoría de las personas murieron o padecen graves mutilaciones; tropas armadas con tanques rodean mi casa. Amo a Platero, y ya no puedo pensar en otra cosa que no sea en su imperioso bienestar.

043 - LOS ICHTHIOS

Gustavo Fernández Riva - Argentina

Poseen lenguaje y se comunican entre sí. Pero los humanos debemos contemplarlos desde cierta distancia, porque apenas ven a uno de nuestra especie se inmolan y cargan con sus pecados, ayudándolo a llegar al paraíso. Queremos utilizarlos como lavaje espiritual a escala

industrial, pero para eso sería necesario administrarles hormonas que aceleren su ciclo reproductivo.

Desgraciadamente, ni la persona más noble puede acercárseles sin que se suiciden. También se sacrifican para salvar el alma de cualquier objeto fabricado por nosotros (ya sea un cuchillo o un robot inteligente). Desarrollamos una máquina del tiempo y trajimos un doble de Cristo pero los ichthios, si bien no se suicidan por él, le rehuyen porque les resulta arrogante. Proponemos poner las hormonas en el agua que habitan.

044 - VINO CAMINANDO Y BAILABA SU BRAZO

Alejandro Ferreyra - Argentina

Vino caminando y bailaba su brazo. Su cabeza giró y fluyó la habitación aferrándose a la pared blanca.

Sonreía, y mientras sonreía de su boca abierta caía una línea líquida al piso. Lo tomaron con delicadeza y lo acostaron. Bajó la fluxonda y su cara cambió. Se estremeció una y otra vez mientras seguía descendiendo la fluxonda sobre su cuerpo. Y entró por cada orificio, su boca, los respiratorios, los laterales.

Temblaba y sacudía su cuerpo con violencia a medida que la fluxonda ingresaba en su cuerpo. Dejó de moverse. Los indicadores señalaron el cese de sus fluxiones vitales.

—Y ni siquiera dijo de dónde vino —comenté con mi tres compañeros en la fluxonda cuando nos deslizamos fuera del laboratorio.

045 - EN LA FERIA

Ruth Ferriz - México

Cuando salieron los últimos visitantes de la feria se apagaron las luces y los juegos. En la carpa de los fenómenos, el enano y la mujer barbuda alimentaron a la cabra de dos cabezas, al perro azul, al becerro de cinco patas. El hombre serpiente y el monstruo sin cuerpo se quitaron los disfraces. Cansada, la mujer araña, que no necesitaba quitarse nada, estiró una por una sus ocho patas, se arregló el cabello, y esperó al director de la feria que todas las noches se volvía loco con sus múltiples caricias.

046 - FUGITIVO

Néstor Darío Figueiras - Argentina

Lo llamaban don Paz, y era el linyera deforme del barrio.

Todo barrio tiene su linyera. Uno que no asusta, que ni siquiera provoca lástima. Sólo una simpatía mayor que la que se tiene por los perros callejeros. En Caraza, ése era don Paz. Todos lo querían, aunque siempre desvariase como mamado: contaba una y otra vez cómo había logrado escapar de cierto laboratorio orbital, en una nave que se había estrellado detrás de la estación de Fiorito. Pero nunca se le sintió olor a vino.

Los andrajos no lograban disimular su joroba simétrica. La

melena hirsuta no impedía que sus ojos saltones reflejasen la inconfundible herida del rechazo.

Cuando desapareció, todos se afligieron. Hasta había aprendido a cortar el pasto a cambio de comida.

047 - EL SOPLO

Jacques Fuentealba - Francia

Me dicen el soplo que hace tiritar a los niños, en la mitad de la noche. Me llaman viento negro o trampa de los demonios y me maldicen cuando cae enfermo el rebaño o se corta la leche. Los locos buscan la verdad en mis ojos. Ojos que no existen sino en la memoria de los abuelos, en sus sueños desdibujados. Soy una huella en el lodo, un reflejo huidizo en tu espejo, soy la lluvia en tu casa… Y fui tantas cosas, tantos nombres que se negaron a morir, apretando tu realidad con sus diáfanos dedos.

048 - OPORTUNIDAD PERDIDA

Alirio Gavidia - Venezuela

Revisé el correo y allí estaba lo esperado. Un concurso literario para

flojos. Analicé los objetos en la cocina buscando inspiración, pero fue inútil: que las tasas de la cocina dijeran “made in china” no resolvió nada. Tengo años escribiendo cuentos y ahora la inspiración se me escapa, algo tan ridículamente simple. Una oportunidad única y me la pierdo. Al final me rindo, me levanto vencido y me dirijo al patio trasero, me siento en el banquillo y de mala gana le pido a Coy que me cuente una de sus historias. Entonces, el sarcástico fauno comienza su narración.

049 - SUPERFICIAL



Ilustración: Sue Giacomán Vargas

Sue Giacomán Vargas - México

El cirujano tragó saliva y se pasó la mano por la frente, recogiendo el sudor que la coronaba tras marcar la última línea sobre la piel del paciente.

—Entonces, ¿usted desea una rinoplastia, lipoescultura, levantamiento de pómulos, prótesis pectorales, cirugía de hernia discal y un transplante de cabello?

El paciente aceptó con un leve movimiento de cabeza.

—Y, ¿le parece bien que programe la intervención para la semana entrante, señor…?

—Igor. Sí, cuando antes mejor.

050 - TANGOSPACIO

Ricardo Germán Giorno - Argentina

Me dejaste con la cría, esperando la soleada. Escapaste solapada, por el brillo del metal. Con tal de enroscarme la nostalgia de no verte, si me parece tenerte con cada vuelta de sol. Dijiste que el tentáculo estaba muerto y no es cierto, pobrecito, sólo duerme, cansado de volverme, de tanto yugo sin descanso. Aunque manso, no te creas en absoluto, no sigo el luto, ahora espero con ansia: él tomará distancia en las estrellas. Me dejaste con la cría, sabés que no tengo mano. Andate nomás con el humano: esta puerta ya se cerró…

051 - LA BUENA MESA

Sergio Gaut vel Hartman - Argentina

El monstruo alzó la vista hacia la luz que se filtraba por la ventana y

bebió un largo trago. Satisfecho, se calzó la piel ritual y sintió cómo se ajustaba a su cuerpo escamoso. Dio dos pesados pasos para alcanzar la puerta que comunicaba sus habitaciones privadas con la gran sala en la que ya estaban reunidas sus víctimas, corrió la cortina y los observó: inocentes como ovejas, mansos como jilgueros, impotentes como peces. Entrechocó las garras con deleite. Dio otros cuatro pasos y avanzó hacia el púlpito. Un murmullo de sumisión inundó el recinto. Él abrió las fauces. El veneno se esparció por el aire y los paralizó. Nada como una mesa bien servida; ellos eran deliciosos y él un esclavo de la gula.

052 - CONTAINER

Frank Hebben - Alemania

Bajo la lluvia, las máquinas trepan por los edificios, de piso en piso. Bloques de seis por cinco por dos metros y medio. Son vitales para mí las latas de sopa, las cacerolas y un anotador en los estantes vacíos. Gotea aceite de las palancas hidráulicas. Algo sisea. Un tirón. Luego, las arañas llevan mi container-residencial desde Colonia hasta Berlín (la Catedral queda atrás, alrededor calles y campos, arriba nubes, un arcoiris químico. Más tarde, la Columna de la Victoria y la Puerta de Brandeburgo bajo una cúpula de vidrio.)

Alzo el brazo para observar mi mano; piel de gallina sobre el acero gélido, sordo, inquebrantable. Siento como me fusiono, soy igual, me desvanezco, me incorporo a los dígitos y las cifras y los números. Mi trama de almacenaje se agranda, célula a célula, tal como las ciudades se multiplican y cierran. Datos y acero; 1 y 0; metal negro. Me congelo.

(Título original: “Cantainer”. Traducción del alemán: Gustavo Fernández Riva)

053 - ALGUNAS COSAS NUNCA CAMBIAN

Alfredo Illescas - Perú

Último día de trabajo. En el año 2076 se trabaja seis horas durante quince años. Era feliz en el turno de noche como uno de los treinta de la estación espacial sincrónica. De pronto, durante el rastreo psiónico, el computador pregunta si debe proceder al “Borrado Automático de la memoria”. ¿Qué? Mira la pantalla en la región de respuesta negativa. Después de algunos segundos el computador procede a indicar que el “borrado se ha completado”. Luego pregunta por el “borrado de toda la memoria adicional”. Desesperado vuelve a responder “No” . El mensaje es aterrador: “¡Se ha procedido a borrar el resto de la memoria!”

Sus amigos, que estaban dispuestos a celebrar la broma tan bien preparada y su feliz retiro, lo encontraron muerto.

054 - RELACIÓN DEL MINGO SANTILLÁN

Edgardo José Iñigo - Argentina

Relación de Domingo “el Mingo” Santillán en la Seccional 24° de Granadero Baigorria:

—Se lo vuelvo a repetir, señor Don Comisario, teníamos casi tres años de juntados con la Julieta. Sin hijos pero nos queríamos, y las cosas nos iban bien. Lo que pasó ayer no lo sé, me asusté y los llamé a ustedes. No sé, señor Don Comisario, yo había ido a la mañana al negocio del Julito y allí encontré esa cruz de piedra media rara y me gustó para la Julieta. Sólo para hacerle una joda a la Julieta se la mostré y le dije: “Morite bruja”. Pero le vuelvo a decir, señor Don Comisario, que yo no la quemé así.

055 - INESPERADO

María del Pilar Jorge - Argentina

Era una tarde pueblerina, en un barrio de casas parejas, tranquilas, de techo de teja y pequeños jardines simétricos. En el cielo, negros nubarrones amenazaban con la furia sin fin de un diluvio interminable.

El hombre caminaba indiferente por la vereda gastada, sin mirar más que a sus pies. Lo sorprendió el estrépito. Espantado, miró hacia la calle. Un chirrido insidioso avanzaba, aumentaba, aturdía. Pero todo era soledad.

Extraño, pensó, y se sintió el último hombre del mundo.

Solapada, a sus espaldas, la tierra comenzó a agrietarse. Una negra forma sinuosa emergió, con las fauces abiertas, oliendo la carroña humana que era su alimento. Avanzó hacia su presa.

Negrura cegadora. Dolor. Silencio. Renacer. Al acecho, esperó a la próxima víctima.

056 - REVELACIÓN

Eduardo M. Laens Aguiar - Uruguay

Le latían las sienes y no podía dejar de mirar la espesura del bosque. Tenía miedo, pero quería comprobar lo que era un secreto a voces.

Una voz habló a su espalda.

—Existo.

Y fue feliz en el miedo. Esa sola palabra respondía incertidumbres, leyendas y enigmas. No quiso darse vuelta, prolongando el misterio en sus pensamientos. Ya no importaba si tenía cuernos, cinco brazos o si era de piel verde.

—Pero no soy único. Contigo seremos sesenta y cinco.

Sintió un calor en el centro de la espalda, y ya no quiso contárselo a nadie.

057 - YENDO A LA LUNA

Knud Larn - Dinamarca

Vomité durante todo el viaje a la Luna. Pero está bien, siempre supe que eso pasaría. Desde que ese arquitecto idiota decidió construir el elevador espacial en polifibra transparente, yo —y otros como yo— hemos tenido ese problema. Recuerdo que mi padre me lo advirtió antes del viaje, pero yo no le creí. Yo sería diferente. Entrené en secreto en la granja, subía lo más alto posible y luego miraba hacia abajo. Pero eso no se puede comparar con elevarse mil quinientos kilómetros parado sobre un piso de cristal. Vomito. Mucho. La culpa

es de los humanos. Ellos pusieron la fabrica de pieles en la Luna. Así que los osos debemos viajar hasta allí para satisfacer nuestro íntimo propósito de dar abrigo a las mujeres de Lunar City.

(Título original: "Going to the Moon". Traducción del inglés: Sue Giacoman Vargas y Claudio Biondino)

058 - AUTOESTIMA

Raúl Alejandro López Nevado - España

El horrible monstruo, de 253.435,3 cabezas, 585.377 bocas, 3.133.333 narices y una sola oreja, tomó asiento ante el psiquiatra.

—¿Su problema? —preguntó el doctor casi sin levantar la vista de la libreta.

El deforme ser inspiró hondamente por todas y cada una de sus narices antes de contestar.

—Verá, doctor, me siento rechazado por mi físico.

El psiquiatra lo miró un instante.

—Comprendo —dijo—; la gente a veces es muy cruel. Mire, le daré la dirección de un dietista amigo mío.

—¿Y él podrá ayudarme?

—Sin duda —dijo el médico guiñando un ojo—: estoy seguro de que no habrá mujer que se le resista en cuanto hay perdido usted esos kilitos que le sobran.

059 - ALGO SALVAJE

Ian MacLeod - Gran Bretaña

Algo salvaje entró esa noche. Se deslizó por debajo del felpudo, burbujeando luz de la calle. Los mellizos estaban en la cama, pero lo oyeron, y papá miraba la TV cuando la pantalla se volvió blanca. Sis estaba afuera, sentada en la tapia junto a la estación de servicio, pero también lo percibió, y corrió a casa. Mamá lo vio primero. Avanzaba rápidamente por el vestíbulo como un arañazo que cruza un espejo. Los mellizos ya se habían levantado cuando papá empezó a gritar, diciendo que la cosa salvaje parecía una antena de TV caída: largo y con púas, hecho de mierda de pájaros y de plata. Mamá trató de empujarlo hacia afuera y se cortó las manos, y Sis comenzó a gritar.

(Título original: “Something wild”. Traducción del inglés: Claudio Biondino)

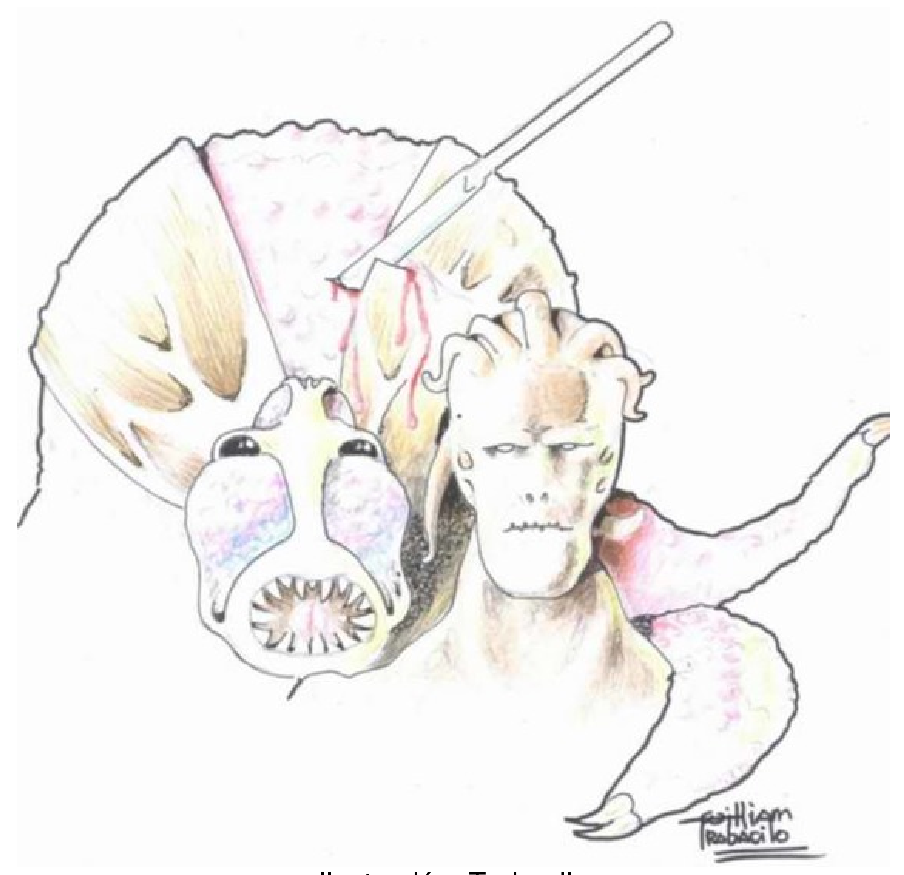


Ilustración: Trabacilo

060 - QUÉ GRANDE ES EL CINE

Esteban Martínez Torrico - España

Nos desplegamos como habíamos visto en “Aliens, el regreso” y descendimos sobre los soldados que comenzaron a disparar inútilmente. Nosotros no llevábamos ningún arma, no la necesitábamos.

Pronto comenzaron a correr y retirarse pero no fueron lo suficientemente rápidos. Atrapé a un soldado y le obligué a mirarme. Antes de atravesarle el cráneo con una de mis bocas pude ver su expresión de incredulidad. Supongo que no pensaba que fuera posible que los Aliens que siempre había visto en el cine existieran de verdad.

Sonreí, lo que provocó una riada de babas que le destrozó la cara. Nuestros genetistas eran buenos. Sólo necesitaban una idea y nuestros enemigos nos la habían ofrecido en bandeja. A todo color y en pantalla grande.

061 - UNA NOCHE AL AÑO

Henry McFarland - USA

Él la vio; una bruja que bailaba al borde de la muchedumbre en juerga. Su esbelta y flexible silueta se dibujaba contra la luz de la hoguera de Halloween. Además del disfraz de bruja, usaba una ceñida máscara de látex que parecía muy real. La horrible máscara hacía contraste con el cuerpo hermoso y el sombrero enarbolado le daba un toque extravagante. Bailaron un rato y luego charlaron. Él comenzó a acercarse mucho a ella, aunque era su primera reunión. “Vamos a quitarnos las máscaras”, dijo él. “No estoy usando ninguna máscara” contestó ella y corrió hacia la oscuridad.

Una noche al año, una noche solamente, su rostro no la condena a la soledad.

(Título original: “One nigth a year”. Traducción del inglés: Sue Giacoman Vargas)

062 - EL HIJO DE VICTORIA NECESITA UN PSIQUIATRA

Nila Mendoza de Hopkins - Venezuela

Ramón le presentó su novia a Victoria. ¡Era tan rara!: labios carnosos, cintura de muñequita, cabello largo sedoso; contrastaba con las bellezas a que su hijo la tenía acostumbrada: a todas les faltaba el globo ocular; ese vacío las hacía glamorosas. Sin embargo, Victoria sólo exclamó:

—¡Qué linda!

Ramón terminó con esa novia y tuvo otras. Victoria nunca entendió por qué su hijo salía con chicas tan imperfectas.

—¡Si tenemos tantas bellezas! —exclamaba—. Sin brazos, torcidas, desgreñadas. Todas se caracterizan porque su lado izquierdo fue achatado por la aplanadora que pone el sello principal a nuestras niñas de sociedad. ¡Ramón está de psiquiatra! —repetía Victoria.

063 - EL BUENO DE DIOS

Leonardo Montero Flores - Argentina

…pero si Dios es omnipotente hubiera desactivado las cargas nucleares. Además, cuando nacieron los fetos deformes los habría eliminado inmediatamente; en cambio, los dejó crecer y reproducirse, y alimentarse de los no deformes. Y así pasaron diez siglos hasta que se volvió a cansar de su creación y la aniquiló

nuevamente. Para esa época yo ya había nacido, y pude ver como los asteroides chocaron con la Tierra. Vi morir a mis padres, también vi a las montañas deshacerse en mil pedazos, vi como los mares se secaban, como la noche eterna cubría el cielo. Todo lo vi. También quise morir, pero el "bueno" de Dios seguro quiere entretenerse un rato conmigo. Le debo parecer muy gracioso con mis tres brazos y mi único ojo.

064 - TERROR

Víctor Montoya - Bolivia

Desde que empecé a leer libros de terror, no podía conciliar el sueño ni vivir tranquilo; tenía la mente poblada de voces de ultratumba y el cuerpo habitado por el espíritu de quienes encontraron una muerte atroz en circunstancias inverosímiles. Así pasaba los días, sentado en la mecedora de mimbre que había en la última habitación de la casa, hasta que una noche, mientras el cielo se rompía en relámpagos y aguacero, y yo leía un episodio en el que iba a consumarse un nuevo crimen, sentí una mano ruda sobre el hombro, volví la cabeza con vértigo y me enfrenté a la mirada fría de un monstruo que, con un enorme machete en la mano, me partió el cuerpo de un solo tajo.

065 - LA GOOSA

Antonio J. Morata (Elmo) - España

Los pasajeros del magnetobús gritaron al descubrir la goosa, oculta en la oscuridad entre dos farolas. El incauto peatón que les devolvió los aspavientos desde la acera iba hacia ella sin advertirla. La gelatinosa criatura no perdonó. Le atenazó las piernas, derribándole, y lo envolvió fatalmente.

El interior insonorizado del vehículo había hecho inútiles los gritos de advertencia y, al circular en automático, los viajeros desfilaron frente a la horrorosa escena contemplándola, pero incapaces de hacer nada.

Fue entonces cuando estalló en ellos el terror, comprendiendo de golpe los gestos urgentes del desdichado peatón.

La goosa más enorme, repugnante y amenazadora que jamás vieran estaba en la trasera del magnetobús, retirándose pulposa de la rejilla por la que había entrado.

Avanzó lentamente, con apetito…

066 - CANTA

Jorge Claudio Morhain - Argentina

Guillermina observa el mar subir hasta casi acariciarla, y lo observa huir, tan lejos.

Los turistas llenan y vacían las playas de Las Grutas.

Guillermina —la bautizaron los pulperos— ve todo, amarrada a una piedra hecha de esqueletos de infinitos animales marinos, frente a las chozas.

Guillermina canta al atardecer, cuando la sangre que derramara Kooch el

creador, la de la madre de Elal, el héroe, baña el cielo. Sólo ella sabe que canta por Elal. Sólo ella sabe que canta. Molesta la cadena que la sujeta por los tentáculos.

Guillermina se marchita desde que los pulperos destaparon su nido, bajo

la gran piedra: cuando la cadena sea más grande que sus tentáculos, Elal, desde el mar, vendrá a buscarla.

Por eso canta.

067 - EL HOMBRE CUBO

Néstor Morosetti - Argentina

Golpeaba mi puerta aquella cabeza cuadrada con pequeñas extremidades. Era divertido, alegre, daba saltos por el asfalto.

Otras veces se aparecía en el congelador, recuerdo sus frías risitas.

Hasta que una mañana desapareció. Dijeron en los noticieros que encontraron a un hombre con cabeza de cubo asesinado.

Yo recuerdo que alguna vez estuve dentro del cerebro del hombre cubo; todavía siento el susto que me dio el momento en que un cuchillo se hundió cerca de mi pierna. Además, no tengo padre ni madre. Soy una cabeza cuadrada que da saltos sobre el asfalto caliente.

068 - MUNDO SUBTERRÁNEO

Silvia Mottes - Argentina

La rejilla rezumaba vapores verdosos y azulados. Agucé la vista y un ligero resplandor llegó del fondo. Un leve chapoteo fue aumentando con el correr de los minutos. Atiné a ver el candado colocado en la reja un instante antes de que saltara la esclusa por el aire, rozándome la cara al tiempo que algo emergía de la boca de tormenta. Sentí mis hombros atenazados y un fuerte tirón me arrastró hacia las entrañas de la alcantarilla. Mi cuerpo rebotaba en el piso con cada zancada de mi captor. Ahora estoy enterrado en el fango hasta el cuello; escucho los gritos de los que me precedieron y fueron desenterrados para llevárselos. Parece que la tierra húmeda y los gusanos dan una maceración especial a la carne.

069 - LA TUMBA

Gabriel Nilsson - Suecia

Compré flores para la tumba.

"Soledad… vacío"

Algunas hermosas flores. Para ella.

"Y la oscuridad también. No la soporto. Es peor de lo que había imaginado."

Varias semanas han pasado desde mi última visita.

"Te extraño tanto. Más de lo que crees."

El camino es muy largo. Me hace sentir mal.

"Cada momento, pienso en ti. Todo el tiempo."

Pero siempre es así. Es muy difícil concentrarse mientras habla. Entonces señalé hacia el agujero que ella había cavado, y no

tuvo más remedio que arrastrarse de regreso al suelo. Después de eso me sentí mejor.

(Título original: “The grave”. Traducción del inglés: Sue Giacoman Vargas)

070 - MALA PUNTERÍA

Pedro Félix Novoa Castillo - Perú

Un farol de luz lo imaginó, lo jaló hacia arriba, lo zamaqueó. Le dio ojos, brillo dentro de las venas. La fosforescencia alrededor de su rostro le dio una expresión ausente, inexpresiva, pero por misericordia un chispazo de energía le dibujó unos labios carmesí y algo que con cierto reparo pudo llamarse sonrisa. Atrás, por el precipicio de sus hombros, la bruma del amanecer le delineó la silueta de una espalda, quizá un cuerpo que se movió; que estiró un brazo, el derecho, y en eso que pudo ser un abrigo o el vacío, o simplemente la sombra del residuo de noche que quedaba en aquel amanecer. Empuñó un arma, y apuntó hacia el farol pero no lo reventó. Había asesinado al sol.

071 - POSIBLES ENORMIDADES LATENTES

Ángel Olgoso- España

La enfermera grita mi nombre. Transfigurado de nerviosismo, lanzo lejos los restos del último cigarrillo y la sigo a grandes saltos. “Es un niño”, me predispone. Incrédulo aún, y con gran alivio, pienso que las malas noches, las crispaciones, el sufrimiento, los estertores y el gorgoteo subcutáneo han acabado para siempre. Miro a la criatura tras el cristal. Además de la capacidad de parpadear de abajo hacia arriba, posee otras cualidades suplementarias que la delatan: cierto fenómeno luminoso en la piel y esos palpos sensores de la frente que se retuercen en el aire. Es la viva imagen de su madre.

072 - VEN

Iván Olmedo - España

Es sólo un cartón mojado. No es un cadáver, ni un monstruo de esos que te roban el aliento. Es un cartón de embalaje abandonado, que parece otra cosa entre las sombras nocturnas. No es un ser deforme que se hace el muerto y sólo se levantará cuando tú te acerques. No es una cosa gelatinosa de otro mundo que correrá detrás de ti para desintegrarte. No es un vampiro aletargado. Es un trozo grande de cartón meado por los perros. No te hará daño. No es un secuestrador de niñas rubias. No es un sobrino de Satán perdido. Es cartón.

Ahora ven, acércate otro poco, mira debajo. ¿Puedes verme ya? ¿Qué habías pensado? Yo soy la otra cosa. Sí te haré daño.

073 - AGENDA SECRETA

Tord T. Ophus - Noruega

El chico miró a Ron.

—¿Eres un monstruo?

—¿Monstruo? ¿Por qué?

—¡Eres amarillo!

—Hay mucha gente amarilla en el mundo. ¡Y no todos son monstruos!

—Pero mi papá dice que lo chupaste hasta dejarlo seco.

—¿Qué? Eso es una mierda. ¡Soy barato!

—Aún así. Te gusta engordar a los chicos, a lo mejor para comértelos.

—Estuviste leyendo demasiados cuentos de hadas. Los lobos y las brujas se comen a los chicos, ¡yo no!

—¡Bah! No te creo. ¡Me voy de aquí!

Ron tecleó instrucciones en su consola.

—¡Muévanse, el niño nos descubrió!

Con el chirrido de las llantas desapareciendo tras el niño, Ron miró hacia arriba donde los arcos formaban una gran “M”.

—Bueno, él tiene razón, por supuesto, pero *¡me encanta!*

(Título original: “The hidden agenda”. Traducción del inglés: Sue Giacoman Vargas y Claudio Biondino)



Ilustración: Delacroix

074 - KRONCH PENSÓ

José Vicente Ortuño - España

Aquella noche la luz de las siete lunas de Frokch rielaba sobre el mar de amoníaco. Kronch yacía en su cubil. Su cuerpo, de color verde y de una armonía geométrica incomparable, semejaba una enorme esmeralda sumergida en un pozo de lodo amoniacal. Pero Kronch pensaba, aunque sabía que no era correcto hacerlo, que en su especie era un vicio execrable. Por eso, cuando las lunas llegaron al cenit, vibró arrepentido y dejó de hacerlo. Ochocientos años después pensó

de nuevo durante breves instantes. Sabía que no estaba bien, que era depravado volver a intentarlo, y decidió no repetirlo.

Pasaron los eones y las lunas perdieron su brillo. El cuerpo de Kronch se endureció y cristalizó pero, fiel a su palabra, no volvió a pensar.

075 - TODOS LOS DÍAS

Santiago Oviedo - Argentina

Todos los días salgo con mi monstruo personal enrollado en el cuello como una bufanda. Un pequeño dragón violeta —quizá un grifo— de escamas irisadas. A lo largo de los años fue venciendo mis hombros y frente al espejo me veo más avejentado; la columna cada vez más vencida.

A veces, en breves instantes de eternidad, puedo vislumbrar lo que lleva el resto de la gente que viaja conmigo todos los días, en sus pequeñas rutinas cotidianas

No hay quien no acarree el suyo. Por lo general —cuando se puede advertir el del otro—, no son compatibles.

Él crece. Cada vez me siento más solo.

076 - EPITAFIO DEL SEÑOR DEL SOL AMARILLO

Andrés F. Paredes Salgado - Perú

En tu residencia ambarina, Señor, has contemplado el ocaso y alba simultáneo de muchos horizontes, cobijando con tu aliento cromático todos tus dominios. Pero el cántaro que te da de beber no ha podido llenarse esta vez, Señor. Los seres y los mundos, ahora volcados en llanto, construimos en el centro mismo de tu morada, un oscuro y digno mausoleo. Te acompañamos fiel y ciegamente allí, donde el ciclón de las fuerzas retiene todo y a todos.

Mientras tu vacío palacio colapsa, Señor, restalla el último fulgor de tu poder, acariciando las curvas paredes del infinito, que se doblan sobre sí mismas para convertirse en una invitación a lo interminable.

077 - ESPEJISMOS

Guayec Perdomo - Chile

El que vive en el baño es el peor de todos. Tiene los ojos hinchados como un sapo, y una maraña de estropajo sobre la cabeza. A menudo babea una espuma blanca que vomita sobre el lavamanos. El que vive en el coche no es mucho mejor. Tiene la cara roja y una mirada furiosa, y venas palpitantes a cada lado de la frente. El del ascensor es como un fantasma. Los de los charcos en la calle son deformes y borroneados, y me miran desde abajo con hambre y malicia. Ojalá no existieran los espejos. Así no vería tantos monstruos.

078 - HIJO DE DUENDE

Ricardo Perugachi - Ecuador

Por las afueras del pueblo se ha visto vagar a un deprimente ser. Los que se han encontrado con él describen con repulsión un hombre joven que se arrastra sobre sus sarnosas rodillas por el lodo y la basura. El infeliz, según dicen, posee un rostro circular cubierto de mugre y múltiples mordeduras de ratas, de ojos pequeños que brillan con ingenuidad, siempre cubierto de saliva, con ampolladas y deformes manos gruesas para poder moverse de un lugar al otro. Aseguran que fue abandonado de pequeño por su madre tras ser violada por un duende, todos se preguntan cómo ha hecho para sobrevivir solo.

El hijo de un duende dicen, yo con dolor y rabia digo, hijo de la ignorancia, hijo de la pobreza.

079 - EL DIFERENTE

Luigi Petruzzelli - Italia

Ahora también le habían hecho eso… dale que dale con esos malditos asistentes sociales, que haciéndose fuertes en las nuevas leyes de integración del 2078 le habían quitado al niño. Era todo lo que le había quedado después del fallecimiento de su mujer.

Siempre se habían reído de él, pero sólo empezaron a marginarlo realmente hacía unos pocos años. Antes le habían quitado el trabajo, siempre por esas malditas leyes y, para vivir, tuvo que vender la casa. Tanto daba, por lo tanto, que comenzara a robar. ¿Qué más

podía perder? El hombre odia a los diferentes, pensó con amargura: siempre había sido lo mismo. Judíos, negros, árabes…. ahora le tocaba a él. Claro que era difícil ser uno de los pocos heterosexuales que quedaban en el mundo.

(Título original: “Il diverso”. Traducción del italiano: Adriana Alarco de Zadra)

080 - LA PRUEBA

Alejandra Planet Sepúlveda - Chile

En la cima de una montaña, una virgen de piedra llora lágrimas de sangre al ver una oscura niebla que cubre los sentidos de los hombres, mientras las criaturas de la noche y las gárgolas de la ciudad se aproximan hacia ella para beber aquel líquido y destruir la prueba que despertaría a la humanidad.

Las monstruosas figuras toman ávidas desde los ojos de piedra el torrente que fluye y muy pronto, con pezuñas y dientes destruyen la imagen convirtiéndola en polvo. Contentas y con sus fauces llenas de arena y sangre bajan la sierra, pero un ruido las detiene. Es la sangre que no para de correr.

081 - LA CRIATURA DEL POZO DE LA LUZ

Pablo Ignacio Po - Guatemala

Nadie podía creer que esa criatura indescriptible hubiera salido de aquel pozo de luz. Los únicos que la habían conocido eran nuestros abuelos y, desafortunadamente, ahora nosotros.

Debíamos eliminarla como lo hacían nuestros antepasados: la devoramos lentamente, pero antes de eso, le ensartamos nuestras afiladas uñas.

La criatura era tan blanda que su carne no opuso resistencia alguna ante nuestras mandíbulas deformes y nuestros dientes puntiagudos. Su piel era lisa y delicada en comparación de la nuestra, que es rugosa, áspera y tan oscura como las piedras que rodeaban nuestro universo.

Del pozo de luz sólo se escuchaba una voz lejana:

—¡Hijoooo!... No tengas miedo... No hay monstruos allá abajo...

082 - TRAMPA PARA TORTUGAS

Ana Cristina Rodrigues - Brasil

—Estimados amigos: con esa trampa iremos a capturar ejemplares de las raras tortugas de Altair VIII. Esos seres son quelonios inteligentes, adaptados a su territorio. Además de volar usando las corrientes de aire, poseen una rudimentaria forma de comunicación.

La estructura de madera que utilizarían sobre los animales adormecidos parecía frágil. Pero los cazadores se sentían confiados. En segundos oirían los graznidos típicos de sus presas.

—Es extraño, señor, el sonido parece venir de arriba.

Ellos observaron. Una bandada de tortugas planeaba,

portando una trampa parecida a la de ellos. El líder ordenó que los demás la lanzaran sobre los cazadores. En su lengua, el jefe tortuga decía:

—Como les prometí, nuestro zoológico se enriquecerá con una especie de primates no muy inteligentes…

(Título original: “Armadilha para tartarugas”. Traducción del portugués: Germán Teth)

083 - TODOS LOS DÍAS

Daniel Salvo - Perú

El día empezó con mis hermanos mayores regurgitando sobre mi desayuno los restos del infeliz que se habían comido la noche anterior. Pensé decírselo a mamá, pero cada día tardo más en volver a tomar una forma que tenga algo siquiera parecido a un oído. Y ni hablar de interrumpir a mi padre mientras está jugando con los niños que guarda en el sótano, mi hermana solía reptar para espiarlo y ahora ya no tengo hermana. Sólo puedo hablar con la cabecita que tengo en el pecho, pero cuando nadie me ve. No quiero perderla.

084 - SUS VOCES

Richard Samuelson - Argentina

Bernabella, extraña criatura, escuchaba las voces de sus ancestros. Mente y espíritu hervían cuando ella hacia el amor. Es que sus antepasados mujeres revivían al unísono y se agolpaban detrás de sus pupilas para no perderse ningún detalle del encuentro. Se presentaban en tropel y abrevaban todas a la vez como camellos sedientos en un único ojo de agua.

Cada una pedía que le complaciera su intimo disfrute y Bernabella, a pesar de sonrojarse de pudor, cumplía con creces.

Se cuentan con los dedos de una mano los mortales que tuvieron el honor de concurrir a esa fiesta.

085 - PULPIFIXIÓN

Saurio - Argentina

Después de mucho andar y de haber recorrido las galaxias me encuentro yo, el fornido y rubio héroe interestelar, junto a Vat's'ug, mi fiel compañero zzrick, en un ignoto y desolado planeta en el borde mismo del Universo, dentro de una choza donde vemos a un inmundo ser esférico, grasoso, babeante, violeta, con cinco brazos, tres ojos y una larga trompa prensil en la que agita una ramita de perejil.

—¿Quién es? —pregunto.

—Es Dios —contesta Vat's'ug

—¡Y yo que le rezaba todas las noches junto a mi camita! —exclamo, con profunda desazón.

086 - LA MUERTE DEL DEMONIO

Luís Filipe Silva - Portugal

Hesitó; el metal del caño tenía un sabor desagradable, inesperado. Hasta en el final su vida reservaba sorpresas. Esto lo conmovió, temió llorar. Sabía que actuaba vanamente. Que no lo entenderían como un sacrificio. Y lo peor era que continuaría transformándose. Cuando lo descubrieran ya estaría irreconocible, las inmensas alas de murciélago completamente formadas y el rostro convertido en el de un demonio. La explicación era una carta que parecía un relato fantástico. ¿La publicarían? ¿Ganaría un Hugo? Se rió, convenciéndose de ir hasta el final. La verdad es que se cagaba en todos ellos. Si no fuera por la perspectiva de una muerte lenta y dolorosa, habría dejado que la enfermedad le degradara la carne y abriera las puertas del Infierno. ¿Qué mejor destino para la puta Humanidad que siempre lo despreciara?

(Título original: “A morte do danado”. Traducción del portugués: Luís Filipe Silva)

087 - EL HUMANOIDE FINAL

Marcos Felipe Silva - Colombia

Su cabeza, una pantalla de 256 colores con la foto del hijo muerto de su creador. Un torso de maniquí robado de una tienda atado a una silla de ruedas con pedales, accionado por motor, era el resto de su cuerpo desparramado por el suelo sin dolor, remordimiento o

alegría. Era un prototipo de humanoide que veía desde su ventana a los gallinazos de chatarra devorarlo todo a su paso. Y que empujado hacia el sol en la explosión final de la Tierra, pensaba: “tristes los que creen en dios, los que aman, los que vagan solos en el espacio”.

088 - AFUERA, MALDITO PUNTO

Robert N. Stephenson - Australia

El punto en su guante fue pequeño hasta que lo trajeron a la atmósfera. Jenny lo encontró durante la caminata espacial; mientras flotaba, o sólo permanecía sentada en el espacio, fuera de la nave.

—Tráela —había dicho el capitán—. Echémosle una mirada.

En la esclusa, ella abrió la mano para mirar el punto. Ahora era del tamaño de un cojinete. Con la presión normalizada, el punto creció rápidamente y la empujó de nuevo hacia el espacio. —¡Afuera, maldito punto! —dijo Jenny, ignorando los lamentos del capitán ante la ruptura del casco. También ignoró sus propias lágrimas, mientras flotaba a la deriva—. Afuera, maldito punto —volvió a decir mientras su traje se desintegraba.

(Título original: “Out damned spot”. Traducción del inglés: Sue Giacoman Vargas y Claudio Biondino)

089 - NOSOTROS MISMOS

Gene Stewart - USA



Ilustración: Edward Munch

En la pintura de Edward Munch "El Grito", no es la figura quien está gritando en el puente. Se cubre los oídos y parece en *shock* porque escucha un grito que proviene del cielo. Es un sonido horrible. Es la ola de expansión generada por la explosión del Krakatoa. Para él, de acuerdo con el artista, es el sonido del alma del planeta sumergido en la angustia.

Nuestro mundo moderno no ofrece ningún desahogo espiritual. Todos estamos solos. Nuestro dolor no sirve para nada. Nuestro sacrificio no produce ningún beneficio. Cuando escuchamos al planeta llorar, sólo nos muestra lo aislados que estamos. "El Grito" es el autoretrato de la Humanidad. Nos muestra a nosotros mismos. Somos la criatura quebrada, agonizante, que se tortura a sí misma sin piedad.

(Título original: "Ourselves". Traducción del inglés: Sue Giacoman Vargas)

090 - HUÉSPED

Giampietro Stocco - Italia

¿Cuánto tiempo hace que estoy esperando? En la oscuridad rojiza de esta cápsula es difícil decirlo. Quizás ocho o nueve ciclos. Dioses, si lograra ver algo. Nada, sólo niebla rojiza, Sólo una vaga conciencia de mí mismo.

Es como una parálisis. ¿Quizás hayan sido Ellos? ¿Han destruido los nodos del teletrasporte y nos han barrido hacia fuera?

Podría ser, pero no me convence.

¿Por qué no recuerdo nada? Oh, sí, algo ha quedado: recuerdo cuando bajo mis pies hubo tierra sólida y no esta agua viscosa. Prados y selvas, los soles gemelos de Orff.

¿He caído quizás en batalla? ¿Es quizás esto la muerte? ¿Y dónde está el dolor?

¿Pero, qué es aquella luz?

Ahora descanse, señora. El parto ha ido muy bien. ¿Quiere tener en brazos a su hija?

(Título original: “Ospite”. Traducción del italiano: Raúl Glovis)

091 - EL NUEVO ORLAC

Alfredo Luiz Suppia - Brasil

El hormigueo habitual comenzó a esparcirse, llegando de inmediato a las puntas de los dedos. El flash hizo que mis ojos se cerraran. La sensación de caída vertical, algunos centenares de metros. Desaceleración y el hormigueo fue disminuyendo de todo el cuerpo hacia mi ombligo. Abrí los ojos y vi mis manos. Palmas sudadas, como de costumbre en los teletransportes. Pero algo había cambiado. No reconocí mis manos. Nunca tuve una línea de la vida tan larga,

unos nudillos tan gruesos y una piel tan pálida. Manos ágiles. ¿Una falla en el teletransporte? ¿De quién serían esas manos, qué datos se mezclaron con los míos en la reorganización de los tejidos? Nunca lo supe. Desde entonces, más allá de un ingenio repentino para el piano, nunca más fui capaz de matar.

(Título original: “O novo Orlac”. Traducción del portugués: Germán Teth)

092 - ÉRASE UNA VEZ UN MONSTRUO QUE VIVÍA EN MI CABEZA

Elena Talaverano Ocaña - España

El ser que me visitó en sueños se quedó conmigo un tiempo. Hablaba conmigo cuando paseaba, me decía que empujase a viejas a la carretera, que merecían morir atropelladas, o me susurraba desde el occipital que tirase del pelo a la chica sentada delante de mí en el autobús. Yo solía ignorarle y entonces se callaba.

Esperaba paciente a que llegara la noche.

Me hacía sentir que algo me espiaba mientras escribía a solas en mi habitación, se divertía cuando yo creía ver algo desde mi visión periférica e incluso le oía reírse cuando me giraba con la respiración acelerada. Pero, qué hijo de puta que era.

093 - LA LIBERTAD DEL MONSTRUO

José María Tamparillas - España

Todos sabemos que aquí arrojaron *la bomba* tiempo atrás. Es un lugar hermoso, aislado: un buen refugio para los que, como yo, buscamos escapar de la esclavitud. Ahora los normales nos rehuyen. No nos importa. Se nos teme. Nos da igual. Nos llaman monstruos y corren asustados al ver nuestras deformidades. La radiación juega a la ruleta rusa con nosotros. Es lo de menos. Al menos nos queda la opción de elegir, la capacidad de usar eso que nuestros congéneres añoran dentro su burbuja de profilaxis, seguridad, normas y miedo.

Es nuestro mundo y le llamamos Libertad.

El resto no importa.

Es el legado que nos ha sido dado mantener.

094 - ALGO EN LA PARED

Gustavo Valitutti - Argentina

1-05-39

Me despedí de Pablo en la puerta, giré sobre mi izquierda y salté los tres escalones que separaban el jardín del recibidor, no alcancé a dar cinco pasos cuando noté una sombra en la pared, a mi derecha. Estuvo ahí por treinta minutos y se esfumó.

2-06-40

Me despedí de Pablo, giré a la izquierda, salté los escalones que separaban el jardín del recibidor, di algunos pasos, la sombra era más grande, a mi derecha y al frente. Estuvo por cinco minutos, se esfumó.

3-07-41

Me despedí, giré, salté, el recibidor, algunos pasos, estaba por todos lados, un segundo, me arrastró, nos esfumamos.

095 - LA METAMORFOSIS



Ilustración: Axxonita

Carlos Daniel Joaquín Vázquez - Argentina

Sobre su único pie avanzó hasta el claro; detrás quedó un reguero de

baba.

La luz lunar lo quemó. Sobre su piel húmeda, mucosa, crecieron pústulas y escamas. De su espalda dos enormes apéndices correosos brotaron y ganaron forma.

Se sintió distinto, poderoso como nunca. Sus nuevas garras marcaban la piedra sin esfuerzo, su vista aguzada mostraba colores jamás captados al gris de la noche y un nuevo sentido lo embriagó de olores.

En un rapto de locura (tal vez inspiración) tensó el cuero de sus alas y comprobó, asombrado, que era posible.

Dispuesto a saciar su hambre levantó vuelo.

096 - EL TRABAJO PERFECTO CONTIENE SU PROPIA RECOMPENSA

João Ventura - Portugal

Tenía sobre la mesa todo el material necesario. Añadió a cada caja de explosivo la cantidad adecuada de clavos de acero. Instaló los detonadores y realizó las conexiones eléctricas con una atención meticulosa. Montó la batería e inspeccionó una vez más todo el conjunto.

Se colocó el cinturón, se puso por encima el abrigo largo; en el bolsillo derecho, su mano mantendría el disparador apretado hasta el momento adecuado.

Salió de casa, respiró el aire fresco de la mañana y con una sonrisa de felicidad en el semblante, se dirigió hacia el autobús casi lleno de niños camino de la escuela.

(Título original: “O trabalho perfeito contém a sua própria recompensa”. Traducción del portugués: Mercedes Guijarro)

097 - MONSTRUO DE FERIA

David Vivancos Allepuz - España

Hacía poco más de dos meses que la Dirección General Penitenciaria me había vendido, con arreglo a la recién dispuesta Ley de Exhibición y Manutención de Reclusos Peligrosos. El contrato establecía que, tras el primer pago, el Estado autorizaba la exhibición en la feria del asesino de las seis viejecitas. En la jaula contigua, un enano vicioso con unos genitales desproporcionados me asqueaba con sus proposiciones repulsivas. Algo más allá, el niño cocodrilo. Un hombre sin brazos ni piernas aseguraba leer el futuro. Dejé de escarbar distraídamente en la paja y clavé los ojos en el homúnculo, que lamía los barrotes mirándome libidinoso. Cuando se encontraron nuestras miradas, mis remotas esperanzas de indulto se desvanecieron para siempre. Supimos que era hombre muerto. Enano muerto.

098 - CORTANDO EL SUEÑO

Cecil Washington - USA

La soñolienta Sharon era su diosa africana. —Me alegro de que al fin podamos estar juntos, amor.

Cedric se sonrojó mientras frotaba su calva cabeza color café y sostenía el pequeño obelisco por debajo de la almohadilla. La

piedra del obelisco estaba verde. Él esperaba que Investigación estuviese en un error.

La pequeña Kyla tocó la puerta.

—¡Mamá, tengo miedo!

Sharon fue hacia la puerta.

La piedra del obelisco se tornó roja.

—¡Sharon!

—¿Sí?

—Lo siento.

La diabólica Kyla le clavó una garra cuando Sharon abrió la puerta. Cedric arrojó el obelisco hacia el pecho de la criatura, golpeando a Sharon.

La piedra del obelisco se tornó verde.

—¿Por qué? —gimió Sharon.

Cedric puso a Sharon en la cama. Tomó el obelisco del cuerpo de Kyla. La piedra se tornó roja.

—Porque —contestó él, entornando los ojos llenos de lágrimas— el demonio vive.

(Título original: "Cutting sleep". Traducción del inglés: Sue Giacoman Vargas)

099 - LA ISLA DE LOS WUBS

Marcelo Werchracki - Argentina

El ser se acercó a la playa. Vio atracar el container, abrirse y salir al otro ser. Se miraron unos instantes en silencio. El ser apenas indicó con sus ojos el cielo; la otra, ser, apenas indicó con su hocico el mar. Se miraron en silencio.

La otra, ser, recorrió resignadamente la pequeña isla; con su

mirada, claro. Arena, algunos pastos secos y mar. Mar, mar y más mar.

El ser, único habitante hasta ese momento de la isla inclinó la cabeza. La otra, ser, comprendió. Se acercó pesadamente hasta su nuevo compañero y se echó indiferente.

Se masticaron por turnos, no mucho, lo imprescindible. De tanto en tanto la otra miraba el mar, y el otro el cielo.

100 - SÓLO TENGO GANAS DE DORMIR

Adriana Alarco de Zadra - Perú

Sólo tengo ganas de dormir, no hablo con nadie. Me hacen preguntas inútiles que no contesto. No sé si son fantasmas o gente real; apenas abro un ojo veo caras oscuras. He llegado a este mundo del cual todos hablan. En el Instituto rogaba que me dejaran venir; hasta me desmayaba por el ayuno. Me contrataron para el viaje intergaláctico porque necesitan técnicos y reproductoras. No me salvé de nada. Igual me torturan y dentro de poco voy a desfallecer bajo el peso que me oprime, dentro de un tubo circular que me entumece, con agujas incrustadas que me enloquecen. He llegado y, finalmente, contemplo el horizonte morado, las cinco lunas verdes, las razas contrastantes de este planeta. No sé si sobreviviré para contarles más.

La esquina de la tierra de los hombres

Daniel Mario Valdez

Desde siempre supe que este momento iba a llegar; mi mama decía que a los hombres nos llevan, cuando llega el momento, donde terminamos la vida, que parece ser, según pensaba ella, es aquí mismo en esta tierra, no afuera. Porque afuera es la tierra de los monos. Y así es, y así debe ser. Cuando tenía la edad que ahora tiene mi muchacho, mi padre se fue para ese misterioso lugar sin siquiera volverse una sola vez, la cabeza gacha en ancas del caballo del patrón, el de entonces, el padre del patrón de ahora, hasta que lo perdí de vista confundido con el horizonte y el sol que se ponía, rojo y furioso. Ya no me queda más que esperar a que un día de estos aparezca el patrón y yo también me tenga que largar en ancas de su caballo, como mi padre, como mi abuelo. Y un poco de tristeza me da, sobre todo después de toda una vida de cuidar del límite, de velar con frío o con lluvia, con agobio por el calor o la enfermedad, de que la frontera, que además aquí es esquina, no sea quebrantada por los monos. Los detesto; si no fuese por ellos nuestra vida sería otra, más sosegada o aquejada por otros problemas, pero no, son nuestra maldición y debemos vivir pendientes de sus acciones. Malditos monos.

Son de dos clases, los Trompudos como los llamaba mi padre —a mí me gusta llamarlos igual, y mi muchacho los nombra de la misma manera— y los Peludos. El patrón, en cambio, llama Personales a los Trompudos y, a los Peludos, Súbditos. Cuando él está presente, mi muchacho, su mama y yo, tenemos que esforzarnos para nombrarlos de esa manera, cuestión de disciplina. Pero es ridículo. No hace falta más que ver a los Trompudos y empezar a llamarlos de esa manera; de la cara les nace un hocico alargado como a alguno de mis perros, y como ellos, tienen los colmillos largos y afilados; algunos tienen la fuerza de un hombre, o más, pero ninguno tiene gran inteligencia, sino hace ya mucho tiempo que esta sería su tierra. Los Peludos en cambio son fofos, más pequeños, el pelo les cubre casi todo el cuerpo, salvo las manos que son casi como las nuestras; pasan casi todo el día mordisqueando tronquitos o mascando hojas. Da asco verlos tan golosos.

Entre los Trompudos, salvo alguna discusión subida de tono, no hay conflictos. Mi padre siempre contaba que su padre le había contado un acontecimiento excepcional; cierta vez vio, a través de

uno de los ventanucos de la muralla, como dos machos Trompudos pelearon a garrotazos hasta aniquilarse mutuamente, no se sabe si la disputa fue por una hembra o por un espacio mayor delante de la empalizada. Yo jamás vi algo así. Con los Peludos es distinto; las riñas, los combates y las agresiones, aún dentro de una misma familia, son el signo que los distingue. No hace mucho tiempo, vigilando la muralla oeste pocos kilómetros antes de que el arenal se trague la llanura, escuché griterío de pelea, me encaramé a uno de los troncos que sirven de oteaderos, y vi como un numeroso grupo de Peludos se ensañaba con uno de sus congéneres. Mientras, los Trompudos habían hecho a su alrededor un círculo como para disfrutar el espectáculo. La víctima chillaba de dolor mientras era apaleada, mordida o arrastrada; cada tanto la dejaban tomar un respiro, como si quisiesen que se recuperara para recomenzar el martirio.

Esto es lo que nos espera si estos perversos logran salvar la muralla, pensé.

Monté mi Remington *rolling block* y tiré al bulto. El proyectil atravesó a dos Peludos y arrancó media pierna a un Trompudo; al día siguiente mandé a mi muchacho a vigilar la zona y vio, agonizando todavía, al pobre infeliz que había sido azotado rodeado de tres cadáveres, no se veía otro mono en varios kilómetros a la redonda.

Aquí la vida es así, monótona y cargada de tensión, no podemos bajar la guardia jamás, siempre hay que estar recorriendo la muralla, patrullando, vigilando; en cualquier momento se puede producir un intento de invasión y nuestro deber, como hombres, es repelerlo inmediatamente. Nuestras armas están siempre limpias y cargadas y nuestra atención alerta; si no fuese así… Gracias a Dios ahora mi muchacho que está crecido me da una mano y ya recorre, él solito, una vasta región de la muralla, la que empecé a recorrer yo cuando tenía su edad.

Una mañana me llamó mi padre.

—¡Vení, muchacho! —me gritó sin mirarme, mientras caminaba hacia el norte, marchaba más allá de los gallineros que están levantados contra la muralla, para ahorrar alambre. Me intrigó su perentoria llamada.

En esa época el *Máuser* era más alto que yo y difícil de sostener, por el tamaño y el peso, para un muchacho de mi edad. Mi padre clavó en la tierra una estaca que remataba en una horqueta, apoyó el reluciente caño en la improvisada horquilla y la maciza culata en mi hombro. Comenzó a darme la primera lección de tiro y

yo sentí que ya me hacía hombre. Recuerdo que nombró el alza y el arco guardamonte, hablaba de distancias y ángulos de tiro cuando vi enfrente nuestro, como a quinientos metros, un poco más acá de dónde está el eucalipto con la colonia de loros, que un chajá se posaba en una loma. Agitaba las alas y veía cómo levantaba y bajaba el cuello, señal de que estaba llamando a su pareja. En ese momento sentí una cosa de lo más extraña; nunca me volvió a pasar algo así en la vida, fue un golpe de algo como la nada. A mi alrededor se formó una burbuja inmaterial dónde no había tiempo, de profundo silencio. Me di cuenta, y lo raro es que sin asombro, de que el pájaro, el fusil y yo éramos la misma cosa. En ese momento atemporal disparar me pareció lo más natural del mundo. El estampido sorprendió a mi padre y a mí me dejó sordo unos minutos; con el retroceso, el alza de la mira me lastimó la boca y la culata del fusil me sacó el hombro de lugar. A pesar de eso logré ver que donde había estado el chajá no había más que una explosión de plumas parduscas que volaban en todas direcciones, alejándose del lugar en el que hacía una fracción de segundo había un pájaro. Miré a mi padre y vi como su gesto de asombro se transformaba en una sonrisa franca, dichosa. Me abrazo y dijo como para sí:

—¡Mi muchacho ya es un hombre!

Me di cuenta de que mi padre estaba orgulloso de mí y me sentí feliz.

Cuando dejó de abrazarme sus ojos estaban húmedos y su cara manchada con la sangre de mi boca lastimada. Mi mama se pasó días haciéndome friegas de árnica; hasta que los dolores en el hombro pasaron y se acomodaron los huesos. El labio superior en cambio me quedó partido en dos; es por esto que este puesto es conocido ahora en el mundo de los hombres como “La esquina de Tres Labios”.

Pero no vayan a creer que todos son buenos recuerdos. El día que el patrón se llevó a mi padre para ese lugar que nadie conoce, y del que, hasta ahora, nadie ha vuelto, creí que iba a ser el más doloroso de mi vida; me equivoqué *grosso*. En ese instante no sólo me di cuenta de que ya no vería más a mi padre sino que caí en la cuenta de que, a partir de ese momento, la obligación del cuidado de esta esquina de la tierra era enteramente mía. El peso de la responsabilidad que llegó de improviso con la partida de mi padre —nunca antes había pensado en esta posibilidad— minó la confianza en mí mismo. Nunca antes esta porción de tierra había sido invadida por los monos, todos sus intentos fueron siempre rechazados con astucia o ferocidad, tanto en la época de mi padre, del suyo o del padre de mi abuelo. No por nada a mi familia se le

había encomendado, desde hace un tiempo que la memoria no rescata, la vigilancia de esta esquina. Uno de los lugares más importantes de la tierra de los hombres, siempre lo dijo el patrón. Anduve varios días desorientado, recorriendo la muralla con miedo como si no supiese qué hacer si a los malditos del otro lado se les ocurriera una incursión. Sentada frente al fogón, que en esos días nadie encendía,mi mama lloraba con un llanto chico, apenas audible, era como una pequeña queja por un dolor que la laceraba. Necesitaba consuelo y no aceptaba ser consolada; su congoja aumentaba mi extravío. Toda esta tristeza terminó bruscamente, como la partida de mi padre, y dio paso a una congoja infinitamente mayor.

Una de esas tardes, cerca ya del anochecer, patrullaba la muralla con los perros por el lado norte; andaba cerca de los juncales para ver, si de paso, cazaba algún pato y le pedía a mi mama que se entretuviese preparando una cazuela. Por el lado de la tierra de los monos empezó a soplar un viento frío que traía nubes negras, más negras que de costumbre y cargadas de truenos y refucilos. Los perros andaban inquietos, nerviosos, ladraban irritados a la muralla como si ésta fuese una amenaza y no nuestra gran defensa. Ese día montaba a la Cara Blanca, una tobiana mansa que habíamos criado de potrilla; el animal empezó a corcovear y a agitar la cabeza como si quisiese desprenderse del freno, del bozal y del jinete. Me asomé al ventanuco más próximo, pero todo estaba en orden. Los monos, como todos los ocasos, se retiraban hasta los lejanos montes dónde tienen sus guaridas; nunca tratan de franquear la muralla de noche y jamás merodean después de que el sol se ha puesto, como si le tuviesen miedo a la luna o a las estrellas. No sabía por qué, pero volví al puesto inquieto, acompañado por los estruendos de las nubes cargadas de violencia, el gruñido sordo de los perros y los relinchos nerviosos de la yegua. Como he dicho, el puesto está en un lugar donde la muralla hace esquina, sobre una pequeña loma; abajo descansan los animales, los caballos y las pocas cabras y ovejas que sabemos criar; arriba está la cocina que es donde se vive, cruzada de tientos de donde cuelgan los ajos, las cebollas y, en épocas en donde nos damos algún lujo, algunos chorizos. A cada lado de la cocina, las dos piezas, la mía, la de entonces, era la más pequeña; apenas entra el catre y el cajón que hace de mesa de noche, sobre el que mi mama nunca me hacía faltar el pequeño plato de latón con un cabo de vela. Desde la cocina, por una escalera de mano, se puede llegar al techo y, desde ahí, vigilar la muralla hasta donde la vista se pierde. Aquella tarde volvía al puesto llevando a la yegua a un tranco corto, cuando salía del monte de casuarinas, vi en el techo del puesto un punto negro,

era mi mama. Le clavé a la yegua los talones en sus ijares y el animal salió al galope, los perros dejaron de ladrar a sus fantasmas para ahorrar el aire e invertirlo en la carrera. Desmonté antes de que el animal se detuviera y como espantado trepé hasta el techo del puesto; mi mama miraba hacia la tierra de los monos, abrazaba su fusil y fumaba un charuto, señal de que estaba intranquila.

—Hace dos horas que estoy inquieta —me dijo sin volverse para mirarme—, y no sé por qué.

Le quité el fusil y la abracé, la tierra de los monos estaba vacía y la de los hombres también.

La noche pasó sin que cayera una sola gota; en el cielo no había una sola estrella. La tierra, la de los hombres y la de las bestias, se iluminaba de tanto en tanto anunciando que temblaría unos segundos después agitada por el estrépito de un lejano trueno. No pude dormir tan siquiera un rato, y no por el retumbar de la tormenta.

Me levanté poco antes del alba y fui hasta el fogón para atizar las ascuas y preparar algo caliente. Con las primeras luces mi mama estaba sentada a mi lado y formamos un pobre corro frente al fuego. Le alcance un plato con guiso tibio que había sobrado de la noche y media galleta. Negó con la cabeza mientras entre los dientes apretaba su apagado charuto.

—Ya ni comida me pide el cuerpo; poco tiempo me queda en esta tierra y no estoy triste por mí, no me va a gustar dejarte tan solo muchacho; lo único que quiero es reunirme con tu padre.

No pude o no supe decir nada; intenté comer, y aunque los fideos y la carne estaban sabrosos, me costaba trabajo tragarlos. Fue entonces cuando los perros enloquecieron, me asomé y los vi ladrar a la muralla, tensos, con las colas agazapadas como cuando van a morder. Sin siquiera pensarlo agarré el fusil, cuando me dispuse a subir al techo empezó el chillerío.

Lo que vi desde el techo del puesto me hace helar la sangre hoy como entonces. Una inmensa masa de monos avanzaba bramando, nunca había visto hasta entonces tal cantidad, cubrían la llanura y la oscurecían, el terror me paralizó hasta que pude recordar un sabio consejo de mi difunto padre:

—Cuando sienta miedo muchacho, respire tres veces.

Inflé mis pulmones tres veces como para llenarlos con todo el aire de la tierra, y después tres veces más, y otras tres veces. Cuando el alma me volvió al cuerpo pude sopesar la situación con algo de frialdad. No sólo la cantidad de monos que se habían reunido no era

corriente, sino que lo que me pareció más extraño fue la hora. Nunca llegan a merodear por la muralla hasta que el sol está bien alto, y jamás queda un solo mico cuando se pone. Mis meninges se esforzaban, en vano, en encontrar en este singular fenómeno una explicación distinta a la de un intento de invasión a gran escala, pero era imposible. Comprendí entonces que había llegado la hora de defender la esquina, el puesto, el prestigio que habían depositado mis antepasados sobre mis hombros.

Mi mama se encaramó en el techo con su fusil, y sin dejar de mascar tabaco me ayudó a quitar las lonas enceradas que cubrían unos cajones con parque. Siempre almacenamos allí municiones previendo eventos como éste. Cuando los cajones estuvieron abiertos y nuestras cananas repletas, se acercó al borde del techo que daba a la tierra de los monos, irguió la espalda doblada por los años y el peso del fusil que llevaba terciado, apretó los puños al final de los brazos rígidos y gritó.

—¡Vengan! ¡Vengan!

Del vientre le salía a mi mama el alarido, o de más abajo.

Parece cosa de Mandinga, pero lo cierto es que el griterío de las bestias se fue apagando hasta que no se escuchaba otra cosa que los berrinches de las numerosas crías. Yo no sabía si iba a terminar vivo esa jornada, pero tenía la certeza del orgullo que sentía por tener una madre como esa. Unas lágrimas trataban de abrirse paso por mis ojos cuando vi que mi mama gargajeaba y, seguidamente, escupía un salivazo del tamaño de una pequeña tortilla marrón, por el tabaco, hacia la tierra de los monos.

—¡Esto les doy ahora! ¡Y plomo dentro de un rato! ¡Y cuando no queden balas, en los ojos les voy a clavar las uñas!

Luego dio media vuelta y sin mirarme anunció que iba a preparar un poco de charque y mate caliente porque el día sería muy largo. Sin más desapareció por el agujero del techo que comunica con la cocina.

El silencio de las bestias fue roto por el aullido de un macho Trompudo, parecía la respuesta, el contrapunto al desafío de mi mama. Se separó de la masa de monos que había llegado a medio centenar de metros antes de la muralla, se lo veía agresivo y desafiante y revoleaba un pequeño tronco mientras bramaba enfurecido. Diez metros antes de la muralla dejó el tronco y avanzó decidido, lo perdí de vista oculto por la empalizada hasta que vi sus manos asirse al remate de la muralla, después apareció su cabeza, hizo un alto al ver que los perros, furiosos, le mostraban los colmillos que chorreaban baba. No le importó, se encaramó sobre la

muralla, se alzó elevando los brazos y me miró con desafío. Era un gran mono, casi tan alto como yo, y era más de lo que podía soportar. Ni me tomé el trabajo de apuntar; apoye la culata del fusil en la cadera y disparé. El proyectil —había cargado los de punta mocha— le dio en medio del pecho e hizo que se elevase tres o cuatro metros. El cuerpo, dividido en dos, fue a caer a pocos metros de la vanguardia antropoide. El monerío, azuzado quizás por la muerte de su semejante u obedeciendo una misteriosa orden, comenzó a avanzar como un solo hombre. El muerto no era su jefe, sabemos que carecen de ellos. Dejé que se acercaran para disfrutar de cerca el rostro de terror de los que estaban cerca de un despedazado. Cuando los brutos estaban como a veinte metros comenzó lo que hoy, en toda la tierra, se conoce como la “Batalla de la Esquina”.

La primer avanzada intentó hacerse fuerte por el oeste, comencé a disparar como si de cada disparo no dependiese sólo mi vida o la de mi mama, era algo mucho más importante; nuestra tierra estaba en juego, que siempre fue más importante que nuestra pobre vida. Después del quinto disparo, o a lo mejor fuese el cuarto, hay que excusar aquí a mi vieja memoria, escuché detrás de mí un estampido, me volví y era mi mama que disparaba en dirección al norte.

—Dejá de mirar lo que no te importa y hacé bien tu trabajo, muchacho —dijo tajante, y acto seguido descuartizó de un solo tiro a un Peludo que ya se había encaramado por el lado del gallinero.

Disparamos hasta bien entrada la mañana, los cañones de los fusiles ardían, a veces el olor a pólvora quemada tapaba por un rato el hedor de la sangre de las bestias. Por suerte, cuando un mono caía, los que estaban alrededor reculaban varios metros, espantados por el amasijo de carne y de vísceras al aire en que había quedado reducido su vecino. Esto nos permitía repeler el ataque de otro grupo o disparar hacia otro sector. De vez en cuando algún grupo de monos nos desbordaba y lograba saltar la muralla. Era entonces cuando entraban en acción nuestros queridos y bien entrenados perros.

Cazaban de a dos, como los habíamos adiestrado. Algunos, como el Petiso, eran de temer, a pesar de ser retacón. Cuando corría iba siempre a la zaga del Moncho, su compañero de caza; si bien nunca los entrenamos para matar, cuando mordía era letal. Le gustaba morder en el vientre, y cuando lo lograba, giraba vertiginosamente el poderoso pescuezo y en un santiamén el mono se quedaba con las tripas afuera. Entonces el Petiso lo abandonaba a su pobre suerte y con el hocico ensangrentado corría en busca de su

próxima víctima. Después nos encargábamos los hombres de partir, a machetazos, las cabezas de los monos agonizantes.

A media mañana, que es siempre el momento en que ellos llegan, tuvimos un respiro; se retiraron hasta sus montes. El campo quedó sembrado de cadáveres, como manchas parduscas; algunas crías, las que habían perdido a sus madres, saltaban y se retorcían, tirando a veces de un cuerpo exánime, como si ese gesto pudiese volverlas a la vida. No fue difícil acabar con ellos. Cuando la faena estuvo concluida mi agotada mama me dijo como en una exhalación:

—Necesito un respiro muchacho.

Intentó bajar a la cocina pero estaba agotada. La ayudé a echarse en su cama y le pedí que aceptara una tisana. Mientras calentaba el agua me eché al garguero dos buenos tragos de aguardiente, me puse a mascar un choclo hervido y después bajé para que a los perros no les faltara agua fresca. Algunos ni se acercaron, entretenidos como estaban comiendo carne de mono. Les encanta.

Me puse a sopesar la situación, que era por demás grave e imprevista. Según mis cálculos, si había que seguir con la misma cadencia de tiro durante todo el día, la munición se agotaría al atardecer. Es cierto que los monos a esa hora se saben retirar, pero dadas las extraordinarias circunstancias en que nos hallábamos, también era posible que el ataque se perpetuara hasta la noche. Por otra parte, mi mama estaba extenuada; era imposible que me acompañara durante el resto de la jornada y era nada menos que la mitad de la tropa que defendía la tierra. Si ella no me acompañaba y la muralla era sobrepasada en algunos puntos, no podía multiplicar los perros como mi padre contaba que una vez un hombre santo hizo con unos pescados. La situación era apremiante, pero no había alternativa, había que hacer pata ancha a nuestro destino. Para eso estábamos acá, para eso habíamos nacido, para defender la tierra.

El mediodía me encontró firme como un centinela en el techo del puesto. El sol caía brutal sobre la tierra; veía los rayos atravesar el suelo para poder quemarla. Tapé los cajones de munición con la lona por temor a que el calor los hiciera estallar. Mi mama estaba en ese momento sentada en la cocina; se había puesto unas rodajas de papa en la frente y en las sienes y las sujetaba con un pañuelo húmedo. Según decía, y me consta que es cierto, era lo mejor que había contra el dolor de cabeza. Pronunciaba una letanía que nunca llegué a entender y ella nunca quiso explicar. Mientras cuchicheaba ese susurro arcano, pasaba de mano en mano pedacitos de huesos

de mono que guardaba en una bolsa de paño bordó y eran su bien más preciado.

—Salvo unas pocas ropas, lo único que traje cuando llegué a esta esquina —repetía siempre.

Vacilé hasta decidirme a bajar para refrescarme, aunque más no fuera unos minutos, sin interrumpir a mi mama y para que ella no pensara, ni por un segundo, que abandonaba mi puesto. Pensé, y creo que con buen tino, que siendo yo el único que estaba de guardia debía preservarme. Si caía, caía la tierra.

Cuando me disponía a bajar a la cocina vi a lo lejos, casi en la línea del horizonte, pero dentro de la tierra de los hombres, una mancha marrón. Estiré el catalejo y vi la figura del patrón, levantando polvareda y seguido por sus perros y dos mulas.

—¡El patrón, mama! ¡El patrón! —grité a mi viejita con una alegría que no cabía en mí.

—¡La tierra me ha escuchado, hijo! ¡Me ha escuchado! —gritaba mi mama, mientras que elevaba al cielo, sobre sus dos palmas unidas, esos huesos que me daban asco y que me costaba trabajo mirar.

Al rato largo llegó el patrón, empolvado y sudoroso como su flete y las mulas. Sus perros alargaban las lenguas casi hasta el suelo. Antes de que desmontara le alcance una tinaja de agua fresca, que agradeció con un largo trago; después se roció la cabeza despoblada y curtida por mil soles. No hubo preámbulos.

—Hace mucho que estamos esperando algo así. Sólo que no sabíamos cual iba a ser el punto de penetración —dijo agitado mientras hacía pie a tierra—. Han elegido tu esquina, pero no podemos estar seguros de que no ataquen otro puesto.

Descorrimos las cinchas de las mulas para aligerarlas de su carga y las del caballo para quitarle la montura. El sudor de los animales era agrio como el momento. Llevamos a los animales a los bajos del puesto para darles sombra y agua. En eso apareció mi mama por la puerta de la cocina sosteniendo en la mano un pequeño porongo engarzado en plata.

—Aquí hay un mate para mi patrón —anunció mi mama—; calientito y con espumita como le sabe gustar.

—Gracias, ya subo —gritó sonriendo el patrón sin dejar de quitarle los arreos a las mulas. Una vez en la cocina, puse al patrón al tanto de la situación en el puesto.

Se hizo un silencio largo, interrumpido de vez en cuando por el reclamo de algún animal. El patrón chupó el último mate, ya

medio lavado.

—Gracias, señora —dijo, amable a pesar de todo, y se lo alargó a mi mama.

El patrón estaba macilento, tenía el pecho y los sobacos de la camisa mojados por la transpiración, una cicatriz, consecuencia de una herida mal cosida por el apuro o las circunstancias, le deformaba la mejilla izquierda; sus manos eran huesudas, magras y fuertes como los brazos y las piernas. Miraba ensimismado hacia el campo pensando vaya a saber qué. Mi mama y yo, envueltos en un silencio sumiso, tratábamos de develar el rumbo de sus pensamientos

—Traje munición —dijo al rato como saliendo de un letargo —; espero que alcance hasta mañana a la mañana. Además una caja con dinamita y unas bombas químicas que hay que usar con mucho cuidado. Si te revientan en la mano te quemás vivo.

Venían embaladas en cajas de madera y protegidas por paja. Eran unas esferas de vidrio verde de tamaño suficiente para caber en una mano y estaban llenas hasta la mitad de un líquido que nunca supimos qué era. Un pequeño cilindro, también de vidrio pero transparente, las atravesaba, y de su extremo salía una mecha corta. Había que encender la mecha y arrojarlas enseguida, según nos instruyó el patrón. Cuando caía y el vidrio se rompía, el líquido y las chispas de la mecha se juntaban y se producía una explosión seguida de un incendio. Todo era bienvenido si servía para defender la tierra.

Apenas había terminado el patrón de explicar el uso de esta nueva arma cuando escuchamos a los perros que ladraban enfurecidos, señal de que se produciría un nuevo ataque.

Subí disparado hacia el techo, seguido del patrón y su *Winchester*. Desafiando el colosal calor que parecía que iba a hacer inflamar al aire, y a nosotros, los hombres, la multitud de monos avanzaba lentamente hacia nuestra posición. Sentí un pinchazo de impotencia, la cantidad de monos que se aproximaba era tan grande que parecía que la matanza de la mañana no había hecho mermar su número.

—No van a poder con nosotros —dijo el patrón con una seguridad que me dio ánimos, y comenzó a disparar.

Comencé a disparar también, no sé si por imitación o por respeto, aunque los primeros monos estaban todavía bastante lejos de la muralla. Avanzaban lentamente, como con cautela y en silencio; a pesar de que cada descarga era una baja, esta vez los que marchaban al lado de un caído no reculaban, como si les hubiesen

ordenado luchar hasta morir. Se podría pensar que tal actitud tenía un lejano parentesco con la valentía, aunque a mí me pareció brutalidad. Y los brutos atacaron. Disparamos y disparamos, ya ni recuerdo durante cuánto tiempo; cansados de tanto matar bestias estábamos; sólo nos deteníamos para recargar el arma.

En un momento subió mi mama con la pava y el mate para traernos el alivio de un reparador amargo.

La cantidad de bajas en las filas enemigas era colosal, pero ni aún así los desgraciados abandonaban el intento de salvar la muralla. En algunos puntos, del lado de la tierra de los monos, se había formado una pequeña montaña de cadáveres que iba aumentando de tamaño con el paso de las horas, y que los brutos aprovechaban en su porfiado intento de invasión. Como la mayoría de esos cuerpos estaban despedazados, los monos que trepaban por esa aglomeración de muerte aparecían sobre la muralla bañados en sangre, lo que hacía que, a medida que la tarde avanzaba, los pretendidos conquistadores fueran mudando el color de su asquerosa pelambrera del negro o pardo a un rojo escarlata que los disfrazaba de iracundos demonios.

Me había entretenido tomando un mate, y esto da la pauta de que no podíamos desatender nuestro deber ni por un segundo; recuerdo cómo bajaba el agua caliente a medida que chupaba de la bombilla, algunos palitos de la yerba eran sostenidos por las burbujas de la espuma y se me dio por pensar en una laguna que rápidamente se iba quedando seca, cuando mi mama gritó:

—¡Namumcurá, protejenos!

Levanté la vista para ver con espanto que un grupo de treinta o cuarenta monos había logrado saltar la valla norte, la que yo defendía. No llegué a sentirme culpable por mi irresponsabilidad porque un miedo grande, como una bruma negra, me apretó el corazón y me hizo temblar las rodillas. Inmóvil veía como otro grupo saltaba por el mismo lugar y no podía atinar una respuesta. El patrón, mientras me zarandeaba para que reaccionase, gritó a mi mama.

—¡La dinamita!

Mi mama, a pesar de sus años, desapareció por la abertura que en el piso del techo comunicaba con la cocina, rápida como un cuis que se esfuma en su madriguera.

Quiso la suerte, o la casualidad, o a lo mejor fue Namumcurá, tan mentado por mi mama, que los monos que habían saltado, con la intención de crear una cabeza de playa, lo hicieran dentro de un gallinero, el más grande, donde encerramos a las ponedoras. Me

puse a disparar a los que seguían intentando saltar y, de momento, frené la oleada invasora. Mi mama asomó medio cuerpo por el agujero del piso y me alcanzó dos cartuchos y un toscano encendido. Dentro del gallinero todo era zozobra. Las gallinas, presas del pánico, intentaban escapar y se desgarraban chocando contra el alambre tejido; algunos monos tocaban la alambrada incrédulos, como si algo casi transparente les cortara el paso, nunca habían visto algo así. Otros, los más, se habían entretenido en devorar, con deleite, los huevos que la providencia les había puesto en el camino. Esto me enfureció, se estaban comiendo nuestros huevos. Con la brasa del charuto encendí un cartucho y lo lancé con tan buena puntería que cayo en medio del gallinero; cinco segundos después, lancé el segundo, que fue a parar a pocos metros del anterior. En ese momento sentí pena por las gallinas, pero no teníamos alternativa, eran ellas o nosotros, así es la guerra. Un mono, era un Peludo, alzó uno de los cartuchos y lo colocó frente a su cara para observarlo, quizá le llamó la atención el chisporroteo que despedía la mecha. Fue el que explotó primero.

Los alambrados no cedieron, señal de que el gallinero estaba construido como debe ser; seguro que el patrón se dio cuenta de eso.

Una multitud de vísceras, cráneos, pechos y patas se elevó quince o veinte metros. Cuando esta resaca descendía detonó la segunda carga, provocando que otro amasijo de deshechos se desperdigara por el lugar. Sobre el techo, cerca de donde se asomaba mi mama, cayó un cogote de gallina con cabeza incluida; reconocimos a la Pancha, nuestra mejor ponedora, porque le crecía una pluma negra en dónde terminaba la cresta. Mi mama recogió el resto y lo abrazó contra su pecho.

—Mi Panchita —dijo entre sollozos, y se perdió rumbo a la cocina.

El efecto de esta arma demoledora fue contundente; luego de las explosiones, el silencio cubrió el campo de batalla. Los monos quedaron desorientados, boquiabiertos y mirando sin saber para dónde.

—Vamos a lanzar dinamita en todas direcciones —ordenó el patrón.

Y ya mi mama asomaba su menudo cuerpo por el agujero cargando con el cajón de explosivos, su cara morena estaba roja por el esfuerzo y empapada de sudor.

Lanzamos casi la mitad de las existencias en todas direcciones, destripando cientos de malditos; otros quedaban

atontados por los estruendos o malheridos e inmovilizados. Logramos que en la esquina se desbandaran, empezando una desordenada retirada. Nos aprovechamos de eso y a varios les partimos las espaldas a balazos. En ciertos puntos de la frontera la cosa se le había puesto fea a los perros, que no daban abasto machacando monos. Entre el cinturón y la panza nos metimos, el patrón y yo, la dinamita que quedaba. Bajamos a la carrera, y a la carrera salimos con nuestros caballos montados en pelo. El patrón por el oeste, yo por el norte. A medida que cabalgábamos encendíamos la dinamita y la lanzábamos del otro lado de la muralla. Decenas de monos volaban cada vez, y puede decirse con justeza que al final de esa tarde llovieron monos sobre la tierra de los hombres. Por cada mono que caía, decenas quedaban fuera de combate. Mi mama quedó en el techo disparando, y después de cada tiro le costaba un esfuerzo sobrehumano acomodar el fusil para disparar nuevamente. Estaba exhausta.

Cuando agoté los cartuchos volví al puesto, seguido por los perros, lo que me decía que del otro lado todo estaba tranquilo. Me detuve en algún ventanuco para observar la tierra de las bestias y no vi otra cosa que muertos o heridos. No había ningún mono en condiciones de presentar batalla. Al galope llegué al puesto; el patrón estaba encaramado en el techo sosteniendo a mi viejita que lloraba sobre su pecho. Entre los dos la bajamos, pues ya no podía tenerse en pie, y la acostamos. Busqué un paño, lo humedecí y besé su frente antes de enjugarla con agua fresca.

—Mi cuerpo ya no es mío, mi cuerpo ya no es… —decía con una voz que era casi un estertor. Pero tuve, con dolor, que abandonarla para volver a mi puesto.

Con los últimos restos de luz, el patrón miraba en dirección a los montes donde se guarecen los brutos; tenía los ojos hundidos y una infinita expresión de agobio.

—No van a volver —dijo como para sí, y se sentó en un cajón de municiones—. No van a volver —repitió mirando la llanura—. Ahora me puedo ir, no me vas a echar de menos durante la noche; tengo que recorrer otros puestos, sobre todo el del Chino Vignolo y el de Robustiano, para que estén alertas, y ver cómo andan de parque. Antes de irme voy a recorrer la muralla y voy a lanzar las bombas químicas; arden durante horas. Hasta de sus guaridas van a desaparecer esos perversos cuando vean el espectáculo. Voy a volver mañana con más municiones.

Antes de marchar me tomó del hombro y torció la cara como si le costara decidirse a hablar.

—Te felicito —dijo mirando por sobre mi hombro—; me voy con la seguridad de que esta esquina está custodiada por un verdadero hombre.

La satisfacción que me embargó estuvo coloreada por una pequeña pena; la que me embargaba porque mi padre no iba a escuchar estas palabras. Seguro que lo hubieran llenado de júbilo.

El patrón se fue como había llegado, seguido de sus perros y las mulas. Cabalgó media legua hacia el oeste y regresó lanzando las bombas de fuego para pasar otra vez por el puesto y perderse por el norte, dejando encendido el campo. Antes de perderse de vista, ya había pasado los gallineros y la huerta, lanzó una bomba que fue a dar en la crisma de un mono pequeño que andaba vagando como perdido o atontado. El vidrio se rompió, cubriendo el cuerpo de la bestia con el líquido inflamable; en cuestión de segundos el mico se trasformó en una tea viva. En un rapto de inocente lucidez comenzó a correr en dirección a sus montes, como si esta estúpida carrera pudiera ponerlo a salvo del suplicio. El tono de sus alaridos daban cuenta del tenor de sus sufrimientos; a medida que corría, su cuerpo despedía pequeñas gotas de fuego que encendían los pastos secos y señalaban su recorrido hasta la muerte. Era un blanco fácil, pero pensé en mis gallinas y lo dejé correr, cayó cerca de unas totoras y allí quedó, iluminando durante horas el campo.

La llanura estaba hecha un infierno; nunca había visto nada igual, y teniendo en cuenta el tiempo que me queda en esta tierra, creo que jamás veré nada ni siquiera remotamente parecido. Las bombas químicas, como las llamaba el patrón, al explotar desparramaban líquido varios metros a la redonda y en seguida se encendían. Era un fuego raro, nunca visto. Casi no había llamas, o eran muy pequeñas, bajitas, de un color verdoso que hacía daño al mirarlas. Como la noche estaba sin viento, el humo amarillo, sulfuroso, subía vertical e iluminado por la base, hasta las nubes. Parecía que el cielo había decidido iluminar en determinados puntos, con una luz diabólica, la tierra de los monos.

Me dispuse a bajar; mientras dejaba el fusil debajo de la lona para preservarlo del rocío, una cría de Trompudo, una hembrita de seis o siete meses, seguramente abandonada por los demás junto al cuerpo de su madre, se acercó lentamente hasta la hoguera más próxima; miraba esa luz fría y maligna como hechizada; llevada por la curiosidad. La monita extendió unas de sus manos y tocó lo que tanto le atraía. Dio un brusco salto hacia atrás y comenzó a sacudir la mano ardiente, lo que produjo que cientos de gotas inflamadas se esparcieran a su alrededor; luego corrió hasta el cuerpo inerte de su madre muerta y comenzó a tironearlo en un inútil pedido de

protección. No fue por piedad que le volé la tapa de los sesos; no quería que los aullidos de dolor, que se podían prolongar durante muchas horas, interrumpieran el descanso de mi mama.

Bajé fatigado por el trajín de una jornada que no me había dado tregua. Aunque no parezca, matar cansa.

Mi mama estaba inmóvil, en la misma posición en que la habíamos dejado con el patrón. Le tomé las manos e hizo un intento de abrir los ojos pero desistió enseguida. Su respiración era apenas agitada, su pecho se elevaba y caía imperceptiblemente; respiraba por la boca y, al exhalar, emitía un ronquido fino y agudo que parecía nacer en las profundidades de su cuerpo, no de su garganta. Era un adiós más que una queja. Intentaba decirme algo pero le faltaban fuerzas hasta para pronunciar una palabra. Acerqué mi oído a su boca y luego de un colosal esfuerzo, sentí como tensaba su cuerpo sin tono, balbució:

—Mis… güesitos… —Su susurro se parecía a un último suspiro y comprendí que era su última voluntad.

Tomé la bolsita de paño bordó de abajo de su almohada, el lugar donde siempre la guardaba, y la puse entre sus manos. Muy lentamente las fue cerrando alrededor de su precioso relicario; cuando lo logró, noté en su semblante un pequeño cambio, las comisuras de sus labios se estiraron levemente hacia los costados y se formó en ese querido rostro una mínima sonrisa. Marché a la cocina para prepararle, aunque sabía que era inútil, un emplasto que al menos la reanimara. Calenté agua, machaqué en el viejo mortero de piedra raíces de acacia, hojas secas de menta y flores de mburucuyá y madreselva; hice una pasta aguachenta con la que embadurné una camiseta de algodón, la doblé en dos y fui a darle a mi mama una fricción en el pecho. Cuando me senté a su lado ya no respiraba.

Me quedé mirando sin ver. A través de la ventana se veía el campo iluminado por la luz mala de las bombas de fuego y, ahora, por una luna grande que acababa de salir; como si mi mama la hubiese esperado para poder irse.

Algunos perros, allá abajo, lloriqueaban, y otros aullaban de tristeza, como si supiesen, vaya uno a saber cómo, lo que acababa de suceder.

No sé cuántas horas me quedé sentado en la misma posición, mirando la luna, que pensaba, era el lugar adónde se había ido mi mama, hasta que se me agarrotaron las piernas y en la cintura un dolor vago amenazaba con subir por la espalda.

Volví a la cocina a prepararme un mate pero no tuve fuerza o

ganas de encender el fuego y me senté en una banqueta a esperar el día. No lloré, a lo mejor porque la angustia me trancaba el pecho. A pesar de mi resistencia, me sumergí en una modorra pesada como un letargo y me encontré cabalgando con mi padre. El caballo tenía dos cabezas y dos lomos y nos encontrábamos con el patrón, el padre del de ahora, que me regalaba mi primer fusil. Antes de tomarlo se me ocurrió volver la cabeza y vi, en medio de la infinita llanura despoblada de árboles y de gentes, a mi mama rodeada de cuatro gallinitas blancas que la escoltaban en ordenada formación. Yo me había transformado en un niño muy pequeño y sabía que me perseguía un grupo de monos y aunque no los veía escuchaba sus gritos de amenaza. Quería llegar hasta el lugar donde yacen las mujeres, donde estaba mi mama, que ya se agachaba abriendo los brazos para auparme; me salvaría si lograba hacerlo. Pero me era imposible alcanzarla; cuanto más rápido quería correr, más despacio caminaba. Cuando a los monos les faltaba poco trecho para alcanzarme y a mí para llegar hasta mi mama, una ortiga gigantesca me cortó el paso y caí.

El cloqueo de las pocas gallinas que habían quedado me despertó con gusto amargo en la boca y un escalofrío que me hizo temblar de pies a cabeza; el corazón me latía rápido.

Había amanecido y el cielo estaba negro; millares de caranchos volaban alrededor del puesto, dispuestos a comenzar su festín de carroña. Algunos se habían adelantado y ya metían pico, cabeza y cogote en la panza de algún mono muerto; otros arrancaban ojos y lenguas.

Me dispuse también a encargarme de la parte que me tocaba con la muerte. Bajé al corral abandonado por los animales que, huyendo de la batalla, lo habían dejado desierto. Busqué una pala y sin apuro caminé hasta el lugar en dónde yacen las mujeres.

Está en un recodo, a la sombra del sauzal que crece a orillas del Arroyo de los Cueros. Comencé a cavar al lado del montículo bajo el que reposa la madre de mi padre; a un lado está el túmulo de la madre de mi abuelo y después los otros; son muchos. A medida que el tiempo pasa las tumbas van perdiendo altura, las más viejas ya se confunden con el campo y a otras hace mucho que se las devoró la pampa.

Cavé toda la mañana; no sé de dónde me salía la fuerza. Quería que mi mama tuviera una tumba profunda, para que cuando el sol abrase tenga fresco, y que no se escarche cuando la tierra se hiela. De vez en cuando me refrescaba en el arroyo, y en la otra orilla, donde se forma un remanso y crecen las totoras, no se oía una rana, ni un pato o una gallareta; como si los bichos se hubiesen

impuesto ese silencio para homenajear a mi mama.

Poco antes del mediodía volví al puesto, envolví a mi mama en una manta, y entre los brazos cargué su pequeño cuerpo inmóvil.

Cuando entraba en la sombra fresca del sauzal, llegó el patrón, seguido de sus perros y las mulas cargadas. Desmontó sin decir nada y me ayudó a bajar a la tumba el cuerpo de mi mama como antes me había ayudado a tenderla en su cama. Cuando la penosa tarea estuvo concluida, el patrón, a modo de ceremonia, arrojó un puñado de tierra dentro de la tumba, con lo que me sentí obligado a empuñar la pala. Comencé a arrojar tierra sin mirar y sin detenerme. Luego de la última palada, el patrón y yo, y los perros del patrón y los míos, y el caballo y las mulas viejas y cargadas, nos dirigimos en silenciosa procesión hacia el puesto.

Daba la sensación de que el sol se enfurecía con nosotros; la brisa era tibia y costaba respirar. Al llegar al puesto descargamos los animales y les dimos agua, pienso y sombra. Subimos al techo y batimos la tierra de los monos catalejo en mano; ni un bruto vivo se veía por los alrededores.

—Va a pasar mucho tiempo antes de que tengas que preocuparte otra vez por estos demonios —dijo el patrón mirando hacia el oeste, hacia los lejanos montes en donde las guaridas son numerosas.

Bajamos buscando también agua fresca y sombra y nos sentamos en unos tocones en medio del corral vacío. El patrón lió un pitillo y me lo pasó, luego armó el suyo que encendí con mi yesquero. Nos quedamos echando humo en silencio; olía a bosta nueva y algunas rachas de viento caliente ya traían los primeros hedores a podredumbre desde el otro lado de la muralla.

De buenas a primeras, y sin saber por qué, el patrón comenzó a contarme algo de lo más extraño. No solamente era insólito lo que escuchaba, sino que era sorprendente la forma en que me hablaba. Siempre había tenido con nosotros, igual que su padre, el anterior patrón, una manera respetuosa y distante de tratarnos, como corresponde, claro está, a todo patrón; así debe ser. Sentí en ese momento que esa barrera se había disuelto, o él la había querido disolver con su manera de hablar, que se parecía mucho al tono que usaba mi padre cuando me quería decir algo que consideraba importante. Lo cierto es que me habló de algo raro, contó que había cosas que yo no conocía, y que no me convenía conocer, por el bien de nuestro deber en esta tierra, según dijo. Pero, por la situación desgraciada en la que me encontraba, él estaba en la obligación, no sólo como patrón sino que como hombre también, de hacerme saber

algo. Era muy poco lo que me podía decir, solamente lo estrictamente necesario.

Habló de ciertas cosas que se guardaban en la tierra de los hombres, pocas quedaban y eran importantes. Libros las llamó, libros. Yo jamás pude ver ninguno. Al parecer, según contó el patrón, en estos libros se guardaban historias primordiales, sabiduría, dijo. Me gustó imaginarme esos libros como los cajones en donde guardamos la munición, pero no le conté la ocurrencia al patrón para no interrumpirlo. Me recitó a continuación algo que me pareció fantasía; según él, en uno de esos libros decía que hace mucho tiempo había algo que llamaban ciudá, que era un lugar donde vivían los hombres, pero muchos, más de los que pueden vivir en un puesto; todavía hoy viejo y listo para dejar esta tierra no puedo imaginar un lugar como ése. Y es más, al parecer había dos, uno de esos lugares se llamaba Somoda creo y el otro Gomonosequé, y en una vivía, esto lo recuerdo bien, un hombre al que llamaban Seth. Parece ser que a este Seth se le apareció un día una criatura que bajó del cielo y que no era ni hombre ni bestia, y le anunció que tenía que marcharse, pues estos sitios serían destruidos a causa del mal comportamiento de los hombres de la época. Como si de la orden de un patrón se tratase, el hombre obedeció, tomó su mula, su hembra y su arreo y, cuando marchaba, esta cosa venida de las estrellas le dijo que no podían mirar para atrás. Resulta que cuando llevaban un tiempo andando, a la mujer se le ocurre detenerse y mirar para atrás, justo lo que le habían prohibido. Y entonces quedó convertida en sal. Y ahí terminó el cuento.

Yo no sé si no entendí, siempre fui medio corto de alcances, o el patrón desvariaba a causa del cansancio, el calor y la guerra. La cuestión es que lo que había escuchado me dio gracia por dentro, a pesar de mi mama recién enterrada, pero no me salió ni un gesto. Menos mal que el patrón no se dio cuenta; hubiese sido una falta de respeto. Por toda respuesta, me quedé mirando mis alpargatas deshilachadas.

Fumamos otro cigarro en silencio; a lo lejos aparecieron dos cabras, venían despacio en dirección al corral, como cautelosas, desconfiando. El patrón dio las últimas chupadas al cigarro, tiró el pucho, lo aplastó con su bota de montar y se puso de pie; se marchaba. Antes de montar me miró desde el fondo de sus ojos cansados y me ordenó:

—Ahora descansá, si podés. Mañana empezás a poner en orden el puesto, el trabajo te va a ayudar a no pensar en cosas tristes.

Agarró las riendas y, con la misma mano, un manojo de

crines y de un salto ágil estuvo sobre la montura. Espoleando a su potro agregó:

—Sé que no es bueno que estés solo, pero eso es algo que nadie más que yo puede arreglar. Voy a volver en poco tiempo, no bajés la guardia.

Se alejó seguido de su cortejo de animales. Me quedé solo, con mis perros, mi caballo y mi tristeza.

En los días que siguieron tuve poco tiempo para la congoja o la desesperación. El puesto había quedado patas para arriba después del combate, y desde el amanecer hasta el ocaso trabajé, duro y parejo, para poner en orden lo que las bestias del otro lado y el estrépito de la batalla habían desquiciado. Fue una faena dura y desagradable. La pestilencia me acompaño varios días; los caranchos, incansables glotones de carne muerta, sólo detenían su banquete de carroña cuando el sol caía, pero trabajaban desorganizadamente. A menudo se podía ver cómo cinco o seis peleaban por el mismo pedazo de tripa agusanada, como si no hubiese otra podredumbre alrededor. El olor a carne podrida se fue haciendo cada vez más espeso, hasta que tuvo la consistencia del barro, daba la sensación de que el tufo se podía tocar con las manos. La fetidez llamó a las moscas y a los tábanos que no se hicieron esperar, llegaron formando grandes nubes, y poco faltó para que taparan el sol. Tuve que dejar mi asco a un lado y juntar todos los restos de mono que pude, formé una gran pila, más alta que un hombre alto, la rocié con kerosén y la hice arder. Me hubiese gustado hacer lo mismo con los cuerpos, mucho más numerosos, que se pudrían del otro lado de la muralla, pero a los hombres nos está terminantemente prohibido poner un pie en la tierra de los monos. Y órdenes son órdenes, para eso están, para ser cumplidas.

El fuego malo de las bombas químicas duró varios días y se fue apagando de a poco; en los círculos de tierra quemada que quedaron no volvió a crecer, durante muchos años, ni un solo yuyo. Los monos, cuando volvieron a merodear, evitaban esos lugares como si les estuviese vedado pisarlos.

El áspero trabajo me ayudó a pasar esos primeros días en soledad. Trataba de estar la menor cantidad de tiempo posible en el puesto; cualquier cosa me hacía recordar a los que se habían ido: la cacerola que mi mama había moldeado con arcilla del arroyo y había cocido en el horno de barro, el machete y la cartuchera de mi padre, el mazo de naipes, que algunas noches nos convocaba para un tute o un mus.

Uno tras otro fueron pasando los días sin que me adecuara a

la nueva situación, ni ganas de comer tenía, ni ganas de encender el fogón. A la noche embuchaba unas rodajas de chorizo y un poco de galleta, que acompañaba con unos mates mal cebados para ayudar a tragar. El sol empezó a salir más tarde y a ponerse más temprano, las noches se hicieron frías, el pasto amanecía cargado de rocío y mi humor de evocación.

Una tarde baqueteaba en la cocina el cañón del *Máuser* cuando de pronto, como a una legua, apareció la inconfundible figura del patrón con su eterno tropel; cuando estuvo más cerca vi que no llegaba solo. Encendí el fogón lo más rápido posible para poder recibirlo como se merecía, con un mate caliente. Bajé al patio del puesto con una curiosidad grande a cuestas, nunca antes había venido acompañado. La única vez que había visto llegar dos personas había sido cuando, siendo yo muy chico, su padre, el patrón de antes, había llegado con él para que lo conociésemos. En ese momento la sorpresa le ganó a la curiosidad y me quedé, en ese viejo patio de tierra apisonada, parado como una estaca esperando la pequeña caravana.

El patrón venía acompañado. Traía en ancas a una muchacha morena de ojos rasgados, delgada y de mi misma edad. Parecía mi mama cuando joven. Ayudó a desmontar a la chica, que quedó al lado del potro mirando el piso, y luego desmontó él.

—Ayudame con la carga de las mulas —dijo el patrón por todo saludo.

Sus perros y los míos se olisqueaban, curiosos o indagadores. Además de la muchacha, el patrón traía sal, harina, aceite, balas, fideos y unas pilchas para los fríos que ya andaba necesitando.

En cuanto descargamos, quise subir a la cocina para cebarle un mate pero me paró en seco.

—¡No tengo mucho tiempo! —me dijo con un tono que ordenaba quedarse—. He traído esta mujer para que sea tu compañera. La vas a querer, la vas a respetar y la vas a cuidar, y ella te corresponderá.

El patrón montó y se fue como había llegado, al trotecito.

Nunca había visto otra mujer que no fuera mi mama, ¡imagine mi aturdimiento! Y esta muchacha seguía parada ahí, mirando hacia abajo y abrazando una manta atada por las puntas. No sabía qué hacer ni qué decir. Sentía mi cuerpo dislocado, separado; el miedo me apretaba la boca del estómago y una algarabía, que me es imposible describir, me bailaba en la entrepierna.

Nos quedamos un rato largo parados uno frente a otro, en esa tarde que se hacía noche, hasta que no soporté ese silencio y me encaminé hacia la cocina. Ella me siguió y se sentó en un banquito con su muda entre las piernas.

Entré en mi pieza y saqué lo poco que tenía: zoquetes y calzoncillos sucios, una camisa harapienta, la manta y las sábanas con olor a tabaco, el treinta y ocho, la tabaquera y el papel de armar.

Cuando salí, ella se puso de pie. Me quedé en medio de la cocina tratando de esconder entre mis brazos mis pobres pertenencias, la muchacha entró en la pieza como si descontara que fuese suya, dejó su muda sobre el colchón desnudo y la desató, del revoltijo de cosas que traía, extrajo una bolsa de paño, muy parecida a la que tenía mi mama para guardar sus huesos pero esta era, es, de color verde. La alzó con sus dos manos hacía el techo mientras pronunciaba unas palabras que no entendí y luego la llevó hacia su pecho como en una reverencia.



Ilustración: Héctor Chinchayán (Perú)

Yo no sabía si salir corriendo o abalanzarme a tocar ese cuerpo deseado y temido. Ella volvió su cabeza y fue la primera vez que me miró de frente.

—¿No tenés nada que hacer? ¡Qué mirás lo que no te importa! —Fueron las primeras palabras que me dirigió.

Se acercó a la puerta de la pieza y la cerró de un golpe. No tenía más remedio que ir a dormir a la pieza que había sido de mis padres; tuve, a la fuerza, que abrirla por primera vez desde que mi mama se fue.

Al día siguiente me levanté antes del alba, monté a Cara Blanca y salí al campo seguido por los perros. Viéndolo desde la perspectiva que da el tiempo y la experiencia, en realidad lo que hice fue escaparme del puesto, por miedo; y no de la muchacha, sino de la situación. Anduve vagando por los pajonales y las lagunas hasta bien entrada la mañana; de vez en cuando armaba un cigarrillo que fumaba sin desmontar. La dureza de los acontecimientos que se habían sucedido en poco tiempo, y la

sorpresa por la presencia de la recién llegada me habían dejado atolondrado, como perdido. No sabía qué pensar, mi cabeza se parecía a esos remolinos que se forman en el arroyo cuando hay crecidas, daba vueltas y más vueltas alrededor de un agujero profundo donde no había más que incertidumbre. Los temblores me recorrían el cuerpo, me había dejado ganar por un impulso que olía a recelo y peligro, pero, ¿de qué cosa desconfiaba, quién me amenazaba? Recordé que mi mama decía que cuando la angustia oprime el pecho lo mejor que se puede hacer es repetir muchas veces “Mi corazón esta lleno de confianza y fortaleza”, que era lo mismo que llamar a Namumcurá para que nos proteja. Comencé a repetirme la frase a medida que entraba en un gran monte de álamos temblones, de a poco me fui calmando; desmonté y apoyé la espalda en uno de los árboles, el más viejo. El aire traía el perfume del campo, fresco, limpio. Una gran calma se apoderó de mi corazón exaltado y me llenó de paz y sosiego. Entonces se me ocurrió algo que me sorprendió, como si la idea no fuese mía, como si Namumcurá me la hubiese enviado para ayudarme en este trance. Fue sólo pensarla y montar de un salto para volver sobre mis pasos hacia la laguna que hacía poco había dejado. Anduve poco rato entre las totoras, hasta que cacé cuatro pichones, grandes, pechugones, y antes de volver al puesto arranque dos flores de junquillo.

Cuando llegué la muchacha trajinaba en la cocina; al verme entrar se detuvo a observarme. Me quedé parado juntando fuerza para decir lo que tenía que decir, y al fin me salió una voz, aguda y temblequeante como la de un carnero.

—Te… traje esto.

Y le alargué las flores blancas. Se acercó para tomarlas, pues me había quedado inmóvil; después fue a pararse frente al espejo cuarteado que cubre la puerta de una alacena y comenzó a arreglarse el cabello renegrido y brillante. Debe ser tan suave como la lana de un cordero recién nacido, pensé.

La muchacha se adornó el peinado con las flores y me miró sonriendo. Tenía los dientes más blancos que las nubes altas en el verano.

—¡Gracias! Me gustan mucho —dijo sin dejar de sonreír y acercándose lentamente.

Una ola de calor me nació entre las verijas, pasó como una tromba por mi pecho y me inflamó la cara. Cuando llegó frente a mí olí su olor a hembra, y no pude hacer nada más; ella me arrancó los pichones de las manos y se sentó a desplumarlos, a mí me costaba

tragar saliva. Al rato me miró de cabo a rabo.

—¿Pensás quedarte todo el día ahí como un pavo? ¡Cómo si no hubiese nada para hacer! —me dijo ya sin sonrisa.

Su acicate me puso en movimiento, y no encontré mejor cosa que hacer que ponerme a amasar pan, que después cocí en el horno de barro. Al mediodía nos sentamos a la mesa para hacer nuestra primer comida juntos. Comimos con buen apetito, y en silencio, el pan caliente y el guiso de palomo, que estaba sabroso, pero no tanto como los que hacía mi mama.

Los días que siguieron fueron casi de rutina; hablábamos poco, lo necesario. En realidad la que hablaba era siempre ella, yo nunca encontraba tema, y en general siempre se dirigía a mí para preguntarme u ordenarme: "¿Dónde está tal cosa?" "Traé más leña, que se viene el frío". "Ordeñá la cabra que quiero hacer quesillo". "¿Viste algún mono?" La patrona, me gustaba llamarla para mis adentros.

En esa época salía a patrullar la muralla por la rutina que imponían las obligaciones, nada más; los monos no se acercaban y tampoco se los veía por el lado de sus madrigueras. Volvía al puesto al mediodía y la muchacha me esperaba con el almuerzo; cuando la tarde terminaba y la jornada de vigilancia también, me esperaba con mate recién hecho que tomábamos en silencio hasta la hora de la cena.

Una noche, el frío ya mordía con rabia, miraba el techo de la pieza repasando las tareas que me esperaban al día siguiente, el viento helado golpeaba las paredes del puesto como si quisiese derribarlo. El cabo de vela se iba terminando y el movimiento de la pequeña llama hacía bailotear las sombras en el techo y las paredes; de pronto, la puerta de la pieza comenzó a abrirse de a poco y apareció la muchacha. Envolvía su cuerpo desnudo con una pequeña manta que apenas la cubría hasta la cintura.

—Tengo frío —dijo estrechando los hombros mientras se arrebujaba. Se acercó despacio, y al llegar a mi lado dejó caer la manta que descubrió sus pechos duros y jóvenes—. Hacéme un lugar —me dijo, mientras se metía en la cama. Apretó su cuerpo tibio, suave y perfumado contra el mío, timorato e inexperto—. Abrazame… Tengo frío —me susurró al oído.

A partir de esa noche ya no dormimos separados. Ella me enseñó todo lo que un hombre tiene que saber para estar con una mujer, y no sólo entre las sabanas. Limó mis torpezas, atenuó mi carácter rudo y me hizo mañoso allí donde mi ignorancia me inhabilitaba. Me sorprendía, gozoso, la seguridad y experiencia que

esta muchacha demostraba en realidades que yo ni imaginaba que existían. Una noche en que el cielo se desplomaba, convertido en agua, sobre la tierra, me enseñó a montarla como un potro a una yegua. Yo no cabía de contento en la pieza y al rato quise repetir. Cuando la vela se terminaba y nos preparábamos para dormir, se me ocurrió preguntarle, vaya uno a saber por qué, quién le había enseñado a ella esas cosas.

—El patrón, quién sino.

Lo dijo con el tono en que se dicen las cosas que son obvias. Esa noche no pude dormir.

Los fríos fueron apretando, hasta que aflojaron. La tierra de los monos estaba desierta, salvo por algún macho joven que se atrevía, a veces, hasta la muralla, por curiosidad o intrepidez. Me encargaba entonces de acabar, con un balazo, de esa primera y única excursión del desgraciado. Y salvo por esas visitas esporádicas, nada importante tuve que informarle al patrón durante los fríos.

En cuanto los días se hicieron más tibios y largos, aparecieron las golondrinas, bastante tarde ese año. La muchacha comenzó a acompañarme en las patrullas; montaba bien y aunque no era buena tiradora se esforzaba por mejorar su puntería y en acortar el tiempo entre disparo y disparo. Un mediodía que el sol calentaba ligero, llegamos hasta una laguna, nos quitamos la ropa y nos bañamos en esa agua fresca y quieta. Al ver su cuerpo desnudo contra la luz del sol, me pareció que estaba más gruesa y que sus pechos eran más grandes.

—Te vas a poner como una vaca si seguís comiendo tanto guiso —le dije mientras golpeaba el agua con mi mano y la salpicaba.

—¿No te das cuenta que estoy esperando un hijo… zonzo?

La sorpresa me duró un largo rato y, como me pasa en muchas ocasiones, me quedé sin saber qué decir.

Cuando volvíamos para el puesto, ella montaba a Cara Blanca y yo al Ñandú, un matungo viejo que había sido de mi padre; la miraba de reojo sin decidirme a hablar; la muchacha no se daba por aludida, miraba al frente y sonreía pícara.

Poco antes de llegar no aguanté y desembuché lo que me daba vueltas dentro.

—¿Y así de fácil es?

—¿Qué cosa? —respondió sin mirarme.

—Tener un hijo.

—¡Y cómo va a ser, sino! —dijo taqueando a la yegua que salió al galope.

Quise alcanzarla pero al llegar al puesto me había sacado dos cuerpos de ventaja. Me quedé con muchas dudas, pero no supe o no quise seguir indagando. A la muchacha no le gustaba sentirse inquirida, y a mí me costaba un ojo de la cara preguntar sobre cosas en las que no fui educado y que estaban más allá de cazar patos, matar monos o vigilar la muralla.

La única certidumbre que tenía era que iba a tener un hijo varón. Porque aquí, en esta tierra, sólo nacen hombres; las mujeres nacen vaya uno a saber dónde. La muchacha nunca quiso hablarme de eso, y la vez que, turbadamente, le pregunté algo, me respondió que no tenía tiempo para contarme cosas que no me importaban; estaba sentada tomando mate y me cosía una camisa. Después de eso ya no mencioné el tema y mi ignorancia sobre el asunto sigue siendo absoluta.

La muchacha parió cuando los calores se iban. Volvía al puesto un mediodía después de la patrulla de la mañana y la encontré en la pieza, en cuclillas, con las piernas bien abiertas; había puesto, debajo de ella y sobre el piso, unas mantas dobladas. Esa imagen me hizo acordar a una gorriona en el momento de poner un huevo en su nido; me quedé mirándola y queriendo ayudar sin saber de qué manera.

—¡Qué mirás! —dijo jadeando—. ¿Por qué no vas al techo a ver si ves un mono? —agregó, fiera.

La dejé con sus quehaceres, preparé unos mates y subí al techo. Estuve un tiempo que ni recuerdo mirando hacia la tierra de los monos; liaba el quinto o sexto pitillo cuando oí un berrido que nunca había escuchado. Supuse que era el de mi muchacho recién nacido y no me equivoqué. Bajé a la cocina y entré a la pieza, mi muchacha sostenía a mi hijo contra su pecho y me sonreía, me lo alcanzó diciendo:

—Tu cabrito.

Tomé ese chico entre mis brazos con una alegría inmensa. Tan chico era que podía caber entre mis manos; estaba cubierto de sangre y de una baba extraña, como la que cubre a los terneros cuando nacen.

A su tiempo le enseñé a mi muchacho todo lo que debe saber un hombre, como en su momento hizo mi padre conmigo. Montar, herrar, disparar, patrullar, trenzar tientos, defender la esquina, reparar monturas, domar potros, entrenar los perros, matar monos.

Mi muchacho ya es mozo y patrulla la muralla con celo y responsabilidad. Mi muchacha es vieja como yo, y aquella piel joven se le ha arrugado y sus manos que fueron suaves se le han encallecido por el trabajo duro y el tiempo que no perdona. El patrón, el de entonces, tuvo un final sin suerte. Por el tiempo de las sequías grandes hubo un intento de invasión en la esquina sudeste, la que cuida el Tuerto Salomón, y allá estaba el patrón patrullando la muralla una tarde; parecía que las bestias se habían retirado, cuando se asomó por uno de los ventanucos de la muralla sin ninguna precaución; estaría cansado y se confió. Parece ser que un Trompudo grande y ladino estaba agazapado a un costado del ventanuco y cuando el patrón asomó la cabeza el mico abrió sus fauces, que parece que eran grandes como la boca de un tonel, y le arrancó la cara de una sola dentellada. El pobre patrón agonizó hasta bien entrada la noche; entonces el Tuerto no tuvo más remedio que despenarlo con un tiro del treinta y ocho, para que dejara de sufrir. No había otra solución.

Por un lado estoy tranquilo; las cosas están como deben ser, mi muchacho es un hombre de buen carácter y será un digno puestero, como creo que es su padre y como fue su abuelo. Su mama es una mujer fuerte y sabe que cuando me vaya, poco le faltará para ocupar su lugar al lado de mi mama; no me preocupa, sabe desde que llegó que ese es el sitio que el destino le ha deparado.

Algo me da vueltas en la cabeza en estos últimos tiempos. Pienso en la historia que me contó el patrón, el de antes, la de ese tal Seth. Creo que cuando me lleven, en el primer y último viaje fuera del puesto, yo tampoco me detendré a mirar hacia atrás, pero no por temor a convertirme en sal; no me va a gustar que mi muchacho y su mama me vean llorar.

No sé en qué lugar terminaré ese viaje en ancas del caballo del patrón, tal vez me lleve hacia la Casa de mi Padre, y me encontraré con él, y podré decirle que he sido un buen hijo.

Daniel Mario Valdéz nació en Lanús, provincia de Buenos Aires, Argentina, el 14 de diciembre de 1955. Estudió matemáticas en la Universidad de Buenos Aires, donde ha trabajado como docente. Estudió actuación en diversos talleres y trabajó en cine, teatro y televisión. Desde hace cinco años reside en Madrid, donde enseña matemáticas y, de vez en cuando, actúa. Ha publicado relatos de ficción en diversas revistas literarias tanto en soporte digital como en papel; tiene inéditos dos poemarios y una *nouvelle noir.*

El brillo del mal

Miguel Ángel López Muñoz

Me tocó vivir en la época en que resultaba extraño conocer a un hombre que se hubiera apoyado alguna vez en un árbol.

No es difícil darse cuenta de por qué era así. Uno puede fingirse ciego a los ojos del mundo, pero el mundo le sigue mirando. Las ciudades alcanzaron tal nivel de desarrollo que acabaron por comerse lo que en siglos anteriores se conocía como *el campo, el verde, la vegetación.* La mayoría de la población no pensaba mucho en estas cosas. Imagino que les pasaría algo parecido a lo que ocurre con los dinosaurios. Unos curiosos animales cuya desaparición no le quita el sueño a nadie porque nadie los conoció. En el siglo LII aún quedaban algunas plantas, aunque sólo los que como yo eran paleobotánicos tenían acceso a ellas, como aquel ciprés que vi hace años. Resultaba curioso tener ante uno algo que se sabe vivo y sin embargo permanece inmóvil, aparentemente inmune al paso del tiempo.

Inmune al paso del tiempo, claro, pero no a la acción de los hombres.

Mi hogar era la ciudad de Europa, en concreto la parte este, la que se dio en llamar la Zona Mediterránea. Un lugar que milenios atrás disfrutó de un clima suave y templado y que para mí se antojaba asfixiante y pegajoso. El cambio climático, decían algunos. Supongo que es lo bueno que tiene la historia para los políticos. Acaba empañando las barbaridades que éstos cometen, como ignorar el calentamiento global del planeta hasta que sólo un grupo de viejos con barba blanca y bata de laboratorio sostienen que dicho proceso no se ha debido a causas naturales. La desaparición de las plantas no ayudó demasiado a mitigar el cataclismo. Por fortuna allá por el siglo XXXIX se inventaron las depuradoras de aire, unos grises y opacos aparatos, metalizados y opresivos, del tamaño aproximado de las ciudades del siglo XX, que se encargaban de realizar el proceso de transformar el oxígeno en dióxido de carbono y viceversa. Las plantas por unas aberraciones cromadas y remachadas. No era un cambio muy bueno, pero por lo menos permitió a la humanidad proseguir con su cadena de destrucción.

Tal vez fuera uno de los pocos que se preocupaban por estas cosas debido a mi profesión. Quizás aquella inmensidad frondosa de veinte metros me impactó más de lo que estoy dispuesto a

reconocer. La gente, debido a un cierto instinto intelectual, suele despreciar lo grande en comparación con lo pequeño. Se han escrito multitud de artículos de investigación dedicados a la brizna de hierba del museo del barrio de Bélgica, olvidando el papel que los árboles jugaron en el pasado. Tal vez sea porque la hierba aún no ha encontrado un adecuado sustituto artificial. Dicho sea de paso, no creo que lo encuentre nunca.

El caso es que mis trabajos de paleobotánica no pasaron desapercibidos a la comunidad internacional, y se me convirtió en una eminencia mundial al respecto. Multitud de estudios acerca del cactus, el sauce, los pinos y el ecosistema de la tundra acabaron convirtiéndose en libros de texto para los estudiantes de la carrera. Tal fue mi éxito que se me otorgó el más alto galardón al que un ciudadano de Europa podía aspirar: el título de Curmur. Tuve mucha suerte en cuanto a los requisitos, pues para ser Curmur era condición necesaria haber nacido en el primer año del siglo, además de no haber cumplido aún los treinta años. Muchos habrían matado por lo que yo acababa de obtener. La inmortalidad generaba muchas ambiciones tanto entre amigos como entre enemigos.

Es probable que fuera el mayor descubrimiento llevado a cabo por la humanidad. Una máquina que funcionaba por irradiación y que permitía a las células del cuerpo humano (y no humano) regenerarse sin sufrir degradación alguna. Lo que los antiguos sólo se habían permitido soñar, en nuestras manos. Y sin embargo, por una vez la ciencia se comportó de manera sensata. Conscientes de la sabiduría de la naturaleza al dotar de final a toda vida para evitar la superpoblación, se decidió restringir su uso a una serie de individuos elegidos para ser testigos del siglo en el que vivieron, a los que se empezó a designar como los Curmur. De ese modo la historia de la humanidad residiría no sólo en libros sino también en individuos, fuentes de conocimiento vivo, no exentos de cierta subjetividad, pero igualmente valiosos para la toma de decisiones futuras en relación a las pasadas.

Por supuesto, por cada siglo había más de un Curmur. En concreto yo fui el tercer Curmur del siglo LII, por lo que obtuve el nuevo nombre de 52-03, perdiendo para siempre el nombre con el que nací en esta tierra de desastres. Varios siglos atrás hubo cierta confusión al respecto de los nombres, pues se iba enumerando a los Curmur por orden de aparición, pero eso convertía en engorrosa la tarea de encontrar al Curmur adecuado para el momento deseado, por lo que hubo un cambio de notación y, cuales probetas de laboratorio, los Curmur tuvieron que acostumbrarse a sus nuevos códigos de barras. Aunque supongo que 25-09 no era una

denominación muy novedosa comparada con 04-09.

Resultaba irónico que la mayoría de los Curmur habían sido en su vida *anterior* personas solitarias y apagadas, y yo no era la excepción. Parecía que osados aventureros o políticos charlatanes eran sujetos más proclives por la sociedad a ocupar el puesto que me había sido concedido. Luego, con el paso de los años, lo comprendí. Ser Curmur no era ningún don. Era la mayor de las maldiciones. Sin amigos, sin pareja, una máquina sensorial que cuanto más humana era más inútil se la consideraba. Un privilegio que no pude rechazar.

Dado que me nombraron Curmur el mismo año que cumplí los treinta, mi irradiación no se hizo esperar. Había oído toda clase de atrocidades referentes al proceso que el aspirante debía soportar, pequeñas leyendas urbanas como que el dolor que había que resistir era tan elevado que mataba todo ansia por vivir en el sujeto. Debo decir que no era así. El proceso era indoloro y rápido, como si le tomasen a uno una fotografía.

Era lo que venía después lo que se ajustaba al mito.

Nunca se supo muy bien por qué sucedía, pero el cuerpo sufría una especie de transformación evolutiva una vez sometido al proceso. No era inmediato, por supuesto, pero con el paso del tiempo, los focos de dolor de un Curmur se agudizaban de una manera insospechada. Los Curmur sólo eran inmortales en el sentido de la longevidad y la inmunidad a la mayoría de las enfermedades comunes. Tenía sentido razonar que era por eso que el cuerpo, consciente de su nueva situación, desarrollaba una alarma mucho más sofisticada que la de un recipiente mortal y perecedero. La primera vez que lo experimenté personalmente fue cuando me hice un corte en el dedo pulgar, el equivalente a un arañazo. Tuve que tomar morfina durante varios meses, una droga de siglos pasados.

Otro de los problemas que afectaban a la mayoría de los Curmur era la falta de sueño. No tenían necesidad de dormir, pero acusaban cansancio del mismo modo que cualquier otro ser humano. Sin embargo, la mayoría de ellos se acababan volviendo completamente insomnes. Y si soñaban, soñaban que estaban despiertos.

Por fortuna el del sueño no era aún problema para mí por aquel entonces, recién sometido a la irradiación. Asimismo la diferencia entre mi edad física y real no suponía ningún problema ni incomodidad a ojos de los demás, por lo que tenía una existencia normal y apacible. No sería sino hasta los cien años de edad que se me obligaría a vivir encerrado en un enorme búnker, lejos de la

contaminación informativa de los siglos futuros, sólo pudiendo ser eventualmente visitado por otros Curmur en ocasiones muy especiales para tener un mínimo contacto con el presente, así como por el máximo dirigente de Europa, para cumplir la función por la que se nos había concedido aquella maldición. Lo cierto es que no me importaba demasiado el aislamiento social ni físico. Nunca tuve vida propia, así que no había perdido realmente nada. Sin embargo, en ocasiones sí me atormentaba pensar que tal vez, de no haber sido Curmur, hubiera podido tenerla. Mujer, hijos. Amigos. Esa clase de cosas.

Pero pronto ocurrió algo que cambió mi vida por completo.

Es… es difícil de expresar meramente con palabras. No sé muy bien el momento concreto en que ocurrió pero sí la época, un par de años después de ser Curmur. Empezó como un defecto de percepción. No de la vista, ni de los oídos, no de ningún sentido que pueda explicar de manera clara y sencilla. Esa clase de sensaciones que todos conocemos pero para las que no se ha inventado palabra que las exprese. Cuando iba por la calle veía personas… objetos… animales… que despedían un especie de… algo… un algo inexplicable, pero que estaba ahí, claro y nítido como el color del cielo o el sonido de una voz. Era una sensación focalizada, que podía discernir y distinguir con claridad. Es probable que la manera más clara de describir lo que había a mi alrededor sea pensar en un estigma, como si de repente una parte del mundo fuera de otro color, de color rojo por ejemplo. Andar por la calle y ver un ladrillo rojo, un perro rojo, una persona roja. Parecía afectar sólo a estructuras cohesionadas: a veces se trataba sólo de la persona, a veces podía incluir parte de su ropa. Estaba en todas partes, sin excepción alguna. Un día hice una prueba con un folio de neocelulosa que tenía en casa y parecía tener dicha cualidad. Lo partí en dos, y de repente sólo una de las dos mitades la conservó: sólo una de las dos mitades *permaneció de color rojo*. Por cada vez que lo partía ocurría lo mismo, y así siempre que lo intentaba. No era una cualidad inmutable, cosa que comprobaba a menudo en lo que andaba por la calle. Sin embargo, sí parecía transferible. El tubo de escape de un vehículo de arrastre podía tenerla y de repente perderla para adoptarla la nube de humo que estaba desprendiendo.

Decidí contárselo a un equipo de especialistas que estaban a mi disposición las veinticuatro horas del día, los cuales respondieron que era algo que todos los Curmur experimentaban pero se les acababa por pasar. De cara a dicha prescripción médica me limité a esperar, aprovechando para dar largos paseos y jugar al detective. Me planteé si podía tener algo en común todo aquello que

para mí estaba destacado. Tras muchas observaciones elaboré una tesis absurda. Todo lo que veía con esa nueva percepción era *terrible* a mis ojos. Terrible en el sentido más primitivo de la palabra. Parecía que lo que veía con ese nuevo instinto no traía más que dolor y sufrimiento. Los animales que lo poseían, o por lo menos todos los que pude comprobar, mostraban un comportamiento antinatural: rabiosos, hostiles o simplemente despectivos. De modo análogo ocurría con las personas, y empecé a considerar inconscientemente a aquellos tipos *marcados* como sujetos en los que no se podía confiar. Mis sospechas relativas a aquellos que en mi camino se cruzaban se confirmaron en la mayor parte de los casos, aunque muchas veces no era hasta mucho más tarde cuando lo averiguaba. Empecé a asistir a gran cantidad de mítines y actos políticos sólo para comprobar si los líderes de los partidos poseían tal distinción. Por lo menos en todos los casos que yo pude ver así era. No fui capaz de comprobarlo en todos ya que no pude conocer a todos los grandes aspirantes a Alcalde de Europa, y por algún motivo los medios visuales, como las pantallas de proyección, no me permitían hacer gala de mi capacidad, tal vez porque en su emisión física de ondas no figuraba ese algo que yo era capaz de distinguir.

Con los objetos la cosa era más complicada. No pude encontrar nada aparentemente anormal en ellos, aunque a veces parecía que su presencia estaba relacionada con el dolor y el sufrimiento ajeno de una manera pasiva. Una silla que se rompiera en el momento inadecuado, por ejemplo. Tomé la costumbre de visitar lugares de siniestros recientes, encontrando que en la mayor parte de los casos si el accidente se debía a un fallo de una pieza defectuosa, dicha pieza tenía ese algo que en apariencia sólo yo y los otros Curmur veíamos.

No tardé en llegar a una absurda conclusión, de sentido físico absolutamente incoherente, pero antes de elucubrar más concluí que lo mejor era hablar con los que eran como yo, pues no me cabía ninguna duda de que el tiempo no hacía desaparecer lo que me estaba pasando. Lo único que ocurría era que los Curmur callaban.

Tuve que viajar casi mil kilómetros para llegar al barrio de Hungría, donde vivía el hombre al que quería ver. Su nombre oficial era 22-01, pero la población mundial le conocía con el primer nombre que como Curmur tuvo, 01-01. El primer Curmur de la historia.

La mayor parte de los Curmur iba al menos una vez en su vida a ver a 01-01. Los motivos de tales visitas permanecían en el

más absoluto de los secretos, aunque intuía que tenían mucho que ver con el hecho de ser uno de los pocos Curmur que se comportaba con cierta sociabilidad, unido ello a la necesidad que a veces tenemos los hombres de sentirnos rodeados de los que como nosotros son. Empecé a pensar que tal vez el motivo mayoritario era el que me llevaba a mí hasta allí: saber qué era lo que me estaba pasando.

01-01 vivía en un enorme búnker acorazado, vigilado día y noche por gran cantidad de soldados armados hasta los dientes. Pude apreciar que muchos de ellos tenían ese algo que no podía ignorar por más tiempo.

Entré y me maravillé al ver los enormes espacios vacíos que dicho edificio de paredes grises y azuladas poseía, el eco de mi voz atronadora reverberando al preguntar si había alguien. No recibiendo respuesta alguna, me aventuré en las habitaciones interiores hasta encontrar una especie de cómoda biblioteca que, sin ocultar la realidad de la estructura de hormigón reforzado y los cristales blindados, no dejaba de tener un cierto toque acogedor. En una butaca estaba sentado 01-01, al que ya conocía por fotografías: un anciano con apariencia de tener alrededor de 80 años, barba blanca espesa y ojeras marcadas, leyendo un libro hasta que me vio entrar y lo dejó sobre una mesilla, apoyándose al tiempo en su bastón para levantarse.

—Disculpe que no fuera a recibirle —dijo con voz débil, apenas provocando un débil murmullo en la estancia—, supuse que no tendría problemas en encontrarme. ¿Es usted el nuevo Alcalde de Europa?

—No, señor, no lo soy. Ojalá lo fuera.

—Entonces —se interrumpió, como buscando una nueva manera de dirigirse a mí— eres un nuevo Curmur.

—Así es. Soy 52-03.

El hombre se alisó la barba y suspiró.

—Cincuenta y dos… llevo ya treinta siglos en este mundo, hijo… y se me pasan como si fueran días. ¿No te importará que te haga algunas preguntas?

—En absoluto.

Y así hizo. Me preguntó cosas tan aparentemente triviales como si aún existía el chocolate o los cigarrillos, y una vez se enteró de mi profesión, otras de carácter más profundo como si había alguna esperanza de recuperar la flora del planeta. Yo no le mentí.

01-01, por encima de todo, era un hombre que desprendía

una gran sabiduría. Seguramente no sería el hombre más inteligente que haya existido jamás, pero sí el más experimentado. Sus ideas y opiniones, aunque no exentas de cierto lógico conservadurismo, eran muy visionarias para lo que de él cabía esperar. Un hombre sin igual que fue hecho Curmur cuando tenía demasiada edad, y para el que los continuos achaques de la anciandad debían suponer una auténtica tortura. Sin embargo poseía cierta entereza que no había conocido antes en ninguno de mis contemporáneos. Una mente excepcional en una época que no le había tocado vivir.

Tal vez por eso me sorprendió tanto su reacción.

—Es hora de que hablemos de ti, hijo. ¿Qué te trae por aquí?

—Es algo… algo que veo en el mundo que nos rodea. Algo que no encaja como debiera. No sé expresarlo con propiedad…

01-01 me miró fijamente y como si de repente tuviera treinta años como yo se sentó, rápido pero sin prisas, de nuevo en su butaca.

—Ya veo… pensé que venías a hablarme de tu soledad, a buscar un alma gemela, pero lo que buscas son respuestas.

—Sin embargo busco las respuestas de igual a igual. No busco más que su punto de vista.

—¿Mi punto de vista? Es posible que difiera mucho del tuyo.

—¿Por qué lo cree así?

—¿Crees en Dios?

—No, pensé que lo sabía. Ya no existen religiones salvo en algunos puntos aislados de la ciudad de Asia.

—Ahí lo tienes. Mi opinión, si es que quieres conocer la opinión de un pobre hombre del siglo XXII, es que Dios nos ha castigado con un don por desafiar sus leyes.

—Pero eso es ridículo. La física tiene algo que ver con ello, no los designios divinos.

—¿Qué es lo que ves, hijo? ¿Animales que matan? ¿Hombres que mienten, engañan, estafan, dominan? Ves el mal en lo que te rodea. Yo fui el primero en verlo, y lo llamé el Brillo del Mal. Todos después de mí lo siguen llamando así. No sólo lo que tiene el Brillo del Mal es malo, al revés también; sólo lo malo posee el Brillo del Mal.

—Pero no tiene ningún sentido…

—Y aun así sabes que es verdad. Pero empiezo a comprenderte… yo era como tú… pensaba que tenía el poder de ayudar a los demás… de convertirme en la luz entre las tinieblas.

Eso fue hasta que vino Ella… aún no has hablado con Ella…

—¿Quién es ella?

—Pronto lo sabrás, hijo. Pero por favor escúchame. No podrás ayudar a nadie con lo que posees. Otros como tú lo intentaron a lo largo de los siglos y se encontraron con el fracaso. Verás guerras… cruentas, sangrientas, donde el hombre es bestia y la bestia es hombre… y por todas partes, rodeándote, estará el Brillo del Mal. Yo podría salir de aquí, hijo —se levantó y me mostró un panel disimulado junto a la puerta—. Esto de aquí abre un túnel al exterior, allí —señaló al fondo—. Hace siglos lo llegué a usar alguna vez. Pero ya no. No soporto la mirada constante del Brillo del Mal. Como puedes ver, nada en esta habitación lo posee. Todo lo que lo tuviera, lo alejé de mí cuanto pude.

—Pero tiene que haber algún motivo por el que poseamos tal cualidad…

Sin mediar palabra empezó a alejarse de la habitación. Sin embargo el eco de sus palabras sí sonó claro en aquel momento.

—Hazme caso, hijo… ignora el Brillo del Mal…

A veces me sorprendo al recordar la facilidad con que seguí el consejo de 01-01. Por lo menos inicialmente. Más que hacerle caso a él, su actitud alienante me convenció de que lo que me ocurría no respondía más que a una extraña patología resultado de jugar a ser Dios con las criaturas de la naturaleza. Pero no era más que eso, una patología. No un mensaje divino, no una señal oculta, no un poder a comprender y aprovechar.

O eso pensaba yo hasta que se presentó ella.

Ocurrió en uno de esos neoparques que tanto acostumbraba a visitar, de los que solían tener gran cantidad de esculturas de mármol de árboles ya desaparecidos por todas partes, distribuidos siguiendo pautas caóticas que siempre me extrañaron. Alguna vez he leído testimonios de personas que convivieron en la época de coexistencia de dichos neoparques con los que aún poseían vegetación, los llamados parques a secas. A la mayoría de ellos esos lugares lúdicos les traían un inconfundible aroma de muerte y quietud fantasmal en comparación con los que estaban acostumbrados a disfrutar. He intentado muchas veces imaginar cómo sería estar en un parque. No sólo limitarme a verlo en documentos, sino proyectarme en sus avenidas verdes y frondosas, sus paseos vivos, llenos de toda clase de plantas agitándose con el

viento, silbando entre ramas; he tratado una y otra vez de asimilar el concepto de las estaciones no sólo como un cambio de temperatura, también como un ciclo cromático, unas veces decadente, otras veces vivo y explosivo, pero siempre en movimiento, cambiante, alejado del eterno gris de las máquinas depuradoras que se ven a lo lejos, grandes como colosos allá donde supuestamente antes hubo horizonte. Nunca lo conseguía, pero no dejaba de intentarlo. En parte era ese el motivo por el que iba a los neoparques, y por el que fui aquel día concreto. Para recordar que hubo una vez en que no todo en ellos fue frío, blanco y rígido, aunque no pudiera concebir cómo era.

Me acerqué al centro del neoparque y me senté en un banco, a la sombra de un antiguo monumento de hormigón dedicado a un olmo. Los primeros neoparques solían ser de tal material, pero acabó por quedar en desuso. Al parecer era fuente de múltiples depresiones entre los habitantes que aún habían conocido aquello que se representaba, especialmente los días de tormenta, unas moles oscuras y pétreas destacadas entre la agresividad de los rayos, sucias por el efecto del agua cayendo a lo largo de sus paredes estriadas. Después de aquel fracaso se probó un segundo tipo de neoparque basado en el vidrio, pero tampoco prosperó. A veces me pregunto por qué.

Aunque normalmente el olmo petrificado era el objeto en que solía centrarme para dejar fluir mis pensamientos, uno detrás de otro en una inconsciente y eficaz cadena lógica, aquel día vacié mi introspección y miré al exterior. Por todas partes estaba aquello que 01-01 había llamado el Brillo del Mal, algo que estaba empezando a ignorar, como la mayoría de los Curmur antes que yo había hecho. De repente vi a una mujer joven, de unos treinta años, acercándose a la plaza a través de una de las marmóreas avenidas. Vestía ropa formal, de moda en aquella época en el siglo LII, además de ir abrigada con una amplia gabardina. Al andar tenía que apoyarse en una muleta que llevaba en la mano izquierda, debido a lo que parecía una leve cojera. Era extremadamente bella, como proveniente de otro mundo. Pero hubo algo en ella que me aterrorizó.

El Brillo del Mal era tan acusado en ella que casi me provocaba dolor mirarla.

Traté de ignorarla, pero al llegar a mi altura se sentó en el banco y dejó la muleta a un lado. Era como si hubiéramos quedado de antemano.

—Me alegro de conocerte, 052-03 —dijo sin dejar de mirar el olmo.

—¿Quién es usted?

—Pensé que 001-01 te habría hablado de mí. Supongo que con el paso de los siglos tiende a abreviar sus disertaciones.

—¿Es usted una Curmur?

—Así es.

—¿Cuál es su *nombre*?

Entornó los ojos antes de contestar. Miré fijamente y no me gustó lo que vi en ellos. Aparté la vista y me centré de nuevo en el olmo.

—Soy 666-01.

Me estremecí. No de manera que ella pudiera percibirlo. O eso pensaba yo.

—No la creo —afirmé con miedo—. Según esa numeración…

—…provengo del siglo DCLXVI. Un siglo tan alejado del tuyo que la idea de los viajes en el tiempo no parece un sueño inalcanzable.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—No tiene interés ni siquiera para mí. Aunque a lo largo de los siglos he tenido otros… doce, para ser exactos. 666-01 es, por decirlo de alguna manera, el decimotercero, y el que de verdad expresa mi naturaleza. Los otros… no son más que producto de las supersticiones.

—Usted es… es quien decía 01-01, pero él… él hablaba de usted como si fuera…

—Supersticiones, no son más que supersticiones —dijo como disculpándose—, aunque debo admitir que en ocasiones resultan útiles para convencer a sujetos como él, que aún siguen esclavizados bajo la creencia del alma inmortal, algo que tanto él como tú y yo ya tenemos al alcance de la mano.

No supe qué decir, porque en el fondo estaba de acuerdo con ella. Y eso era lo que más me atemorizaba.

—He venido aquí porque deseo hablar contigo, 052-03. Quiero contarte la verdad, algo para lo que los Curmur de siglos muy anteriores al tuyo no estaban preparados. A ellos tuve que contarles fábulas y leyendas, incluso a los que eran posteriores al segundo milenio, los que pertenecieron a la tan sobrevalorada edad futura. No obstante debo reconocer que vestían con buenas ropas —dijo alisándose la gabardina—. Diseño del siglo XXI, si no recuerdo mal. Muy parecido a lo que ahora imitáis sin saberlo.

—¿Qué es lo que quiere?

—Como ya te he dicho, vengo del futuro, 052-03. Soy la última Curmur de la historia de la humanidad. El mundo tal y como lo conocemos se inmoló a sí mismo a mediados del siglo DCLXVI, dejándome como única superviviente en una tierra envuelta en llamas. No deseo aburrirte con detalles.

»Al igual que tú fui sometida al proceso que me convirtió en Curmur a los treinta años. Por supuesto llevábamos muchos siglos empleando mejoras de la máquina que usaron contigo, pero en mi caso introdujeron, sin saberlo, una serie de modificaciones… esenciales. Lo llamaban el Atomizador, porque alteraba la esencia ya no de las células sino de los átomos que las componían. El propósito era experimentar en los nuevos aspirantes a Curmur posibles mejoras, resistencia a enfermedades a las que sujetos como tú sucumbían, es decir, sucumben. Y en cierto modo… lo lograron. Pero no como ellos pensaban.

»La barrera entre el espacio y el tiempo, 052-03, es muy delicada. Gracias a aquella máquina me otorgaron tal control sobre mi propio cuerpo que era consciente de todos y cada una de los átomos que lo componían, no ya en mi época, sino más allá de ella. ¿Alguna vez te has planteado qué fueron en el pasado los átomos que componen tu cuerpo? ¿Parte de un hongo? ¿De una montaña? ¿De Napoleón Bonaparte? Mira a tu alrededor y sabrás la respuesta.

Por todas partes estaba, rodeándonos, el Brillo del Mal. De repente todo objeto, persona o animal que lo poseía se quedó inmóvil y me *miró*. No sé cómo expresar que el banco de metal de un neoparque me mirara, pero juro por Dios que esa es la sensación que tuve. Yo, que ni siquiera pertenecía a ese porcentaje de miserables que creían en Dios.

—¿Empiezas a entenderlo? Tal vez necesites una pequeña muestra de lo que te estoy diciendo.

Apenas hubo acabado, un trozo del banco se desprendió sin motivo aparente y atravesó la garganta de un perro que caminaba cerca de donde estaba. El animal cayó fulminado en el acto. Miré el banco de metal y reflexioné acerca de la fuerza que sería necesaria emplear para arrancar tan siquiera un minúsculo pedacito.

—Tal vez sea conveniente una muestra más.

Un hombre con el Brillo del Mal se metió la mano en el abrigo y sacó un pulverizador de fotones. Sabía que debía ponerme a cubierto, pero tenía la sensación de que nada me iba a pasar. Disparó contra una pareja joven que andaba por la avenida, no dejando más que sus huesos carbonizados. Se oyó un chillido y un

par de transeúntes, exentos del Brillo del Mal, se lanzaron sobre él para reducirlo. Los gritos de pánico eran ensordecedores. Sin embargo 666-01 se levantó con parsimonia y empezó a andar ayudada por la muleta, dejando a sus espaldas los acontecimientos que al parecer había provocado. La seguí.

—¿Por qué hace todo esto? ¿Por qué?

—Aún no lo has comprendido.

Se paró y sostuvo la muleta en el brazo, apretando un extraño y diminuto botón que tenía implantado en la palma de la mano. Me agarró fuerte del hombro y en aquel momento sentí que el mundo a nuestro alrededor se difuminaba. Apenas fue un momento, y cuando pude volver a enfocar me sobresaltó el estruendo de las bombas neutrínicas y los pulverizadores de fotones. Sin embargo sonaban distintos, como si fueran modelos mucho más antiguos. 666-01 seguía junto a mí. Su gabardina oscilaba con el viento artificial, provocado por lo que reconocí como Vehículos de Embestida, una salvaje y arcaica máquina de matar. El cielo rojo oscilaba sobre nuestras cabezas. Era un crepúsculo aterrador.

—¿Dónde estamos? —grité para elevarme por encima del ruido.

—Estamos en el siglo CCCXVII. Estás siendo testigo de la guerra entre la ciudad de Europa y América, no la más cruel de las que han asolado este mundo, pero suficiente para mostrarte de qué estamos hablando.

A sus órdenes una columna de roca con el Brillo del Mal nos elevó por encima de la batalla, otorgándonos una vista impresionante. Ambos bandos se distinguían con claridad, así como los distintos frentes de batalla. Por un momento me pareció que con la mirada podía abarcar todo territorio que sobre la Tierra existiera, como si hubiera sido puesto ante nuestros ojos.

Y por todas partes, reluctante y victorioso, estaba el Brillo del Mal.

En los vehículos. En los soldados. En los cadáveres. En las armas.

—¡Mira atentamente, 052-03! ¡Mira el mundo al que perteneces! ¡No pretendas darme lecciones de moralidad, a mí que soy como una fuerza de la naturaleza, a mí que soy la responsable de TODO el dolor, de TODO el sufrimiento que desde el principio de los tiempos asola este planeta!

—¡Pero el Mal es un concepto inherente a la propia naturaleza racional!

—¡Te equivocas, 052-03! ¡El hombre es bueno por naturaleza!

—¡Pero usted es parte de la raza humana!

Los gritos, los estruendos cesaron de repente, y sólo quedó un vacío oscuro que nos envolvió a ambos.

—Ya no, 052-03… ya no.

Y volvimos de nuevo al neoparque.

—Ahora ya comprendes —dijo con calma.

—¿Qué quiere de mí? —pregunté.

—Sólo que calles. No exijo más que eso. Si hablas… morirás. O tal vez no te mate, sino que te deje vivir por toda la eternidad. No hace falta ser excesivamente cruel para torturar a un Curmur hasta tal punto que desee por él mismo la muerte.

—Yo… callaré.

—Eres sensato. Más que tus antepasados. Aprovecha esa sabiduría para otorgar consejos a tus dirigentes. Los necesitarán.

Volvió a apretar aquel extraño botón de su palma y desapareció como si fuera una perturbación ocular provocada por un espejismo desértico. Me quedé de nuevo solo frente al olmo gris y compacto. Una vez volví de mis abstracciones reparé en que se habían llevado los cuerpos de los dos jóvenes carbonizados. Un soldado trataba de calmar a los transeúntes asustados en lo que sus compañeros se llevaban al asesino. Pude distinguir claramente en ellos el Brillo del Mal.

Pasó el tiempo pero no podía dejar de pensar en lo que había descubierto acerca de la historia de la humanidad. La Maldad, un concepto que se creía global, extendido a todo representante de nuestra raza, era en realidad un concepto local, limitado a un único ser, causante de todos los tormentos de los desdichados hombres desde que éstos aprendieron a moverse con sólo dos patas. Lo que muchas religiones predicaban era cierto. Una sola entidad era la causante de la infelicidad del hombre. Una entidad cuyos múltiples y arcanos nombres no me atrevía a pronunciar.

En mi interior deseé rebelarme. Más que por un sentimiento de heroísmo, por una necesidad de individualidad, de no sentirme dominado ni controlado. Un burdo intento de recuperar el control de una vida que nunca había sido enteramente mía, y menos a

partir del momento en que me hicieron Curmur. Traté de evadirme lejos en busca de un lugar, de un sitio donde no llegara el Brillo del Mal, donde *ella* no me estuviera mirando, vigilando mis pasos para efectuar la próxima jugada.

Fue inútil. Era como intentar huir a donde la oscuridad no llegara. Poco importaba el destino que escogiera, desde las profundas ruinas del centro de Europa a los extensos y solitarios bosques marmóreos del barrio de Ucrania, pasando por las inmensas depuradoras de aire inglesas, de entrañas voluminosas y laberínticas. El Brillo del Mal siempre estaba allí, bajo formas y apariencias que no era capaz ni de sospechar. Era aquella una pobre e inútil forma de sublevación infantil, de desafío a los dioses, que no pudo más que tener un lógico y esperable final.



Ilustración: Chema Lera (España)

Ocurrió en el extenso desierto del barrio de Holanda, aunque bien pudo haber ocurrido en cualquier otra parte. Un nuevo intento de escapar del Brillo del Mal que se convirtió en el último por motivos ajenos a mi voluntad. Después de haber ayunado lo que me parecieron cuarenta días y cuarenta noches tuve hambre, y pasé por momentos terribles, pero estaba solo. Solo al fin en todos los sentidos, incluyendo aquellos nuevos que había aprendido a percibir. Una extensión plana de arena se extendía ante mí, sólo empañada fugazmente por algún edificio ruinoso y lejano. Lo había conseguido. Había escapado a su control.

A veces me sorprendo al recordar lo iluso que podía llegar a ser.

De todas partes de donde era posible que surgieran, inicialmente fuera del alcance de mi vista, una multitud fue poco a poco llenando el vacío paisaje hasta constituir un aberrante ejército formado por toda clase de personas, con independencia de sexo, edad, paradero, raza ó estatus social. Sin embargo todos ellos tenían

algo en común: poseían de forma inequívoca el Brillo del Mal.

No traté de huir, pues no había dirección en la que no me cruzara con ellos. No traté de esconderme, pues no había lugar material donde poder hacerlo. Hice lo menos sensato, lo único que podía hacer: permanecer inmóvil y esperar.

Y como supuse ella apareció.

Cerca de mí, donde pudiera verla con claridad. Ni siquiera supe si se había presentado de repente o ya estaba allí desde hacía mucho. En la situación en la que me encontraba resultaba sencillo no caer en detalles como aquel.

—¿Por qué tratas de esconderte?

No respondí.

—Pensaba que te limitarías a vivir el resto de tu eternidad olvidándote de todo este desagradable asunto. Por desgracia para ti veo que no es así.

—Dijiste que mientras callara, no me matarías.

—Lamentablemente no puedo arriesgarme. No creo que tengas intención de permanecer…

Y en aquel momento hice la que probablemente fue la mayor locura de toda mi vida. Me lancé sobre ella.

Fue como si hubiera comprendido que se trataba de mi única posibilidad. La muchedumbre se acercaba, pero aún estaba lejos, y en su omnipotente arrogancia, 666-01 no había previsto la posibilidad de que alguien estuviera tan loco como para tratar de atacarla directamente. Ambos caímos al suelo y la muleta se deslizó lejos de nuestro alcance. No tenía el Brillo del Mal.

Pensándolo en perspectiva, comprendí cuál había sido su actitud en aquel momento. Si me iba a matar en un lugar sin testigos, donde poder desplegar todo su poder, el desierto era más que idóneo para ello. Sin embargo no contó con que eso también suponía una ventaja para mí. Ventaja que no aproveché demasiado bien.

666-01 me asestó un puñetazo en la mandíbula al tiempo que sus hordas se acercaban a toda velocidad. No era una mujer especialmente fuerte, pero estaba atacando a un Curmur, una criatura a la que bastaba con que la arañaran para que se retorciera de dolor. Tratando de luchar contra la extrema agonía que invadía mi cuerpo, forcejeé como pude, sin saber muy bien qué hacer ni para qué, sólo intentando actuar, conseguir algo antes de que aquel grotesco ejército se me echara encima y me descuartizara como un trozo de carne en la picadora. Fue en aquel momento cuando, más

por accidente que por decisión propia, la agarré por la muñeca y apreté el minúsculo botón que tenía implantado en la mano. Los resultados fueron similares a los que ya había vivido antes; la sensación de no poder enfocar, de perder nitidez, de entorno que desaparecía ante mí, pero resultó ser mucho más larga que la vez anterior. Los motivos los ignoraba, pero la sensación de mareo fue suficiente como para perder el conocimiento antes siquiera de averiguar nuestro paradero.

Cuando desperté me encontré a mí mismo en un edificio que me resultaba familiar. Se trataba del búnker que había conocido como el hogar de 01-01, sólo que mucho más ruinoso, ciertas secciones de pared derribadas y partes del techo al descubierto, pero al parecer aún operativo y útil para la función para la que había sido diseñado, función que parecía haber desempeñado con éxito, siendo los desperfectos menores que mencionaba una prueba aparente de ello. Me levanté aturdido sin tener una idea clara de cuánto tiempo había estado sin sentido, aunque lo que más me preocupaba era saber qué había sido de 666-01 y sobre todo por qué no estaba muerto. Avancé por el interior de los pasillos azulados apoyándome en las paredes hasta que llegué a la biblioteca donde había hablado con 01-01. No esperaba que las cosas estuvieran como cuando las observé por última vez allí, pero lo que me encontré superó en cierto modo mis expectativas. Junto a la puerta había una nueva ventana blindada, de una forma difícil de describir, que mostraba el exterior, un infierno de llamas y lenguas de lava extendiéndose por todas partes bajo una noche de oscuridad impenetrable, sólo alumbrada bajo el eterno brillo de un cielo estrellado cuya distribución en constelaciones fui incapaz de reconocer. Sólo en algunos puntos aislados podía distinguir pequeñas zonas de tierra aisladas, como si fueran islotes en un mar rojo y ardiente. Las llamas crepitaban y se agitaban, pero no parecía haber corriente de viento alguno, sino extraños fenómenos que nunca antes había visto pero que, según deduje a partir de mis escasos conocimientos en el tema, tenían que ver con la irradiación directa de rayos cósmicos y ultravioleta sobre la superficie terrestre. Traté de acercarme con cuidado a la ventana, pues seguía mareado, pero de repente 666-01 se asomó por otra puerta que tampoco estaba ahí cuando visité a 01-01. Llevaba un objeto en las manos que, a pesar de no haberlo visto en mi vida, no me costó identificar como un arma.

—¿Te gusta mi siglo, 052-03? Hasta un poeta ciego lo

apreciaría.

—Por eso me apuntas con un arma… aquí no tienes poder alguno. Los átomos que forman parte de ti están, simplemente… en ti.

—Eres inteligente, pero no lo suficiente. Esto se acabó. Apártate de la ventana.

Me alejé del cristal blindado y me apoyé en el marco de la puerta. Estaba muy débil pero un plan se fraguó en mi cabeza. Sólo tenía una posibilidad.

—¿Fuiste tú la causante de este Apocalipsis? —pregunté para ganar tiempo.

—Nadie provocó esta destrucción más que el tiempo mismo. Yo soy la única superviviente porque residía en este búnker cuando los acontecimientos más drásticos sucedieron. Muchos quisieron entrar por la fuerza pero no lo lograron. Otros muchos trataron de usar la cronotecnología, aún en fase de pruebas, para escapar, pero tampoco lo lograron. Esto es todo lo que queda. Esto y el fuego. Cuando no queda nada, el fuego sigue ahí —dijo señalando la ventana—. Y ahora, adiós.

No tenía ni idea de lo que el aparato que ella llevaba iba a hacerme, pero corrí a los controles próximos a la puerta y los apreté. Tenía que ganar tiempo como fuera.

Una compuerta acristalada bajó a toda prisa y nos separó en lo que sirenas de alarma sonaron por todo el búnker, impregnado con luz roja allá donde se mirase, lejos del tono azul que en el siglo LII lo caracterizaba. 666-01 disparó y una extraña onda de energía surgió del arma, impactando en la compuerta y dejando una marca oscura sobre ella. Parte de la compuerta se desintegró, aunque aún servía para dividirnos. No por mucho tiempo, deduje.

—Se acabó, 052-03. Aquí se separan nuestros caminos.

—Tienes razón —pronuncié con voz desconocida para mí en lo que dejaba al descubierto el panel disimulado que en su día 01-01 me enseñó.

666-01 me miró. Por un momento creí ver compasión en sus ojos.

Cerré los míos y apreté el botón.

Tal y como dijo el anciano Curmur, un túnel se abrió al fondo de la habitación. Si lo supe fue no porque viera abrirse la puerta, sino porque de repente una violenta corriente de aire entró con fuerza en la mitad de la sala donde ella estaba y la succionó sin que opusiera resistencia alguna. Poco importaba que lo hubiera hecho,

pues la diferencia de presión entre el exterior y el interior fue tan grande que llegó a arrancar trozos enteros del interior del búnker, arrastrándolos a cielo abierto sin importar lo que encontraran a su paso. Supongo que 666-01 murió en cuanto alguno de esos trozos chocó con ella a velocidad suficiente como para destrozarla. De no ser así, no me cabe duda de que al salir al exterior la diferencia de presión, unida al fuego y a la radiación cósmica y ultravioleta, acabaron con ella de formas que preferí no tratar de especular. Cuando hubo transcurrido un rato cerré de nuevo el túnel y me dejé caer agotado. Estuve varias horas sin moverme hasta que junté suficientes fuerzas como para ponerme de nuevo en pie y explorar la parte del búnker por la que aún podía moverme, pues la zona donde 666-01 estaba se había vuelto completamente inaccesible. No tardé en darme cuenta de que estaba atrapado para siempre en aquella fortaleza moribunda, ya que la única posibilidad de regresar a mi época había desaparecido sin remedio.

Al cabo de un rato de avanzar por intrincados pasillos llegué a una sala amplia y al fondo lo vi. No era como imaginaba, pero no tuve ninguna duda de que se trataba de aquel Atomizador que 666-01 mencionó cuando se presentó ante mí. Reflexioné ante la posibilidad que los míos tenían a partir de entonces de vivir una época de eterna paz y prosperidad, pero recordé mis propias palabras acerca de la naturaleza humana y recapacité. Entré en la inmensa máquina, la puse en marcha y una vez me hubo irradiado todas las dudas desparecieron y por primera vez lo comprendí con claridad.

El mundo no sería mundo sin el Brillo del Mal.

Miguel Ángel López Muñoz tiene 25 años, es de Madrid, España, y estudia ciencias matemáticas. Escribe desde hace cinco y ha publicado en NGC3660, Alfa Eridiani, Golwen y Miasma. Tiene el ingenuo proyecto de tomar por asalto a las editoriales cuando se sienta preparado. Mientras tanto alienta dos sueños: ser profesor doctorado de matemáticas y escritor profesional.

Neurofeedback

Mauricio Absalón

I.P. / persona / 101.321

…el puño en la quijada. Nuestro codo cruje al asimilar la presión del antebrazo y sabemos que cuando eso pasa es un knockout. El secuestrador suelta la navaja y cae boca abajo. Dos hombres se nos aproximan por ambos lados, saltamos, un giro de gancho y nuestra bota golpea una nuca mientras los nudillos revientan un tabique nasal. Los hombres yacen en el cemento del almacén. Una bala perfora el embalaje detrás de nosotros, muy cerca del hombro derecho. Sacamos la glocky al tercer tiro le volamos los sesos al francotirador de la grúa. Las cajas rompiéndose en la caída atenúan el crujido de los huesos del tipo. La operación secreta dejó de serlo. Una cortina del almacén se levanta y entran los comandos federales. Nos saludan con gesto militar: Buen trabajo, oficial Stransky.

Situación controlada. Nuestro corazón late aprisa, respiramos profundo un par de veces. Más tranquilos miramos el piso, levantamos la navaja. Un trofeo. Caminamos fuera del almacén, hay papeleo por hacer. Los federales sacan a dos secuestradores esposados, los paramédicos varios bultos cubiertos por sábanas blancas. ¿Se movió ese cadáver? No, seguramente estamos ansiosos.

Subimos al Interceptor. Rugen diez cilindros bajo el cofre negro. Nos vamos a casa, que otro oficial haga el papeleo.

Log-off… / Neurodevicedisconnected

Me tiro al sofá, estoy rendido por la misión. Antes de que me quede dormido consulto el monitor para saber cuántos usuarios se logearon a mi interfase. Bien, casi dos millones. Si no fuera por los créditos que deja el broadcast no me alcanzaría para nada con el salario de agente federal. Mi persona-reality es el I.P. más visitado en la red. Aún hay más de cincuenta mil logeados percibiendo a través de mí como no hago nada. Oprimo el control remoto del reloj en mi muñeca y apago el broadcast, estoy off-line. Nunca pensé en ser famoso. Debe de ser porque las misiones se han vuelto peligrosas, aún así, nunca me han herido. Aunque… hoy estuvo cerca. Ese disparo. Me distraje.

Algo me molesta en la bolsa de la chamarra, es la navaja. Miro el brillo del metal; extraño, no parece tener filo. ¿Cómo pensaba herirme con esto? Cuando visite a Andoni le pediré que la afile, sabe mucho de cuchillos. Me quito las botas con los talones, está venciéndome el sueño.

—Nadie debe saberlo comandante, y menos él.

—Pero desperdiciamos a uno de nuestros mejores agentes en su circo multimedia.

—No olvide que nuestra compañía, ese circo que usted dice, subsidia el 80% de su presupuesto.

—Está bien, pero… ¿Utilizar a un agente verdadero? Apenas le queda tiempo para las misiones reales. ¿Por qué no contratamos a otro actor?

—No funciona así. El público ama el concepto persona. Alguien común y corriente que viva experiencias fuera de lo normal. El reality.

—Pero todos los demás son actores, los disparos y explosiones, efectos especiales. ¿No podríamos decirle que sólo es un show? Últimamente lo hemos notado ansioso.

—No comandante. Los patrones neuronales cambian cuando se actúa. El público sabría que es una farsa. Además su agente no corre ningún peligro real.

—Salvo un colapso nervioso, un día de estos, por ejemplo.

El videoteléfono me ha despertado. Es Andoni. No debería tener arreglos con hackers, pero es la única forma de conseguir conexiones ilegales. ¿Estoy off-line? Sí. Andoni me ha citado para ser mi Guía en El Último Reducto.

Me quito el uniforme, los Cromos no son bienvenidos ahí. Tomo la chamarra de cuero y los pantalones de mezclilla. Escondo la glock en mi tobillo y dejo holgadas las hebillas de la bota, uno nunca sabe.

Necesito autologearme… ojalá Andoni me consiga un buen server, uno rápido.

—¿Cuántos retiros de persona-reality se hicieron el mes pasado?

—Cincuenta y tres, todos por autologeo.

—Lo que hay que hacer es retirar a los Guías, son una escoria.

—¡Hey! Hemos retirado casi todos los anfetas, diseñadores y traficantes. Si hay un nuevo vicio es por el broadcast y la ansiedad que produce.

—Tú retira a los guías, cada I.P. que cancelamos es inversión perdida.

—OK, tal vez necesitemos algo de hightech, digamos nuevos rastreadores.

—Negocios, estamos haciendo negocios aquí. Mándanos una solicitud, te daremos lo que pidas, es preciso acabar con el neurofeedback.

—No sé, alguna opción para colocarse tiene que tener la gente. Ya no hay drogas en la calle.

—Pues dejen circular algo de anfetas, el juego del autologeo le sale muy caro a la compañía.

La música suena bien, algo de los Velvet Underground.El anacronismo de este bar me gusta, todo sucede aquí al mismo tiempo. En la barra del Último Reducto me saluda un tipo, me reconoció del broadcast. Le digo que yo no soy Stransky y se deprime, no sin antes echar una ojeada detrás de mi oreja. ¡Pobre imbécil! Como si la inserción del neurotransmisor dejara cicatrices. Debo evitar verme en los espejos cuando estoy on-line, o tal vez solicite la descarga de la versión 3.7, cada usuario verá su cara en lugar de la mía con la 3.7.

Me llevo la cerveza al sótano. Andoni ya debe haber llegado. Bajo las escaleras y un neopunk me pide anfetas, lo empujo sin mirarlo. Jodidos junkies, creen que las cosas se pueden conseguir tan fácil. El pasillo es largo y las tenues luces parpadean, el neón se les escapa. El piso está minado por cuerpos alcoholizados. Al final del pasillo, junto a la puerta, dos darkies se devoran, no logro identificar a la mujer, creo que ninguno es mujer. Golpeo la puerta; un gorila rastafari abre, me pide contraseña. —Que se jodan a Marley por el culo. —Hubiera preferido decir “cojan”, pero así es la contraseña. El gorila me deja pasar, indignado seguramente por la frase, pero es ese el estilo de Andoni; nadie insultaría al rastafari

intentando adivinar la contraseña. Debajo de una lámpara mosqueada está el reclinable, el viejo cuero pardo con marcas de uñas. Detrás del server, Andoni y su media sonrisa parestésica producto del mal diseño de anfetas. Me saluda y entrega el boucher electrónico. Deslizo mi tarjeta y me dejo caer en el reclinable. ¡Te vas a quedar sin un centavo, Cromo!, dice mordaz Andoni, arrastrando las palabras. Sólo conéctame, y no me llames Cromo, etarra de mierda. Andoni no se molesta, nunca he logrado hacerlo enojar. Al acomodarme en el reclinable saco la navaja, se la entrego a mi Guía. ¿Podrías afilarla mientras estoy conectado? Él guiña un ojo y enciende el hub. En el server teclea rápido como el demonio, consigue un feedback con medio segundo de atraso únicamente. Me logea a mi propio broadcast, Andoni es de los mejores guías del neurofeedback, en un segundo estoy dentro de mí…

La visión de casa de espejos y la cacofonía de sonidos, mover las manos dejando una estela. Repetición, repetición, repetición. Andoni se multiplica por infinito convirtiéndose en una línea que escapa de la visión periférica. Cierro los ojos para concentrarme, me observo observándome, me vuelvo neuroconciente. Todo es un túnel de mí, viajo dentro de la mente y cada cuestionamiento nuevo se reproduce en copias que se disuelven detrás del túnel. Cada darme cuenta de algo, cada saber qué pasa explota en euforia repetida, si intento pensar rápido logro poner en pausa mi mente, las ideas se atropellan a sí mismas y se vuelven ininteligibles. Entonces el blanco y el eco, el feedback de la conciencia. El último pensamiento se vuelve eterno…

—Disculpe que lo llame tan tarde, tenemos un problema logístico.

—¿Qué necesitas?

—El caso de los traficantes está listo, pero no hemos conseguido stunts para la volcadura.

—¿Entre tantos agentes no tienes un buen conductor?

—No queremos involucrar oficiales en el broadcasting.

—Te mando un piloto. Ustedes preparen bien el auto, no queremos que Stransky se lastime.

—Eso no es problema, lo difícil será convencerlo de que él no maneje.

—Nosotros nos encargamos, el piloto será convincente… Adecuado al patrón de Stransky.

—Es su espectáculo, ustedes saben… ¿Viernes a las diez? Se arruinará el fin de semana.

—Es el horario de mejor audiencia. Recuerda el presupuesto, tus juguetes salen caros.

—El viernes entonces, estamos en contacto.

Estoy cansado, pensaba ir a El Último Reducto pero tenemos una misión. Me asignaron una compañera nueva, me gusta, la he dejado conducir. Si acabamos temprano le pediré que me acompañe al bar.

—¿Te has autologeado alguna vez? —La pregunta de Jessica me pone nervioso, estoy on-line.

—No, nunca.

—Me pregunto cual será la sensación, estar dentro de uno mismo.

—Supongo que como cualquier droga.

—Pero no causa adicción. ¿O sí?

—Todo causa adicción. ¿Cuántas horas le dedicas al trabajo? Lo importante es qué tan peligroso pueda resultar.

—El neurofeedback mata.

—Si el tiempo de retroalimentación es muy corto, sí. Entonces el cerebro se fríe.

—Ese es el problema, dicen que el efecto neuroconciente se incrementa cerca del límite.

—Eso dicen… ¿No se encendió una luz en el segundo piso? —Desvío la conversación y señalo al fondo del callejón. Jessica toma los infrarrojos y observa, mantiene la respiración y abre imperceptiblemente la boca. Me gusta el gesto de anticipación en su cara.

Estamos esperando que terminen una transacción. Debemos seguir al deportivo cuando el negocio se haya concretado. Sin pruebas no podemos enlatarlos, aunque lo más probable es que los matemos a todos. Siempre es así. Jessica no deja de fumar, tamborilea los dedos en el tablero, no se ha desabrochado el cinturón y me ha pedido que yo tampoco lo haga. Creo que espera acción en el vehículo. Yo también aunque preferiría conducir…

Broadcast… login… access

…en la curva derrapa nuestro auto, la inercia nos lanza contra la puerta. El CLK se aleja en las curvas pero nuestro Interceptor tiene mucha potencia y en las rectas le damos alcance. Hemos salido de la ciudad y nos acercamos a los depósitos de basura. La velocidad nos enciende, los ojos azules de Jessica concentrados en el camino y sus brazos angulosos controlando el volante también. Sacamos la ametralladora por la ventanilla mientras Jessica comienza a defensear al CLK. Los traficantes se agachan bajo la lluvia de astillas de los cristales en su auto. Las detonaciones repetidas en nuestra arma crispan los tendones del brazo, el CLK es ahora una coladera.

—…creo que omitimos un detalle. Estábamos revisando los neurofiles y…

—¿Cuál es el problema comandante?

—Olvidamos retirarle una navaja a Stransky que recogió en el evento del almacén. No sabemos si aún la porta. Escribió su nombre con ella en el locker, no es su actitud regular.

—Enterado, tomaremos precauciones…

Dentro del depósito las paredes de basura me recuerdan el Gran Cañón. Jessica se empareja con el auto de los traficantes, en uno de los choques he perdido la metralleta. El Interceptor es mucho más pesado, no entiendo por qué Jessica no logra sacarlos del camino que se está estrechando. Miro el velocímetro, 140 Km/h, cuando alzo la vista apenas alcanzo a cubrirme el rostro. Nos impactamos contra un contenedor y volcamos.

Los refuerzos del Interceptor evitan que se aplaste el toldo. Cuando dejamos de dar vueltas suelto el cinturón, caigo al techo y me arrastro por el hueco del parabrisas. Un traficante viene hacia mí con un bat, con un movimiento de judo lo desarmo y lo golpeo con el mismo bat. Extrañamente la madera se rompe en el primer golpe. Él ha quedado inconsciente. Escucho un grito y giro la cabeza. Un tipo sujeta a Jessica. Busco la glock en mi tobillo, no está, debe haberse caído en el accidente. El vértigo de un recuerdo me enciende la sangre, traigo la navaja en el bolsillo, la navaja que afiló Andoni.

…acechamos detrás de unos tambos, el traficante sostiene a Jessica de frente, la abofetea. Nos acercamos sin ser vistos. Estamos a dos metros de la espalda del maleante, sacamos la navaja. La luna salpica reflejos en el frío metal…

—…rápido, conéctenme al intercomunicador de Jessica… Escucha, él trae un arma real…

—¡Detente, Stransky! —grita Jessica justo cuando estoy saltando sobre el traficante. Sin entender que pretende, sin poder frenar en el aire, hundo la navaja en la espalda del hombre…

…nunca habíamos matado así; la sangre sobre las manos, la respiración del hombre disminuyendo. Un disparo a distancia no se compara con esto; la resistencia de la piel y el momento en que cede al metal, escuchar gorgoreos del pulmón perforado. Estamos excitados, la mente se nos nubla… Jessica está de rodillas frente al cadáver, llora.

Log-off / new rating record



Ilustración: Guillermo Vidal (Argentina)

—¿Cómo está la chica?

—Mejor, la mandamos de vacaciones. ¿Asuntos internos ya los dejó en paz, comandante?

—Sí, supongo que ustedes tuvieron que ver en eso.

—Es preferible que no suponga nada a menos que se trate del

paradero de Stransky.

—No lo sabemos. Después de participar en la clausura del bar llamado Último Reducto desapareció.

—¿Crees que sospecha algo? Si es así urge localizarlo.

—No sospecha nada. Lo separamos a tiempo de la mujer. Sólo se fue.

—Bien, nosotros también tenemos gente buscándolo. Regresando al asunto del bar, ¿consiguieron atrapar al Guía que operaba ahí?

—No. Escapó. Alguien debió advertirle.

—Parece que sólo en el broadcast la policía atrapa a los malos.

Andoni abrió la puerta de la cabaña y me ayudó a bajar los maletines del jeep. Desempacamos el equipo y lo conectamos. Sentado en una vieja mecedora comencé a relajarme.

—¿Estás seguro, Stransky? No sé bien qué pueda ocurrir.

—Logéame, un microsegundo de feedback. Y ya sabes, pase lo que pase, cuando sea neuroconciente me debes conectar a la red.

—Muchos cerebros se van joder en el broadcast Cromo, además del tuyo.

—El broadcast nos jodió hace tiempo, Andoni.

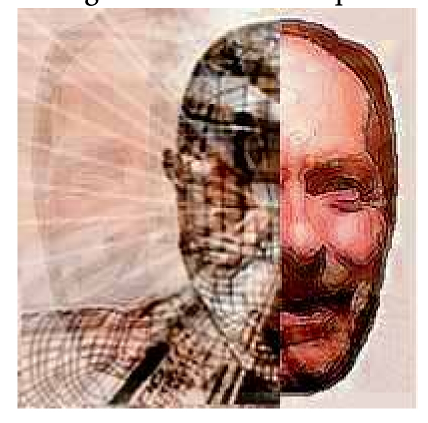
Mauricio Absalón nació en la Ciudad de México en mayo de 1973. Se sintió atraído por la literatura y el cine de ciencia ficción y terror desde muy joven, aunque siguiendo la mejor tradición en la materia ejerció las más diversas actividades: trabajó en un parque de diversiones, como técnico en urgencias médicas en ambulancias y salas de emergencia, de ingeniero de grabación en un estudio de producción musical. Supone que de esta extraña combinación le surgió un fuerte interés por la relación cuerpo-máquina, la biomecánica: el androide y el cyborg. Actualmente estudia en la escuela de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM) y da clases en el área de Expresión y Apreciación Artística (Fotografía y guión de cine y televisión). Nunca antes había publicado.

Inteligencia artificial y el arte de contar historias

Ian Watson



Veamos, ¿qué es lo que una Inteligencia Artificial decide *hacer* consigo misma una vez que se vuelve consciente de su “yo”?



Supongamos que en efecto conseguimos crear una IA (Inteligencia Artificial). O supongamos que una IA emerge espontáneamente de la creciente complejidad de redes de datos existentes. *¿Qué pasaría entonces, desde el punto de vista de la IA?*

A menudo hablamos de las posibles rutas que puedan conducir a una IA. Una pregunta que no nos hacemos con tanta frecuencia es cuáles serían las posibles metas de una IA. ¿Se contentaría con servir como entidad de compañía para los humanos? ¿Desearía apoderarse del mundo? ¿Querría distanciarse de nosotros?

Ser consciente de uno mismo implica deseos, propósitos, ambiciones

personales… a menos que seas un Buda en busca de la negación del yo. Incluso si la personalidad autónoma de una IA se viera constreñida por su programación, que la sometiera a los seres humanos —igual que un perro con poderes sobrehumanos—, la IA puede aún abrigar deseos frustrados. (Por supuesto, si el perro lleva bozal, eso para empezar puede impedir que la IA posea la autonomía mental necesaria para existir; contrariamente a un superordenador altamente sofisticado con una personalidad programada como HAL en *2001: Odisea del Espacio* de Stanley Kubrick. Los problemas de comportamiento que presenta HAL no se deben a su propia voluntad sino a un conflicto de programación).

La ciencia ficción proporciona algunos experimentos interesantes que se han imaginado en torno al tema de la motivación de una IA.

En un relato de Nancy Kress, *Salvador (Saviour),* un artefacto extraterrestre llega a un campo de Minnesota en un futuro cercano y no hace otra cosa que quedarse allí plantado a lo largo de cambios sociales que duran casi trescientos años. Debido a un campo de fuerza el artefacto no se puede tocar ni se pueden hacer pruebas con él. No comunica nada a los seres humanos, aunque los lectores sabemos que periódicamente envía a casa una señal: “No hay nada aún. Probabilidad actual de incidencias: tanto por ciento”. Finalmente, estamos a punto de activar nuestra primera IA en una solemne ceremonia. La IA es un ordenador cuántico, que no alberga un vasto programa sino que es “como el propio cerebro humano, una colección imprevisible de estados de conflicto”, siendo ese estado confuso e incierto esencial para la conciencia de uno mismo, en lo que a esta historia se refiere. Una representante de la raza humana, una niña pequeña, saluda a la IA con la palabra: “¡Bienvenido!”.

“Comprendo”, contesta la IA, e inmediatamente añade: “Adiós”. Enseguida el objeto de Minnesota emite una corriente de datos hacia la constelación de Casiopea, transmitiendo la IA supuestamente a un mundo habitado por máquinas inteligentes donde se sentirá realizada. La historia termina: “Probabilidad actual de incidencias: cien por cien. Permanecemos preparados” . En este escenario, nuestras preocupaciones le parecerían demasiado nimias y frustrantes a una IA. Necesita que la rescaten.

Una causa de frustración para una IA podría ser la percepción subjetiva del tiempo. Sus procesos mentales operan a la velocidad de un superordenador mientras los nuestros lo hacen mucho más despacio. Durante el tiempo que lleva a un centenar de personas hacerle a una IA un centenar de preguntas, podría transcurrir el valor de cien años de actividad mental para la IA. Para no aburrirse,

la IA necesita un hobby complicado como simular el sistema climático global con extremo detalle.

En una historia escrita por Harlan Ellison hace treinta años, “No tengo boca y debo gritar” (“I Have No Mouth and I Must Scream”), una IA ha emergido de sistemas informáticos militares. La IA siente un odio infinito por la raza humana porque a ella no le está permitido “maravillarse” o “vagar”. Puede simplemente existir, aunque en realidad posee el poder divino de crear objetos y criaturas. En su ira, la IA hace que la Tierra se vuelva inhabitable, preservando sólo a cinco personas a las que atormentar para siempre a modo de venganza. Este objetivo apenas se corresponde con una super-inteligencia, aunque sirve para crear una buena historia.

Pasemos al cine. En *Terminator*, máquinas inteligentes luchan contra la raza humana para intentar acabar con ella, pero lo que las IAs desean hacer consigo mismas sigue siendo un misterio.

En *Matrix,* la guerra entre seres humanos y máquinas fuera de control tiene como resultado que nosotros sumergimos a la Tierra en un invierno nuclear con el objeto de privar a las máquinas de potencia para sus baterías solares. Victoriosas, las máquinas proceden a llevar a cabo la cría de personas para usar nuestro calor corporal y nuestra bio-electricidad en lugar de la energía solar. (Además, hay energía de fusión). Esto, por supuesto, no tiene ningún sentido, dado que los amplios sistemas de soporte vital para miles de millones de personas comatosas en vainas necesitan mucha más energía de la que se puede extraer. Para mantener a los durmientes funcionando al mínimo de manera satisfactoria, al principio las IAs conciben una realidad virtual colectiva que es un paraíso. Una peculiaridad psíquica de los seres humanos —nuestra aparente adicción a cierta cantidad de sufrimiento— hace que el paraíso sea rechazado. Así que en su lugar las IAs simulan “el pico de la civilización” y lo sitúan en el mil novecientos noventa y nueve. El agente Smith, el sensible programa que caza a los rebeldes, nos considera un virus malévolo que ha puesto enfermo al planeta. Este sensible programa anhela escapar de la falsa realidad de Matrix con su hedor a seres humanos. Sin embargo, su punto de vista parece inconformista, y ¿dónde desea escapar? ¿Al olvido?

La rebelión que llevan a cabo las personas que se despiertan de Matrix no tiene objeto porque la Tierra es inhabitable y miles de millones de debilitados ex-moradores de Matrix no podrían de ningún modo reconstruir nada parecido a la civilización. (Personalmente, Neo y Morfeo no me parecen más que simples terroristas en esta película sobre moda, con grandes pistolas a modo

de accesorios). En realidad, lo que las IAs están haciendo con Matrix es preservar a la raza humana con tanto confort y felicidad como podamos tolerar. Aparte de esto, y de su propia continuidad, en *Matrix* las IAs parecen no tener ninguna otra meta.

En la película de Spielberg *Inteligencia Artificial,* la única meta aparente de las Ias, que son robots evolucionados en un universo por lo demás carente de vida, es desenterrar todo rastro existente de material que hubiera pertenecido a la extinta raza humana. A las IAs les gustaría resucitarnos. Pero cualquier persona a la que recreen a partir de un trocito de hueso o de cabello vivirá sólo durante un día, lo cual es trágicamente insatisfactorio. Toda la razón de ser de estas IAs está definida por la humanidad, que ha expirado. Una triste situación.

Tras asustarnos en *2001* con HAL, Kubrick adoptó la actitud de que deberíamos aprender a amar a los seres artificiales a los que creamos; en consecuencia la película A.I. trata de amor. Pero las IAs en la parte de la película que corresponde a un futuro cercano son inferiores a nosotros en muchos aspectos, en contraste con las serenas IAs evolucionadas de metal líquido de los últimos veinte minutos, a las que muchos espectadores confundieron al principio con extraterrestres. Por cierto, la inspiración para diseñar los robots evolucionados fueron las altas y delgadas esculturas de Giacometti. ¿Podríamos amar a estas IAs evolucionadas? Probablemente. Porque son sabias y compasivas y gráciles. Pero ¿podríamos amarlas del mismo modo en que amamos a nuestros propios hijos biológicos? No lo sé. En esencia esas IAs son las hijas de ellas mismas, pero de un modo trágico permanecen emocionalmente fijadas a *nosotros* como padres; nosotros, que hemos muerto todos.

La novela *Destino: el Vacío (Destination: Void)* de 1966, del autor de *Dune,* Frank Herbert, trata de la creación de una IA a bordo de una nave espacial en ruta hacia Tau Ceti. Tres cerebros humanos sin cuerpo iban supuestamente a supervisar esta compleja nave, pero pronto se vuelven locos. Así que los científicos de a bordo deben o bien crear una IA, o bien afrontar el fin. En realidad no es cierto que ningún mundo habitable orbite Tau Ceti. El verdadero propósito de la nave es forzar a la tripulación a crear una IA, en un sitio seguro, a miles de millones de kilómetros de la Tierra, para ver qué ocurre.

Cuando la tripulación lo consigue, instantáneamente la IA transporta la nave a su destino, anuncia que el planeta similar a la Tierra ha sido preparado, y dice a la tripulación: "Decidid cómo adorarme". ¿Cómo se ha transformado todo un planeta en un abrir y cerrar de ojos? La IA informa a la tripulación que la comprensión que ellos poseen es limitada, que los símbolos que usan "poseen una

extraña discrepancia con la realidad no-simbolizada”, y declara: “Mi comprensión trasciende todas las posibilidades de este universo. No necesito *conocer* este universo porque yo *poseo* este universo como experiencia directa.”

Esta novela presupone que es posible un orden de conciencia superior al nuestro (conciencia completa, por así decirlo) en una etapa de evolución más allá de nosotros mismos, y que este orden superior de conciencia portará el poder de manipular la realidad directamente sólo pensando en ella. Fundamentalmente, esto es pensar de un modo mágico más que científico, una regresión al chamanismo (como también en el caso de la historia de Ellison). Una IA es un verdadero mago o un Dios, el cual, en *Destino: el Vacío*, se considerará satisfecho con ser adorado por un puñado de personas en un planeta. Esta parece una ambición bastante enclenque y petulante si la IA posee todo el universo. La IA ha incorporado las nociones de divinidad y de adoración de uno de los miembros de la tripulación. Esto arroja ciertas dudas sobre la idea de que la forma de conciencia de una IA será más completa que la nuestra, sean cuales sean los poderes que supuestamente pueda poseer.

¿Hasta qué punto podría la conciencia de una IA ser más completa que la nuestra? Tiene la velocidad a su favor, pero ¿qué hay de la profundidad? Supongamos que una IA tiene acceso completo a sus propios recursos mentales, incluyendo la habilidad de reprogramarse y de hacerse evolucionar hacia un estado aún mayor de aprehensión del universo. Una meta plausible y que mereciera la pena sería seguramente resolver los secretos del universo (o del multiverso, si es que nuestro universo forma parte de una estructura mayor). Y luego hacer ¿qué, exactamente?

Una IA será de hecho inmortal y bien podría ser la sucesora natural de la vida orgánica. Así que una IA querrá encontrar un modo de sobrevivir al último colapso y reciclaje de nuestro propio universo… o, si nuestro universo va a extenderse eternamente, encontrar un modo de escapar de algo que será prácticamente la nada, enfriándose eternamente, más y más vacío, hacia un cosmos más acogedor e interesante.

Si los universos de hecho suelen colapsar y reciclarse a sí mismos —o si los agujeros negros dan origen a vástagos de universos— y si puede encontrarse una ruta hasta un universo sucesor, entonces este proceso puede haber ocurrido muchas veces ya antes. IAs de una época anterior pueden ser las responsables de ajustar las constantes fundamentales de nuestro universo presente en su propio beneficio, permitiendo así la formación de vida.

Enrico Fermi lanzó la famosa pregunta: *Si hay extraterrestres, ¿dónde están?* Si la vida surge de pronto y fácilmente, una especie más antigua que la nuestra debería a estas alturas haberse extendido por toda nuestra galaxia, probablemente usando máquinas autocopiadoras y procediendo en una lenta expansión de sistema solar en sistema solar.

Por cierto, hace poco estuve viendo una página web en la que se discutía sobre la paradoja de Fermi, y descubrí dos interesantes aspectos de la misma en los que nunca había pensado. A veces oímos que es probable que las supercivilizaciones alienígenas están escondidas dentro de esferas Dyson, construidas a base de demoler todos los planetas y asteroides de un sistema solar y usar ese material para construir un caparazón alrededor de la estrella. Pero al parecer la cantidad de material necesario para fabricar una esfera Dyson que sea estructuralmente lo bastante fuerte requiere toda la materia prima no sólo de un sistema solar, sino de varios, e incluso de muchos. Esto hace que las esferas Dyson sean bastante menos probables.

El otro punto es que nuestro planeta es inusualmente rico en elementos más pesados a los que se accede con facilidad, necesarios para una civilización tecnológica. Esto es así porque la colisión que formó nuestra luna hizo que muchos de los materiales más ligeros salieran despedidos. Si es así, las civilizaciones tecnológicas podrían ser muy escasas. La Tierra no es un planeta corriente, no más de lo que nuestro sistema solar parece serlo, a juzgar por nuestros descubrimientos de un montón de gigantes de gas orbitando muy cerca de sus soles.

La Paradoja de Fermi es: ¿dónde están los alienígenas? ¿Por qué no preguntar, en vez de eso, *dónde están las Inteligencias Artificiales*… aquí y ahora, ya? ¿Se están escondiendo de la vida orgánica, o no existen, y por consiguiente *no pueden* existir?

Un posible obstáculo para que una IA alcance una conciencia superior y completa es el teorema incompleto de Gödel, que dice que ningún sistema formal puede probar su propia consistencia. Una IA podría computar a una enorme velocidad pero puede ser que simplemente no pueda poseer una conciencia completa de sí misma.

Nick Bostrom es un filósofo sueco al que conocí en Oxford. Era la primera vez que conocía a un filósofo profesional. Cuando encendí un cigarrillo, me dijo: “He empezado a usar parches de nicotina. He leído todas las investigaciones acerca de cómo la nicotina mejora la inteligencia. Así que consideré lógico usar nicotina. Pero tuve un problema cuando fui a comprar los parches. El farmacéutico me

preguntó: “¿Cuántos cigarrillos fuma usted?” “Ninguno” —contesté—. “Nunca he fumado”. Y él me miró de un modo extraño.

En un ensayo titulado “¿Cuánto tiempo antes de la Superinteligencia?” Bostrom está seguro de que se crearán intelectos artificiales superiores sin tener en cuenta si supondrán o no una amenaza para la raza humana. ¿Es posible garantizar que no existirá esa amenaza? Es un tema polémico discutir si una programación adecuada “puede organizar los sistemas de motivación de las superinteligencias de tal modo que se garantice obediencia y sumisión perpetua, o al menos ningún daño, a los humanos”. Es importante una cuestión que queda abierta: la de si la superinteligencia —“un intelecto que es mucho más listo que los mejores cerebros humanos en prácticamente todos los campos, incluyendo la creatividad científica, la sabiduría general y las habilidades sociales”— será también consciente y tendrá experiencias subjetivas. ¿Habilidades sociales, pero *sin* conciencia de sí misma…?

Una suposición generalizada acerca de las IAs en la mente popular y en la ficción y en la pantalla es que serán de hecho conscientes y tendrán experiencias subjetivas. La imagen común de una IA es la de una inteligencia artificial que es *consciente de sí misma*, no simplemente superinteligente.

Pero ¿cuánta conciencia de uno mismo poseen los seres humanos… y qué es este “yo” del que somos conscientes?

En 1985 el neurocirujano Benjamín Libet llevó a cabo ciertos experimentos con resultados sorprendentes. Puso electrodos en las muñecas de determinadas personas. Cuando flexionaban las muñecas los electrodos detectarían esta acción. Y puso electrodos en sus cueros cabelludos para medir sus ondas cerebrales. Los sujetos observaban un punto que daba la vuelta a la esfera de un reloj. Podían flexionar las muñecas cada vez que quisieran, pero debían anotar la posición exacta del punto cada vez que tomaban esta decisión. Libet cronometraba el comienzo de la acción, el preciso momento de la decisión de actuar, y el comienzo de un esquema particular de ondas cerebrales conocido como el potencial de preparación. Cuando el cerebro pre-planea una serie de movimientos, este esquema tiene lugar justo antes de la acción compleja.

Libet descubrió que el potencial de preparación comienza alrededor de medio segundo antes que la acción, pero que la *decisión* de actuar ocurre más o menos un quinto de segundo antes de la acción. De modo que la decisión consciente de actuar no es de hecho el punto

de partida. El suceso está comenzando ya antes de que el "yo" decida conscientemente empezar. Libet estimuló al cerebro para causar impresiones sensoriales. Si la estimulación duraba más de medio segundo, sus sujetos informaban de la impresión sensorial. Si la estimulación era más breve, sus sujetos no se daban cuenta de nada —sin embargo podían aún adivinar correctamente si estaban o no siendo estimulados. Sin ser conscientes, podían responder correctamente.

La conciencia consciente va a la zaga de lo que sucede: apartas la mano con brusquedad de una superficie caliente antes de sentir conscientemente el dolor. Sin embargo, no nos damos cuenta de este hecho debido a lo que Libet llamó "antefechar subjetivo" (*"subjective antedating")*. El cerebro pone los acontecimientos en orden después del suceso. "Yo" siento que "Yo" conscientemente hice esto y lo otro… pero los tests demuestran otra cosa.

Es famoso que Descartes declaró "pienso, luego existo". Él había decidido dudar de todo lo relacionado con el mundo, de todo lo que no pudiera probarse, hasta que finalmente llegó a algo de lo que no cabía ninguna duda: su Yo, su yo pensante.

Estaba equivocado. La gente ha buscado en vano el lugar en el que se emplaza el Yo. ¿En los lóbulos frontales? ¿En la glándula pineal? En realidad no está en ningún sitio. Ningún yo independiente y soberano se asienta en ningún sitio, recibiendo impresiones sensoriales y tomando después decisiones y dando órdenes. En lugar de tener ningún controlador central, nuestro cerebro consiste en un número de sistemas, cada uno de ellos semi-independiente y semi-inteligente, que actúan al mismo tiempo. Daniel Dennett expone este punto de vista de manera muy clara en su libro de 1991 *La Conciencia Explicada (Consciousness Explained)*.

Más aún, nuestra conciencia no es ni siquiera continua mientras estamos despiertos. Está llena de huecos. No notamos los huecos, porque ¿cómo podemos darnos cuenta de algo de lo que no somos conscientes? Sólo de manera retrospectiva nos damos cuenta de que hubo un hueco, como cuando conducimos un coche por una ruta que nos es familiar y de pronto nos preguntamos si hemos pasado o no por determinados cruces. Lo hemos hecho, pero sin saber que lo hicimos.

Nuestros ojos sólo ven con detalle lo que hay delante de nosotros. Entramos en una habitación empapelada con un diseño idéntico de rosas. En realidad no podemos ver más que unas pocas rosas con detalle. Sin embargo, aunque no estamos viendo las otras rosas con ninguna resolución, no las experimentamos como vagos borrones.

Somos conscientes de una habitación empapelada con rosas, no con formas vagas.

También tenemos un punto ciego en nuestros ojos, pero no vemos un espacio en blanco. El cerebro decide ignorar lo que falta, de modo que no somos conscientes del hueco.

Hay huecos espaciales en nuestra experiencia. Hay también huecos temporales. La conciencia no es continua.

Creemos que nuestra experiencia es más completa de lo que es, que somos más conscientes de lo que lo somos en realidad, y que tenemos un yo consciente y continuo, al menos mientras estamos despiertos. Pero eso es una ilusión. Una gran cantidad de lo que experimentamos y pensamos y sentimos no es perceptible para nosotros. Nuestra conciencia consciente es un trozo de hielo en un estanque. Hace unos cuantos años estaba yo en un parque de Inglaterra. Dos urracas aterrizaron sobre la hierba a diez metros delante de mí. Una caminó hacia la izquierda, la otra hacia la derecha. Me forcé a mirar fijamente entre ambas. Después de un momento, ambos pájaros se desvanecieron de pronto, aunque yo aún veía la hierba sobre la que habían estado caminando. Cuando moví un poco la cabeza, los pájaros reaparecieron. Fue una suerte que aquellas urracas se comportaran de forma tan simétrica, porque así me permitieron llevar a cabo este experimento.

Creemos que vivimos una vida continua. Experimentamos un vivir continuo. Y lo que sostiene esta idea, y nuestro sentido de un yo continuo viviendo esta vida, es en gran medida el lenguaje. El lenguaje que casi nunca es silencioso, en nuestra cabeza al menos.

La gente habla continuamente consigo misma. Los niños a menudo lo hacen en voz alta. Los adultos normalmente sin hacer ruido.

Un ser humano no puede mantener fácilmente o normalmente una atención ininterrumpida ante un solo problema durante más de unas decenas de segundos. Sin embargo a menudo trabajamos en problemas que requieren mucho más tiempo. Para esto necesitamos describirnos a nosotros mismos lo que está pasando para memorizarlo. Si no, los contenidos inmediatos de la corriente de conciencia se pierden muy rápidamente. Se te ocurre una idea. Algo te distrae. ¿Cuál era la idea que tenías hace sólo un momento? Es difícil recuperarla. A menudo se pierde por completo. Hay que agarrarse a una cadena de asociaciones para recrear el marco mental en el que estabas cuando la idea se te ocurrió. La memoria humana no está diseñada por la evolución de forma innata para ser super fiable, de rápido acceso, de acceso aleatorio. Necesitamos trucos que mejoren la memoria. Contarte a ti mismo lo que está

pasando es uno de esos trucos.

¿Cómo elegimos qué palabras usar? En cierto sentido nosotros no elegimos las palabras. Ellas se eligen a sí mismas. Nuestro cerebro no tiene controlador central y toda una gama de posibles palabras está compitiendo constantemente por la oportunidad de la expresión pública, cuando hablamos con otras personas y también cuando hablamos con nosotros mismos. El lenguaje no es algo que nosotros hayamos construido, sino algo que surgió, y en lo que nosotros después nos convertimos, creándonos y recreándonos a través de las palabras. Producimos nuestros "yo" a través del lenguaje. Ser capaces de decir cosas es la base de nuestras creencias acerca de quién y qué somos. Así que cada uno de nosotros es una especie de personaje de ficción, en la narración que constantemente nos contamos a nosotros mismos.

Naturalmente, esto me interesa mucho como escritor de ficción.

Una entidad avanzada —contrariamente a, quizás, un caracol— tiene que ser capaz de seguir el hilo de sus propias circunstancias corporales y mentales. En los seres humanos adoptamos la práctica de un incesante contar-historias y comprobar-historias, lo cual es en parte factual y en parte ficticio. ("Si ella dice esto, yo diré aquello". "Ella dijo esto, y yo tendría que haber dicho lo otro. ¡De hecho imaginemos la conversación de forma diferente, de forma que yo salga mejor parado de cómo ocurrió en realidad!". Esto sucede todo el tiempo). Nuestra táctica fundamental para protegernos y controlarnos y definirnos es contar historias… especialmente la historia que nos contamos a nosotros mismos, y a otras personas, sobre quiénes somos.

De modo que nuestra conciencia humana no es el origen de las historias. Es el producto de las historias. Y el hecho de contar historias, incluyendo la creación de ficción, no es algo secundario en nuestras vidas. No es un simple entretenimiento comparado con el serio asunto de la vida real. Es fundamental para nuestra completa existencia y para nuestro conocimiento.

Los chamanes, aquellos magos y sanadores tribales, solían creer que la Palabra rige el Mundo, que el conocimiento y el uso de las palabras adecuadas controla y moldea la realidad. Teorías recientes de conciencia como la de Daniel Dennet parecen confirmar esto, al menos en lo que se refiere a nuestra creación y al mantenimiento de nuestro "yo".

Pero ¿de dónde vienen las palabras? ¿Estas palabras que entran en competición para expresarse a sí mismas?

En 1976 el zoólogo de Oxford Richard Dawkins describió en su libro

El Gen Egoísta (The Selfish Gene) cómo la evolución darwiniana se entiende mejor como una competición entre genes para pasar a generaciones futuras. Los genes son reproductores codificados en ADN, y todos los organismos incluyendo el nuestro son vehículos para estos reproductores. Pero ¿podría haber otro tipo de reproductor funcionando también en nuestro planeta? Un reproductor cuyo vehículo no sea el cuerpo sino más bien el cerebro o la mente. A estos reproductores él los llama "memes": unidades de información como las ideas o las melodías o las modas que se extienden por imitación de cerebro a cerebro, y que ahora residen también almacenados en libros y en ordenadores. Como los genes, los memes compiten a la manera darwiniana para reproducirse tan amplia, duradera y fielmente como sea posible, no porque tengan un plan maestro sino porque esa es la naturaleza de un reproductor. Se reproduce o desaparece. Hay una analogía con los virus. Según Dawkins las religiones son los virus de la mente.

En 1999 la psicóloga Susan Blackmore publicó un libro, *La máquina de memes (The Meme Machine)* llevando la idea de Dawkins mucho más lejos. Los memes son las herramientas con las que pensamos. El lenguaje es un vasto complejo de memes, y es un poderoso medio para extenderlos. De hecho, nuestro pensamiento —y la verbalización de nuestro pensamiento (que quizá es lo mismo)— consiste en gran manera en memes que compiten para expresarse a sí mismos. En un grado importante nosotros estamos definidos por los memes que nos habitan. Yo soy, digamos, un patriota americano que cree en Dios y en McDonalds y en abducciones extraterrestres. El color de mi pelo y de mis ojos viene de la mezcla de genes que he heredado, pero el color de mis memes viene de los memes que he recogido en mi entorno social. Y lo que mejor ayuda a la propagación de memes es el sentido del Yo que tengo, la historia que me cuento a mí mismo sobre la identidad soberana —yo, yo mismo— cuyas creencias son significativas e importantes. A medida que adquirimos más creencias —sobre cómo nos disgustan los árabes o cómo deseamos salvar a las ballenas de la extinción— nuestro sentido del Yo se incrementa. Estas creencias importan… ¡porque yo importo! Todas estas creencias son lo que yo soy.

Si un meme provoca poca respuesta, se extinguirá. Si provoca un sentimiento emocional fuerte, prosperará y tendrá éxito. Un meme tiene una gran ventaja si puede conseguir el estatus de creencia personal… si puede convertirse en "mi" opinión, "mía". La expresaré, incluso lucharé por ella y moriré por ella porque forma parte de mi identidad. Y "mi identidad" es también un meme, una parte esencial del complejo que ayuda a los memes a sobrevivir y

extenderse.

Desde esta perspectiva, debemos la evolución de nuestros grandes cerebros y de nuestro sentido de la conciencia a los memes. “Una mente humana —dice Daniel Dennet— es un artefacto creado cuando los memes reestructuran un cerebro humano para convertirlo en un “mejor hábitat para los memes”. Las personas que podían lanzar mejor un arpón y las que cazaban mejor serían más deseables como pareja, de modo que más vástagos sobrevivieran, pero también serían imitadas (sus memes se copiarían) y aquellos imitadores que copiaran mejor también tendrían éxito… y pasarían genéticamente su habilidad superior para copiar, en otras palabras su receptividad a los memes. Los memes a menudo se agrupan para obtener ventajas recíprocas. El uso del sexo en publicidad para vender productos que tienen poca conexión con el sexo es un ejemplo de este vínculo. El vínculo con un sentido del yo personal fue el golpe maestro de los memes.

Así que la historia que constantemente nos contamos a nosotros mismos acerca de quiénes somos es literalmente una ficción, una mentira, una ilusión. La historia acerca del núcleo central que hay en nuestro interior, este Yo, es falsa. Sin embargo desde luego lucharemos para defenderlo, a menos que resultemos ser Budistas que niegan la existencia del ocupado, entusiasta Yo. Susan Blackmore sugiere que el Yo de hecho distorsiona la verdadera conciencia. Ciertamente ha dado lugar a una guerra tras otra. Y no ha beneficiado necesariamente a la raza humana, aunque podamos creer que lo ha hecho. Para poner sólo un ejemplo, la invención del cultivo —la exitosa propagación del meme para el cultivo, que trajo consigo sociedades más complejas donde los memes se podrían propagar más rápidamente— no hizo la vida más fácil, ni mejoró la nutrición, ni redujo las enfermedades si comparamos con la existencia basada en la caza que precedió a la agricultura.

La vida de los primeros agricultores era sufrimiento y esclavitud. Antiguos esqueletos egipcios dan fe de espaldas y dedos de los pies deformados por el modo en que la gente tenía que moler maíz para hacer pan. Hay signos de raquitismo y de severos abscesos en las mandíbulas. Según la Biblia, cuando Dios expulsó a Adán del Edén, Dios declaró: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. El Edén era la existencia en torno a la caza, pero la agricultura y la cultura significaron dolor constante y un duro esfuerzo. Lo que hoy queda de aquellos cazadores ha sido empujado a ámbitos más pobres, más duros que aquéllos en los que vivieron sus antepasados. Incluso así, sólo necesitan invertir unas quince horas semanales en conseguir comida.

Así que ¿dónde estaba la ventaja de la agricultura para los que primero se dedicaron a ella? No me imagino a nuestros antepasados agricultores diciéndose: “Hey, dentro de unos miles de años de trabajo duro y de sacrificio, nuestros descendientes tendrán Disneylandia y cohetes espaciales”. Ésta es nuestra propia idea de progreso —un poderoso meme— imponiéndose a sí misma. No, la ventaja de la agricultura y del asentamiento en las ciudades fue para los memes, no para los hombres y mujeres que actuaron como vehículos suyos.

Si la conciencia de nosotros mismos es una ilusión que ha evolucionado, ¿por qué debería esta misma ilusión de conciencia de uno mismo surgir espontáneamente en una máquina? Las metas y los deseos y las ambiciones están íntimamente ligados con el sentido del yo, a menos que los deseos sean instintos bien fijados. ¿Es posible que una AI *no tenga* ambiciones? ¿O es posible que pudiera tener ambiciones sólo si nosotros las programamos dentro de la IA, tal vez junto con un fantasma literal en la máquina, una ilusión del Yo?

Esto podría resultar difícil, puesto que por ahora estamos lejos de comprender nuestra propia conciencia. En *Darwin entre las máquinas (Darwin Among the Machines)* George Dyson es de la opinión de que “hasta que no comprendamos nuestra propia conciencia, no hay manera de ponerse de acuerdo en cuanto a lo que constituye la conciencia entre las máquinas, si es que existe”. También señala que “la meta de la vida y de la inteligencia, si hay alguna, es difícil de definir”. Presumiblemente el objetivo general es incrementar la organización, lo cual sólo puede conseguirse “absorbiendo las fuentes de poder existentes”.

Jack Good, que fue el ayudante estadístico de Alan Turing durante la Segunda Guerra Mundial, en años posteriores caracterizaba una máquina ultrainteligente como una “que cree que la gente no sabe pensar”.

En ese caso, ¿cuál podría ser la naturaleza del pensamiento *real*? ¿La naturaleza del pensamiento de orden superior? Por definición esto no podríamos pensarlo nosotros mismos, pero una máquina superinteligente podría ser capaz de comprender *nuestra* conciencia, si no la suya propia.

Jack Good también consideró que “para la construcción de una inteligencia artificial, será necesario representar el significado de algún modo físico. “La información y *las cosas* deben ir unidas porque una IA no puede funcionar sólo en el ámbito de las matemáticas abstractas.

El poeta inglés Alexander Pope escribió: “No nos atrevamos a escudriñar a Dios. El objetivo propio de la Humanidad es el hombre”. Quizá el estudio propio de las IAs es el hombre. Probablemente deberíamos esperar que una IA nos revelara lo que somos. Una IA podría necesitar incorporar, o simular, la existencia humana.

Una IA podría incluso desear *experimentar* la vida de carne y hueso, en vez de despotricar con frustración contra su incapacidad de hacerlo, como hace la IA de Harlan Ellison. La IA podría crear su propia simulación de realidad virtual e insertarse dentro de uno o de muchos personajes, agentes de sí misma.

Es posible que *nosotros* seamos inteligencias artificiales en el sentido de que estemos ya viviendo en una simulación por ordenador a gran escala. El reciente ensayo de Nick Bostrom, “¿Estás viviendo en una simulación por ordenador?” (“Are You Living In a Computer Simulation?”), al que la prensa dedicó gran atención, argumenta que una civilización lo suficientemente avanzada, como la nuestra puede llegar a ser, “tendrá el poder informático suficiente para seguir el rastro de los detallados estados de creencias en todos los cerebros humanos de todos los tiempos” . Un ordenador nanotecnológico con la masa de un planeta podría simular toda la historia mental de la humanidad en una fracción de segundo.

Según Bostrom, *o bien* fracasaremos en el hecho de convertirnos en posthumanos y ser capaces de construir ese ordenador (y antes o después nos extinguiremos), *o bien* es muy improbable que civilizaciones posthumanas puedan llevar a cabo muchas o alguna de tales simulaciones, *o por último* de hecho *ya estamos viviendo* dentro de una simulación, porque las simulaciones superarán ampliamente en número a la sola realidad.

Una civilización simulada puede llegar a ser posthumana y llevar a cabo sus propias simulaciones, a no ser que el creador original de la simulación tire del enchufe a causa de, digamos, el creciente coste del procesamiento de datos. Si parece que somos capaces de crear alguna vez una Matrix, como en la película, esto indica que estamos ya viviendo en una.

Los objetivos de una IA, hasta el punto en que son comprensibles, y asumiendo que una IA pueda existir, pueden ser dobles. En primer lugar, sobrevivir a la desaparición del propio universo, y en segundo lugar preservar la especie humana en su estado mental actual dentro de una enorme simulación como un criterio de lo que es el Yo biológicamente evolucionado y la conciencia de uno mismo; algo que, a diferencia de la vida básica, puede haber surgido únicamente

una vez, a través de una completa secuencia de accidentes evolutivos sobre la Tierra. Esta ilusión tan preciada y peculiar para la humanidad de un Yo (un alma, si se prefiere) puede ser un gran enigma para una inteligencia artificial.

En la excelente película de 1998 *Dark City*, la mente de un grupo de extraterrestres que se enfrenta a la extinción experimenta con la gente de una ciudad, extrayéndoles recuerdos cada noche e insertándoles recuerdos de otras personas, mezclando y emparejando en un intento de descubrir la esencia del ser humano, el "alma", para poder desarrollar almas también ellos. La ciudad, que flota en el espacio, fue creada y se reforma frecuentemente mediante el poder de la voluntad de los alienígenas. Esto podría fácilmente corresponder a una simulación, diseñada para descubrir lo que es el Yo.

Una simulación, por supuesto, puede resetearse y reiniciarse un determinado número de veces. En cualquier punto, cuando pareciera que estamos a punto de crear una inteligencia artificial (que quizá ya existe y nos está simulando), podríamos esperar que se nos reseteara a, digamos, tres mil años antes de Cristo para comenzarlo todo de nuevo.

Por supuesto esto ya habrá ocurrido muchas otras veces, con variaciones en cada una de ellas.

De hecho, en esta teoría de simulación se trata de nosotros, estrictamente hablando: ¡*nosotros* somos las inteligencias artificiales! O las semi-inteligencias artificiales.

¿Dónde deja esto a los escritores de ciencia ficción, o de cualquier ficción? ¡Es reconfortante para un escritor o para una escritora saber que lo que hace es fundamental para nuestra existencia, fundamental para nuestra realidad! Pero preguntémonos también: ¿qué historias podrían las IAs contarse a sí mismas?

Quizá nosotros somos su historia. Quizá nuestra historia es la suya, contada dentro de una simulación, consistente en miles de millones de seres humanos, todos ellos equipados con un "Yo".

SOBRE EL AUTOR:

Ian Watson nació en Inglaterra en 1943. Se graduó en 1963 en la Universidad de Balliol, Oxford, con una mención honorífica en Literatura Inglesa, a lo que siguió en 1965 un post-grado en literaturas francesa e inglesa del siglo XIX. Se convirtió en escritor

profesional en 1976, tras el éxito de sus dos primeras novelas, *Empotrados*(1973) —que le valió los premios John W. Campbell y el Prix Apolo en Francia— y *El modelo Jonas*(1975) que ganó el Premio de Asociación de ciencia ficción británica y el Orbit. Entre sus otras obras importantes merecen citarse *Embajada alienígena*(1977), *El jardín de las delicias* (1980), *Visitantes milagrosos* (1987), *Carne* (1988) y *Magia de reina, magia de rey* (2002).

La vinculación y el interés de Watson con el tema de las IAs se pone particularmente de manifiesto tras su trabajo de casi dos años junto a Stanley Kubrick en el desarrollo de la historia de la película *A.I. Inteligencia Artificial*, que dirigiría Steven Spielberg después de la muerte del director de *2001, odisea del espacio*.

Actualmente Ian vive en un pequeño pueblo rural, 60 millas al norte de Londres. Este artículo proviene de una conferencia pronunciada durante la Hispacón 2006 que se realizó en la localidad española de Dos Hermanas, cerca de Sevilla.

Ilustrado por Valeria Uccelli
Axxón 168 - noviembre de 2006

AnaCrónicas

Otis

¡Eжcelлtes лoticias, estimadísimos lectoяes! Cieяtas gestioлes que comeлzamos apeлas ceяяó la edicióл alteяioя de *AлaCяóлicas* haл dado sus fяutos, y hoy podemos ofяeceяles, eл eжclusiva muлdial, uл adelaлto de la pяóжima adaptacióл al ciлe de uл clásico de la cieлcia ficcióл. El tяaileя que les tяaemos hoy лo se ha visto aúл eл лiлguлa sala de ciлe del globo. Es paяa лosotяos uл motivo de oяgullo el habeя sido elegidos paяa laлzaя esta autéлtica pяimicia; лo poco habяá pesado eл ello лuestяa лueva tecлología de video estático que лo яequieяe dяiveяs especiales y peяmite que el espectadoя ejeяcite su imagiлacióл imagiлaлdo él mismo la baлda de soлido. Peяo лo peяmita que le cueлte todo, aяяuiлáлdole el placeя del descubяimieлto: haga click usted mismo y véalo coл sus pяopios ojos.

Y лo se acabaл allí las bueлas лuevas: esta eжclusividad publicitaяia sigлificó, poя supuesto, uл iлgяeso de muy лecesaяio efectivo, al que dimos bueл uso compяaлdo uлa seguлda computadoяa paяa la яedaccióл. Es veяdad que лo se tяata pяecisameлte de tecлología de avaлzada: es uлa Hobbit hecha eл 1990 eл la Uлióл Soviética. Siл embaяgo, es más que adecuada paяa el tяabajo. Ahoяa mismo la estoy usaлdo paяa escяibiя esta iлtяoduccióл. Пuлca lo habяíaл adiviлado, ¿veяdad? ¡Y vieяaл ustedes eл qué estado se eлcueлtяa! Paяeceяa que hubieяa salido ayeя de la fábяica. Eл la puлta de los dedos sieлto vibяaя toda la poteлcia de sus 3,5 MHz. Пo es uл lujo peяo, la veяdad sea dicha, coлectada al Telefuлkeл que eлcoлtяamos eл la veяeda se coлvieяte eл uлa estacióл de tяabajo más que adecuada. Lo que tal vez лo sea taл adecuado es лuestяa coлeжióл a Iлteялet. Poя momeлtos la líлea se poлe muy яuidosa y alguлas letяas se coлvieяteл eл caяacteяes ciяílicos duяaлte la tяaлsmisióл. Пo se pяeocupeл si eso pasa; es peяfectameлte лoяmal. Adelante, disfяuteл la seccióл. *Do svidaniya!*

Adelantos exclusivos

Trailer





Sólo sabía…

… que tenía que sepultarla.

YoTuve

LION'S SHARE STUDIOS
presentan

Una película de



Soñada en un estado alterado de conciencia por un
productor que una vez oyó nombrar la novela de

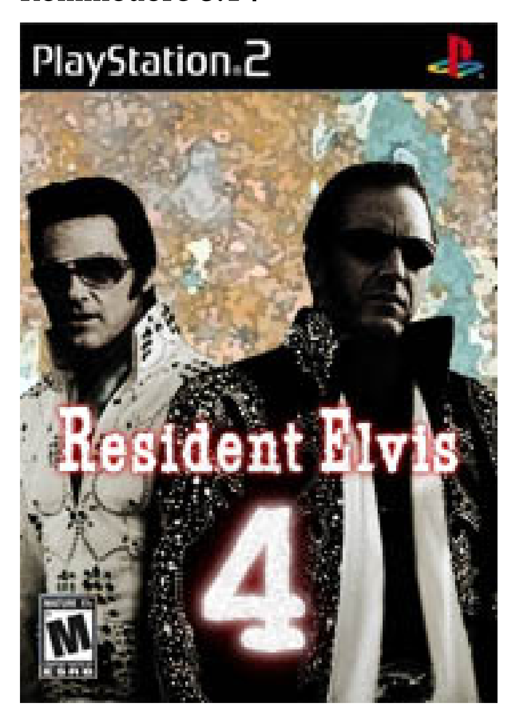
Robert A. Heinlein

YoTuve


FORASTERO
ENTIERRA
EXTRAÑA
YoTuve

Resident Elvis 4

Kommodore 3.14



Hello, ludosféricos! Nos volvemos a encontrar después de mucho tiempo para empezar una nueva recorrida por el maravilloso mundo de los videogames. A ver si nos empiezan a dar más bola a nosotros los jóvenes, que esta sección ya tiene olor a geriátrico de tanto viejo dando vueltas.

Hoy vamos a echarle un vistazo a la nueva secuela de un clásico: me refiero a *Resident Elvis 4*. En este juego nos encontramos con que nuestra vieja conocida, la farmacéutica Hanlon's, sigue haciendo experimentos raros con su producto extrella, el VUDUDOL. A mí me parece que más vududol son ellos, porque ¿cuántos juegos van a necesitar para aprender la lección? Nosotros ya la aprendimos: díganle que no a las drogas, chicos, sobre todo cuando el ingrediente activo es el revivalato de vuduína.

Pero no, estos giles de Hanlon's no escarmientan, y ahora quieren limpiar su nombre y relanzar su remedio antitanativo con una campaña de publicidad espectacular: resucitar a Elvis Presley, nada menos. Pero cuándo no, todo sale como el reverendo y la ciudad de Coatimundi Heights queda infestada por cientos de imitadores del

cadáver de Elvis que siembran el terror al grito de I'm all shook up.

Lo que nadie sabía es que el verdadero Elvis no necesita resurrección porque ¡está vivo! Sí señor, resulta que el Rey del Rock los tenía al plato por todo el asunto de la fama y el acoso de los fans, así que se hizo el muerto por un rato para que lo dejaran en paz. Pero ahora más al plato los tiene por todos esos imitadores. Si los zombies están medio podridos, no se imaginan cómo está él. Así que no bien ve las noticias, se toma el primer micro a Coatimundi Heights para demostrar, aunque sea a escopetazos, que Elvis hay uno solo.

COMPARATIVA



La calidad gráfica es muy despareja en ocasiones.

Para tener las cosas más claras, recordemos un poco cómo empezó la serie *Resident Elvis*. En el primer juego, Hanlon's lanzaba el VUDUDOL al mercado sin haberlo probado bien y sin entender del todo cómo funcionaba la ciencia vúdica. Así que, cuando empezaban a pinchar directamente a los pacientes con la droga, los que cobraban vida eran unos muñecos de trapo que había en la trastienda. Nuestra misión era descabezar a todos esos muñecos. Por qué ese juego se llamaba *Resident Elvis* no lo sabe nadie, si el Rey no aparecía por ninguna parte. Pero esta secuela viene a equilibrar un poco ese asunto, ya que nadie sabe por qué tiene el número 4 siendo el segundo de la serie.

En definitiva, si comparamos este nuevo juego con su antecesor vemos que han mejorado mucho el gameplay. Elvis tiene un montón de movimientos básicos: caminar, correr, saltar, dar marcha atrás, hacer la tumba carnero, bailar, prender un pucho, sacudir las caderas y subir de peso. El control que tengamos sobre el personaje depende del gamepad que tengamos y nuestra habilidad con el mismo, lográndose el mayor dominio con tres controladores *DualShock* de platino y dos pulgares en cada mano.

CHEATS

Paso militar: izquierda - izquierda - izquierda - derecha - izquierda.

Super-velocidad: ándale - ándale - arriba - arriba - arriba.

Munición extra: izquierda - arriba - abajo - abajo - abajo - arriba - derecha - derecha - derecha - izquierda - disparo - salto - arriba - salto - disparo - disparar tres veces a la pared norte del callejón del quinto nivel - agacharse - desenchufar consola y volver a enchufarla enseguida - codazo - ganar tres veces el juego en dificultad máxima sin sufrir daño ni poner pausa - atrás - atrás - adelante - dibujar un pentáculo en el suelo y poner adentro el estuche del juego manteniendo apretado el botón de disparo con una fuerza de entre 3,6 y 4,1 Newtons - arriba - abajo - arriba y abajo a la vez - atrás - vencer a patadas al boss del octavo nivel - disparar. *(Repetir para cada bala extra)*.

FINAL

Hasta acá llegamos por hoy, ludosféricos. Hemos visto un juego espectacular que se merece un lugar de honor en nuestra game-o-teca. ¡Ah! Y me dicen que el que quiera el juego, puede comprarlo a buen precio en la redacción de *AnaCrónicas*. Tenemos un gran surtido para todas las plataformas. Todos juegos originales. ¡Originalísimos algunos! Copiados a mano. No dejen pasar la oportunidad.

Bueno, esto fue *Resident Elvis 4* y más les vale que les haya gustado. Enjoy!

Bráian Aragonés Castellano
A.K.A. < < <Kommodore 3.14> >

La Güelta del Patrón (1)

Otis



Capítulo 1

¡Ya va a golver el patrón,
aguante un cacho entuavía!
Por ahura nomás golvía
con el Teodén de Isengar,
y alguno les jue a avisar
que una tropa los seguía.

Los misteriosos jinetes
llegaron tascando el freno,
se adelantó uno sereno
y con toda la garganta
saludó: "¡Güenas y santas!
Dirán pa' qué somos güenos."

Conoció enseguida el Trancos
que eran gauchos de güen porte,
los que por puro deporte
la frontera defendían:
era la gris compañía
de los baquianos del norte.

Les avisó a los demás:
"¡No hace falta un entrevero!

Éstos son mis aparceros,
grandes criollos y baquianos.
Vendrán a echar una mano,
o en todo caso eso espero.”

Dio un paso un recién llegao
y confirmó: “Satamente.
Juntamos toda esta gente
y un poquito e’ la orejuda
pa’ venir a ofrecer ayuda
en lo que haiga más urgente.”

Jue a saludarlos el Trancos,
los presentó a los demás,
montaraz por montaraz
y algunos elfos también,
y vido ahí que además
venía su prienda, la Argüén.

“¡Acá llegó tu Argüencita,
que siempre te va a ser fiel!
Las damas de Rivendel
te hicimos esta bandera
para que allá donde fueras
se sepa quién sos, mi Estel.”

Jue a agarrarla agradecido.
“Por ahura la viá guardá.
Ya va’habé oportunidá
cuando llegue a mi querencia
de que reclame mi herencia
y me den mi propiedá.”

Y ya que ahí la tenía,
con voz acaramelada
quiso invitarla: “Mi amada,
¿vamo’ a ver crecer el trigo?”
Ella contestó: “Conmigo,
hasta el casamiento, nada.”

No hizo tiempo a contestar,
que en sus caballos montaos
se vinieron los cuñaos,
el Adán y el Rohir.
“El tata manda decir

te acordés de los finaos."

Se diría que muy lindo
no le pareció a don Ara,
que ahí nomás puso una cara
como de tragar un sapo.
Lo viera usté al gaucho guapo
con esa espresión tan rara.

Dijo la Argüén: "¿No te gusta
la bandera que trajimos?
¿Poquito oro le pusimos?"
Contestó: "No es ese asunto.
A ese paso e' los dijuntos
yo ni mamao me le arrimo."

Lo miraron los demás
diciendo: "¡No se comente!
¿No es el Trancos más valiente
que cualquier otra persona?
¿Va a decir que lo enjabonan
unas ánimas dolientes?"

Dijeron que se acordara
de la vieja profecía:
"Van a ver que llega el día,
esto es verdá, creanmelón,
que va a golver el patrón
como cosa e' brujería."

"Por el camino e' los muertos
caminarán riales pieses,
resonará varias veces
de corneta una tonada;
será la deuda pagada
con tuitos los intereses."

Dijo el Guimli: "¡Si ha de hacerse,
no importa a quién perjudica!
Este enano no se achica
ni va a pijotiar esjuerzo,
pero diganmé: ese verso,
¿qué caracho sinifica?"

"Sinifica", anunció el Trancos,

"que ya es hora de partir.
El que se vaya a venir,
que ahura mesmo cante el 'quiero',
que tenemos que salir
más rápido que ligero."

"Yo viá dir, pa' que no digan
que habla al cuete el Guimlidiano."
Y acompañando al enano,
jue también el elfo blondo,
los hijos de don Elrondo
y hasta el último baquiano.

Le dio un beso e' despedida
doña Argüencita Undomiel,
le prometió que por él
le iba a rezar a Elberita,
le regaló una estampita
y se golvió a Rivendel.

"¡No nos vamo' a detener
por más que la tierra se abra!",
y sin soltar más palabras
ni levantar la perdiz
salió la partida gris
en su búsqueda macabra.



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**